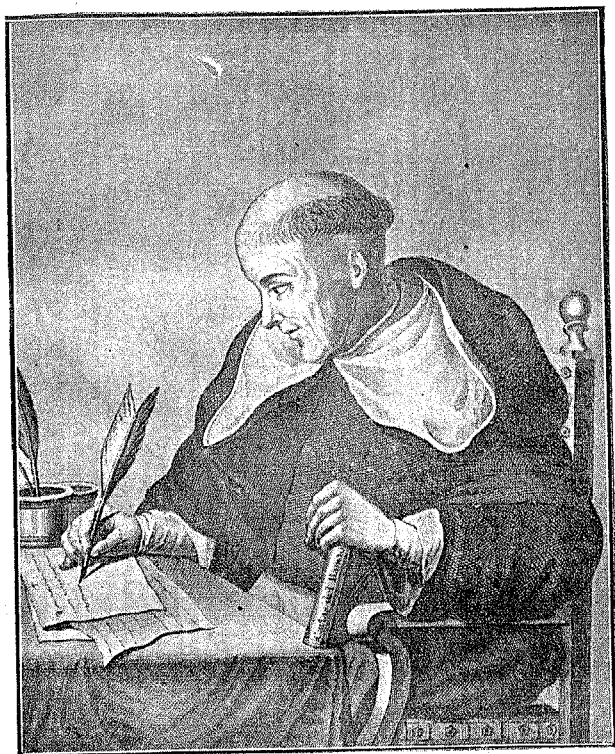


Biblioteca de «La Ciencia Tomista».



OBRAS ESCOGIDAS DEL
FILÓSOFO RANCIO

TOMO I • ESTUDIO CRÍTICO DEL P. L. A. GETINO

CARTAS ARISTOTÉLICAS • ANÉCDOTAS CURIOSAS

OBRAS ESCOGIDAS
DEL
FILÓSOFO RANCIO

TOMO I

ESTUDIO CRÍTICO DEL P. L. A. GETINO
CARTAS ARISTOTÉLICAS
ANÉCDOTAS CURIOSAS



MADRID.

ADMINISTRACIÓN DE «LA CIENCIA TOMISTA»
Claudio Coello, 114.

1912

EL FILÓSOFO RANCIO

SU SIGNIFICACIÓN EN LA CIENCIA ESPAÑOLA

En la historia del tomismo español (al cual nadie negará, creo yo, la principalidad entre los sistemas filosóficos y teológicos que han dominado en nuestra Patria) hay cuatro épocas de singular relieve é importancia, que con ningunas otras se pueden confundir: *la de renacimiento* del primer tercio del siglo XVI, personificada en el sublime reformador Francisco de Vitoria; *la de plenitud*, que desde la muerte del maestro cántabro se prolonga dominadora hasta mediados del siglo XVII, teniendo sus puntos culminantes en el *Concilio de Trento* y en las *Congregaciones de Auxiliis* y sus representantes ilustres en número infinito; *la de lucha por la existencia*, de principios del siglo XIX, en la que el espíritu escolástico de los nuevos púgiles, repuesto del espasmo que Descartes y sus continuadores habían causado en

las filas de la escolástica decadente, renació valeroso, avergonzado de su propia pusilanimidad, al chocar sus bien templadas armas con los entecos palitroques de los eclécticos y revolucionarios del todo faltos de lastre intelectual; *la de restauración* del último tercio del *siglo de las luces*, iniciada con fortuna y buen tiempo por el P. Ceferino González en España, y llevada á feliz remate en todo el mundo por el Pontífice de las grandes Encíclicas, León XIII, que ha inspirado una confianza en la doctrina tradicional tan profunda que la pone á cubierto del vendaval agnóstico que se ha cebado de un modo cruel en las enervadoras florestas del evolucionismo.

Las dos últimas épocas ofrecen la singularidad de presentar el tomismo como el centro de la escolástica más bien que como la más robusta de sus ramas; la lucha se entabla desde las alturas de la metafísica, donde es poca la divergencia entre los bandos escolásticos y donde tienen que presentarse á lidiar los grandes alpinistas del pensamiento, cualquiera que sea su procedencia. Las inmensas derivaciones de la lucha filosófica y religiosa, las guerrillas innumerables levantadas con bandera de significación transcendente en los campos de la especialidad, tratan de apoderarse de la cumbre y definir desde esas alturas dominadoras de los mundos del pensamiento: *el principio de contradic-*

ción como supuesto, el de causalidad como base, el de finalidad como clave; la afirmación absoluta en el ser y en el conocer; el influjo de la primera causa en las demás; la justicia y la moralidad, independientes del juicio vano de los hombres y fundamento del derecho natural... ¿es posible que al ahondar en cualquier asunto pueda un pensador sustraerse á esos centros de atracción, donde va á parar toda onda intelectual que forma círculo, que ha salido de embrión?

La reacción escolástica á principios del siglo XIX encontraba en España dificultades casi invencibles; los escolásticos, que en más de un siglo no habían tenido un representante de relieve, se hallaban como oprimidos por el prestigio de Newton, Leibnitz, Wolfio, Mallebranche, Gasendo, el Genuense, etc., y hasta muchos se habían pasado á sus reales; entre los estudiosos de otras carreras que suelen alimentarse con relieves de filosofía, abundaban los partidarios de la francesa del siglo antecedente, que por antifrasis, sin duda, por *burla del destino*, consiguió para sus adeptos el nombre de *filósofos*. En estas circunstancias un filósofo á la antigua, siquiera se llamase Tomás de Aquino, Soto, Suárez, nada absolutamente hubiera conseguido. La discusión puramente objetiva, transcendente, de fondo, era completamente estéril, ni estado podía tomar, porque nadie se

hubiera preocupado de echarle la vista encima. En el campo enemigo faltaba la grandeza, la unidad de miras, la precisión, porque faltaban jefes de escuelas, pensadores de fuste, responsabilidades intelectuales. En el filosofismo español todos eran rifeños de la ciencia. Epoca fué aquella desgraciadísima, de grandes errores sin grandes pensadores, porque los errores eran plagiados; de remedios inaplicables, porque la frivolidad del tiempo no los consentía útiles y porque la falta de desengaños no había permitido convencerse al común de las gentes de su necesidad.

El hombre suscitado por la Providencia para abrirse campo en medio de aquella confusión, dar la voz de alerta á los leales, atraer á los dispersos y fugitivos y confundir á los enemigos á la vista de todo el mundo, en forma que todos pudiesen comprender, fué el gran filósofo sevillano fray Francisco Alvarado, de la Orden de los Predicadores.

*

* *

El P. Alvarado reunía las tres cualidades más necesarias á un general en jefe: ciencia profunda, valor imperturbable, táctica y recursos sin cuento: En su juventud se había dedicado con afán á la lectura de los clásicos, sobre todo de Horacio y de Virgilio, lo que le

proporcionó, además de un gusto que se revela en todos sus escritos, un atrevimiento muy necesario para no intimidarse ante tanto pedantuelo como los invocaba sin conocerlos. Sin embargo, se ve que su inclinación le lleva con preferencia á los clásicos nacionales, sobre todo á Cervantes, á quien nunca se cansa de citar ni sabe hacerlo sin que de la cita surja un elogio, á quien imita en el estilo, en la ironía y en esa placidez magnánima con que describen ambos las grandezas y las miserias de la vida, tomando á risa las suyas propias. Lo que Cervantes le aventaja en suavidad le cede en fuerza de discurso y en rapidez de estilo, que en esto no es fácil encontrar competidores al *Filósofo Rancio*, al *Aristóteles* redivivo. Los mejores años de su vida los consagró en la Universidad de Sevilla á la enseñanza de la Filosofía y Teología, estudiando á fondo y refutando las enseñanzas de los eclécticos y de cuantos habían preparado aquella generación de veletas de la Filosofía. El maestro Alvarado no se anduvo por las ramas ni quiso ostentar erudición inútil y barata; leyó las obras clásicas de moderna filosofía con la misma detención con que había estudiado las de Aristóteles, Averroes, Santo Tomás y Melchor Cano. Además de las obras de los patriarcas de la nueva filosofía, conoce directamente las de personajes de segunda fila, tales como Maupertuis

(*Essai de Cosmog.*), Dutens (*Orig. des découvertes*), Burnecio (*Teil. théor.*), Jaquier (*Phis. inst.*), Fortunato de Brixia (*Phisica*), Maignan (*Philosophia Naturalis*), Boilé (*Paradoxa Hydrostatica*), Bourruet (*Epist. Phil.*), Buffon (*Hist. Nat.*), Puffendorf, Hobbes, los dos Cocceyo, los dos Bruker, Cudwortho (*System. Intellect.*), Cumberland (*Traité des lois nat.*), Parker (*De Deo et Prov.*), Clark, Budeo, Bonnet, Locke, Heicneccio, Kepler, Vernei y otros que puede ver el que en ello tenga interés particular (1).

Podrá echársele en cara cierta oposición

(1) El Sr. Menéndez y Pelayo (*Heterodoxos*, tomo III, pág. 490) escribe: "Era su erudición la del claustro encerrada casi en los cancelos de la filosofía escolástica; pero ¡cómo había templado sus nervios y vigorizado sus músculos esta dura gimnasia! ¡De cuán admirable manera aquel alimento exclusivo, pero sano y robustecedor, se había convertido en substancia y medula inagotable de su espíritu! ¡Con qué claridad veía las más altas cuestiones, así en sus escondidos principios como en sus consecuencias más remotas! ¡Qué haz tan bien trabado formaban en su mente, más profunda que extensa, las ideas, y cómo las fecundizaba, hasta convertirlas en armas aceradísimas de polémica!" La primera frase es, indudablemente, equivocada, ya se refiera á las Cartas críticas, ya á las aristotélicas. El mismo Sr. Menéndez y Pelayo dice, un poco antes, que "no hay máxima revolucionaria, ni ampuloso discurso de los Constituyentes ni folleto ó papel volante de entonces que no tenga en él impugnación ó correctivo", afirmación que no se aviene con la de suponerle una erudición puramente de claustro y escolástica. Menos todavía se podrá eso avenir con la refutación que le atribuye más atrás de las ideas "cartesianas, baconistas, leibnicianas, malebranchianas y lockistas".

sistemática á las nuevas escuelas; pero no se debe olvidar que el *Filósofo Rancio* los combate como filósofos y no como naturalistas. Los progresos de las Ciencias Naturales, que no eran una sombra de los de nuestros días, los reconoce en muchas partes, explicando con notable agudeza por qué esas ciencias no progresaron más en siglos anteriores. En una de las cartas aristotélicas pone en boca del Estagirita las siguientes palabras: "Sobre la Física particular debo decir que ni yo ni los escolásticos hemos tenido por suficientes mis adelantamientos. Trabajé yo sobre ella mucho más de lo que piensan esos señoritos. Testigos son de esta verdad los muchos libros míos que existen, cuales son: *De Coelo et Mundo... De Ortu et interitu... De Animalibus... De Plantis... De Meteoris... De Somno et Vigilia... De Anima... De parvis naturalibus...* los cuales suelen subdividirse en otros, sin los muchos que se han perdido después que salieron de mis manos. Con todo eso jamás pensé yo haber comprendido más que una cortísima parte de este ramo. Sabía yo y saben los escolásticos que es muy vasto el campo de la Naturaleza, que encierra en sí infinitas especies de cosas y causas tan dignas como difíciles de conocerse... Esperé que así como yo supe aprovecharme de los trabajos de los que me precedieron, así también los que me siguiesen sabrían apro-

vechase de los míos, y que todos procurásemos unir nuestros adelantamientos para común utilidad de los mortales... En lo demás no seré muy duro en conceder que entre las cosas que yo admití y admitieron mis discípulos se encuentren algunas equivocaciones. La falta de instrumentos, la imperfección de los que había, la estrechez á que estaba reducido el comercio de los hombres, sin haber entonces descubierto tantas maravillas en los países del mundo aún desconocido impidieron el suficiente examen y pudieron ser causa de algunas ideas poco exactas. Di asenso á relaciones que eran inverosímiles y tuve por verdaderas. Todo esto lo confieso francamente, con tal que se me conceda en recompensa que si mis obras no son capaces de formar un físico perfecto, pueden enriquecerlo de los conocimientos más necesarios de la física para que entre con los ojos abiertos en el obscuro laberinto de la naturaleza y sepa aprovecharse de los trabajos que posteriormente se han hecho. Por lo que hace á los escolásticos pudiera citar á muchísimos que han hecho admirables progresos."

En otro lado se propone la dificultad de la desproporción entre los adelantos de los escolásticos en filosofía, en teología, en ciencias morales y políticas y los adelantos en ciencias naturales y responde con una observación agudísima que se reduce á lo siguiente: los esco-

lásticos en su inmensa mayoría han sido sacerdotes, y con las ocupaciones del sacerdote es mucho más compatible dedicarse á las ciencias que miran á la dirección de las costumbres que á las que se ordenan al estudio de la naturaleza (1).

Fuera de concesiones por el estilo, no cede un palmo á los adversarios aunque ellos se consideraban dueños del campo. Pone de relieve los plagios, imitaciones y *escardas* de Descartes, de Gasendo, de Malebranche, de Leibnitz, de Newton y de Locke; pone frente á frente sus doctrinas para manifestar que son inconciliables; ridiculiza el afán desordenado de novedad en la indagación filosófica; contrapone las descabelladas suposiciones de los eclécticos á la solidez de los escolásticos; hace ver que los que blasonaban de buscar en cada filósofo lo mejor era corriente que lo copiaran todo de uno; y así, por este estilo, va el P. Alvarado haciendo jirones de la ostentosa veste eclectista. El recurso de traer á Aristóteles, á Averroes y á Cicerón cual jueces de contienda, le facilita grandemente el camino y da á la refutación un interés dramático sin el cual era muy

(1) En otro lado dice: "Estoy muy lejos de negar por este mi modo de pensar el mérito á los modernos que lo tengan. Sé que han hecho muchos y muy importantes descubrimientos en la física que debemos adoptar, sin adoptar por ello las ideas peligrosas á que han dado margen estos descubrimientos."

difícil divulgar escritos de crítica escolástica y menos una defensa franca del escolasticismo. Las cartas filosóficas del P. Alvarado no encuentran nada que se las iguale hasta Balmes. Pero no hay que exagerar su importancia: forman una obra destructora más bien que regeneradora, aunque preparasen para ella. Con Alvarado y sin Alvarado la crisis del filosofismo era un hecho palpable y la del eclecticismo (1) un hecho inminente; ambos llevaban

(1) El plan para la refutación del eclecticismo lo expone así en la Carta XV de las aristotélicas:

“Cuando yo pensaba que tendría mucho que trabajar en la averiguación de unas materias que se dicen nuevas, me he hallado que son más viejas que la sarna y con que las han controvertido y apurado muchos escolásticos ranciosos. Me hallo el trabajo casi hecho y el eclecticismo impugnado á poca costa. No echemos ya más palabras al viento: tracemos el plan de mis siguientes discursos, á los que he dado el orden que sigue:

1.º No hay filosofía ecléctica cual se describe por los eclécticos.

2.º No puede haberla.

3.º Aun admitida, sería invención ridícula.

4.º Y también inútil y en mucha parte perjudicial.

5.º El pensamiento de hacerse ecléctico está lleno de soberbia.

6.º Y de dificultades de que no se puede salir con felicidad.

7.º La duda que se supone como base del eclecticismo, tiene graves inconvenientes. Propende al pirronismo y no libra de la credulidad de los pitagóricos.

8.º Los eclécticos no entienden bien la libertad; idea de la que se requiere para filosofar con acierto; no la tienen los eclécticos; peligros de la libertad mal entendida.

9.º Extremos en que han dado los eclécticos en el uso de los filósofos; no han hecho la distinción que se debe.

10. No es el eclecticismo del día el que cuadra con la

dentro el germen de descomposición, de una descomposición que aceleró el P. Alvarado, sin defender gran cosa las doctrinas concretas de la escuela.

*

* *

Donde realmente hizo esa apología, al hacerla de las doctrinas y de las instituciones católicas, fué en la segunda serie de cartas, en las que verdaderamente transcendieron al público, en las que aparecieron con la firma del *Filósofo Rancio*. Después de los primeros triunfos, des-

Religión. Cómo se debe la filosofía sujetar á ésta; peligros que le trae; cuánto la repugna. Examen del peripato en esta parte y de la filosofía moderna.

11. Espíritu de partido se suele llamar á lo que no lo es; se fija su idea; no puede el eclecticismo destruirlo; sirve mucho para promoverlo.

12. Cuestiones inútiles de los escolásticos. Se examinan; se hace cotejo con las que controvierten los modernos. Voces baratas; vuelve á ilustrarse este punto, se averigua cuál es en la materia el mérito de los modernos.

13. Los PP. y FF. no fueron ecléticos como los de ahora.

14. Conclusión que deberá nacer de estas verdades; idea de una filosofía útil; se prefiere la escolástica, y se le da á la moderna el lugar que debe tener y la corresponde.

Aquí tiene usted, amigo mío, el índice de las materias que tengo que examinar, y que examinaré con la brevedad que me sea posible. Estoy entendido en que no son difíciles de probar los puntos que he propuesto, y que, una vez probados, ó darán con el eclecticismo por tierra ó, al menos, nos librarán de las importunísimas invectivas con que los ecléticos nos están jeringando."

pués de haber atraído al redil del tomismo muchos de sus fugitivos adeptos, después de haberse acreditado de gran pensador, de discutidor invencible, ya podía el P. Alvarado presentarse, no diré al descubierto, pues jamás él disimuló su procedencia ni atenuó sus ideas, sino gloriándose de aristotélico, de fraile, de *rancio*, de enemigo de todo lo francés. “No soy francés —dice— ni lo permita Dios, ni de nación, ni de imitación, ni de doctrina, ni de cosa ninguna de este mundo... Después de todo, señores liberales, un solo favor quisiera merecer de ustedes, á saber: que, dejándose de pretextos, me acusasen y condenasen por mi verdadero crimen, que consiste en ser *Rancio* (nombre que yo elegí y que ustedes me repiten por oprobio). Así que acúsenme y condénenme por cristiano *rancio*, por católico *rancio*, por español *rancio*, por vasallo *rancio*, por filósofo *rancio*, y si me tienen por alguna otra cosa más, que vaya el *rancio* al lado de la tal cosa... El título que le apropiaron sus amigos fué el de *Filósofo Rancio*, nombre apelativo que le viene á más de un millón de españoles, y por lo tanto tan del gusto del autor que no lo cambiaría por el de Arzobispo de París... primero se habría dejado desollar vivo que consentir se le llamase Pedro Aurelio, Wendroch, Natanael Jomtob, Felipe Egalité y demás de que hacen tanto uso las dos cofradías reunidas. Pasó, pues, por *rancio* en

toda la extensión de la palabra, y por *filósofo* en cuanto el significado propio de ella no es más que el de *amador de la sabiduría*."

Podrán las cartas filosóficas ser más doctas, más sobrias, más atildadas y no menos dignas de la consideración del filósofo. Pero en el orden práctico, de lucha, de influjo, de defensa concreta, de regeneración nacional, de orientación de espíritus, no se les pueden comparar ni esas ni ninguna otra obra del siglo XIX. Es verdad que no están escritas las cartas críticas bajo un plan; que el autor tiene que repetir algunas veces las materias, aunque suele exornarlas con nuevos argumentos; que tiene que habérselas, no con Campanelas ni Descartes ni Gasendos, sino con hojas y folletos volantes, con escritores de segundo orden cuando más (y ya se sabe que no hay mayor desgracia que encontrarse con enemigos sin ideales grandes, que jamás se presenten en batalla campal); no obstante, su obra ni es de ocasión ni se ahoga en nimiedades. Lo que empieza por ser certero golpeo de libros y folletos que en absoluto han pasado á la Historia, ó, mejor, al olvido, se convierte en seguida en una apología del Catolicismo de las más fundamentales é imperecederas. Con el pretexto de impugnar un libelo cualquiera de Villanueva ó de Gallardo, un dictamen de Gordillo ó de Argüelles, que de dos zarpazos destroza, se eleva

el maravilloso pensador, en alas de la ciencia teológica, de la sana jurisprudencia, de la más alta filosofía, á regiones desde las que se dominan forzosamente millares de cuestiones que no tocó ni pretendió impugnar siquiera el adversario del momento, pero que figuran en las acusaciones de todos los días, en las mil incidencias de los filosofantes, jansenistas y revolucionarios embebidos en el deísmo importado de Francia. Para el P. Alvarado en las cartas críticas no tenían ni podían tener lugar el afán de enseñar en quien tanto sabía, de discutir en quien era tan diestro en la palestra literaria, de dar á conocer un nombre que empezaba por encubrir con un seudónimo; el ilustre filósofo andaluz se resolvió á escribirlas por deber de conciencia; las abrazó como un apostolado, como una cruzada, como una cruz. Lo era ciertamente para él escribir en medio de una enfermedad (1) que le obligaba á suspender las cartas; escribir en el destierro, atormentado por malas noticias; escribir sin libros, lo que en materias de tanta doctrina

(1) "Vino la noche, y el deseo de enterarme en este escrito, que miraba como de suma transcendencia, me hizo olvidar los repetidos escarmientos que he experimentado de la lección de semejantes escritos. Lo lei, pues, y la pena de este pecado ha sido no haber logrado más que una hora de sueño, y éste en el tiempo que ya debía de interrumpirlo. ¡Qué noche tan larga! ¡Qué imágenes tan funestas! ¡Qué presagios tan tristes! ¡Qué cúmulo de reflexiones, las más amargas y desoladoras! ¡Dios eterno! ¿Ha llegado, por ventura, la hora de que nos hagamos apurar hasta las he-

era difficilísimo y expuesto, aun contando con una memoria feliz como la suya. Sobre la habilidad dialéctica, sobre el humorismo que se desborda, sobre la ironía y hasta el sarcasmo que se encrespan, flota siempre su celo ardoroso por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Con este norte no es de extrañar que á todos los bribones los iguale ante el látigo, sean iguales ó desiguales en ciencia, pues sobre la de todos estaba la suya y frente á sus intentos de des cristianización estaba la decisión del maestro cifrada en esos términos:

Palo al burro blanco,
Palo al burro negro,
Palo á todo burro
Que no ande derecho.

*

* *

El Rancio empezó su trabajo con el propósito de “examinar profundamente y aclarar con la evidencia posible estos principios de que se abusa”, y, á la vez, resuelto á hacerlo “ob-

ces del cáliz de tu ira? ¡Religión santa! ¿Con que tratas de emigrar de entre nosotros? ¡Infeliz viejo! ¡Ay de mí! ¿A qué país deberás acogerte para vivir cristiano lo poco que te queda de vida?

”¡Desgraciadas hermanas mías é inocentes sobrinos! ¿De qué medio podré valerme para precaveros del mayor de los males que nos amenaza?”

jetiva y no subjetivamente..., limitándose al sentido que las profesiones ofrecen y prescindiendo enteramente del intento que pudieran tener sus autores en producirlas". Lo primero lo cumplió á las mil maravillas. Con la *Suma* de Santo Tomás en la mano explica maravillosamente la necesidad del sacrificio, el origen de la propiedad, la libertad, la ley, la oración, los consejos evangélicos, la dependencia del hombre, necesidad de la fe y mil otras cuestiones. Al lado de las tesis, en medio de ellas y compenetrando toda su exposición, *el Rancio* entalla cuentos llenos de gracia, inventados por él la mayor parte, ejemplos saladísimos, frases felices, acusaciones duras, implacables.

En esta parte ya no podemos menos de asegurar que no cumplió los formados propósitos. Ante Gallardo, Quintana, Urquijo, Díaz Caneja, Oliveros, Puigblanch, Argüelles, Manuel Cano, y ante la turba que no hay por qué nombrar de periodistas sin ciencia y sin escrúpulos que le salieron al encuentro, le era imposible contenerse; al tropezarlos, no estaba en su mano dejar de jugar con ellos á las cañas. ¡Eran tan poca gente para un dialéctico tan formidable! Menos todavía aquietaba los nervios en presencia de los clérigos jansenistas. *El Rancio* los trata con desdén infinito, haciendo de ellos re-

tratos despiadados (1). Ni una sola vez se acordaba ante ellos ni deja en el misterio las objeciones que pudiera costarle trabajo rebatir; sólo llevando al arrase la argumentación del adversario procura sacar la suya triunfadora. Se ve que *el Rancio* nada esperaba conseguir

(1) "Estos humildísimos varones son, sin duda, *ecónomos y administradores*, pero no de los bienes temporales (eso sería un tormento para hombres tan espiritados), sino de consejos que nadie les pide ni hemos menester; de opiniones del otro jueves y de escritos por barba, en que nos muestran que solos ellos saben y nosotros somos unos zoquetes; que solos ellos atinan y nosotros vivimos á tientas, y, lo que es más de maravillar, que á su arbitrio está hacer que lo que es verdad en el invierno sea mentira por el verano, y lo que esta primavera era un error y absurdo, antes del otoño sea un dogma católico ó político, ó como á sus señorías les place. Pero tan cierto como es que los referidos señores se tienen por ecónomos de palabras y escritos, tan indudable es también que acerca de *las rentitas que tienen de la Iglesia*, nunca se han metido ni meten en esas averiguaciones. Como su conversación toda es del cielo, no quieren incluirse en cosas de la tierra, y, por consiguiente, cuando toman lo que toman, no echan cuenta sino de lo que les queda sin tomar y nada más. ¡Oh probidad notoria! ¿Ha visto usted, amigo, á alguno de estos jaques desprenderse, no diré ya de las rentas de la Iglesia, que, como sagradas que son, *ratione personarum*, no consiente la notoria probidad que pasen á manos profanas, sino de las propias? ¿Los ha visto usted llamar á limosna, aunque sea con trompeta? Irá usted á ver á alguno de ellos; todo respira santidad en su boca, todo anuncia probidad en sus gestos, todo indica austeridad en su exterior, hasta el crucifijo que tienen sobre el bufete parece significar el cumplimiento de aquella profecía que, al fin de la Pasión, cita San Juan: *Videbunt in quem transfixerunt*. Pero en punto de monedas, *quieta España; nosotros no lo hemos de hacer todo*; de las obras de misericordia nos tomamos las espirituales, las corporales quédense para gentes que no sea todo espíritu."

de tales pájaros, y trata sólo de arrancarles el disfráz para que no hagan daño. Si no supiéramos las crueldades que cometieron, las inmundicias con que se mancharon, la hipocresía con que disimulaban y hasta doraban las más repugnantes abominaciones, tendríamos al Padre Alvarado por injusto; pero sabiendo con quién se las había y los agravios que de ellos había recibido la Religión, y las persecuciones y latrocinios con que se ensañaron en las Comunidades religiosas, particularmente en las de monjas, lo que maravilla es que tuviera estómago para refutarles á diario y ponerles en la picota con tan buen humor. Ocasión hubo en que, teniendo y todo, el vicio de leer cuanto encontraba, tuvo que suspender mil veces la lectura de uno de los libros jansenistas. Nada puede expresar tan vivamente las arcadas que le causaban los discípulos de Jansenio, porque su humor era maravilloso para un joven, cuanto más para un viejo.

*

* *

Si no se tratase de un hecho histórico fuera de toda duda que la mayor y mejor parte de sus festivas cartas las escribió viejo, enfermo, perseguido, desterrado, apenas lo creeríamos. Sin embargo, así es. En un pueblo de Portugal muy

próximo á Ayamonte, en Tavira, pasó dos años devorando el pan amargo del destierro, hasta que, alejados los franceses de Sevilla desapareció para él el peligro de morir fusilado. El fusilamiento lo tenía tan seguro que hasta lo creía justo... dentro de la justicia del Rey Pepe (1).

Explicando en una de las cartas los inconvenientes que tenía para escribirlas todas, para redactarlas con sal (que siempre le sobra) y con corrección (que poquísimas veces le falta), dice así:

“Sobre el dolor que me causan las circunstancias de la patria, con la que están jugando á tira más tira los franceses por un lado y los liberales por otro, y las de mi familia y amigos, á quienes amo á la española antigua, se agregan las de mi destierro, que, aunque voluntario, es destierro; las de mi salud por mal nombre, que no me permite trabajar cada día sino dos horas (el mismo tiempo que usted consumió en cuajar soñado *el Jansenismo*, que me dedica), y, últimamente, las de mis proporciones, que forman una verdadera improporción. Figúrese usted, señor Nistactes, la situación de su contrahecho paisano cuando escribe. El día que

(1) “Para mí eran tan seguros los cuatro balazos como si estuviera viendo asestados los fusiles. Acaso los citados filósofos no me los hubieran recetado; pero puedo decir, sin que me engañe el amor propio, que habrían hecho en dispensarme de ello un grandísimo disparate.”

come, vomita; el día que no vomita, no come; si duerme una noche, se le pasan dos en vela; si no le duele el vientre, le duele el estómago; y duélale lo que le doliere, siempre le pesa la cabeza, siempre le palpita el corazón, y pocas veces la fantasía le ofrece imágenes risueñas, porque los franceses y los afrancesados se las espantan. Su retrete es un rincón, donde á duras penas puede reservarse de los norouestes que lo postran; su tertulia perenne, un millón de mosquitos, que cantan y tocan mejor que las orquestas del teatro ó que *los Concisos* con su *guitarra y boleras*; su sillón, un colchoncito anciano de edad, flaco de carne, y su piel llena de heridas y cicatrices, que, aunque tuerto, no es nuestro, y que como la de aquel que decía:

Esta mano, ¡cosa rara!
Si la abro, es tenedor;
Y si la cierro, cuchara;

hace á dos haces, sirviéndole de cama durante la noche y de asiento mientras dura el día; su bufete, un libro que afirma sobre las rodillas; su tintero, uno de aquellos que llevan los muchachos á la escuela, redondito, de color obscuro, que en una pieza tiene salvadera y hueco para la pluma, y cuyo precio es tres reales (vea usted los rodeos que he dado para evitar á los *feligreses timoratos* el rubor que había de salirles á *los ojos* si en una palabra hubiera dicho

que el tintero era de *cuerno*); la pluma, siempre mal cortada; la tinta, que suele tomar sangre de la tinaja; el pulso, temblón; la vista, cansada, y los anteojos, que por momentos se escurren por las sienes y narices y se caen sobre el papel, el que también algunas veces es malo á falta de mediano. ¿Qué tal, señor Nistactes? ¿Le parece á usted que *el Rancio* se halla en situación de meterse en dibujos, perfilar el lenguaje, corregir las impropiedades en que incurra *por la única vez que escribe sus cartas*? ¿Podrá hacer brillar toda la hermosura de que está dotado nuestro idioma y vestirlo con todos los adornos que le son propios y con que usted parece que se lisonjea de presentarlo? ¿Tiene *el Rancio* proporción para todo esto? Me dirá usted: ¿Pues para qué escribe en medio de tales improporciones? —Para servir de comentario á las ideas liberales. —Pues ya que lo hace, ¿por qué no emplea otra clase de estilo? —A esta dificultad puede ser que yo responda algún día hablando con la gente machucha. Por ahora me basta con aquella reglita de la Gramática que dice: *interrogatio et responsio eadem casui cohærent*, que, traducida en castellano, quiere decir: *para quien es padre, bástale madre.*"

*

* *

Ni estas circunstancias necesitaba invocar *el Rancio* para disculpar un estilo, una manera de escribir de las más portentosas, y la única conducente entonces. En movilidad de estilo no hay libro de fondo en lengua castellana que le iguale; en chiste y amenidad es un Quevedo, sin ser artificioso y conceptista; en el conocimiento de la vida, en la expresión castiza, aguda, maliciosa, dentro de la moral más sana, nadie camina tan cerca de Cervantes. ¡Como que leyendo *el Rancio* hay momentos en que se cree uno tener el *Quijote* en las manos! El plan es muy distinto, porque el fraile asesta sus tiros contra las utopías revolucionarias, y el soldado, contra la caballería andante; los

(1) Vuelto del destierro á Sevilla continuó todavía mal de salud, en gran parte porque los *tutores* no acababan de volverles su adorado convento de San Pablo. “¿Qué habrá usted dicho y qué habrán dicho otros al notar en mí más de diez días de silencio en la ocasión en que hubiera convenido destacar, si pudiera ser, un par de cartas cada día? Pero ve usted aquí lo que es y lo que puede un hombre inútil. Bien me lo temí y bien lo anuncié en mi anterior, como profeta que soy de mi propia casa. El mal rato que tomé para escribirla me ha salido á la cara, y tan salido, que he andado unos cuantos días con ella como la ponen los bajonistas mientras soplan su instrumento. Junte usted á esto lo mucho que el frío desayuda, especialmente á una complexión como la mía, á quien casi todos los meses del año se le antojan Eneiros, en medio de un Enero que puede ser el padre de todos los otros, y se hará cargo del brillante papel que, con la cara hinchada, la cabeza como barrenada y todo el cuerpo encogido de frío, habré estado representando. Lo peor de todo es que la *tutoría* en que me tienen los señores ministros de Gracia y Justicia, Ministerio de Hacienda, me trae privado

sillares son diferentes, porque Alvarado era un filósofo profundísimo, y Miguel de Cervantes un filósofo popular; pero la argamasa es la propia, es la literatura popular, es la expresión del pueblo, es la sensación de un españolismo á la antigua. Del estilo del *Rancio* puede decirse en general que es un estilo sin defectos. De lo que adolece es de excesos, de excesos de sal, de escabrosidades en los cuentos, de una franqueza que yo no sé si porque nuestro tiempo está muy lejos de ella, ó por qué, nos llega á parecer escandalosa. Ese mismo defecto se puede achacar á Cervantes; pero Cervantes no era fraile. ¿A qué atribuir que quien lo era y tan piadoso y tan celoso y tan rígido é inflexible censor ingiera de vez en cuando cuentecillos y chistes groseros y—¿por qué no decirlo?—bastante

de los recursos que contra los fríos y las nieblas me había enseñado la experiencia y granjeádome los años. Por los méritos de éstos habitaba yo una celda donde podía ponerme al sol desde el principio hasta el fin del día, y gozaba el privilegio de decir la misa en mi Iglesia á la hora que mejor me acomodase. Pero hoy, por el beneficio de la tutoría, mi mansión es una casa que no visita el sol si no en el solsticio de Junio, y mi iglesia y mi sacristía donde los sacristanes son más comedidos y menos tempestuosos.

De aquí es que apenas dejo la cama, cuando tengo que salir en busca del fresco, de la niebla ó de la lluvia, ó lo que Dios me envía. Luego que digo misa, me es indispensable desandar el mismo camino y volver á la misma intemperie, y en lo que resta de la mañana, ó tiritar de frío ó sufrir un brasero que, calentándome las uñas, acaba de denterplarme la cabeza. ¿Si será voluntad de Dios que alguna vez salgamos de la dichosa tutoría?"

verdes? La solución nos parece llana, supuesto el carácter del *Rancio* y las circunstancias de la época. Cuando las corporaciones religiosas eran calumniadas de la manera más infame, para poderlas aniquilar mejor, hubiera sido *simple* el ocultar defectos que, en último término, á ninguna congregación deshonraban, por más que delatasen á algún particular; cuando los jansenistas se presentaban cubiertos con el manto de hipocresía y los revolucionarios españoles y los invasores franceses simulaban una religión y unas costumbres que no tenían, parecía necesario un verdadero alarde de sinceridad. Las campañas del *Filósofo Rancio* se ordenan siempre á la defensa de la Religión y la moralidad. Agreste á todas horas, agreste y humorista, pero nunca inmoral. Agreste y sano, como aire puro de la sierra, que en fuerza de ser natural arrastra polvo y pajas; lleva la vida á los pulmones, aunque llene de briznas los vestidos, de briznas que ni el vestido manchan. Y ¿cómo proceder de otra manera? *El Rancio* tenía que resolver, á la vez que incontables cuestiones menudas, un difícilísimo problema: propinar grandes dosis de Teología, de Filosofía, de Jurisprudencia, de alta política á los lectores de su tiempo, poco doctos, poco dados á serlo y de un paladar estragado.

¿Cómo lograrlo sin condimentos fuertes, sin

sales gruesas? ¿Cómo hacer de legión él solo, sin órganos de publicidad, sin claque, sin padrinos, cuando empezaba la dictadura de la opinión pública, cuando la influencia de los hombres sabios empezaba á ser suplantada por la de los afortunados periodistas? No es esto negar que su genio regocijado le llevase alguna vez más allá de la prudencia, pues los caracteres zumbones, sobre todo si son andaluces, cuando sienten el campaneó de la risa que sus sales excitan, no pueden resistirse de arrojarla á puñados.

Al P. Alvarado, sobrio en chistes en las cartas filosóficas, severo en las que dirigió al más tarde Cardenal Cienfuegos, gravísimo y disciplinado en su precioso *Diálogo entre dos canónigos*, cuando se dirige al gran público, sea que dedique las cartas á un amigo suyo entrañable y condiscípulo, diputado de las Cortes de Cádiz, sea que las dedique en derechura á alguno de los jansenistas, le sale la ironía á borbotones; en esos casos, la imaginación fresca del valetudinario anciano rejuvenece, la valentía, la independencia, la franqueza encuentran en él un heraldo como será difícil encontrar en muchas generaciones de escritores. ¿Cómo no ver aquí una demostración de lo que hemos considerado clave de su humorismo desatado?

*

* *

Cuando la gloria y la salvación de las almas no se veían comprometidas, el P. Alvarado era el más manso y llevadero de todos los mortales. Su tomismo, puro y exclusivista, nunca le lleva á maltratar á los partidarios de otros sistemas que él no seguía, pero que respetaba profundamente. Comprendía muy bien que la vida interna de las escuelas se nutre con afirmaciones y reclama ciertas intransigencias, pero que las escuelas no deben ser cerradas hasta el punto de que nada de cuanto se afirme fuera de ellas se tenga por aprovechable.

Tan tomista de la buena cepa se sentía y declaraba, que hubo cartas que escribió sin más ayuda que la de la *Suma Teológica* (1), y de nada daba tantas gracias á después de *ser católico* como de *ser tomista*. "En punto á amor y respeto á Santo Tomás soy tal —escribe— que después del beneficio que reconozco á la misericordia de Dios porque me hizo católico, ó (para que nos entendamos mejor) *papista*, coloco inmediatamente el de haberme hecho to-

(1) "Me animo mucho á arrostrar esta empresa porque se ha aumentado mi Biblioteca, reducida antes á un breviario. Tengo ya en mi poder el catecismo más completo que se ha escrito de la Doctrina Cristiana, el más precioso compendio de los Padres de la Iglesia, el resumen de los mejores principios de la legislación y moral y la quinta esencia de la más pura y juiciosa filosofía. No sé si me habré explicado bastante para que usted entienda que he adquirido una *Suma* de Santo Tomás. Dios se lo pague á un fraile, medio portugués, medio español, á quien la debo."

mista... Desde que el Santo Doctor existió hasta el día de hoy, que son ya pasados más de cinco siglos, no ha habido en la Iglesia de Dios hombre alguno docto que no haya leído con sumo cuidado sus escritos, y ha habido muchos que en las materias opinables han tomado empeño en impugnarlo, y el resultado ha sido que la mayor parte ha suscrito á sus opiniones y los que no, se han contentado con no seguirlas y con formar aparte meras opiniones también. Con que opiniones por opiniones me quedo con las de mi casa, sin llevar á mal que se piense de otro modo en las ajenas; antes bien, admirando en ello la providencia de Dios, que por este género de emulación y competencia en que ni la fe ni la caridad peligran, ha provisto á la Iglesia de nuevas y nuevas antorchas que la ilustren y ha adornado á esta su Iglesia de una agradable variedad." A las discusiones de las escuelas las califica de "guerras galanas sobre cosas de libre opinión, que al mismo tiempo que fomentaban la emulación de los cuerpos particulares, contribuyen lo que no es decible á la causa é interés del cuerpo universal".

A los escotistas los trata con toda consideración, colocándolos en la misma línea que á los tomistas y defendiéndolos del Jansenismo. A la que llama escuela *de los agustinianos recientes* la considera como una nueva rama del tomismo. "Que lean á Berti —dice á los jansen-

nistas— y después de leído me digan si para citarlo á él y á sus discípulos por el Jansenismo no se necesita de más frente que la que presenta la fábrica de tabacos de Sevilla.”

Con respecto á los jesuítas es verdad que, dejándose llevar de su apetito desordenado de chiste y siguiendo el estilo de hablar de la gente, hace una semblanza despiadada de un clérigo *que le pareció* jesuíta, lo que pudiera hacer sospechar que por manías de escuela y por estar entonces suprimidos se ensañaba con ellos y los consideraba inútiles. Nada más lejos de su ánimo; de ninguna congregación hace los elogios que de la extinguida Compañía de Jesús, cuya restauración conceptúa necesaria para el resurgimiento de la Patria. En otro lugar manifiesta su estimación en estos términos: “Comienzo por la expulsión de los jesuítas, obra de la filosofía y del jansenismo, y dejando para otra coyuntura la nueva invención de enjuiciar que sirvió para expulsarlos, sentenciándolos sin haberles oído, llamo solamente la atención al bien que este cuerpo religioso nos traía con sus escuelas. En ellas aprendíamos á leer, escribir, contar, lengua latina, filosofía y teología sin costarnos un cuarto. Se llevaron ustedes ó hicieron llevar los catedráticos (se supone que esto fué sin despotismo, ni tiranía, ni injusticia, ni cosa que se le parezca, sino como obra de filosofía y probidad), y hechos cargo de que las

dotaciones eran para la enseñanza, pusieron en administración la enseñanza y las dotaciones. Transcurrieron ocho ó diez años, y cáteme usted que ya se acabaron las dotaciones, porque se las comieron los grajos... Digo ahora por escrito lo mismo que tanto á usted como á todo el mundo he dicho constantemente de palabra, y añado que si la restitución de los jesuitas fuera cosa que pendiese de mi arbitrio, ya ellos estarían en Cádiz, en la Isla, en Galicia, en Murcia y demás países libres de la península y en toda la extensión de la América. ¿Lo quiere usted más claro? Me dice que les *beso la correa*, en lo cual creo que padece equivocación, porque no era correa, sino bendo el que los ceñía. Mas supongamos que sea correa y que yo tenga la habilidad, que nunca he tenido, de *besador*. ¿Qué es lo que puede moverme á besársela? ¿Pueden los infelices hoy en día lo que en algún tiempo en que lo podían todo? ¿Existe quien dé la cara por ellos?"

Esta alteza espiritual dominaba en el Padre Alvarado casi tanto como por amplitud de miras de su temperamento científico, por exigencias de espíritu patriótico. Amaba todas las sanas instituciones españolas, sin pactar con sus demasías. Veneraba al Rey con un afecto del que es inútil aducir comprobantes, y, sin embargo, tronaba contra los monopolios reales

que convertían al Rey en un contrabandista en grande y arruinaban los pueblos (1).

Antes de la reunión de las Cortes de Cádiz el P. Alvarado se esforzó en manifestar cuál

(1) "Sola la tiranía desea soplones. No acierto á componer con la pública honestidad á que debe aspirar la ley, esa infinita muchedumbre de guardillas que, á semejanza, de la langosta, ha estado devorando á todo el reino. Son harto notorias sus vilísimas gestiones y mezquinas manobras para que yo gaste ahora el tiempo en afeirlas. Por otra parte, ¿qué otra cosa son estos empleos sino cebo para que muchos se crien sin oficio ni beneficio, con la esperanza de colocarse en ellos? ¿Y cómo una ley que los autoriza puede encaminarse á la pública honestidad, que por esta autorización arruina? Sabido es el horror y mal concepto en que siempre fueron tenidos los publicanos, y nuestra legislación, en vez de disminuir esta peste, cada día inventa nueva clase de publicanos.

"Ofender al enemigo de afuera ha sido y es, en todas las naciones, el camino más seguro de la gloria; emplear la espada contra el enemigo de adentro que perturba el sosiego público es la comisión del hombre más vil de la república, cual es el verdugo. Tanto como éste es el horror que inspira la naturaleza á que el miembro de un mismo cuerpo ofenda á otro. Nuestra España ha perdido mucha parte de lo que este horror tiene de justo y racional en sus leyes contra el contrabando, señaladamente en los últimos tiempos, en que ha muchos años que arde una guerra civil del guarda y soldado contra el contrabandista, y del contrabandista contra el soldado, en que la Patria pierde siempre, pierda el que perdiere, y de donde se siguen incalculables males y desastres de que hablaré otra vez con más extensión. ¿Y qué causa hay para este mal? Que el contrabandista hace lo que el Rey, no usurpándole derecho alguno de soberanía, sino imitándolo en haberse metido á negociante contra todo el decoro de su corona. Y de esta usurpación, ¿qué daño se sigue al bien público? Que el pueblo compre mejor, más barato y con más libertad lo que los agentes del Rey le venden peor, más caro y con una autoridad insultante. No me cabe en la cabeza que esto tenga visos de justicia."

debiera ser su carácter para continuar las tradiciones patrias, llevando á ellas el espíritu sano de las antiguas leyes y la representación popular genuina (1). Al funcionar las acató siempre

(1) "Tenemos Constitución, y en mi dictamen y en el de los hombres más acreditados de sabios, la más completa y racional de cuantas se conocen en el mundo. Tal es la que encontramos en el código de las Partidas. Allí se pone al Gobierno para que no degenera en arbitrario el temperamento de las Cortes que, con su influjo, deben regular los dos principales artículos por donde se aplica la tiranía, á saber: las leyes y los impuestos. Allí se señalan y regulan, con la mayor justicia y moderación, los oficios del príncipe para con el vasallo y del vasallo para con el príncipe, y de unos con otros vasallos... ¿Con qué cara, pues, se nos habla de Constitución como de una cosa de que carecemos?... Las experiencias que acabo de citar deberán abrir los ojos de la nación para fijar los objetos sobre que hayan de decidir las Cortes, cosas que, directamente, pertenezcan al estado común, nada que pueda mover el interés privado de algún particular. Leyes, contribuciones, estado de los negocios públicos, examen de la conducta de los ministros y principales encargados, y nada más. Las gracias, las pretensiones, las quejas de unos con otros, por mi dictamen no se deben allí nombrar, ó se deben nombrar solamente para señalar tribunales que conozcan de ellas." Acerca de los que debían ser miembros de las futuras Cortes, escribe como sigue:

"Resta el punto más difícil, á saber: quiénes han de ser y cómo se han de elegir estos representantes. Mas yo creo que esta dificultad se desatará como quieran seriamente desatarla.

"Los Obispos son vocales natos de las Cortes; la nación es muy contenta de ello y es muy raro el ejemplar que pueda citarse de algún Obispo que haya abusado de esta facultad, siendo infinitos los que pueden alegrarse de los grandes bienes que por ella han hecho.

"Los grandes son también vocales natos, y con razón, pues, donde se junta el cuerpo deben concurrir los miembros principales. Mas tenemos la desgracia de que los grandes, muchas veces, lo son por casualidad del nacimiento y no como los Obispos, por una madura elección. D. Ro-

con gran respeto, pero impugnando, con denuevo las tendencias alocadas de muchos diputados y declarando francamente que, no sólo

drigo Ponce de León, para poner un ejemplo, fué un hombre digno por sus servicios á la Patria de todo lo que ésta le dió, y, de consiguiente, un vocal de cuya boca debieron pender las Cortes de su tiempo. Mas tuvo hijos, tuvo nietos y tuvo descendientes, y entre éstos, unos heredaron de su abuelo el celo por la Patria y el acierto en servirla, y otros no heredaron más que los títulos y el caudal, y tal vez fueron, ó viciosos, ó estúpidos, ó egoístas, etc. Tenemos, pues, aquí un grande y un vocal, pero, ciertamente, no tenemos en uno de éstos ni la voluntad de la nación de que la represente, ni el mérito para que contra su voluntad lo haga. Por el contrario, tenemos un enemigo de su bien. Los romanos, para evitar este inconveniente, establecían de tiempos en tiempos la censura, que limpiaba al Senado de los malos patricios. Mas este expediente, además de que no bastó en Roma, entre nosotros sería demasiado odioso, y tal vez impracticable; más fácil encuentro yo otro en la abolición de las vinculaciones. Sea muy en buen hora que la Patria premie á sus hijos beneméritos, engrandeciéndolos, no solamente á ellos, mas también á su posteridad. Mas yo no veo que haya razón para que si esta posteridad se hace viciosa, la ley, en vez de castigarla, trate de conservar el caudal y los honores de que abusa para sus vicios. No lo castigue, si así se quiere, despojándolo de ellos. Mas déjelo, al menos, que él mismo se despoje. Divídase su caudal entre sus hijos. El que de éstos fuere un perdido, dará en breve, al través; el que fuere hombre de bien seguirá las pisadas de sus mayores, servirá bien á su Patria y acrecentará su propia fortuna. Si todos fuesen disipadores, pasarán los caudales á manos que mejor los merezcan, y habrá títulos que dar á los que nuevamente se levanten del común del pueblo á servir dignamente á la Patria. Estoy contra todas las vinculaciones, á excepción de la de la Corona; ni me cabe en la cabeza que porque un digno español hizo ahora cuatro siglos servicios á la Patria, haya ésta de estar honrando y aguantando á una caterva de nietos, capaz cada cual de hacer más daño en un día que beneficios hizo su quinto abuelo en veinte ó treinta años.

"Ultimamente, son vocales los diputados de los pueblos,

se convertían en enjambre de vocingleros, sino que hacían imposible el gobierno al poder ejecutivo, puestas como el perro del hortelano, sobre la cebada que ni comían ni dejaban co-

y yo hallo muchos inconvenientes en el modo con que se confía esta diputación. Por lo común, son algunos de sus regidores y jurados. Y bien, ¿por dónde les ha venido esta diputación? A unos, por merced de los Reyes, que los hicieron regidores perpetuos; á otros, porque heredaron á éstos, y el empleo les viene por familia; á otros, porque la justicia ó el ayuntamiento del año anterior los presentó para el año presente, y el señor del territorio ó la chancillería los nombraron. A ninguno porque el pueblo lo diputó ni para las Cortes ni para el empleo en fuerza del cual ha venido á ellas. No merece, en mi concepto, este tratamiento el pueblo español, ni en este sistema se puede contar con que las Cortes tengan dignos vocales. Al hombre más despreciable se le concede que nombre procurador á su gusto hasta para los negocios de menos momento. ¿Por qué, pues, se le ha usurpado este derecho al pueblo más noble y leal? Vender una veinticuatría es lo mismo que vender un pueblo. Concederla por gracia, es lo mismo que regalar á usted con lo que es mío. Que otros me nombren procurador es tratarme de pupilo. Premie el Rey con otra cosa á quien tuviere que premiar. Compre quien tuviese dineros las cosas que se pueden vender y désele procurador á los locos y á los menores. Mas déjesele al pueblo el derecho de confiar su bien á quien tenga por conveniente. Por mi dictamen, los oficios todos de los pueblos (á excepción de los jueces de letras) se habían de dar por voto de todo el pueblo, á semejanza de como se nombran ahora el síndico y diputado del común. Había el pueblo de ser libre en nombrar á quien quisiese, aunque fuese reelegir al mismo. Había de poder echar mano de cualquier eclesiástico que mereciese su confianza, con tal que el empleo no estuviese en oposición con lo que prescriben los cánones; finalmente, había de dejársele en este punto toda la acción que fuese compatible con lo que debe á Dios y al Rey. En tal caso, si la elección de este año no saliese derecha, podría enmendarla para el año siguiente, y si siempre salía mala, tendría, al menos, la satisfacción de que se hacía á

mer (1). Pero en lo que no reconocía competidores era en el amor á la gloria de la España heroica, á sus santos, á sus escritores, á sus guerreros.

“El siglo—dice—de sus sabios ha sido asimismo el de sus santos. Nada se escribió entre nosotros que no mereciese ser escrito, y lo que mil veces me ha llamado la atención hasta en los libros más indiferentes y de pura diversión, la religión era reconocida, honrada y respetada. Testigo Miguel de Cervantes, ese soldado, ese hombre de mundo, ese poeta escritor de novelas y romances; en fin, ese sabio con quien no es comparable, ni aun por sueños, ninguno de esos oráculos de nuestro siglo. Rara es la página de este admirable ingenio donde no se le busque lugar á la piedad para con Dios, al respeto con la

su gusto, y no como ahora que pocos de sus jefes son á su gusto, y más pocos los que, en vez de padres, no son los lobos de su pueblo.”

(1) “Nuestro remedio consiste en la observación de los hechos y de las personas, y todo lo que en el Congreso se trata son discusiones de derechos... No es fácil que usted se persuada á qué grado tan alto llegan el respeto y veneración que profeso á las Cortes. Estoy plenamente convencido de que no puede lograrse la felicidad general sin sujetarse al orden: que el orden consiste precisamente en la sujeción y obediencia al legítimo Gobierno, y que el legítimo Gobierno no es ni puede ser otro que las Cortes en las actuales circunstancias.” “Ni diez Regencias bastan, para tanto como lo envían y le piden las Cortes, empeñadas en asuntos que no les pertenecen y que son propios del poder ejecutivo. Se me representan al perro del hortelano, que se echaba en el pienso de la burra, y ni comía él ni dejaba que la burra comiese.”

Iglesia y á la consideración con sus ministros. Vea vuestra excelencia á qué miseria estamos reducidos en el día de hoy en que cualquiera escritor de moda dará treinta rodeos por no nombrar á Jesucristo.”

*

* *

Las libertades patrias hemos visto en una de las anteriores notas cómo las defendía; el mismo concepto tenía de la libertad para escribir dentro de lo que obligan los deberes cristianos, tan bien guardados en la España antigua:

“En cuanto al hecho nada hay tan constante como que en España se ha gozado más que en nación alguna de esta prudente libertad. Ella ha sido la cuna y el teatro de esas disputas que después han cundido por la Europa católica, por ejemplo, *la ciencia media y el probabilismo*, y con ella cada uno ha dicho todo lo que creyó poder decir, salva la integridad de la fe.

”Español era el primero que empezó á dudar de las *Decretales* de Isidoro, que por un error de hecho pasaban por legítimas. Español era el que tomó á su cargo y consiguió acreditar el Concilio Iliberitano, de que hasta su tiempo juzgaba mal el vulgo de los teólogos. Español era el que en materia del ministro del Matrimonio se separó del común sentir y abrió camino á una opinión que después se ha hecho célebre en la

Iglesia. Otros mil ejemplares pudieran citarse, mas no debo omitir el de la santa libertad con que han hablado á los reyes y de los reyes un Juan de Mariana, un Guevara, un Pérez de Ayala y casi todos los hombres grandes de la nación en sus historias, en sus críticas, en sus dedicatorias y en cuantas partes de sus escritos lo ha permitido la materia. Yo quisiera que de buena fe se me señalara una provincia cristiana donde más dignamente se haya usado de la libertad juiciosa que en la nuestra."

Por último, sus amores á su patria chica, Marchena; á Sevilla, patria espiritual donde se formó y enseñó, y al convento de San Pablo, que fué el nido de su formación, indican que era de un corazón noble y agradecido como pocos. También prueba lo mismo el recuerdo que en una de sus cartas consagra á D.^a Agustina Fernández, su insigne bienchora (1). Pero esto

(1) "Mi insigne bienhechora doña Agustina Fernández acabó en estos días los suyos, y su muerte me ha ocasionado todo el dolor de que debe poseerse un hombre de bien para con una persona á quien debí no haber caído en manos de los franceses, no haber muerto de miseria en país extraño, haber subsistido por espacio de treinta y dos meses en medio de una salud débil, achacosa y delicada y haber experimentado de su caridad cuanto pudiera de la que me dió á la luz de este mundo. ¡Que no sea tal esta mi Carta que pueda transmitir estos beneficios á las más remotas generaciones!

"A lo crecido de la pérdida se juntó la circunstancia de lo doloroso del modo. Estaba sana, al parecer; se manejó como sana en todo el día 26 de Noviembre; se recogió sana; como sana, habló á las dos de la madrugada del 27, y fué

es meternos en asuntos que no queremos ni podemos puntualizar en un artículo.

*

* *

El Rancio tuvo la dicha de morir en su amado convento de San Pablo, vuelto ya del destierro Fernando VII y anulados los decretos revolucionarios de las Cortes, y hasta declaradas ilegítimas las Cortes mismas (lo que ya no debió él aprobar). Su fallecimiento tuvo lugar el 31 de Agosto de 1814 á los cincuenta y ocho años, cuatro meses y seis días de edad. Estando postrado en la última enfermedad le llegó el nombramiento de Consejero de la Suprema Inquisición. "Ahora sí que voy á morirme —dijo á su confesor cuando llegó el despacho—. Dios no quiera que yo sea nada en este mundo ni

hallada en su lecho frío cadáver, apenas habían pasado seis horas. ¿Qué dicen ustedes á esto, señores liberales? Lo que yo puedo decirles es que á quien vive bien, nunca coge la muerte de repente. En el día anterior había confesado y comulgado, como frecuentísimamente lo hacía (y cuidado que ni una sola vez confesó conmigo), y para cuando llegó al tribunal divino, ya la esperaban en él y abogaban por ella el sistema constantemente sostenido de una casa y familia honrada, modesta y religiosa, las lágrimas de unos hijos amantes y piadosos, las bendiciones de innumerables pobres para quienes fué madre, los casi nunca interrumpidos actos de religión que formaron el tejido de su vida, las oraciones de muchos ministros de Dios á quienes obligó con sus socorros, y hasta las imágenes, piedras y altares de los templos en que dejó estampadas su piedad y beneficencia."

que salga de trabajo y de miseria. ¿No has visto que desde que el Rey llegó á España me he quedado ciego é inmóvil? ¿Qué significa esto y el ir cada día á peor sino que... basta? Cesó la necesidad y no dudes que está concluída mi carrera.”

*

* *

El Rancio no es tomista que haya formado escuela, escuela subsidiaria siquiera, como la de Vitoria, como la de Báñez, como la de San-severino. Esa es nuestra desgracia; *el Rancio* pudo formarla, plantó gérmenes para ello, constituyó lo que, sin más progresos que continuar los suyos, pudo en el siglo XIX dar en su orden frutos parecidos á los del tomismo vitoriano del XVI. *El Rancio* hizo lo suficiente para formar escuela de tomistas de prensa, de periodistas clásicos y, sin embargo, la escuela no surgió. Sus hermanos, los dominicos, y en general los frailes todos de aquella época, que pasaron á la nuestra con el nombre expresivo de *exclaustrados*, estaban instruídos en sus cartas como en un segundo Evangelio. En la discusión diaria contra el liberalismo salían siempre á colada las razones del *Rancio*; en las conversaciones festivas eran sus chistes la consagración ó el ludibrio de un episodio. *El Rancio* era una

especie de Cervantes de Escuela, que llevaba al pueblo en forma de fáciles escarceos los problemas más hondos. Era lo que debían haber intentado ser los que le sucedieron con facultades para escribir y luchar en el estadio de la prensa, que empezaba á ser lo que es hoy. Pero el *Rancio* no encontró imitadores dignos de él hasta el P. Cobos. Si el P. Cobos hubiera aparecido á la muerte del *Rancio*, la escuela de periodistas clásicos españoles, de periodistas que no pasan y que resumen el alma sana de un pueblo grande, hubiera aparecido en condiciones de no fenecer.

Pero la ola revolucionaria que aventó los más fervorosos discípulos del *Rancio*, los frailes, por el mundo entero, sin brújula ni norte, impidió la formación de un centro que hubiera sido en la prensa española un muro contra las locuras del progresismo, que ha hecho en España más daño que una invasión de bárbaros; que dejó las iglesias sin bienes ni ministros; los hospitales sin amparo; las universidades sin becas para pobres; la nación sin salarios, sin fuerzas, sin tradiciones, sin amor á las mismas instituciones que implantó. Aunque los periodistas católicos consideran al *Rancio* como el patriarca de los periodistas de fondo, de los periodistas teólogos... nosotros no hemos visto su retrato más que en la redacción de *El Siglo Futuro*. El culto al *Rancio*, intensísimo durante cincuenta años, continuó en estos últimos, pero

debilitándose. Un siglo después de la publicación de las saladisimas *Cartas críticas*, los herederos del espíritu del *Filósofo Rancio* se aprestan á celebrar el centenario sin esperar el de la muerte del autor, que será dentro de dos años. Marchena, su patria; Sevilla, la ciudad de sus más férvidos amores; los tradicionalistas, que se glorían de tomarlo por guía; los dominicos, que lo consideran una gloria singularísima de la corporación; periódicos y revistas en número crecido, se aprestan á festejar al gran crítico, al profundo filósofo, al valiente escritor, al estilista incomparable, *que llena él solo*, como dice Menéndez Pelayo, *un período de nuestra historia intelectual*, el período en que la lucha religiosa pasó de los libros á los periódicos. *La Ciencia Tomista* festeja su nombre ilustre y bendita memoria publicando una edición abreviada de sus incomparables escritos.

FR. LUIS G. ALONSO GETINO.

NUESTRA EDICIÓN

En la edición que *La Ciencia Tomista* publica hemos partido del supuesto de que era necesario reducir la clásica de Aguado á su quinta parte para que fuese más fácil su adquisición y se pudiera divulgar más fácilmente. Así que irremediablemente había que suprimir la mayor parte de las cartas. En las que publicamos se suprimen también muchas cosas para la brevedad, pero ni una frase se pone que no sea del *Rancio*. Para que á los lectores les quedase cierto saborcillo de todo, hemos desglosado de las cartas que no se publican algunos asuntos y enseñanzas, que van al final del primer tomo. También va allí una de las cartas que, aunque escritas algunos años antes que las otras se publicaron en 1847, después de las muchas ediciones de las *Cartas filosóficas y críticas*, en tomo aparte. Del precioso *Diálogo entre dos canónigos* no publicamos nada por no atrevernos á dividirlo; tampoco de los sermones que andan sueltos, entre los que sale á relucir en las cartas uno sobre San Pedro Mártir; este género de escritos nos parecían ajenos al intento. A las cartas críticas, que pudiéramos llamar religioso-políticas, les damos una extensión mayor: porque de ellas se celebra el centenario, ya que las otras fueron escritas muchos años antes; porque son más extensas y porque, aunque escritas al vapor,

constituyen «el informe de un hombre que lleva más de cuarenta años de un estudio seguido sobre la religión y que en ésta ha descubierto toda la vanidad de los sofismas y toda la finura de las diabólicas intrigas con que sus recientes enemigos tratan de arruinarla». La mayor parte de las cuestiones tienen hoy la misma actualidad que hace un siglo. A las cartas referentes á la Inquisición les hemos concedido una extensión que á muchos parecerá excesiva. Nuestro objeto ha sido simplemente favorecer la reivindicación histórica de un tribunal que tanta parte tuvo en la vida nacional de los mejores tiempos de la patria y que tanto interés hay en desacreditar, como si se tratase de restituirlo, cuando sabemos mejor que nadie que sólo siendo aspiración y exigencia de todos los ciudadanos tiene razón de ser y posibilidad de funcionar; que ha de ser ó el más popular ó el más absurdo. Algunas otras cosillas hay en la edición, de esas que pudieran llamarse de interés histórico; no siempre era posible dividir las. ¡Es tan difícil poner la tijera en los escritos del *Filósofo Rancio!*

OBRAS ESCOGIDAS
DEL
FILÓSOFO RANCIO

PROLOGO DEL RANCIO

Mis cartas, lector venerable, no te traen nada contra Dios, ni contra la religión ni las costumbres. Son á favor de todo esto, y, si bien lo consideras, de ti mismo, por que no pierdas el tiempo en cosas que no has menester. Ellas, de cuando en cuando pegan alguna ventosilla; pero no es más que con el fin de disolver ciertas hinchazones enfadosas. Así, pues, si te se antojare escribir contra ellas, no te mortifiques, lector amigo: toma tu papel, tu pluma y tu tintero, y escribe hasta satisfacer el antojo. La das conmigo, que sé por experiencia cuán vehemente es la tentación de escribir, y le tengo lástima al pobrecito á quien le acomete. Tengo además de eso cinco fanegas y media de pachorra, que me dejaron mis padres en herencia, donde pienso sembrar las majaderías que te dignares decirme. Con que así no te me quedes corto, abre esa poderosa boca, y veme echando encima todos los epítetos que encon-

trares. Si acaso yo no te respondiere, atribúyelo á que tengo más cuidado con acabar mi obra que con distraerme contigo. He dicho *si acaso*, porque también podrá suceder que te conteste, cuando no por otra cosa, siquiera por política.

Vamos al perdón. Como no me has pedido limosna, no tengo para qué decirte que perdones. Si estas cartas mías te costasen diez reales cada una, como te habrá costado otra, en tal caso, lector generoso, te pediría perdón del dinero que gastases inútilmente. Pero después de dártelas de balde, y de derretirme el meollo en escribirlas, pedirte que me perdones, como si yo te hiciera algún agravio, eso vendría á ser aquello que se dice *tras de cuernos penitencia*. Tú sí que tienes por qué pedirme perdón, lector curioso, pues yo soy el verdadero agraviado en no poder echar de mi cuerpo algunas verdades que tengo sentadas en la boca del estómago y me hacen mala vecindad, y con todo eso no las echo por consideración tuya: y á trueque de que no te se indigesten á tí, me expongo yo á morir de ahito. Sin embargo no quiero que me tengas por indócil. Tal vez encontrarás en mis cartas cosas que no te gusten y cosas que te parezcan mal: por todas ellas te pido perdón. Perdóname pues, lector piadosísimo, perdóname. Acuérdate de que mientras estamos en el mundo nadie puede decir, *de esta*

agua no beberé. Podrá suceder que te embista la tentación de hacerte escritor cuando menos lo pienses, como me ha sucedido á mí. Hazlo pues conmigo, como querrás que contigo se haga. Y pues te puede sobrevenir esta fatalidad, y mucho más en este siglo en que se respira un aire escritorero, debes perdonar á este pobre escritor, porque Dios depare quién te perdone á tí, si en semejante trance te vieres. Vale.

CARTAS ARISTOTELICAS

I

*En el infierno.—Viaje de Averroes á Sevilla.—
Entierro de Aristóteles.*

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Muy señor mío: Me temo, con razón, que esta mi carta cause á usted alguna turbación; que su fecha de la parte de acá del Leteo le obligue á santiguarse á dos manos; que la firma de un Aristóteles le llene de dudas, y, más que todo, que la materia sobre que le escribo le ocasione mil escrúpulos y escándalos. Pero, á pesar del susto, que prevco en usted, y que el afecto que le profeso me inclina á evitarle, me veo en la precisión de molestarle suplicándole oiga la ocasión que me mueve á escribirle, y me saque de este purgatorio de dudas que vienen á perseguirme hasta el infierno.

Ya hay, amigo mío, muchos siglos que soy habitador de estas regiones, donde cuidados de mayor momento me han tenido tan ajeno de las cosas del mundo y tan poco solícito de lo que su-

cede en él que he pasado la vida como un muerto; las pocas noticias que de por allá me han venido han sido hasta aquí parte de gusto, parte de risa. Me han referido algunos que en esos países lograban mis escritos un crédito incomparable; que á boca llena me llamaban *el Divino Aristóteles, el Príncipe de la Filosofía, el Filósofo por excelencia*, y otros tales epítetos, que si ellos hubiesen sido sufragios, y yo estuviese en disposición de que me aprovecharan, muchos años ha que estaría habitando entre los moradores de la luna que (según me informan) se han descubiertó ahora. Otros me han dicho que á consecuencia de este crédito no ha habido filósofo ni filosofastro que no haya querido cubrirse con mi nombre; que, divididos los profesores de la facultad en varios é irreconciliables partidos, cada cual me alegraba por el suyo; que, calentándose las fantasías en forjar varias sutilezas, de todas ellas querían hacerme autor; que, quisiese yo ó lo repugnase, servía mi nombre para autorizar dictámenes opuestos, y que no ha habido disparate que no se haya podido apoyar con mis escritos. Como vivo en la tierra de los desengaños, no he podido menos que reirme de esto, burlar á carcajadas los inútiles estudios de hombres que nacieron para no saber más que contradecir y pasan su vida á caza de quisquillas (ellos las llaman sutilezas), pudiendo emplearla con más utilidad en cazar moscas; pero, por fin, las primeras noticias me hacían pasar algunos días menos tristes con la consideración del buen nombre que lograba entre

los mortales y el aprecio que ellos hacían de mis tareas y sudores.

Este solo consuelo, que me había quedado entre tantos objetos como me entristecen, hay ya cerca de tres años que lo tengo perdido. Fué el caso que cierto revendón de las plazás de esa ciudad, después que murió como mejor pudo, vino á estos países traído de los infinitos embustes y rapiñas en que por oficio se había ejercitado; acudimos todos los vecinos, no tanto á felicitarlo de su llegada (que ciertamente no es digna de semejante cumplimiento), cuanto con el desco de saber el estado de las cosas de por allá arriba. Entre varias noticias de poca ó ninguna importancia nos dió una, que fué para mí de incomparable dolor. Refirió, pues, que estando ya en los últimos oyó al fraile que en aquella hora le asistía disputar á grito pelado con un clerizonte que le pareció jesuíta: cara venerable, juanetes en ella, carrillos sumidos, barba y labios sacados, ojos modestos de por fuerza; acciones, palabras y ademanes todos estudiados y fingidos. Aplicó la atención á percibir la materia sobre que sufría la disputa; las muchas voces que daban los argumentantes solamente le dejaron entreoir al clérigo, que con tanto magisterio como pudiera hacerlo un santo padre, decía: *Aristóteles no sirve. Aristóteles no supo filosofía. Aristóteles debe desterrarse. Quien lo siga nunca ha de ser filósofo.* Como el punto me picaba tan en lo vivo, pregunté á nuestro nuevo huésped á fin de rastrear las razones que movían á ese santo señor para dar al traste conmigo;

pero él no supo decir otra cosa, sino que no había podido entenderle más, y sólo se acordó de que para despedirse lo hizo con estas ó semejantes palabras: *En esto estamos convencidos todos los doctores: solamente cuatro frailes fanáticos perseveran tercios, y si cierto fraile que se halla en el catálogo de los Santos hubiese de haber sido canonizado en el día, en que las cosas se miran de otro modo, no sé yo cómo se le había de quitar la mancha de haber seguido á Aristóteles.* Yo, pobre de mí, que oí esto y que al mismo tiempo me hallaba en esta situación, donde ni podía responder ni me era fácil averiguar qué pecados eran los míos para sufrir por ellos tan amarga sentencia, no tuve por entonces más arbitrio que juntar á mis amigos, exponerles mi desgracia y pedirles consuelo en tan irremediable aflicción. Galeno, Teofrasto, Temistio, Averroes, Avicembron, Avicena y otros innumerables que me tuvieron aflicción en vida, y son mis compañeros en la muerte, esforzáronse en vano en consolarme. Por más que ellos me recordaron el general aplauso con que viví en el mundo, el sumo aprecio que después he tenido, la no interrumpida sucesión de sabios que me han respetado por maestro, el consentimiento de los más juiciosos siglos, la confesión misma de mis más poderosos adversarios, jamás pudieron apearne del escrúpulo de que los que ahora se conjuraban contra mí eran los señores doctores. Este nombre *Doctor*, ó sea por lo retumbante del término, ó sea por lo hueco del significado, me hacía estremecer como un chiquillo. Suponía

yo que los que lo tenían serían unos hombres con quienes se quedaría en mantillas mi maestro Platon. Se me figuraba (¡lo que puede la aprensión!) que un doctor sería un hombre á quien en recompensa de una vida entera empleada en los más serios y penosos estudios, se le daba como premio de su tarea este nombre, que lo hiciese respetable entre los mortales, y se le hacía al público el grande beneficio de colocarlo á la frente de la enseñanza, para que, sacando luces del fondo de sus conocimientos, fuese la gloria y adorno de la patria. No sabía yo entonces (como después he sabido), que para doctor sobra con mucho menos; que un doctor, en habiendo dineros, se hace de cualquier cosa, y que es un oficio tan fácil de aprender como el de mandadero de monjas, y como no lo sabía, tuve que persuadirme á que, pues los doctores me ajaban de este modo, bien estudiado lo tenían. Desde aquel entonces hemos tomado mis discípulos y yo cuantos medios nos pudo sugerir el apuro, á fin de descubrir mi pecado; hemos discurrido, hemos conferenciado, hemos preguntado á cuantos han venido de nuevo á este país; pero lo más que hemos conseguido han sido noticias oscuras é inexactas. Quisiéramos haber podido encontrar modo de salir de estas cavernas, para dar un paseo por el mundo y descubrir la causa de tan extraña novedad; pero, amigo mío... *Facilis descensus averni; sed revocare gradum, superasque evadere ad auras, hoc opus hic labor est.*

Así nos hemos pasado este tiempo, que para

mí ha sido ciertamente eternidad, hasta que la buena dicha nos deparó, cuando menos lo pensamos, un arbitrio para volver al mundo. Un francés que ha consumido gran parte de su vida en pasear el campo de los gorriones, tuvo estos últimos días la desgracia de que reventándose el globo *aereostático* en que hizo su último viaje, derramó sobre la tierra, no solamente su pobre humanidad, sino también una atarazana entera que llevaba encerrada en el estómago. Sin topar en rama vino á parar donde nosotros estamos, y después que durmió el poco vino que le había quedado, y pudo repararse del dolor del golpe, nos dió en la noticia de su muerte una bella idea de esta nueva y asombrosa invención. No sabré decir á usted si fué mayor nuestro espanto que nuestra alegría, pues si para unos filósofos ranciosos debió ser admiración ver que ya los aires se podían navegar sin plumas, para unos hombres que tanto deseaban que los aires fuesen navegables, no pudo haber motivo de más cumplido gusto. Al instante tratamos de trazar las máquinas: tomamos lienzo de la mortaja de un serrano, y nos surtieron de abundante materia para el *gas* las lanas de un doctor. Dentro de breves horas ya estaba todo listo para marchar, y mi amigo Averroes, que (Mahoma se lo pague) como es discípulo á la antigua, hace á favor de su maestro cuanto en contra de los suyos suelen hacer los discípulos á la moderna, se ofreció al viaje para el que yo mismo me prevenía, alegando que no

era decente que un hombre de mis años y carácter anduviese volando como bruja.

Faltaba solamente encontrar boquete por donde desde estos sitios se pudiese salir á la superficie de la tierra, pero el mismo Averroes se acordó entonces que no muy lejos de Córdoba, su patria, hay un agujero, que, según dictamen de las gentes, penetra hasta estas regiones. Pusimos en buscarlo toda diligencia, y tuvimos la dicha de encontrar en breve la Sima de Cabra; por allá arriba se remontó nuestro buen amigo, y nosotros quedamos á su embocadura esperando la vuelta, que aunque pronta, se hizo á nuestros deseos más que dilatada. Volvió en fin á bajar por el mismo sitio, apeóse de la prodigiosa cabalgadura, y poniéndose ambas manos en la cabeza en ademán de atónito, prorrumpió en estos gritos: "Infelices nosotros, que nos hemos muerto antes de ver el mundo como está en estos días, y que muy tarde hemos alcanzado el desengaño. Nosotros, mis amigos, hemos errado el camino de ser sabios, pasamos los días en pertinaces estudios, velamos las noches en continuas meditaciones, y toda nuestra vida fué para nosotros un ímprobo y porfiado trabajo; perdimos la salud en la demanda, nos devanamos la sesera, malogramos el precioso tiempo, y para escribir cuatro libracos, de que ahora no se hace caso, no perdonamos trabajo ni fatiga. Pero ahora, señores, ahora se ha descubierto otro nuevo rumbo para la sabiduría, ahora su camino no ofrece más que flores, pero ¿qué digo flores?

Ahora la ciencia produce doblones y distinción, sin tener un abrojo que pisar. Aquella filosofía que aprendimos nosotros á fuerza de tantas fuerzas, y que siempre confesamos no haber acabado de comprender, en el día es negocio de tres años, de éstos se gastan en vacaciones treinta meses, dos de los restantes en esperar al catedrático, otros dos en murmurar de los frailes, y los dos que quedan en escribir un prólogo muy largo y aprender á no decir *sed* ni *ergo*, sino *at* y *igitur*. Con este aparato de erudición salen todos los días unos filósofos capaces de decidir sobre el Alcorán de Mahoma; son bachilleres, licenciados, doctores y cuanto les da la gana. Dentro de nada, como sea hombre que acomode para ciertas miras, cátaelo hecho catedrático con más ínfulas que un Obispo, con más campanillas que una calesa; acuden á la cátedra un cuarto antes que se acabe la hora; hacen que se repita, *ad fastidium*, una hoja de lección, que ellos no entienden ni sus discípulos entenderán; citan para la noche otra hora de repaso; no hay certificación como no se asista; no hay asistencia como no se pague; no hay paga que baje de un duro, y veis aquí cómo se recompensa ahora el haber perdido el tiempo por solos tres años, y cómo cualquier filósofo de agua dulce saca más renta que un ministro que vela sobre la quietud pública y expone su vida por defender la patria. No sé yo, ciertamente, que la renta de éstos alcance á ochenta ó noventa duros por mes, no obstante que los pobres no tienen la cuarta parte del tiempo para disertar con las niñas que

tienen los profesores: hubieran aprendido buen oficio. De aquí es que por Sevilla, como después observé, andan los sabios más abundantes que las malvas, los escritores tan espesos como las pulgas, los eruditos tan de sobra como los perros. Vierais allí cuantísimo autor, cuantísimo libro nuevo, cuantísimo papelote, cuantísima disertación, cuantísima apología, cuantísima disputa, aunque sea el por qué no tienen bigotes los galápagos. Para nosotros componer una obra era obra de toda la vida, pero ahora no hay cosa más fácil. En media hora se escribe un curso de filosofía *ecclética*, pues en haciendo un prólogo con todas las desvergüenzas que le quepan contra ti, maestro mío, y contra tus discípulos; en poniéndonos de bárbaros tres veces lo menos en cada folio y copiando, ya de este, ya del otro autor los párrafos enteros, más que no lleven conexión ni orden, sale un *ecclético* de siete suelas. Ahora se escribe una obra original en una noche tomando un dístico de Juan Oben y sacando de él, más que no quiera salir, una conclusión de moral. Ahora se hace una apología echándose al contrario acuestas el exorcismo del toro de San Marcos. Ahora se ganan doscientos ó trescientos reales con dar á luz pública como propio el trabajo ajeno, aunque esté impreso. ¡Qué cosecha de críticos! A vuelta de cada esquina se encuentran á docenas; hasta los aguadorés son filósofos, hasta los...

“Poco á poco, señor mío —le interrumpí yo—, usted lleva traza de estarse hablando mucho, y esas noticias son mejores para después. Sepamos

por ahora qué razón nos trae de lo que ha ido á averiguar.” “Lo único que he sabido —respondió Averroes— fué que yendo yo á entrar por la puerta de Carmona vi atravesar á un costalero que llevaba áuestas un negro ataúd. Movióme la curiosidad si tendríamos otro huésped, le pregunté que quién era el muerto, y respondió que el instrumento aquel iba á servir en el entierro de Aristóteles, que al siguiente día 9 de Mayo se celebraba en N. N.. Pues, ¡cómo!, le pregunté sorprendido. ¿Aristóteles que ha dos mil años que murió, se va á enterrar ahora? ¿Aristóteles gentil enterrarse en sagrado? Explíqueme, hombre, eso más bien, porque yo no alcanzo este misterio. Con responderme que él no sabía más, se salió de la dificultad y me dejó sumergido en un abismo de dudas. Entré en Sevilla, y no había banco de herrador ni tienda de zapatero de lo viejo donde no se tratase de tu entierro, amado maestro mío.

En una de las librerías de Calle-Génova fué donde vi el mayor concurso. Me puse en acecho de la conversación, y percibí por fin que tu muerte y entierro había de ser en tus escritos, que unos ingratos discípulos tuyos que no pudieron entenderte se habían rebelado contra ti; que, deseosos de hacer gente y no pudiendo lograrla por sólidos estudios, quisieron hacerse famosos (como el que quemó el templo efesino de Diana) con echarte por tierra; que tomando de Renato Descartes, Pedro Gasendo, Nicolás Malebranche, Isaac Newton y otros autores que ni ellos entienden ni quizás

ellos se entendieron, han querido ser patriarcas de una nueva filosofía que llamase la atención de los ignorantes, y que viéndose cada vez más atrasados en su nuevo proyecto, habían buscado un socorro poderosísimo en dos religiosos, N. N., grandes maestros en la facultad, de los cuales el uno te había herido malamente en 15 de Febrero de 1783, y el otro pensaba en rematarte el citado día 9 de Mayo. Mudóse la conversación, con harto sentimiento mío, pero habiéndose tratado después de don Manuel Custodio, que fué tiempos pasados tu discípulo, me alegré de saberlo para aconsejarte que le escribas, que él es hombre de razón y no se negará á darnos noticia de todo cuanto pase, pues yo, falto en la ciudad de conocimientos é introducción, hombre árabe de diferente lengua y traje, no puedo presenciar todo lo que fuera necesario para instruirme plenamente."

No sabré decir á usted, amigo mío, cuánto sobresalto hayan causado en mí semejantes noticias. Cundo yo andaba por el mundo no había sabido en toda la Grecia que se atreviese á chistar donde yo le oyese, y ahora como me ven viejo y caído, me dan como á toro muerto gran lanzada. Por fin tengamos paciencia por ahora, y pensemos en que esos ignorantes entiendan que se las han con Aristóteles. Es preciso tomar el consejo de Averroes, y valerme (con la ayuda de usted) de un buen amigo que por lo menos me instruya en qué pecados he caído que así me lleven á tan estrondoso suplicio. Sabe usted no es justo que muera indefenso, no se me ha citado, y de mi delito no

tengo más noticias que la de estar condenado á muerte. Por lo que le pido á usted y le conjuro de parte de Juan Oben por la hombría de bien que tanto ostenta en sus apologías, por la leche que mamó de mis categorías y por cuanto tengo de amable en ese mundo, que haga por donde vengan á mi poder los autos, en vista de los cuales he sido sentenciado, que quiero pedir y alegar en contra, mas que me entierren setecientas veces.

Este favor espero de la buena amistad de usted: y si en el país en donde habito hay cosa que puede servirle para sacudir las moscas á los curas, no tenga dificultad en avisarme, contando en mi persona con un apasionado servidor que le desea tantos años de vida, cuantos él cuenta de sepulcro.

ARISTÓTELES ESTAGIRITA.

II

Dos conclusiones.—Estilo de Aristóteles.—Marco Tulio juez de la Discusión.—Estilo de los escolásticos.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo y señor: Mucho más tarde de lo que deseaba llegaron á mi poder la muy apreciable de usted y los dos papelones que con ella me remite. Como yo le había pedido me enviase los procesos, en virtud de los cuales había sido sentenciado, luego que vi los dos abultados volúmenes que me trajo Averroes, me parecieron, no ya unos autos, sino los cincuenta libros de las Pandectas. El portador me sacó de esta ignorancia asegurándome que no era el envoltorio ni sumaria ni libros, sino dos papeles de conclusiones que contra las algarabías de mi doctrina y las de mis discípulos se habían sostenido en la casa grande de San N., de esa ciudad. Cuánta fuese mi admiración en aquel entonces no puedo explicar á usted bastantemente. Como en mis tiempos se trabajaba tanto para descubrir una sola verdad y se tenía por dichoso cualquiera sabio que, al

fin de una vida entera del más pertinaz estudio, se hallaba en disposición de sostener cuatro ó cinco theses ó proposiciones, me llené de asombro cuando entendí que dos hombres que apenas tocarán en los treinta y seis años, han tenido espíritu para proponer á una pública disputa tanta multitud de aserciones, y algunas de ellas tales, que con todos los años que yo llevo de vivo y de muerto aún no me hallo capaz de sostenerlas. Ya me iba inclinando á que en estos días se habría descubierto algún importante secreto, por donde en cuatro semanas se habilitasen los hombres para hablar con acierto sobre todas materias (pues las theses sobre todas hablan) cuando el mismo Averroes me previno que no fuese tan sencillo; que el secreto que ahora se sabía, todo se reducía á saber aparentar; que semejantes theses se tomaban de uno ó muchos libros; que para defenderlas no había más trabajo que emplear que copiarlas y hacerlas imprimir de segunda, sin meterse en la majadería de estudiarlas; que el acto solía ser de cumplimiento; que aunque no lo fuese, al argumento más serio se le respondía con cuatro sales de Plauto y una fábula de Esopo, y que al fin las conclusiones pasaban en un día y quedaba un testimonio eterno á favor del defensor en los papeles. Iba Averroes á hacerme manifiesto en ellos mismos mucha parte de lo que acababa de decirme, y tomó el primero para traducírmelo, pues como en mi tiempo y en mis países no se conocía la lengua latina, es muy poco el uso que he alcanzado de ella. Yo tenía formado un exce-

lente concepto de los dos papeles; le fuí á la mano al instante, haciéndole ver que era temeraria presunción el que él quisiese traducirlos; le recordé que ni él ni sus compañeros ni todos cuantos en los siglos posteriores habían seguido mi doctrina supieron más que una gramática parda, un latín mazorral y una elocuencia de precisiones; que ahora, cuando las bellas letras estaban restituidas á su esplendor nativo, se hablaría y escribiría un latín quizá mejor que el del siglo de Augusto, y que si era tal como me presumía el de las conclusiones, sería una compasión que un árabe bárbaro tocase con sus inmundas manos á las Musas sevillanas acabadas de vestir de limpio y se expusiese al sonrojo de no poder entender ni una palabra. Mis razones fueron para él de tanta fuerza, que sin perder tiempo me obligó á que fuésemos á buscar al mejor maestro de la lengua latina que se hallase en estos países. Dimos al fin con Marco Tulio, mi antiguo apasionado, hombre imparcial y que en la materia pienso que tiene voto. Después de los saludos regulares le dimos cuenta del fin que nos había conducido á su presencia; le suplicamos se tomase el trabajo de explicarnos qué querían decir aquellos asertos, y por si en ellos encontraba alguna cosa que le enmendase la plana, le añadimos no extrañase que la lengua latina hubiese quizá adquirido más hermosura al cabo de tantos años de estudio sobre ella, de tantos planes de enseñarla, de tantos métodos de componerla, como en estos días se están viendo entablar. Tomó los papeles,

los hojeó, leyó algunas cosas para sí, y cerrándolos de repente, se vino el buen viejo para mí con los brazos abiertos; y con los ojos llenos de lágrimas, dándome un abrazo estrecho, prorrumpió en estas palabras: “¡Ay, Aristóteles de mi alma! que no es contra tí contra quien se dirigen estos golpes. Yo solo soy el verdadero muerto: el entierro que se ha hecho es el mío. Si hasta la presente he vivido en el mundo en la lengua de algunos, ya llegó para mí la última hora... ¿Ves estos dos papeles? Pues en ellos se me dan por cima de quinientas heridas mucho más atroces que las que dividieron de sus hombros mi cabeza: mi lengua, que ha sido todo mi caudal, tiene más picaduras que las que pudo darle la mujer de Marco Antonio, mi enemigo, y los solecismos y barbarismos que han amontonado contra mí, echan sobre mi sepulcro un monte más pesado que el que Júpiter echó sobre los gigantes.”

Puede usted, amigo mío, hacerse cargo de qué tales quedaríamos nosotros viendo lamentarse de este modo á nuestro amigo Cicerón. Por lo que á mí hace, le aseguro á usted que me parecía sueño cuanto me pasaba, y no podía acabarme de persuadir á que fuese Cicerón quien decía esto. Averroes, por el contrario, lo hubo de tomar á pulla, y luego que del modo que pudo consoló al pobre viejo, empezó á hacerle cargos de que mirase lo que decía; que él acababa de venir de Sevilla, donde se pensaba muy al contrario; que hombres que por su elocuencia habían alcanzado los títulos, uno de *divino* y otro de *chrisólogo* (piquito de

plata), eran de dictamen que no se había visto cosa de mejor gusto ni más fina crítica que aquellas conclusiones, que como tales eran celebradas por ellos y por una inmensa multitud de gentes que adoraban al *divino* y pendían de la boca del *chrisólogo*; que no se dejase transportar tanto de la envidia que defraudase de su merecimiento á los eruditísimos autores. “¡Qué *chrisólogo* ni qué *divino* ni qué calabazas! —respondió Cicerón—; es imposible que hombres que aplauden esto entiendan siquiera la lengua castellana.” “Oigan ustedes —respondió un pelafustán que en esa ciudad había sido pimporrero de un jabardillo de músicos— yo conozco al uno y al otro sujeto de quienes ustedes hablan, y á otros muchos de su mismo jaez; y en lo poco que entiendo, puedo asegurar á ustedes que he visto dos traducciones del *divino* que, por voto de algunos inteligentes, no pueden ser ni aun del humano. He oído del mismo murmurar á un compañero mío aficionado al latín, que no sabe hacer más que poner pedazos del señor Cicerón, que me está oyendo, y luego le añade otros pedazos suyos que se parecen los unos con los otros, como la cruz de los polaineros con la falúa del resguardo. Y también he sabido que yendo una vez á predicar (me lo contó un fraile amigo mío) en cierto concurso, todo el mérito de su sermón consistió en llenarlo de terminacos antiguos, como si estuviese hablando con la madre del Cid Campeador. Del otro no hay que decir sobre lo dicho acerca de este, que es reputado por maestro y conductor.”

No hicimos caso de lo que aquel hombre decía, y pedimos á Cicerón que pues él conocía los defectos, se tomase el trabajo de apuntarnos si quiera algunos de los más visibles para poder yo escribírselos á usted y alegar contra esos padres de *nulidad de autos*, Repugnó al principio, pero al fin lo vencimos.

En tres ocasiones consecutivas hemos hablado largamente acerca del latín de los dos reverendísimos padres: contraigamos ahora las velas, y para reducir á un punto de vista su vasta erudición en esta facultad, hagamos un como epílogo de todos sus primores. La gramática tiene cuatro partes, y en todas ellas han puesto su reforma. Han reformado la ortografía, como lo demuestran un millón de ejemplos que no repito porque sería fastidiar. Han dado un nuevo aspecto á la etimología en todas sus partes: en las declinaciones, v. gr.: *gravidem* del primer papel y *queis* del segundo; en las conjugaciones *transileremus* del primero y *prosequere*, infinitivo del otro, no me dejarán mentir. En las reglas de géneros *regula*, neutro del P. N., y *bonum*, masculino de su compañero, están desafiando á que los vayan á ver. En las de pretéritos *reflectum* de *reflecto*, que se colige del primer papel, y *exitum* de *exuo*, que está claro en el segundo, lo prueban suficientemente. En la formación de comparativos y superlativos que lo digan *difficillior* del primero y *propriissime* del segundo. Han desenvuelto toda la sintaxis, pues en ella apenas ha quedado títere con cabeza. Descuellan entre sus solecismos las

nuevas concordancias y la varia colocación de personas, así que hace como que padece, sobre que hemos hablado ya bastante. Es cierto que no los hemos oído hablar; pero su modo de escribir nos da sobrada idea del nuevo aspecto que habrán dado á la prosodia. Pongamos un ejemplo: Dice el padre N. *alliquod* con dos *ll*, y el otro Padre *reppetunt* con dos *pp*. Si tienen por larga la primera sílaba de cada una de estas dos palabras, la tienen sin duda por una cosa que no es: si las tienen por breves, es preciso que hayan enmendado la famosa regla de *consona si duplex*. “Con que, según eso —dijo Averroes—, los reverendísimos que se han propuesto enterrar la lógica, física y metafísica y moral del maestro, han enterrado primero la etimología, sintaxis, prosodia y ortografía de usted, y sobre usted ha caído aquella imprecación de *mala pedrada te den por darle á otro*.” “Así es, amigo —respondió Cicerón—; no se puede negar que si hubiera muchos latinos como estos dos padres, sería menesterirme á vivir con mis escritos á la isla del Peregil, si es que quiero que no me enterrasen vivo, como al señor Aristóteles.”

“Dígame usted, señor Cicerón —le dije yo—, ¿y á usted no le acusa la conciencia de haber añadido algo ó exagerado demasiado?” “¿Cómo me dice usted eso? —respondió él—. ¿Soy yo hombre de esos tratos y de tales imposturas? Ahí están los papeles; cualquiera puede verlos y hallará la justicia con que hablo y la mucha indulgencia que he tenido.” “Pues, dígame usted: si yo me hubie-

se puesto á notar las impropiedades de infinitas locuciones, si hubiese hecho alto sobre las voces que los latinos tienen por bárbaras ó sospechosas, ¿piensa usted que hubiéramos acabado en muchos años?”

“Si hubiese de valer mi dictamen no necesitaba usted de hacer cosa alguna, con sólo decir á los Padres que se pongan en estado de pasar por gramáticos antes de meterse á jueces de los filósofos, les tenía usted cerrada la boca. Y si no dígame, ¿dónde puede encontrarse una imaginación tan fresca como la de los autores que, no sabiendo casi los primeros rudimentos del latín, se pongan á erigir un tribunal adonde comparezcan á juicio cuantos de cuatro y más siglos á esta parte han pasado en el mundo por filósofos? ¿Quién, sino la ignorancia, puede dar alientos á unos hombres para que en un teatro de peripatéticos, muchos de ellos notoriamente eruditos, presenten un aserto, poniendo á los peripatéticos poco menos que de burros, siendo así que si los autores estuviesen en una clase de gramática siempre serían de la banda del burro? ¿Les parece mejor la filosofía nueva que la antigua? Sea en hora buena, mas no zahieran tan abiertamente á los antiguos; y si los zahieren, sea de un modo que no se les pueda echar en cara un defecto tan vergonzoso, como es la ignorancia en la gramática. El P. N. es el primer peripatético que se ha presentado en Sevilla, renegando de la filosofía que no aprendió, y empeñado en enseñar una que probablemente no sabe; quiere

pasar por hombre sin preocupaciones, instruido, fino, sabio á la moda; quiere ser tenido por oráculo de la filosofía moderna. ¿Y qué? ¿Consigue esto haciendo esta concordancia en el latín *categorie gravidem rejicimus*?

¡Ah! Trabajan sabios españoles en vindicar á su nación de la barbarie é ignorancia en que sus émulos la suponen; hacen justicia muchos extranjeros al mérito de sus sabios, y hay hombres en España que, á título de corregir los defectos que hay ó algunas veces suponen, presentan á los extranjeros nuevas armas con que la combatan. Si el aserto de que hablo compareciese en París ó en Bolonia, ¿no sería bastante á destruir cuanto han edificado Cavanillas, Juan Andrés, Lampillas y Masdeu?"

Dijo esto Cicerón (supongo que con estas palabras), pero con tanto nervio y vehemencia, que puedo asegurar á usted, amigo don Manuel, que me quedé como transportado, y aun tuve lástima de los autores de mi entierro, con sólo pensar el bochorno que podría ocasionarles si lo hubieran oído. Averroes, que estuvo algo más pasmado que yo, después que volvió un poco de su admiración, dijo: "No tiene duda, señor Cicerón, que los dos padres la han errado del todo; con un par de libras de chocolate pudieran haber evitado esta nota, dándoselas, ya que ellos no eran capaces de hacerlo, á un maestro de gramática que les corrigiese el aserto." "Eso estaría bueno —dijo Cicerón— para que los padres conociesen su falta; pues el que la conoce tiene andado mucho para re-

mediarla; pero tan lejos están de conocerla cuanto lo demuestra una conclusión del segundo papel que pasé en claro al tiempo de leerlo porque ustedes no se irritasen, donde su erudito autor la echa de facultativo en tres lenguas y pone á ustedes de ropa de pascua. Dice así, conc. 17: *Post insignes adeo commendatores, unus Aristoteles ex græco non bono malus latinus, etc.* “Con que esas tenemos? —respondió Averroes—. ¿El señor maestro Ciruela que no sabe leer pone escuela? Quien viere eso pensaría que el reverendísimo padre es perito en las tres lenguas; que ha tenido á la vista los ejemplares y las traslaciones, y que, después de un estudio durísimo y de una larga meditación, ha proferido tan magistral y decisiva sentencia. ¿Quién puede aguantar esto? No sabe á *musa*, *e*, y quiere decidir sobre el mérito de los autores en las lenguas latina, árabiga y griega. ¡Pluguiera á Dios que hablase bien la castellana!”

“Eso —dijo Cicerón—, tan digno de ridiculizarse, aún todavía es nada si se compara con la mala fe, peor juicio y pésima instrucción (que yo también sé usar de *malus*, *pejor*, *pessimus*) con que la conclusión está puesta. *Mala fe*. El primero que dijo algo que se pareciese á eso que el padre pone, y de donde el padre ó el autor que copió lo ha tomado, fué el célebre y erudito valenciano Juan Luis Vives. Este, citado por don Nicolás Antonio (pues el sujeto que me dió la noticia no pudo haber á las manos el original), lib. 3 *De causis corruptæ eloquentiæ*, dice hablando de las traducciones de Aristóteles: *In qua translatione ex*

græcis bonis facta sunt latina non bona: ex latinis vero malis arabica pessima. Si el padre hubiera querido pudiera haber enriquecido su papel con las palabras de este grande hombre. Pero entonces, ¿cómo se había de morder á Aristóteles, que es el asunto? No quedaba más recurso que valerse de los términos de Vives, poniéndole una cosita que le hiciese decir lo contrario. Hizose así, y donde él dice *græcis bonis* puso el padre *ex græco non bono*. ¿Se hace esto entre gente de bien?

Pues si mala es la fe peor es el juicio. Aun dado caso que el padre encontrase escrito en alguno de esos filosofillos de tres al cuarto lo que dice: estando en contra el célebre Luis Vives ¿á cuál de los dos se debería atener, al señor Zurriburri que entendió tanto el griego como el chino ó á este famoso maestro en esta lengua? ¿No debiera haber recurrido á la crítica que él forma de las obras del Sr. Aristóteles? Si antes de estampar su conclusión lo hubiera hecho, á fe mía que no se hubiera precipitado. Hubiera entonces visto que este sabio español dice (in cens. oper. Aristot. pág. 25, t. III, edit. Valent. 1782): *Nihil est in eo vacans, aut inane: omnia solida, et plena: nunquam sinit lectorem oscitari, aut aliud legere. De hoc vere dici potest, quod Lisiæ atheniensi, minori de causa attribuitur, ruituram structuram universam, si vel verbulum unum tanquam lapidem detraxeris.* Y después añade: *Scripserunt veteres philosophi ante Aristotelem pauca, atque ea confuse Primus omnium Plato eleganter sane multa et docte; sed ad docendum, discendumque*

parum accommodate. Aristotelis omnia ordinem, et formam habent institutionis, ac disciplinæ, nec fuit dexteritas in aliquo ad artes tradendas par. Omnia vero sunt illi certis præceptis et formulis conscripta, ea brevitate et gravitate verborum, ac sententiarum, ut accipi facile, retinerique possint, et ad usum, cum res postulat, accommodari. Verba autem nullus græcorum habet æque apposita, ita ut ex rebus videantur nasci quas tractat. Non persequitur vocum flosculos, et orationis delicias, queis inani oblectamento delinitum lectorem teneat, postea remittat vacuum. Plena est illius oratio ingenti fructu cognitionis rerum scitu dignarum: non captat præsentem gratiam levem, ac momentaneam, sed affert diuturnam utilitatem. Este es el carácter genuino de las obras del Sr. Aristóteles, la elocuencia sin afectación, la propiedad, la concisión, el fruto.

Tenemos, pues, vista la mala crítica del padre: vamos á su *instrucción*. Supongo que un hombre que no la tiene en el latín peor la tendrá en el griego, y que para formar juicio de escritos griegos y latinos debía tenerlas ambas. Con que recordémosle aquello de *tractent fabrilia fabri*, y vamos á hacer otra reflexión sobre el *malus latinus*. Ya que este epíteto le viene al padre tan de perilla, y ya que no pudo resistir la tentación de echarle en cara á los escolásticos la mala traducción de á hacer otra reflexión sobre el *malus latinus*. Ya que influyeron en que no fuese exacta la traducción. Porque si ella ha sido mala sin culpa de los traductores, no es razón que se les desacredite por

esto. ¿Quién se ha de atrever á decirle á uno por baldón que es *mortal*? Ninguno tiene la culpa de serlo porque esta es condición de la naturaleza y no defecto que se procura por los que la tienen. Pues, señores, la mala traducción de Aristóteles es como natural al texto griego, y le es como natural por la suma perfección del texto griego.

Según el dictamen de Juan Luis Vives, citado arriba, y según la verdad, las obras del señor Aristóteles están escritas con suma propiedad de palabras y con tal exactitud de expresiones que, variada una, se destruye toda la locución. A esto se junta que los latinos no conocieron más voces filosóficas que las que usé yo y usó Lucrecio con algunos otros pocos que escribieron filosofía en el siglo de Augusto y posteriores, y que, no habiendo ninguno de ellos escrito como peripatético, no tuvimos necesidad de valernos de nuevas voces que explicasen las ideas que Aristóteles tan felizmente explicó en el griego. De donde resulta que aquel que intentase traducir sus obras del idioma griego al nativo se hallaba siempre con dificultades que ningunas fuerzas pueden vencer. Por una parte un texto, donde, variada una palabra, se perdía todo un texto con mil palabras y expresiones propias de la facultad que trataba; por otra un idioma mucho más escaso y en donde ni aun se habían concebido las ideas que se iban á explicar. ¿Qué se había de hacer? ¿Ceñirse á una traducción literal? Eso hicieron unos, y sacaron un latín necesariamente duro y desusado. ¿Tomarse licencia de perifrasear? Este camino siguieron

otros; pero estando siempre en pie la dificultad de que la lengua latina no tenía expresiones equivalentes al texto griego, se apartan con mucho del sentido de éste.

Cualquiera que tiene una mediana instrucción sabe muy bien cuanta dificultad encierra traducir sin que ocurran tantas circunstancias capaces de hacer imposible la traducción. El solo idiotismo de cada lenguaje presenta una dificultad insuperable: ¿qué será cuando á él se agregue la obscuridad en muchos puntos, la ambigüedad de sentido y las alusiones á cosas tan remotas? ¿Quién ha de negar el mérito á muchos extranjeros traductores de la historia de don Quijote? Y con todo eso ¿conserva ella en la traducción alguna semejanza de la belleza de su original? Notorio es lo mucho en que flaquea, no por culpa de ellos, sino por excelencia de ella. Todos entienden bien lo que quiere decir, *tomó las de villadiego*; y con todo eso, como no hay correspondencia en el lenguaje extraño, siempre la traducen mal. ¿Qué más? Viva hoy la lengua española con tantos que pueden dar razón del sentido de sus locuciones: ¿habrá quien se atreva á verter al francés el *Cuento de cuentos* de Quevedo ó la *Historia de historias* de Torres? Estas dos obras de tanto mérito en el idioma español harían un monstruo en el otro, y no obstante esto hay mejores recursos para traducirlas que los que tuvieron los intérpretes de Aristóteles. ¿Qué es, pues, lo que éstos debieron hacer? Dirá el padre: “Traducir bien.” No se podía. “Dejarlo en griego.” El

Occidente, que no poseía esta lengua, ¿había de quedar-se sin saber lo que dijo este gran filósofo? ¿Qué es, pues, lo que restaba? Traducirlo lo mejor que se pudo. “Señor, que no se entiende.” Para eso son los comentarios. “¡Ah! que los comentarios son grandísimos.” Padre mío, no hay remedio, estudiar: siempre es preciso que se entienda poco: si ellos son buenos, no pecan por largos; si malos, por breves que fuesen serían larguísimos. Es verdad que algunos quisieran traducir á Aristóteles sin ser para ello, así como muchos lo quieren impugnar sin entender jota; pero también es cierto que muchos inteligentes han puesto las manos á traducir sus obras. Si la traducción se mira sin respeto al original, puede ser que no sea buena; pero si se tiene presente, como debe tenerse, que el original no sufría otra, es lástima quitar el crédito á unos hombres que sirvieron al género humano con tanto trabajo é hicieron lo mejor que se pudo.

Ya yo, señores, he dicho lo que me parece acerca del *ex græco non bono malus latinus*. Diga ahora el señor Averroes lo que se le antoje sobre *pessimus arabs*.

En esto pedí á Cicerón que dijese algo sobre el estilo de mi escuela y él comenzó diciendo: Que la elocuencia está bien en el filósofo y teólogo si la trae, y si no la trae no hace falta, fué dictamen mío que después abrazó el señor Cano, cuya obra tiene usted ahí. Y ya usted ve que tanto él como yo fuimos apasionadísimos á ella; pero la pasión no nos quitó el conocimiento. El principal objeto

de cualquiera que escribe, no para mover, sino para instruir (que es el oficio de filósofo y teólogo), debe ser exponer la verdad con nervio, precisión y claridad. Déme usted esto en sus obras, y más que en todas no se encuentre un tropo para un remedio, siempre serán acabadas y dignas de inmortalidad. A veces esta sencillez no solamente no es culpable, sino que también se hace necesaria; y que en mil ocasiones un disparate mal formado ha logrado aceptación por sólo el título de bien dicho. ¿Y será razón que á la verdad le suceda otro tanto? ¿Será razón que se piense que ella debe su fuerza al artificio de las palabras? No, señores, no; que muchas veces *ornari res ipsa vetat, contenta doceri*. La verdad desaliñada, y que comparece con su hermosura natural, tiene un no sé qué de eficaz que no puede contraer la más estudiada elocuencia. Es ella (para poner un ejemplito en que no quede duda á los doctores del día), es ella como las lindas mozas: están bonitas cuando se engalanan; pero ya saben sus señorías que el gusto es verlas de trapillo, y que entonces tiene su hermosura una fuerza tanto mayor cuanto más natural. Al contrario las feas: si se enperegilan parecen algo; quitándose los moños, al diablo que las mire. Esto sucede con los disparates: no hay en ellos de bueno más que el vestido; en quitándoles éste aparece lo que son. Nótese quiénes son los que declaman contra la falta de elocuencia en los escolásticos; véase qué es lo que ellos enseñan entre sus antítesis y epifonemas; y puede ser que se dé con la causa que di-

rige sus plumas. Esto es cuanto á la elocuencia. En cuanto á la gramática protesto primero, que los solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles ni á mi padre se los disimularé; y que son dignos de reprensión los que los usan, mas que sean más escolásticos que Escoto. También debo confesar, que, aunque los escolásticos quizá todos juntos no traigan la cuarta parte de solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles que hemos leído, traen, no obstante, ciertas locuciones que no hay por donde librarlas, pudiendo y debiendo haber usado de las que son comunes entre los latinos para explicar el mismo pensamiento, v. g.: tienen que decir, *á mi parecer*, no digan *meo videri*, sino *meo iudicio* ó *ut ego iudico*. No se puede negar que muchos de ellos usaron en sus frases de germanismos, hispanismos, etc., según que estaban acostumbrados á hablar en sus países. Esto es digno de notarse y de reprenderse; pero no todos incurrieron en ello. Demos que incurriesen, pregunto yo á los padres y señores míos, porque son malos latinos, ¿no se han de leer? ¿Y si son buenos filósofos y teólogos? ¿Y si traen cosas utilísimas? Quién debe preferirse, ¿el que diga las verdades chapurrado ó el que traiga con buen latín la mentira? ¿Tirarán ellos el dinero porque la bolsa que lo tiene está sucia? ¿Qué comería mejor el padre N., una perdicita bien compuesta en un plato de su refectorio ó un potaje de habas cochas en plato de oro embutido de esmeraldas? Bien conozco yo que su religiosidad le inclinaría á la mortificación de las habas; pero tam-

bién sé que el apetito clamaría por el plato de barro.

Esto supuesto, digo últimamente, que las palabras y frases desconocidas en mi siglo, que son como el idioma de los escolásticos, no deben reputarse por bárbaras, á menos de querer pasar, el que las repunte, por un ignorante de setenta suelas. Para nuevas ideas son necesarias nuevas voces. Quien niegue esto échese á andar en cuatro patas. Virgilio, Ovidio, Salustio, César, yo y cuantos vivimos en el siglo de Augusto, trajimos de la Grecia cuantas voces habíamos menester y no encontrábamos en Roma. De las que había en la ciudad derivábamos muchísimas, que juzgábamos necesarias para explicarnos; y esto que no teníamos que parir tanta multitud de quisicosas como encierra la filosofía peripatética. Muchas de ellas podrían explicarse con un circunloquio de palabras, pero ¿quién ha de obligar á nadie á que lo haga? En primer lugar saldría la cosa casi ininteligible; en segundo, se incurriría en el inconveniente de aumentar muchas voces para una idea, y sería aumentar confusión; en tercero, no se podría observar la precisión y claridad que requieren la doctrina y disciplina. Cada ciencia, cada arte tiene sus voces técnicas, con que se entienden los facultativos. Aun las cosas que vulgarmente se explican de otro modo, alcanzan entre ellos una frase peculiar. En la náutica, si se dijera, verbi gracia, *tirar* con una cuerda de la embarcación desde la orilla, sería un modo de hablar más común que *sirgar*; y con todo eso, ¿quién ha de re-

prender á los marineros porque se explican del ultimo modo? Cuando, pues, esos señoritos ridiculizan tanto el lenguaje escolástico no saben lo que se dicen, y sólo consiguen ostentar que ignoran el espíritu de la gramática. Para concluir quiero ponerles una recetita que trae el gran latino Marco Antonio Mureto, ad epist. 58. Senecæ. Véanla aquí: *Idem accidit iis, qui possibile et impossibile dicere saltem in disputationibus philosophicis reformatant: cum Plato, Aristoteles, Epicurus, Zeno in lingua, in finitis partibus copiosiore, innumera-bilia tamen vocabula fingere necesse habuerint. Equidem* —añade— *ut de meo sensu libere, atque ingenue fatear, multa puto ab istis delicatis in S. Thoma, in Joanne Scoto, aliisque ejusmodi eruditissimis hominibus irrideri, quæ et necessaria sunt, et talia ut si quis ea vetustis illis temporibus protulisset, magnam ei gratiam omnes philosophici studiosi habituri fuisse videantur. Nos, dum teneris auribus videri volumus, tenera nobis ac puerilia esse ingenia, neque veræ ac solidæ eruditionis ostendimus.* Y lo más gracioso del caso es que Mureto habla así de otros que entendían bastante de la facultad: ¿qué hubiera dicho si hubiese visto á los señores doctores, que son en ella unos medio cucharas, y esto haciéndoles muchísimo favor? Ese doctor divino, por otro nombre *Cicerón Sevillano*, tuvo una vez que componer un elogio á un tal Olavide, bien conocido en España y mucho más en Sevilla. ¿Y saben ustedes lo que hizo? Tomar al padre Sahutel, célebre y piadoso jesuita, que escribió epigramas en honor de los Santos,

copiar *ad pedem vigorniae* el que trae para San Juan Crisóstomo, y aplicarlo á aquel hombre, que ciertamente no lo merecía. Anda impreso, y cualquiera lo puede ver. Ven ustedes aquí la dichosa instrucción de mi tocayo por mal nombre. Por fin, aunque es mucho lo que me queda que decir, me parece que ya he dicho bastante. Usted, señor Aristóteles, déjese de quebrar la cabeza y atégase á mi dictamen, de que quien tan mal sabe latín peor ha de saber filosofía; pero si acaso porfía en hablar algo, hágame el gusto de llamarme cuando tenga escritas sus Cartas, que me complaceré en leerlas.

Fuese Cicerón así que dijo esto: y yo, amigo don Manuel, no tengo por ahora otra cosa que decir; pues me parece que lo dicho no es poco. Entreténgase usted con ello mientras yo me entretengo con las conclusiones; pues aunque conozco que Cicerón dice bien, ya estoy resuelto á hablar muchas cosas y dar las gracias por los favores que Averroes ha experimentado de usted, quien puede contar siempre con la afición y respeto de

EL ESTAGIRITA.

Estamos en vísperas de la canícula, aunque por acá siempre la hay.

P. D. Se me ha ocurrido ahora que muchas autoridades van puestas en latín, y ni los padres ni los doctores, sus amigos, las entenderán. Hágame usted el favor de traducírselas.

III

Aristóteles confiesa sus defectos.—Averroes defiende á los filósofos arábigo-aristotélicos y explica por qué los escolásticos no se dieron de lleno á la Física.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo y señor: No parece sino que usted me tiene asalariado, según me mete bulla con su carta para que trabaje. Se queja de que las mías se detienen mucho; me riñe porque no va una cada día, y juro á tal que yo no he de hacer otra cosa, que echar de mi pluma cartas sobre cartas. Amigo mío, estos no son buñuelos ni conclusiones del P. N., ni curso de filosofía á la moda, ni fe de erratas, ni apología, ni ninguna de todas esas cosas que se hacen por allá en un instante. Antes de parir las especies tengo que pensarlas; después, que consultarlas con nuestros filósofos los de por acá, y por último tengo que aguardar á un tuerto, que me sirve de amanuense, para que las escriba. A más de que las ocupaciones que por acá hay no me dejan ociosos sino muy breves ratos, y como usted tiene más que hacer, que tomar su carta, soltar la mosca por ella y ponerse á

leerla, se le figura que todos podemos despachar tan en breve. Con que tenga paciencia, que yo también la tengo, y sin más preámbulo vámonos al asunto.

He oído contar en estos países que el maestro de gramática de Juan Luis Vives solía decir á su discípulo, que cuanto mejor gramático fuera, tanto peor filósofo y teólogo sería. Este disparate, tan cundido entonces, parece que todavía persevera, pues me asegura usted que muchos eruditos de ese país, no haciendo caso de las reconvenciones de mis cartas anteriores, esperan que hablemos de filosofía, que es, según ellos dicen, el punto de la dificultad, como si fuera posible que unos hombres que no entienden el *Sintaxis græcè* de Nebrija, entendiesen ó fuesen capaces de entender, las *Entelechias* aristotélicas. Condescendamos, no obstante, con este antojo, aunque tan fuera de razón, y entremos en la discusión de algunos puntos de filosofía. Mas siendo esto obra tan dilatada, me contentaré con escoger aquello, en que abiertamente se me zahiere, y con las que se pretende dar conmigo al traste. Una ú otra vez haré alto sobre aquellos despropósitos, que me parezcan de más bulto, sin perder de vista mi objeto, que es mantenerme sobre la defensiva, y esto no con toda la extensión de que sea capaz la materia, sino con la que baste para demostrar que no son los reverendísimos padres los que han nacido para sochantres de mi entierro.

Nunca jamás he de consentir que los errores míos se mezclen con los dictámenes de los esco-

lásticos, ni los pecados de éstos con mis escritos, ni los disparates de los árabes con unos ni con otros. Ya usted ve que supongo que yo erré, que erraron los árabes, que pecaron los escolásticos y que sólo pretendo no se haga un cuerpo de todos estos pecados é indistintamente se atribuya á cualquiera, sino que cada pobre cargue con los suyos. Reconozco como pecados míos, además de la eternidad del mundo, todos aquellos que el señor Melchor Cano apunta en su libro décimo, *De locis*, aunque, si quisiera, podía valerme de las modestas interpretaciones que muchos hombres sabios han dado (y quizás con verdad) á muchos de los pasajes que cita este ilustrísimo autor; mas no quiero contestaciones. Déseles la interpretación más mala que admitan, y en recompensa de esta mi generosa confesión, confiesen los padres que los escolásticos no han seguido mis modos de pensar en estos puntos, y ya sea que ellos me trajesen á buen sentido, ya que abiertamente me impugnasen, ellos ni admiten ni enseñan mis errores. Sólo yo soy responsable á ellos, y digo: que erré como hombre, y que en esta parte soy bien impugnado. Erraron los árabes también, verbi gracia, Averroes en aquello de la unidad del entendimiento; pero si él soñó este disparate, si yo no le di motivo á que lo hiciese, no hay razón para que se me eche la culpa; désele á él la zurra que merece, pero déjese quieto al pobre de Aristóteles, que no tuvo la culpa de que fuese tan loco. Pecaron, por último, muchos escolásticos, enredaron las cosas más claras, movieron infinitas cuestiones

de nombre, gastaron no poco papel y tiempo inútilmente. Y bien, ¿les enseñé yo á hacerlo así?, ¿hallaron en mis obras donde aprenderlo?, ¿pues qué justicia es condenar al maestro por los pecados propios de los discípulos? Así, pues, amigo don Manuel, es menester que hablemos con distinción. Si se impugna á Aristóteles en lo que escribió mal, cuenten los padres reverendísimos con los escolásticos contra Aristóteles. Si se reprende, lo que es digno de reprensión en los escolásticos, cuenten con Aristóteles contra ellos, y sólo entonces darán en el clavo de la dificultad, cuando descubran un disparate, ó enseñado por Aristóteles, y seguido por los escolásticos, ó admitido por los escolásticos y apoyado en Aristóteles. Otras prevenciones tenía que hacer, pero las omito porque el asunto no lo pide, y aun esta última que hice está de más, porque los reverendos, intentando impugnar á mí y á los escolásticos, ni aun han tenido habilidad para saber buscarnos las cosquillas.

Quiero también que á usted no se le olvide que el intento de los reverendísimos no es así como quiera llevar opiniones contrarias á las mías, sino también ridiculizarlas; no sólo impugnarme, sino enterrarme, y ya usted ve que son cosas muy distintas. Para impugnar á uno, basta poner la sentencia contraria en estado de probabilidad, pero para enterrarlo es menester llevar la cosa hasta el grado de certidumbre, cuando no metafísica, si quiera física ó moral (y perdonen los padres y señores doctores que me haya valido de estos terminitos, pues no he encontrado otros más á mano

con que explicarme): con que si los padres se encuentran con un dictamen mío, miren bien cómo le toman el pulso, no sea que salgan gritando con aquello de *ya está muerto*, y en el entretanto se desperece el muerto. Están en la obligación de manifestar mis errores y contraponerles sus verdades, porque si á una opinión mía no contraponen más que otra mera opinión, me aseguran todos los médicos, con quienes he consultado, que por eso no me he de morir, y si á un disparate mío oponen otro disparate, les pondré un pleito, aunque sea ante Poncio Pilatos, pidiendo se me mantenga en posesión, pues en caso de que sea preciso que algún disparate se establezca, tienen los míos el derecho de prescripción.

Otra suposicioncilla quería yo que hiciésemos, que me parece regular, pero dificultoso que los padres se allanen á admitirla. Esta era, que así como yo he señalado la materia de la disputa, la señalasen ellos también por su parte, y supiésemos qué principios seguían y qué filosofía profesaban. Bien sé yo, poco más ó menos, de dónde están tomadas las proposiciones, ó al menos de dónde se pudieron tomar, pero como también sé que los padres son *eclécticos* consumados, tengo mis escrúpulos de que ellos no hicieron más que tomar las proposiciones de los libros, quedándose con la libertad de sacar de sus meollos los principios y fundamentos con que habían de sostenerlas. Y en tal caso, ¿qué haré yo con impugnar las razones de los autores, si allá los padres tienen otras razones más convincentes, más finas,

más fuertes (¡cosa de juego es!), más dignas de su penetración y talento? Para temerlo así, tengo un poderoso fundamento, pues de ambos he oído decir que leen muy poco en esto de filosofía, y de uno sé de buena tinta que se pasa las más de las noches en claro estudiando en un librito que, aunque sea muy provechoso para otros asuntos, no sé cómo conduzca para ser *lector, teólogo, ecléctico, enterrador* de Aristóteles y otras hierbas. A consecuencia me veo enredado en el asunto, sin saber de qué arbitrio valerme para alcanzar las altísimas causas de sus asertos, que ellos tienen guardadas debajo del cerquillo. Lo que haré será impugnar las razones que yo vea escritas en los libros, á ver si los padres se mueven á dar por escrito las suyas, y á enriquecer de esta manera al público con el caudal de sus meditaciones.

El diablo, que como lo tengo tan cerca me tienta siempre que le da la gana, me está sugiriendo que haga otra suposición, pero yo *abrenuncio* de ella, como del mayor disparate. Contemple usted lo que quería que pusiese por condición, que los padres tuviesen una mediana instrucción en la filosofía que impugnan. ¡Mire usted qué locura! En la que siguen la quisieran ellos. ¡Qué despropósito! ¡gastar el tiempo irreparable en leer fruslerías! Quitá allá, enemigo, *vade foras*, que para impugnar á Aristóteles basta con saber que lo hay, y que los otros frailes lo tienen en aprecio. Con que, amigo don Manuel, tenga usted esto último por no dicho, y en cuanto á lo anterior, dí-

game su dictamen, porque yo no quiero cosa que no sea razón, y mientras no sepa si he hecho algún supuesto irregular, no me determino á descender á la disputa.

Averroes, hoy mismo, compareciendo delante de mí, me encajó en el cuerpo la siguiente arenga.

“Si el P. N. se hubiese conducido en su aserto por el amor de la verdad, por la estimación á que son acreedores los que trabajaron en buscarla, y por el honor á su nación, pudiera tal vez á poca costa haber comparecido como buen filósofo, como buen crítico, como buen español, y haber puesto en manos de su Mecenaz un papel digno de su aprecio. Se dejó llevar del desco de morder á otros, y sólo ha conseguido manifestar, ó su mala fe, ó su ignorancia. Culpa á los árabes de haber seguido á Aristóteles, de haber escogido entre sus obras lo más obscuro é ininteligible y lo más á propósito para alteraciones y disputas; de haberle añadido inmensos comentarios, de haber sido autores de que sólo Aristóteles prevaleciese y de haber enseñado á todo el Occidente una filosofía medio peripatética, medio arábica. No hay en todas estas acusaciones una que no cojee. Seguimos á Aristóteles, es verdad, pero tú mismo, mi estimado maestro, tú mismo debes justificar nuestra elección. El padre en adelante te trata indignamente, debes hacer tu apología, y cuando en ella le demuestres tu mérito, tan lejos estará de haber sido culpa en nosotros el haberte seguido, que este solo capítulo nos llenará de gloria. Dice que escogimos entre tus obras *obscu-*

errissima quæque, et rixantium circulis aptissima.

O cuanto tú escribiste era de esta calidad, ó lo que el padre dice es una solemne impostura. Corrimos todas tus obras, sobre todas ellas trabajamos y nada se nos presentó bajo de tu nombre que no mereciese nuestro aprecio.

"Mas demos que fuese lo que el padre pretende. ¿Tan gran pecado es habernos aplicado á la metafísica? ¿No sabe el padre que esta es la fuente de las otras ciencias? ¿No sabe que sin ella ellas no existirían? La física, la lógica, la ética, aun las mismas matemáticas, ¿adónde sino á ella van á buscar la seguridad de sus principios? Es obscura, no lo negamos, pero necesaria: y tan necesaria, que ni todo el aparato de experimentos y observaciones, ni el mejor talento y aplicación harían cosa de provecho sin sus conocimientos. ¿Un teólogo calumnia las metafísicas? ¿Y las calumnia en un tiempo en que, cuando no las hubiese, debían inventarse? Establezca el padre sin ellas la teología natural; impugne, si es que puede, á Espinosa, Bayle y otros tales, con los globos y partículas de su filosofía; sin tanto, registre las obras de los mayores apologistas de la religión, escritas en su mismo siglo, y verá que sin un exacto conocimiento de la más recóndita metafísica, poco puede hacerse que sea de provecho, y lo mucho que se ha hecho se debe á las luces que esparcieron tus obras y las de tus discípulos. ¿Es culpa tratar los más oscuros arcanos de la filosofía? Pues sin duda han incurrido en ella todos los filósofos amigos del padre: Descartes, Malebran-

che, Newton, Clarke, Leybnitz, Wolfio, ¿qué de materias y cuestiones abstractas no trataron? Con esta diferencia, que donde hablaron como tú, allí acertaron; donde te impugnaron, allí dieron de hocicos. Será posible que en adelante tengas que disputar con ellos algunas cuestiones que lo hagan ver bastante claro. No hay duda en que nosotros excedimos en esto algunas veces, y llevamos nuestras investigaciones á cosas, ó inútiles, ó inaveriguables, mas este no ha sido vicio nuestro peculiar; lo es de todos los hombres, lo es aun de aquellos mismos, que declaman contra las cuestiones inútiles y abstrusas. Puedes tambien hacerlo ver en adelante.

"Comentamos tus obras, este es otro pecado. Pero ¿acaso ellas se podían entender sin comentarios? Avicena las leyó cuarenta veces, para poder entenderlas. Aun en el siglo de Augusto no se entendieron hasta que Andrónico empezó á comentarlas, y no hubieron ellas merecido tanto aprecio como merecieron en tiempo de Marco Antonio Vero y Lucio Aurelio Cómodo, si Alejandro de Aphrodisa no las hubiera ilustrado con sus comentarios. Reprende el padre los míos, porque fueron muy grandes. Yo confieso que no eram cortos, pero en aquellos tiempos aún no se había descubierto el secreto admirable de aprender por compendios, análisis, diccionarios, extractos y demás obritas tan á propósito para hacer charlatanes sobre todas materias, y tan incapaces de formar un verdadero sabio.

"Dice el padre que Avicena escribió comenta-

rios sobre tus obras, yo le doy las gracias por este descubrimiento, que hasta ahora no había llegado á mi noticia, pero le suplico se sirva decirme qué obras son esas tuyas que Avicena comentó. Hasta ahora se sabía que él escribió mucho, que fué tu discípulo, y que se hizo bastante célebre; pero que él fuese comentador tuyo, es descubrimiento que sólo al padre se le debe. El epíteto de comentador, por el que soy conocido, no tuvo otro origen que haber sido yo el único que comenté tus obras entre los árabes. Si esto se falsifica, no hay título por donde me convenga. Quedamos muy agradecidos al reverendísimo padre Maestro por la ironía con que nos llama *insignes adeo Commentatores*, y quisiéramos que su reverendísima no hubiera hecho por ser tan insigne en la misma especie de cosas y en el mismo sentido. Pero debemos advertirle la suma injusticia que nos hace cuando asegura que á nuestro influjo se debe el dominio exclusivo de Aristóteles. ¿Dónde hay razón para tratar así á unos hombres que cultivaron todas las ciencias, que promovieron las artes más útiles y que trajeron al Occidente el conocimiento de los más ilustres autores? Nuestros viajes, nuestras observaciones, nuestras historias naturales bastan para hacerlo entender. ¿De quiénes, sino de nosotros, pasaron á los europeos la medicina, la astrología, la aritmética y demás matemáticas? ¿Cuántas luces no difundieron nuestros trabajos sobre la gramática, retórica, poesía y música? ¿Cuántos descubrimientos utilísimos no nos deben los hombres? ¿Por manos de quiénes

recibió la España y consecutivamente el resto de la Europa, los elementos de Euclides, las obras de Galeno, las de Hipócrates, Dioscórides, Ptolomeo y otros griegos famosos, que son los textos y obras maestras de las ciencias naturales? ¿Qué empeño es este del padre en abatir á los árabes? ¿Tanto le pesa de que la España haya sido por ellos la restauradora de la literatura? ¿Es descendiente acaso de algún francés ó italiano? Si éstos son ingratos en vituperar á los árabes, como introductores de la barbarie, tienen alguna excusa. La emulación que tenían con la España los obligó á que ya que no pueden disputarle las ventajas en todo lo demás, se la disputen en la literatura, pero al padre, ¿qué es lo que le mueve á adoptar sus calumnias y negar á su patria una excelencia que tanto honor la hace? Lea las obras de los españoles que están en Italia, lea á muchísimos juiciosos extranjeros y deponga la aversión que tiene á la literatura arábica, capaz de competir en muchas cosas con la griega y latina.

"Pues, ¿de dónde provino —dice el padre— que Aristóteles fuese el que más prevaleció después? ¿De dónde? De que desde el siglo XIII hasta el XVI no hubo más literatos que los clérigos y frailes, y como la literatura de éstos no mira otro objeto principalmente que la ciencia de la religión, y como para ésta sabían la suficiente filosofía, con saber á Aristóteles, de aquí provino que no tuvieron para qué cultivar la física particular, que tiene muy poca relación con sus estudios; y las matemáticas, que (aunque le pese al padre N.)

tienen mucho menos. De los seglares se aplicaban á las letras los que habían de servirse de ellas para pasar la vida, unos en la jurisprudencia, para la que bastan la lógica y ética; y otros en la medicina, para la cual, aunque se requiera más exacto conocimiento de la física, conducen muy poco las matemáticas. Es verdad que ellos pudieron haber trabajado más sobre la naturaleza y enriquecido la ciencia natural con algunos nuevos descubrimientos, pero también es cierto que puede controversarse, si después de los supuestos adelantamientos de la física ha tomado la medicina mejor aspecto. Lo cierto es ello, que todos los días estamos recibiendo nuevos huéspedes que nos envían los señores médicos, y quizá mucho más á menudo que solían enviarlos antes. En lo demás yo no contemplo que haya mucha diferencia entre morirse por una cualidad oculta, que ó no se conoció, ó no se pudo vencer, ó por una porción de sales acres corrosivas, punzantes, que no pudo desalojarse de los fluidos y sólidos, donde dijo el médico que estaban. Fuera de que ni los médicos, ni los profesores antiguos, abandonaron de tal modo la física particular y matemáticas, que dejasen de escribir sobre ellas muchas y muy excelentes obras.

"Nos acusa, por último, el padre de que fuimos causa de que cundiese en el Occidente una filosofía arábico-peripatética. ¿Qué quiere decir con esto? ¿Se debió despreciar nuestra filosofía á título de que ella era de árabes mahometanos? Si vale esta regla, que forjó la fantasía caliente de Tomás Campanela, despréciense todas las ciencias.

y artes que cultivaron los gentiles, y á título de *de gentilismo non retinendo*, no se imiten en la retórica Demóstenes y Cicerón; en la poesía, Homero ni Virgilio; en las matemáticas, Euclides; en la filosofía, Platón; en una palabra, hágase todo nuevo, que así saldrá ello. ¿Qué es pues lo que quiere decir? ¿Que el Occidente adoptó los errores de los árabes? ¿Y no sería esto mentir á casquete quitado? ¿Pues no sabe el padre que en París se desenterraban para ser quemados los que habían querido más bien ser nuestros discípulos que discípulos de la Iglesia? ¿No sabe que si un Pedro Abaelardo, un Gilberto Porretano y otros de este jaez adoptaron nuestros errores, hubo un Ricardo de Media-Villa, un Alberto Magno, un Alejandro de Ales, un Buenaventura, un Tomás de Aquino y otros muchos que los impugnaron? Si el padre hubiese leído siquiera las obras de este último, vería que la filosofía arábica no era admitida tan sin elección; que si aquellos grandes hombres tuvieron entre manos nuestros escritos, no fué para adoptarlos ciegamente, y que, valiéndose de cuantos arbitrios fueron necesarios, no recogieron de nosotros más que lo bueno, y pusieron en claro nuestras equivocaciones.

"Ves aquí, maestro mío, la insubsistencia de las acusaciones del padre, la mala crítica de su aserto en esta parte, y el espíritu que lo lleva á mezclarlo todo y calumniar á cuanto puede decir orden á ti y á tus discípulos. Y siendo el padre de aquella casta de filósofos que quieren que por cuatro cosas buenas que escribieron un Descar-

tes, un Newton, un Leibnitz (por no nombrar otros peores) se les perdonen cuatrocientas malas, no tiene esta consideración con los árabes, que, además de ser muchos de ellos sus paisanos, tienen más legítimas excusas con el tiempo en que florecieron, con la perversa secta de Mahoma que profesaron, con la escasez de libros y con otras innumerables y poderosas ocasiones de errar, que no tienen los filósofos del día, y agravan en esto los pecados que fueron veniales en nosotros. Baste, maestro mío, baste haber apuntado estas especies que tienen todavía mucho que dar de sí, pero ni me detengo más en ellas, ni quiero traer otras muchas, porque son más que sobradas para justificarnos."

Esta es, amigo don Manuel, la defensa que ha hecho Averroes, y según mi juicio no muy fuera de camino, pero, no obstante, no quiero decidir acerca de ella, sino dejarla á la consideración de usted y de los verdaderos y equitativos estimadores de las cosas. Porque, á la verdad, hayan sido los árabes como hubieren sido, ¿qué tienen ellos que ver con Aristóteles? Cuando más se pudiera concluir, se concluiría que no sirviesen los escritos de ellos. Juzgo que ya ha días que no sirven, y que pocos tienen noticia de lo que escribieron. Y en orden á lo que se ha tomado de ellos por los escolásticos, luego que los padres señalen los pecados, trataremos ó de imponer la penitencia, ó de dar la absolución. No tengo que añadir por ahora otra cosa. Aguárdeme usted para otra vez, en que

con su dictamen pienso proceder á la defensa de mis escritos, y en el entretanto mande á su afectísimo,

ARISTÓTELES.

Estamos á 18 de Agosto de 1786.

IV

Aristóteles rechaza el calificativo de "nugas" dado á su filosofía.—Alega su crédito filosófico en todos los tiempos y en todas las escuelas.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

La escasez de libros en que me veo es el estorbo más poderoso. No tengo más en mi poder que los cuatro ó cinco que usted me remitió. En este país no tenemos bibliotecas: los facultativos que se pudieran consultar, ó están olvidados de lo que supieron ó no tienen noticia de esas ciencias, que ahora son de moda, ó habitan separados por un inmenso espacio ó, lo que es más que todo, distraídos con sus fatigas, no tienen gusto para discurrir en otra cosa. Usted, que es escritor público, sabe muy bien cuántos auxilios se necesitan para serlo; cuántos libros hay que consultar; cuántas especies que combinar; cuánto cuidado se debe tener en resolver.

Dejando aparte estas fanfarronadas, vamos al negocio: sigamos en cuanto los padres lo permitan el orden de materias, y empecemos por la historia de la filosofía. En ella no tengo que

combatir más que con el padre N., porque el otro se ha quitado de historia. Le perdono al padre un anacronismo que trae, porque no quiero pararme en pelillos, y sólo hago alto sobre el elogio que da á mi filosofía en la conclusión 19; la empieza así: *Tandem Aristotelis excusso jugo nugisque derelictis, etc.* En estas palabritas tenemos el negocio. Aquello de *excusso jugo* no me coge de nuevo: sé que es cantinela cien veces repetida, y que no ha habido ni hay filósofo de moda que no la traiga tres veces á lo menos en los prolegómenos; porque de otra manera sería un ignorante, un preocupado y otras muchísimas cosas. Lo que sí es noticia nueva enteramente para mí es aquella de *nugisque derelictis*. Mas ¿no había de ser nueva si ella trae todas las pintas de parto original del fecundísimo entendimiento del padre? Sé que muchos me han dado otras censuras; sé que han tratado mi filosofía unos de obscura, otros de insuficiente, otros de abstraída, otros, en fin, de lo que les ha dado la gana; pero decir que es ella una bagatela, una burla, una fruslería, una cuchufleta, unas... (á qué me canso si no he de encontrar terminito más bonito que el del padre) unas *nugas*, es verdaderamente un descubrimiento que de cabo á rabo se lo debe la literatura á este grande sabio del siglo XVIII, á este héroe de filosofía, á este apolo de Villalba. ¿Y quién ha de atreverse á contradecirle? Sólo yo, amigo don Manuel, sólo yo, que habito donde no puede verme; sólo yo que lo hago, no por convencerlo, sino para darle motivo á que ilustre más y más su si-

glo con tan felices producciones. Manos, pues, á la obra.

Con que, padre mío, ¿ello es que no se ha de rebajar nada de aquello de *nugis*? Supongo que vuestra reverendísima tendrá cuidado de ir insinuando en sus conclusiones mis niñerías, y yo no me descuidaré en decirle lo que me parezca. Por ahora sea la primera reflexión. Esas que vuestra reverendísima llama bagatelas han sido miradas como verdades sólidas é indubitables por cuantos hombres pasaron por sabios, desde Severino Boecio hasta Renato Descartes, que es decir, por espacio de diez siglos. Antes de Boecio habían sido veneradas igualmente por un ejército de peripatéticos; después de Descartes por millares de ellos; pero no quiero que nos paremos sino en el tiempo intermedio. Los europeos antes de los árabes, los árabes después, luego otra vez los europeos me han mirado, no solamente como filósofo, sino también como el único filósofo merecedor de sus estudios y su aprecio. Reflexione vuestra reverendísima un poco sobre esta multitud inmensa de admiradores de mis bagatelas. ¿Eran ignorantes? ¿Se deberán mirar como tales un Alejandro de Ales, un Alberto, un Tomás de Aquino, un Juan Duns, un Aureolo, un Egidio Coloma, un Juan Pico y otros innumerables? ¿No tenían noticias de otras filosofías? ¿Pues no son ellos los que han conservado muchísimos monumentos de ellas? Pero demos que fuese. No se conocen las bagatelas sino comparadas con otras cosas. Para reirse de un Raimundo Lulio, de un

Paracelso, de un Pedro Ramón, ¿tuvieron necesidad de más que ver sus muchas ridiculeces? Mas ¿quién no sabe cuán opuestos han sido en todo y por todo? Diferentes en naciones, encontrados en intereses, empeñados en impugnarse; ¿no le ocurrió á uno echarle á su contrario en cara que siguiéndome seguía cosas tan ridículas? ¿Es posible que unos hombres, á quienes todo lo demás dividía, conviniesen solamente en aplaudir mis drogas? Nominales y realistas, franciscanos y dominicos, tomistas y jesuitas, güelfos y gibelinos han comprado á porfia estas que vuestra reverendísima llama *nugas*; y discordando siempre en puntos de más entidad, se alucinaron hasta el extremo de tragar todos esta paparrucha, de que mi filosofía servía de algo. ¡Qué lástima que vuestra reverendísima no hubiera entonces aparecido en el mundo! ¡Qué de servicios no hubiera hecho al género humano con desengañar á tantos hombres que perdieron el tiempo en leer cuchufletas!

Formalicémonos un poco, padre mío. Los hombres todos somos acreedores á que se nos trate con respeto. Es crimen de *leso genere humano* pensar que todos se han engañado, y que sólo yo y vuestra reverendísima ve las cosas como son en sí. Para atreverse á asegurarlo es menester que se palpen las evidencias. Se les debe este honor á los demás hombres; no reprobar tan fácilmente lo que todos ellos han admitido; no vituperar lo que han alabado; no destruir lo que han fundado; no burlarse de lo que han seguido. Es

de tanto peso este argumento, padre mío, que ni todo el desembarazo del ilustrísimo Cano pudo desecharlo. En el cap. 5 de su lib. 10, tratando, no de si son bagatelas mis escritos, sino de si ellos deban preferirse á los del divino Platón, después de confesar que el gran Padre San Agustín da la preferencia á los últimos, y después de advertir el sumo respeto que se debe á un hombre como Agustino, *cui cave quemquam anteponas*, últimamente cede á la fuerza de él y decide á favor mío. Oigalo vuestra reverendísima: *Ac divi Thomæ sententia quidem et omnium penè gentium, et multorum sæculorum usu probata est*. De donde después concluye: *jure ergo illum amplectimur, cujus de laude omnium sit fama consentiens*. Aprenda vuestra reverendísima aquí á ser crítico, aprenda á ser filósofo, aprenda á ser hombre. Vea á un hombre, *cui cave quemquam anteponas*, en la crítica, en el buen gusto y en la solidez abrazar á Aristóteles porque lo vió únicamente abrazado de sus antecesores. Vea vuestra reverendísima el respeto con que éstos deben tratarse, y cuando no pueda ó no quiera seguir sus pisadas abrazando mi doctrina, no tenga tanta satisfacción de su miseria que trate de ridiculeces lo que los otros miraron con todo respeto.

Sea la segunda reflexión tomada del siglo XVI. Ya sabe vuestra reverendísima que todos los filósofos sus favoritos señalan la época de la restauración de la filosofía y del desengaño de la pre-ocupación en que estaba el Occidente á favor de

Aristóteles en el año 1453 ó 52, en que tomada Constantinopla por los turcos se acogieron á los países occidentales muchos sabios griegos que difundieron en ellos sus luces y fueron como precursores de Descartes, Gasendo, etc. Sabe también que cincuenta años después se hizo España la maestra de toda literatura, y que en el siglo xvi floreció ella tanto en ciencias y artes, que pudo disputar á Roma y Atenas la instrucción y belleza de sus mejores siglos. Desde que Francisco Victoria, volviendo de Francia, esparció sobre Salamanca y todo el Reino las grandes luces de que estaba enriquecido, no se puede explicar ni la celeridad con que cundió por todas partes el buen gusto ni la felicidad con que pusieron las manos en todas materias un número inmenso de españoles. Son célebres, y lo serán mientras haya hombres, en la teología, Cano, Bañez, Castro, los dos Sotos, Medina, Suárez, Vázquez, Valencia, Vega, Aragón, Ponce de León, Pérez de Ayala, Maldonado, Payva y otros innumerables; en la medicina, Valle, Mercado, Santacruz, Laguna, Vega, etcétera; en la jurisprudencia, Navarro Azpilcueta, Molina, López, Sarmiento, Covarrubias, Barbosa y otros tales; en las demás facultades se pueden citar otros grandes hombres. En la filosofía, que nos hace más al caso, son famosos los nombres de Vives, Núñez, Fox, Sepúlveda, Ciruelo, Fonseca, Cardillo, Villalpando (no el capuchinito de ahora) y otros muchos. ¿Ve vuestra reverendísima este ejército de hombres tomado solamente de sus países? Pues todos ellos mamaron la leche

de mis bagatelas y, usando de mis bagatelas, se hicieron tan famosos; todos ellos aprendieron la filosofía por el texto de Aristóteles, ayudados ya de uno ya de otro comentario. Se pasmará vuestra reverendísima conociendo cuánto contribuye á no saber jamás cosa de provecho empezar estudiando por bagatelas, y viendo por otro lado lo bien que edificaron tantos hombres de bien sobre bagatelas. ¿Qué recurso, padre mío? ¿No habían llegado á sus oídos todavía los desengaños? Sería disparate pensarlo: ya había mucho tiempo que cantaban las ranas contra Aristóteles en Francia, Alemania, Nápoles y otras partes. Galiley, Campanela, Descartes, Gasendo y otros de sus filósofos de vuestra reverendísima, fueron contemporáneos de muchos de ellos, y ya vuestra reverendísima sabe que los españoles en aquel tiempo eran señores de Nápoles, casi toda la Italia y parte de Alemania; y que no solamente pudieron tener noticias de la nueva luz, que entonces se descubría en esos grandes filósofos, sus favoritos, sino que efectivamente la tuvieron. Dirá vuestra reverendísima que, preocupados con mi doctrina, cerraron los ojos á la luz; mas yo le responderé: *credat hoc Judeæus Apella*. Vencieron los españoles tantas otras preocupaciones, que pienso no quedó ninguna en pie, y aun se trataron como tales las que no lo eran; ¿y solamente no pudieron desprenderse de una tan clara, como es para vuestra reverendísima, que mis escritos valen algo?

Todo el mundo estaba preocupado con las su-

puestas decretales de Mercator, y con todo no se dejó arrastrar de la preocupación de Antonio Agustín. Dejemos otros ejemplos en la medicina, gramática, retórica, etc., y vámonos acercando al asunto. Entre los frailes franciscos era inconcuso que se había de seguir á Escoto, y Alfonso de Castro lo impugnó siempre que quiso. Entre los dominicos era ley que había de abrazarse siempre la doctrina de Santo Tomás. Lea vuestra reverendísima el cap. 1 del lib. 12 de Melchor Cano y verá el caso que él y Francisco Victoria hicieron de esta ley. ¿Y es posible, padre reverendísimo, que en un tiempo en que todos abandonaban lo que les parecía menos conforme á la razón, se alucinasen tanto con mis bagatelas, que tenían menos inconveniente en impugnarse?

Sabe vuestra reverendísima (ó debe saber) lo mucho que clamaron los más de los filósofos, que llevo citados, contra los abusos introducidos en la filosofía. Luis Vives, Melchor Cano, Francisco Sánchez de las Brozas, ¿qué dejaron por decir acerca del estilo y de las cuestiones inútiles? Pero en esto de mis bagatelas, ¿con qué distinto modo se explicaron! Cano, que entre todos me hizo menos favor, no dudó intitularme, lib. 10, cap. 5: *virum doctissimum, deque humanis literis omnibus benemeritum*. Antes había dicho: *In Aristotelem quoque illud elogium unicum universæ consentiunt gentes, per antonomasiam philosophum, hoc est, philosophorum primum fuisse*. Y un poco más abajo añade: *Placet enim quoque nobis Aristoteles, et rectè placet*.

Dirá vuestra reverendísima: todos los citados son peripatéticos, y no es de extrañar que cada buhonero alabe sus agujas.

¿Con que si yo le traigo ahora á vuestra reverendísima testigos que no sean peripatéticos, ni hayan soñado serlo, no habrá más remedio que darse por cachifollado? Ea, pues, vamos á los siglos más remotos; no contemos en ellos á The-nistio, Alejandro, Andrónico, Ammonio, Theofrastró ni toda la jaulía de discípulos que tuve: busquemos otra gente. El señor Cicerón fué académico, y de consiguiente discípulo de Platón, y poco afecto á mí, de quien dicen los platónicos, y muchos que no lo son, que me ensangrenté contra mi maestro. Pues este mismo libro 1 de *Divinatione*, predica de mí el siguiente sermón: *Quid singulari vir ingenio Aristoteles, et penè divino? Ipse ne errat, an alios vult errare? Sed quis omnium doctior? Quis acutior? Quis in rebus vel inveniendis, vel dijudicandis acrior Aristotele fuit? Cum omnis ratio disserendi diligens duas habeat partes, unam inveniendi, aliam judicandi, utriusque Princeps, ut mihi videtur, Aristoteles fuit.* Me temo que vuestra reverendísima diga á esto, como dicen que ha dicho á los solecismos de sus conclusiones, que *es yerro de imprenta*; por tanto convendrá que repase las citas del mismo Cicerón que lleva la Carta quinta, y de camino se entretenga con estas poquillas que han quedado: *Aristoteles ingenii bundantia præstitit: academic. quæst. lib. 1. Aristoteles acie mentis omnium rerum vim, naturamque viderat. 2 de oratore. Aris-*

toteles in philosophia prope singularis: academ. quæst. lib. 2. Aut ipsum Aristotelem, quo profecto nihil est acutius, nihil politius: ibidem. Todavía hay otros pasajes; pero basten éstos. Agregue vuestra reverendísima á Cicerón, al amigo Porfirio, platónico de alto á bajo; y si quiere agregar otros platónicos trabaje algo, que no lo he de hacer yo todo. Lo que absolutamente no puedo omitir es recordar á vuestra reverendísima la manía que siempre me tuvo toda la grey de Epicuro: ¿no es verdad? Pues, no obstante, oiga vuestra reverendísima al salmista de su filosofía, por otro nombre Lucrecio. Dice así de mí: *Qui genus humanum ingenio superavit, et omnes... perstrinxit stellas, et fulsit ut æthereus sol.* ¿Ha visto vuestra reverendísima bagatelas más relucientes que las mías? ¿Y á qué nos hemos ahora de quemar la sangre el uno al otro con referir yo á Laercio, Justino, Macrobio, Quintiliano y otro puñado de ellos? Vuestra reverendísima misma sabe que no merece tanto su proposición, y todos ellos, cual más cual menos, dicen lo mismo que Cicerón y Lucrecio. Si quiere verlos, lea en el primero mi vida; en el segundo busque lo último del lib. 12 hist. Philip.; en el tercero, el cap. 6 del libro 7, Saturnal, y en el cuarto, mi carta 5.^a Busque á Plutarco, á los dos Plinios y otros á quienes yo no he querido buscar porque estoy ya harto de cosas.

Hasta aquí, padre mío, no he hecho más que meterme en mi concha para defenderme. Permítame vuestra reverendísima que sin salirme de la

cuestión asome un poquito la cabeza, y dé una mirada hacia sus filósofos y filosofía: no me entretendré mucho ni echaré á perder ninguno de sus primores. Solamente haré tres reflexioncitas, para que salga la media docena que he pensado que vuestra reverendísima merece.

Sea la primera. Ya ha visto vuestra reverendísima que cuantos han merecido el nombre de sabios de cerca y más de dos mil años á esta parte, no quieren entrar por aquello de *nugis*, que vuestra reverendísima se sirve de aplicarme. Pues señáleme ahora unos pocos de sabios de solamente dos siglos para acá, que traten con igual respeto á Campanela, Descartes, Gasendo, Wolfio, Leibnitz, Newton y demás hombres doctísimos que desenterraron la filosofía, como dice vuestra reverendísima, en los tres siglos últimos. No hay cosa más fácil que lo que yo pido ni tampoco puedo pedir menos.

Sirva de segunda reflexión una que se da mucho la mano con ésta. Los gramáticos alemanes, que se metieron á teólogos con tanto daño suyo y de la Iglesia, levantaron el grito contra la escuela y contra mí. Yo no sé si porque sus libros cundieron más de lo que debieron cundir, se les pegó á muchos católicos esta manía, que ellos juzgaron inocente, ó si el haberse metido á impugnadores míos fué efecto de alguna constelación anti-aristotélica que reinase entonces. Lo cierto es que mi doctrina, que hasta aquel tiempo ó hasta aquel punto se había mantenido en pie contra las impugnaciones de tal cual cabeza gorda, que le ha-

lía puesto los puntos, empezó á caer con bastante prisa. Descartes por una parte, Gasendo por otra, ¿qué esfuerzos omitieron para arruinarme? No les faltó más que decir aquello de *nugis*, porque todo lo demás que se puede decir contra un hombre de bien lo dijeron contra mí; y aun excedieron en esta parte sus escritos al célebre tratado de Campanela *De Gentilismo non retinendo*. Cundieron sus libros más de lo que merecían; tuvieron más discípulos que lo que se podía esperar, y se hizo como principio incontestable en todos los filósofos de la nueva extracción, que leer á Aristóteles era perder el tiempo. Vinieron después de ellos otros filósofos que, poco satisfechos de las obras de sus maestros, se fueron á otras partes á buscar la verdad. Anduvieron de aquí para allí hasta dar últimamente con mis obras; pero como sacar públicamente de ellas algunas cosas era un contrabando tan grande, lo que hicieron fué sacarlas por alto y disimularlas de modo que pudiesen pasar. La universidad de Leipzig fué la primera que se quitó la máscara; y el señor Tomasio (que vuestra reverendísima sabe que es testigo fuera de toda sospecha) asegura en el prólogo de su Física, que en ella se suele seguir á Aristóteles; y que aunque los libertinos del día (así los llama él) digan de esto que es una indigna servidumbre, espera, no obstante, que entre los justos estimadores de las cosas merezca aceptación y aprecio. El Sr. Leibnitz hizo lo mismo, y tuvo valor (mire vuestra reverendísima qué picardía) para imprimir una carta *De Aristotele recentioribus conciliabili*.

Ultimamente los ecléticos se precian ya de leer mis obras y de tomar de ellas sus cositas, y á pesar de las excomuniones que impusieron Descartes y Gasendo contra el que volviese á tomar en boca aquello de *materia, forma, acto, potencia, cualidad* y otras tales de mis bagatelas, ya se leen en sus libros con no poco consuelo mío. Añada vuestra reverendísima á esto la varia fortuna de todos sus filósofos. Al principio eran de corazón ó cartesianos ó gasendistas. Vino Malebranche y le quitó unos pocos de discípulos á Descartes, su maestro. Vino Maignan y enmendó los átomos de Gasendo. Ya tenemos cuatro filosofías realmente distintas. Vinieron otros y, como hallaron portillo abierto, se salieron por donde les dió gana, y ya se aumentó considerablemente el número de sectas. Vinieron Wolfio, Leibnitz, Newton, Locke y otros y destruyeron lo poco que había quedado de los anteriores, sin dejar por esto de destruirse mutuamente. En tanta multitud de sistemas, hipótesis, opiniones y disparates, ¿qué quedaba que hacer? ¿Volverse á las bagatelas de Aristóteles? *Absit*. El remedio que se intentó fué sacar á plaza pública la gran pantomima del *Eclecticismo*. No se escandalice vuestra reverendísima, que á su tiempo se lo haré ver tan clarito como le he hecho ver que no sabe gramática. De donde se sigue, que si hubiese un Bosuet en la filosofía, como lo hubo en la teología, tendría los más bellos materiales para sacar una historia de variaciones, y podría hacer ver que así como los pretensos reformadores de la religión, que al

principio declamaban contra los católicos como anti-cristianos, como jumentos, como corruptores de la ley, etc., se vieron en la precisión de variar hasta hacer indiferentistas, y asegurar que, no sólo los católicos, sino también los mahometanos y gentiles habían de salvarse; del mismo modo los reformadores de la filosofía, que tanto gritaron contra mis escritos y tan altamente los despreciaron, no habían dejado de innovar y variar, hasta el extremo de caer en el indiferentismo de filosofía, que ellos quieren que pase por eclecticismo.

Vamos, padre mío, á la última reflexión. Mis bagatelas ¿han servido á la divina teología? Es incontestable. ¿Y todavía se atreve vuestra reverendísima á tratarlas de bagatelas? ¿Es vuestra reverendísima del número de aquellos que juzgan que con la teología puede juntarse cualquier cosa? La verdad es una, es la misma, ya sea que la naturaleza la descubra, ya sea que la gracia la revele: la verdad aborrece el error: es imposible que jamás se compadezca con él, como ni la luz con las tinieblas ni el ser con la nada. Ve vuestra reverendísima que con mi filosofía se ha establecido firmísimamente la teología natural: que en la revelada ha servido ella en cuanto le han mandado. Es verdad que no ha probado los misterios, porque ellos no lo serían, si se pudiera probar; pero es cierto también que ella les ha buscado las razones de congruencia; que ha servido para explicarlos en cuanto son explicables, y, sobre todo, que ella ha destruído cuantas cavilaciones toma-

ron de la sabiduría profana los enemigos de la religión. Vea vuestra reverendísima entre muchos otros á Santo Tomás en la *Summa contra gentiles*; y si tiene todavía algo de libertad su preocupado entendimiento, conocerá que cosas como las que allí hay no deben llamarse bagatelas. Pues ahora bien: manifiésteme en su filosofía favorita una cosa que se parezca á aquélla. Hágame ver que ella ha servido á la teología, como sirvió la mía.

He tocado estas especies, padre mío, porque vuestra reverendísima es teólogo, y siéndolo, debía advertir por razón de su profesión lo que no advirtieron tantos monsieures filósofos que se metieron en el colmenar sin careta; quiero decir, que trataron la filosofía sin conocerla ni entender el enlace que ella tiene con la religión. Cuando la que yo enseñé no tuviese otra excelencia, sería cosa indigna tratarla de bagatelas, y cuando la que vuestra reverendísima sigue no tuviese más inconveniente, aunque ella fuese tan linda como la predicán sus patronos, siempre sería una vanidad, una ignorancia, una bagatela. Quedemos, pues, en que la palabrita *nugis* está malísimamente puesta, pero que se le debe perdonar á vuestra reverendísima, porque no entendió lo que puso.

Si yo pudiera explicarle el sentido que me queda por lo mucho que dejo por decir, ciertamente me tendría lástima, como hombre que sabe por experiencia cuán grandes son los deseos de parir las cosas que se pegan al corazón; pero me hago

cargo, lo uno de que no es menester tanto, lo otro de que todavía nos veremos despacio y, ultimamente, de que no es muy poco lo que he apuntado. Para una sola cosa me ha de dar vuestra reverendísima licencia. Tengo mucho escrúpulo de haber expuesto á Luis Vives al enojo de vuestra reverendísima y tanta otra gente doctora como me quieren mal, citando aquel pasaje donde da las causas de por qué mi filosofía les parece á muchos bagatelas.

Amigo don Manuel: yo no sé lo que me he hecho. Tanto me he olvidado de usted, que mi carta parece más bien dirigida al padre. Mas no ha estado en mi mano no transportarme, cuando tan insolentemente se me injuria. Usted perdone que yo me enmendaré y no valveré á cometer semejante desatención. No tiene que dudar de mi buen afecto, y puede creer que soy su más apasionado servidor

ARISTÓTELES.

... á 11 de Septiembre de 1786.

V

El criterio de autoridad en Filosofía.—Su aplicación á Aristóteles por los escolásticos.—Los escolásticos y los filósofos modernos.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo mío: A no asegurármela usted con su innata formalidad, era imposible que creyese yo la novedad de que me avisa. ¿Quién había de creer que unas cartas escritas por mí, firmadas de propio puño, llevadas por Averroes y entregadas en mano propia se habían de tener por anónimas y se habían de atribuir á ese sujeto que usted me dice, que ni las escribe, ni las firma, ni las lleva, ni las entrega? Verdaderamente que la malicia anda muy de sobra, y que los hombres, que en el día de hoy se están tragando con la boca abierta tantísimas paparruchas, sólo están mal dispuestos para creer la verdad. Usted, amigo mío (permítame que se lo diga), usted tiene la culpa en mucha parte. Debía usted manifestar mis cartas á esos incrédulos; debía, si fuese necesario, asegurarles con toda formalidad que yo soy el escritor, y no le digo que debía llamarlos

á su casa para que por sus mismos ojos viesen á Averroes, porque me temo que quizá harían con él lo que con Sancho Panza en la venta-castillo de don Quijote. A mí no se me daría cuidado de que las atribuyesen á otro autor si estuviésemos en otro tiempo. Si ellas tienen algo de provecho yo por acá no lo he de menester; si faltas, otras cosas peores dan de comer á quien las escribe; con que por esta parte lo mismo se me diera de que las tuviesen por mías ó de que se las adoptasen á Periquillo Fernández. Mas, amigo mío, los tiempos se han mudado. Hubo ocasión en que el Parlamento de París tuvo por pecado el que se me impugnase, ahora no es hijo de buenos padres el que no me impugna, y no quisiera yo que ningún pobre tuviese que pasar por la ignominia de ser, no solamente peripatético, que hiede á fraile que apesta, sino también defensor de Aristóteles, que más valdría meterse á francmasón. Por esto espero merecer á usted el favor, primero, de que desengañe á los que pueda, y después de que le haga una visita á ese sujeto le pida perdón en mi nombre, si es que yo tengo la culpa de que le echen la que no tiene, le consuele del mejor modo que pueda y le asegure que desde luego abandonaría yo mi trabajo porque él no tuviese que sentir, si no temiera que mi silencio había de ser en boca de los filósofos sietemesinos arrepentimiento y confusión. No omita usted esto que le encargo y vamos á añadir el hilo de mi defensa, que se interrumpió en la conc. 19. del padre N.

Esta misma conclusión y este mismo padre han de dar también materia á esta Carta, aunque el padre N. tome queja de que por ahora no hago caso de él; bien que yo procuraré desenojarlo á su debido tiempo. Dice, pues, así la conclusión citada: *Tandem Aristotelis excusso jugo, nugisque derelictis, philosophia tribus superioribus sæculis multiplice observatione, et experientia novo quodam lumine perfusa, à viris sapientissimi, licèt non omnino, magna tamen ex parte, ab ignorantiae tenebris fuit effossa.* Si no me hubiese propuesto desde el principio mantenerme solamente sobre la defensiva, tendríamos materia en sola esta conclusión para un par de docenas de cartas. Diríamos algo sobre la observación y experiencia que el padre magnifica tanto, y sobre la nueva luz que dice ha amanecido á la filosofía; nos reiríamos un poquito de estos varones que *inflatibus buccis* llama sapientísimos y le haríamos ver que esto de ser *crítico* requiere unas narices más largas y más bien sonadas que las que tiene vuestra reverendísima. Para muestra de ello hagámosle una preguntita.

¿Qué quiere decir su reverendísima cuando dice que la filosofía fué desenterrada desde el siglo xv hasta el presente? ¿Estará creído acaso en que los hombres no supieron filosofía en los cincuenta y más siglos que precedieron al quince? Si piensa esto no hay duda que hace un gran obsequio al género humano. Pero ciertamente no lo piensa, pues desde la *conclusión* 6 hasta la 13 refiere la reparación y progreso de ella, hasta que la inva-

sión de los bárbaros la precisó, como el padre dice, á ir huyendo á la Arabia, que es como si dijésemos, salir de Tebas, y entrar en Hardales. ¿Con que según esto la filosofía desenterrada es la misma que reformaron los caldeos, persas, indos, etc., y cultivaron los griegos? Y, ¿por dónde ha tenido el padre esta noticia? ¿Qué filosofía de los griegos es ésta desenterrada? ¿Dónde está? Yo bien sé que Benito Espinosa ha desenterrado el *Uno todo* de los eleatenses; que otros han hecho parecer de nuevo el fatalismo, ó hado de algunos griegos, el ateísmo de Epicuro, el Dios sin providencia de otros, la impudencia de los cínicos, la eternidad del mundo que yo admití, y no extendí tan malamente como ellos. ¿Es esta quizá la filosofía, que debe su restauración á esos sapientísimos desenterradores, que aplaude el padre reverendísimo? Yo, ciertamente, no encuentro que se haya desenterrado otra. O si no, dígame el padre, ¿dónde están los que se precian de discípulos de Platón, de Sócrates, de algún otro, ya sea griego, ya sea latino, de los que merecieron el título de verdaderos sabios? Dígame siquiera cuál de sus filósofos favoritos se ha propuesto de recoger entre ellos lo que debe recogerse. Y mientras el padre no me lo diga, no lleve á mal que crea yo que cuando tomó la pluma para escribir su aserto fué como el pintor de Ubeda, que tomaba el pincel para pintar lo que saliese.

Mas, ¿piensa el padre que les hace algún honor á sus amabilísimos desenterradores con decir que ellos han sacado á luz la filosofía que cultivaron

otros, y quedó sepultada entre el escombros de los peripatéticos? Yo le aseguro que si Descartes, Gassendo, Newton, Leibnitz, y demás patriarcas de la filosofía de buen gusto lo oyesen, en el mismo punto lo habrían de apedrear. Todos ellos han aspirado á ser filósofos originales, aunque en la realidad no lo hayan sido. Sabemos de Descartes que tomó casi todo su sistema de la Margarita Antoniana, de Gómez de Pereira, y de las obras de un tal Jordán Bruno, que murió quemado por la Inquisición; pero también sabemos que el mismo Descartes en su obra de los *Principios*, empieza suponiendo que ninguno de los antiguos había tenido felicidad en sus investigaciones, y que él se proponía buscar un camino para llegar á la filosofía que ellos no encontraron. Sabemos que Gassendo no hizo más que darle una escarida á los átomos de Epicuro, y entresacarles aquella mala hierba que sus ojos pudieron descubrir, dejándola muchas raíces que produjesen después tizón, nequilla, vallico, etc.; pero también sabemos que no por esto cede él el derecho de ser patriarca de los átomos. Sabemos que el movimiento de *atracción* fué bastante conocido de los antiguos; pero también sabemos que Newton no rebajará ni un maravedí de aquello que ha sido descubrimiento suyo. Sabemos que Leibnitz quiere de por fuerza que lo tengamos por descubridor de la *razón suficiente*; pero también sabemos que Pedro Abaelardo había dado muchos siglos antes en el disparate del optimismo. Por último: apenas hay filósofo del día, grande ó chico, amarillo ó colorado, que no se

tenga por inventor. Con que yo no sé cómo el padre reverendísimo tiene conciencia para privarlos de esta gloria, y de filósofos hechos y derechos ponerlos á la ignominia de desenterradores. Allá se las haya con ellos; pues yo sobre esto he hablado más de lo que pensaba, y no es poco lo que tengo que decir sobre mí, que es lo que más me importa.

No nos metamos más con el *nugis derelictis*, y atengámonos solamente á aquello de *Aristotelis excusso yugo*.

¿Qué quiere decir *este yugo de Aristóteles*, que para el bien del género humano han sacudido las cervices de los eruditos? ¿Qué tiranía, qué opresión es esta tan digna de quitarse del mundo, aunque sea por el medio de otras vísperas sicilianas? Si se les hace esta pregunta á esos oráculos de Delfos, los verá usted, amigo don Manuel, ó no saber responder, ó responder un disparate, y quedar en nada la tiranía, el yugo, la esclavitud, y otras cosas semejantes de Aristóteles. Los verá usted envueltos en el fanatismo, que ellos mismos atribuyen á los escolásticos, y verá que los escolásticos ni han gemido bajo de yugo alguno, ni se han conducido más que por unos pensamientos dignos de unos hombres filósofos.

En efecto: los capítulos de acusación que se ponen contra ellos para justificarles que son esclavos se reducen á tres. El primero, que con citar mi autoridad juzgan decidida la causa. El segundo, que con seguirme, se creen dispensados de hacer caso ni uso de cualquiera otro filósofo. Y el ter-

cero, que, á consecuencia de esto, son incapaces de alcanzar la verdadera filosofía, que ó no se halla en mis escritos, ó si se halla está muy diminuta.

¿Dónde hay paciencia—dicen ellos—para que un hombre que tiene su juicio, tal cual Dios se ha servido dárselo, no haya de usar de él, haya de atenerse á lo que hubiere dicho Aristóteles y se le haya de aturrullar con su autoridad y su nombre lo mismo que los muchachos con el bú? Dicen muy bien sus señorías; dicen muy bien; y por este principio deben reformarse todas las ciencias y todas las artes, y no solamente la filosofía. Porque, ¿dónde hay paciencia para que en las matemáticas nos hayamos de atener á lo que dijo Euclides: en la medicina á Hipócrates: en la jurisprudencia á Ulpiano, y en las demás ciencias á los que, porque los hombres quieren, han pasado y pasan por maestros? ¿No tengo yo mi razón para usar de ella? Pues ¿por qué he de sujetarme á lo que dijeron otros, que *mutatis mutandis* fueron unos hombres como yo? ¿Por qué razón he de creer que para ser buen orador debo formar mis oraciones al ejemplar de Cicerón ó de Demóstenes; para mis poesías al de Homero ó Virgilio; para mis músicas al de un italiano, que quizá sería medio hombre, siendo así que yo soy hombre entero y verdadero? ¿Por qué razón teniendo yo un juicio tamaño como una casa para decidir sobre lo que se me antoje, he de dar crédito á los historiadores haciéndome dificultad las cosas que refieren? ¿No puedo yo pintarlas á mi amaño, como ellos las pintaron al suyo? ¿Por qué

razón, en fin, yo que soy aprendiz de cualquier oficio he de sujetarme á lo que me diga el maestro, he de llamar las herramientas con nombres estrambóticos, las he de manejar como él me mande y he de empezar y concluir las faenas, no según mi caletre, sino como el del otro, que según todas las señas es inferior al mío? ¿No sería mejor que cada uno se entendiese como pudiese, y lo hiciese todo en derecho de sus narices? Ve usted aquí, amigo don Manuel, hasta dónde trasciende el célebre principio de la *filosofía moderna*, sobre el que como basa ha fundado y fundan los que quieren sacudir mi yugo; y ve usted aquí la raíz de los infinitos desatinos que se han dicho y se dirán por estos filósofos, porque el diablo quiere.

Admitido una vez por principio que el hombre no debe sujetarse al dictamen de otro, y que todo lo debe ver por sus propios ojos, créame usted, no habrá locura que no pase, ó por decir más bien, que no deba pasar por filosofía; así como admitido este mismo principio en la teología no hay blasfemia que no deba pasar entre los discípulos del pérfido Lutero. No hay remedio, amigo mío, lo primero que cualquier hombre que lo sea debe suponer es que la naturaleza (no digo Dios, porque no me tengan por anónimo) ha producido y produce hombres para que sean los príncipes y conductores del género humano en cada una de las facultades, que así como siendo todos los hombres iguales por naturaleza, es de la misma naturaleza el que haya Legisladores, Princi-

pes, Magistrados, á quienes los otros se sujeten, á quienes obedezcan, á quienes respeten; del mismo modo inspira ella misma semejante respeto á unos genios felices, que de cuando en cuando produce para maestros de los restantes hombres. Sabe usted la infinita diferencia que hay entre los ingenios. Sabe usted (y bien pudieran conocerlo algunos amigos) que hay hombres á quienes, si las orejas les crecieran un poco, se les podía echar una albarda. Sabe que los hay de mejores luces. Sabe, en fin, que se encuentran algunos de un entendimiento prodigioso. Pues, ¿dónde hay juicio para llevarlos á todos por un rasero? ¿Qué desatino es pretender que cualquiera borrico de dos patas, *hoc ipso*, que se meta á filósofo, ha de seguir en todo su miserable capricho, y ha de despreciar los dictámenes de aquellos grandes hombres, dados al mundo por maestros, y respetados como tales por el consentimiento de siglos y más siglos? ¿No es una locura esta la más fuera de propósito?

Esos señores míos, que cuando los discípulos les instan con algún argumentillo á que no saben responder (como sucede siempre que se lo ponen) se dan á Barrabás, los ponen como un trapo, y quieren defenderse con que son maestros, debieran hacerse cargo que yo también lo soy, y que si ellos quieren que su autoridad decida contra la razón, no valiendo su autoridad, ni aun á favor de la razón, lo que vale una cáscara de nuez, no deben extrañar que otros quieran valga mi autoridad donde no se encuentra la razón.

Señor, dicen, las controversias de la filosofía

no deben terminarse por autoridad, sola la razón debe decidir. Señores míos, eso es verdad, y porque la razón sola es la que debe decidir por eso debe entrar de cuando en cuando la autoridad. O si no, díganme cuál de estas dos cosas es más ajustada á razón: ¿echarse á soñar cada uno su disparate cuando la verdad no se encuentra, ó seguir en este caso el dictamen y las conjeturas de un hombre que casi siempre dió con la verdad? ¿Cuál de estas dos cosas es más conforme á razón: presumir yo de mí mismo que he de alcanzar lo que otros talentos superiores al mío no alcanzaron, que puedo decidir como se me antoje en lo que los otros no decidieron, ó guardar una modestia racional, reconocer la superioridad donde la hay, y donde faltan las demostraciones atenerme al juicio de los peritos?

Si es miseria dejarse engañar de la autoridad, mayor miseria es no hacer caso de ella. Si es miseria creer, es este uno de los males necesarios (como algunos llaman á las mujeres); si es miseria, es una miseria que han juzgado por necesaria todos los hombres grandes. Yo me acuerdo de haberme estado toda una noche sin dormir para haber salido diciendo por la mañana: *oportet ad discentem credere*. San Ambrosio dijo también (no sé si después de haber estudiado tanto): *primus discendi ardor nobilitas est magistri*. Y nuestro amigo Cicerón hablando sobre cierto punto, en que no concordaban con Sócrates y Platón los filósofos menudillos de aquel tiempo, se atrevió á decir: *Plato, et Socrates, ut rationem non redde-*

rent, auctoritate tamen hos minutos philosophos vincerent. De modo, que si ahora viviese el señor Tulio, tendría que decirlo de esa buena gente con quien tengo yo mis controversias. Quedemos, pues, en una cosa enteramente cierta, y es: que en la filosofía, como en todas las cosas humanas, es necesario que una ú otra, ó muchas veces, nos atengamos á la autoridad.

Sentado una vez este principio, tengo ganado el pleito sin disputa, pues si la autoridad debe valer algo en la filosofía, bien claro es que no ha de ser la autoridad del lector teólogo ni la del padre N., ni la de los señores catedráticos, ni la de ningún otro filósofo de infantería, sino la de aquel ó aquellos que se reputan por filósofos de primera suerte. A mí, cuando no me reputen por el príncipe de la filosofía, por el filósofo por antonomasia, por el ingenio más feliz que ha tenido el género humano (como me reputaron tantos siglos y tantos grandes hombres), no podrán al menos negarme la gloria de haber sido, cuando no el mejor, uno de los mejores. Es, pues, una manifiesta injusticia la que se hace á los escolásticos cuando se les culpa de que en las cuestiones indecisas se acogen al sagrado de mi autoridad.

Pero donde más se deja ver la injusticia de los filósofos *blanquillos* contra los escolásticos es en la falsa suposición que aquéllos hacen de que mis dichos y mis razones se toman y se aplican sin examen, y que todos ellos me tienen por infalible. Es esta una calumnia proferida sin conocimiento y desmentida por hechos los más auténticos é in-

dubitables. Sabido es que en mis escritos se encuentran algunos errores. Negué el principio al mundo, disminuí la providencia á la Causa de todas las causas, é incurrí en algunos otros defectos, hijos de la ignorancia humana, guiada solamente por sus escasas luces. Pregunto: ¿dónde está el escolástico que me sigue en estos errores? ¿Dónde, al menos, el que no los impugna? Admití como verdades invariables algunas, en las cuales la fe ha hallado su excepción, v. gr.: *Ex nihilo nihil fit. A privatione ad habitum non fit regressus. Accidentis esse est inesse. Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se, etc.* ¿Dónde está el escolástico que en llegando á estos axiomas no les pone la excepción que debe? Antes que los árabes se aplicasen á mi filosofía, ¿qué de exámenes no sufrió ella de los griegos y de los latinos? Después que se aplicaron, ¿qué cosa dejaron sin disputar? Atención á los perpetuos comentarios que cita el padre N. y á otros que quizá no habrán llegado á su noticia. Después que ella llegó á manos de los cristianos, ¿ha habido libro alguno en el mundo que haya sido ni más examinado ni por mayores hombres que mis obras? ¿No existen los inmortales comentarios que en el siglo XIII y siguientes se escribieron sobre ellos? ¿Qué proposición ha quedado sin prueba, qué prueba sin examen, qué palabra, qué coma, no ha sido expendida con la mayor atención y con la más exacta solidez? Lean esos señores, lean alguno de los muchos y excelentes libros que se han escrito sobre mí, verán entonces una imagen de la verdadera filosofía; ve-

rán las demostraciones más espesas que las equivocaciones de sus libros favoritos; verán la solidez y el nervio con que se afirman mis dichos, la claridad con que se impugnan mis errores, la felicidad con que se resuelven mis dudas y el juicio con que expenden mis dictámenes. Y después que hayan visto cuánto han sudado sobre mí hombres tan grandes, cuánto se hayan acrisolado mis dogmas, confesarán (si es que no tienen almas de borríco) que cuando se cita una autoridad de Aristóteles, admitida por todos, se cita una verdad ó una probabilidad de aquellas en que es necesario convenir, de aquellas que con más tesón y solidez se han examinado; confesarán que cuando los escolásticos se remiten á mis dichos se remiten á cosa pasada en autoridad de cosa juzgada; confesarán, en fin, que si sobre cada uno de los puntos de filosofía no han de ser eternas las controversias, sino que alguna vez se han de dar por suficientemente examinadas, nunca más bien se puede esto verificar que cuando se sacan á plaza pública las proposiciones de Aristóteles.

Al segundo capítulo responderé con más brevedad, aunque no deja de tener sobrada materia, sobre que decir. Dicen, pues, esos caballeros que los peripatéticos, encantados con su filosofía, no se dignan de leer otros filósofos. Concedamos redondamente por ahora esta mentira: ¿luego son unos esclavos de Aristóteles? La consecuencia más natural y más verdadera que debía sacarse era ésta; luego juzgan que cuanto se ha escrito después de Aristóteles ha sido un perdedero de tiem-

po. No quiero decir con esto que en mis obras se halla completa toda la filosofía: sería una ignorancia asegurarlo, diré después sobre este particular. Lo que digo es que cuantos han tratado de enmendarme la plana, cuantos han tomado la pluma para descubrir un nuevo rumbo en la filosofía, ó es notorio que no han escrito más que disparates, ó al menos se duda con sobradísimo fundamento. Recogí yo en mis escritos cuanto los antiguos habían dicho de provecho; me valí de sus trabajos (que aun por esto me acusan), añadí los míos, y saqué un cuerpo de filosofía donde se encerraba cuanto los hombres grandes, que me precedieron, habían adelantado en la verdad. Después de mi muerte no se vieron más en la Grecia aquellos filósofos corpulentos que merecieron el nombre de sabios. Todo el que pudo se echó á la farándula de la filosofía, y de las innumerables sectas y escritos en que ésta se dividió, apenas ha quedado memoria. Digan esos señores, ¿cuál de estos filósofos debe leerse, y cuál lean ellos, y si ellos ni los encuentran ni leen lo tal cual que ha quedado, no lleven á mal que los peripatéticos los imiten: bien entendidos que aunque ellos lean á Lucrecio como filósofo, nunca consentiré yo que mis discípulos lo lean más que como á poeta. Después hablaremos de los latinos y árabes.

Vamos á los modernos. Se quejan, pues, de que mis escolásticos hacen muy poco caso de ellos. Pero ¿acaso los escolásticos ni yo tenemos la culpa de que ellos no se lo merezcan? Pues qué ¿querían esos señores que unos hombres serios, como

somos nosotros, nos anduviésemos de bagatela en bagatela, y últimamente tuviésemos de por fuerza que echarnos á la gran pamplina del *eclecticismo*? ¿Qué es lo que ha pasado entre esos filósofos de moda? Salieron los señores Descartes y Gasendo, y al ruido de la novedad arrastraron tras sí á infinitos charlatanes; de modo que las partículas y átomos se hicieron de moda en el siglo pasado. ¿Hay en el día de hoy algún hombre de bien que quiera pasar por cartesiano ó gasendista? Ven ustedes aquí por qué los peripatéticos hicieron bien en despreciarlos, por no verse ellos después despreciados también. Newton, Leibnitz, Wolfio son ahora de moda. Pero acaso ¿hay un racional siquiera que dude que ellos han de caer en el mismo desprecio que los anteriores? Ya ha días que se han empezado á abandonar. Ya ninguno quiere apellidarse con sus nombres, y aunque su filosofía no sea otra cosa que varios remiendos tomados de estos autores, unos pegados y otros mal cosidos, con todo eso no quieren los *eclecticos* del día ser tenidos por sus discípulos.

Señores míos: ¿cómo quieren ustedes que los escolásticos se convengan en leer y seguir á sus aplaudidos filósofos, si ni aun ustedes mismos se convienen en señalar quién es el que merece los aplausos? En boca de un gasendista no valen mal dita la cosa Descartes ni Newton. Los discípulos de éstos dicen lo mismo de Gasendo, Leibnitz, etc.

Luego que estén convenidos avísenme y veremos: mientras no, dejen á los escolásticos que se entretengan con sus metafísicas, pues, dado

caso que ellas sean disparates (ya lo tengo dicho), son disparates más antiguos y están primero.

Pero es el caso que la acusación sobre que hablamos es una abierta mentira: segunda respuesta. Jamás han pensado los peripatéticos que con leerme se hallan dispensados de aplicarse á leer en otros filósofos. Los del siglo XIII, á pesar de la penuria de libros que entonces se experimentaba, tuvieron más noticia de los filósofos y filosofías griegas que las que tienen los señores de ahora. Léase á Santo Tomás exponiendo mis metafísicas en sus libros *contra gentiles*, y en casi cada página de las demás de sus obras. Léanse otras de aquel mismo tiempo, y se hallará ser una calumnia la que se les opone. En orden á los latinos es menester que esté ciego el que no vea el uso que han hecho los más de los escolásticos de Tulio, Séneca, los Plinios y Boecio. No tienen los señores eruditos del día tanta curiosidad. Que leyeron y se aprovecharon de los árabes, es tan cierto, como que el padre N. los acusa por este capítulo. Ultimamente tienen de los modernos más noticia de lo que se piensa, y con la gracia de haber sabido aprovecharse mejor de lo que éstos han descubierto. Andan en manos de todos el Ferraris, el Goudin, el Guerinois, el Rosselli y otros que han sabido usar bien de los descubrimientos de los nuevos filósofos, que son lo que ellos alegan por mérito, como si encontrarse una perla no fuese tan fácil á un cerdo como á un hombre. De los sistemas y algarabías de esos señores tienen mucha más noticia que la que esos señores tienen del

peripato; pero esto es poco. Usted sabe, amigo don Manuel, que yo soy tan peripatético como que soy Aristóteles; sabe usted el mucho tiempo que ha que en Sevilla se está siguiendo la filosofía de moda, pues después de esto me tengo por más instruído en ella que todos esos señoritos que hacen profesión de modernos y quieren pasar en esa ciudad por patriarcas de la filosofía de buen gusto.

Acusan, por último, á los escolásticos de que, atenidos á mis escritos, no hacen en la filosofía los progresos que pudieran y debieran á causa de que en ella, ó no se halla la *filosofía*, ó se halla muy diminuta. Cuatro partes tiene la filosofía: *lógica*, *metafísica*, *ética* y *física*. Pregunto á estos señores: ¿qué falta le hallan á las tres primeras contenidas en mis escritos? En el arte de raciocinar ¿se ha adelantado algo sobre lo que yo enseñé? ¿Ha habido que enmendar?

Por lo demás, bien sabido es que se me acusa, y también á los escolásticos, del demasiado uso de las razones *abstractas*. En la *ética* dije cuanto puede decir un hombre. Vino después todo un Dios á enseñarla, y tomó ella aquel *divino aspecto* que no pudo darle toda la sabiduría de los mortales.

Vamos á la *física*, que es el punto de la dificultad. Dividámosla, según costumbre, en general y particular. Los modernos han hecho algunos adelantamientos en ésta; pero todos sus tiros contra mí han tenido á aquélla por blanco. Sobre la general disputaremos cuando lo dé la ocasión. Sobre la particular debo decir, que ni yo ni los es-

colásticos hemos tenido por suficientes mis adelantamientos. Trabajé yo sobre ella mucho más de lo que piensan esos señoritos. Testigos son de esta verdad los muchos libros míos que existen, cuales son *De calo, et mundo... de ortu, et interitu... de animalibus... de plantis... de metheoris... de somno, et vigilia... de anima... de parvis naturalibus*; los cuales suelen subdividirse en otros, sin los muchos que se han perdido después que salieron de mis manos.

Por lo que hace á los escolásticos, pudiera citar á muchísimos que han hecho admirables progresos; dejo de hacerlo, porque ya la carta va muy larga, y no faltará ocasión de tratar este punto bajo otro aspecto. Sólo quiero que mis enemigos se pongan de acuerdo con un hombre en quien no cabe sospecha de apasionado hacia mí. Este es el padre Feijóo, español sólo por naturaleza, y francés en el estudio, en la afición y en todo lo demás. Este, después de haber recogido cuanto malo halló contra mí (sin despreciar ni los más ridículos ni los más equivocados argumentos), últimamente concluye á mi favor en lo más de la filosofía. Quedemos, pues, en que aquello del *yugo de Aristóteles* es una morondanga, y que el padre N. dijo lo que encontró escrito; ojalá que hubiera hecho lo mismo en todas partes, y no tendríamos disparates de nueva invención que combatir.

Ahora se seguía demostrar que los tres capítulos por donde los filósofos del día quieren probar la esclavitud de los escolásticos los cogen á ellos de pies á cabeza, pero, amigo don Manuel, el tuer-

to amanuense se me va resabiando con tantísimo escribir, y no me atrevo á detenerlo más. A la carta que viene se hará lo que se pueda. Vea usted mientras si hay algo en que le sirva su más apasionado amigo,

EL ESTAGIRITA.

Dada en el reino de Plutón en 3 de Octubre.

VI

Valor filosófico de la hipótesis comparada con la autoridad.—Los filósofos modernos, contradiciéndose, han abusado de la una y de la otra.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo mío: Voy sin detención á satisfacer los deseos de usted concluyendo la carta anterior, que por la extensión de la materia sobre que trataba y por el fastidio en que advertí á mi tuerto amanuense, no pudo salir más que dimidiada. Pero antes debo prevenirle que en el discurso de ésta no espere á que me detenga en apurar las cosas y darlas aquella extensión de que ellas son capaces. En mi concepto, si esto hubiese de hacerse, se podrían llenar muchos volúmenes, y á mí me precisa contraerme á las angustias de una carta, tanto por atender á las muchísimas especies que tengo que examinar, cuanto (como ya otra vez he dicho) ni tengo suficientes materiales á mano, ni otras noticias de los hechos más conducentes que las que me da el pimporrero. Hecha esta preven-

ción me acerco al asunto, que no es otro que cumplir la palabra dada en mi anterior de hacer ver que los capítulos por donde el padre N., en nombre de todos sus filósofos, quiere probar que los escolásticos son unos esclavos que gimen bajo mi yugo, á nadie cuadran tan oportunamente como á esos señores que tan satisfechos se muestran de estar en libertad. Esto lo habrán ellos mirado como paradoja, pero estamos ya en el caso de que vean que su nueva filosofía les ha puesto un yugo tan duro como se les figura á ellos el que dicen de los escolásticos. Les haré ver que ellos, ó siguen unos principios más falsos que la autoridad ó se atienen á la autoridad con más peligro que los peripatéticos, que ni hacen ni pueden hacer el buen uso que éstos han hecho de las otras filosofías, y que con las que siguen nunca pueden ser verdaderos filósofos. Vamos á ello con toda prisa y cuidado, que al que se me atravesase por delante, le he de dar un sartenazo que no se le olvide.

La razón sola debe ser el norte del filósofo: si la pierde de vista, cuenta que ha perdido el rumbo. Así, pues, si admite, la razón es la que debe obligarlo; si desecha, la razón ha de dirigirlo. Si sigue la autoridad, debe dar razón (como yo la he dado) de por qué la sigue; si la desprecia, debe proponer las razones que tenga para despreciarla. En una palabra: donde falta la razón, falta la filosofía. ¿No es verdad esto, señores sabios de Grecia redivivos? ¿No es esta una proposición en que convenimos todos? Ea, pues bien: veamos

si sus filosofías de ustedes se apartan de este principio, y para verlo mirémoslas en aquella parte en que ustedes tienen todo su engrimimiento. Ya ustedes me entenderán que les llamo la atención á la física. ¿A la física? Sí, señores, á la física, á esa parte de la filosofía que ustedes han desenterrado; á esa á que le han dado tanto ser, tanta belleza; á esa en que ustedes han hecho tan admirables progresos; á esa... sí, señores: pues viendo ustedes lo mucho que de mí se ha escrito, no deben contarme entre los cobardes de quienes se ha escrito nada.

Y bien, señores: *Quid est hypothesis?* Ya ustedes saben que es una mera suposición de cosa que no se sabe de cierto, pero que se concede como cierta para de allí inferir alguna consecuencia. Equivale la hipótesis en la física y astronomía á los *postulados* de las matemáticas puras, con la diferencia esencial de que en las matemáticas ni tienen ni pueden tener inconveniente los postulados (porque ninguno hay, v. gr., en que corra una línea desde tal á tal punto), pero en la física sí, pues los postulados de la física no son tan claros como los que se hacen en las matemáticas. Es, pues, la *hipótesis* una suposición que se hace sin saberse si será cierta, ó por mejor decir, una suposición que se hace con peligro evidente de que sea falsa. Pues, caballeros míos, toda la física de los sapientísimos desenterradores, cuyas honras predica el reverendísimo N., estrictamente en meras hipótesis, luego están en ocasión próxima de ser falsas. No me detendré mu-

cho en la inducción que prueba mi *menor* (y ustedes perdonen que les encaje este terminillo escolástico porque todo el mundo lo sabe), con que en apuntando algo no habrá para qué detenernos.

La física de Descartes descansa, como sobre basa, sobre los *torbellinos*, *materia sutil*, *estriada*, etcétera, y leyes de movimiento que él propone ingenuamente como hipótesis de que después quiere sacar *tesis*. La de Gasendo supone el *vacío* y *átomos* movidos hacia acá y hacia allá, con más ganchos y con más uñas que las que hay en los almacenes de guerra y tropas de estos países donde habito: ahí está otra hipótesis. La de Leibnitz quiere que se suponga la *armonía preestablecida* entre los supuestos automas espiritual y corporal, hipótesis y tarja. Newton, el que más ha peleado contra las hipótesis y que ha demostrado más lindamente su insubsistencia, últimamente establece la *general atracción*, que es una mera hipótesis, como han demostrado muchos, y puede ser que yo también demuestre en adelante. Las Actas de Leipzig del año de 1729 forman también este juicio de su filosofía: *Plura in ea occurrere postulata precaria, et abstractiones arbitrarias, quàm leges nature reales, ac theorematum philosophica: omnemque linearum, et angulorum, virium insitarum, et centralium apparatus in physica astronomia Newtonis non esse, nisi fabulam theatralem, nullam verò habere extra cerebrum realitatem*. Véase también á Muschembroek (Elem. Phys. cap. 7). Cátate ahí otra hi-

pótesis. Son sin número las otras hipótesis de filosofía que han admitido los discípulos de estos cuatro príncipes de la verdadera física, mas todas ellas se pueden reducir á las de ellos.

Con que tenemos, si ustedes no lo han por enojo, que cuanta física moderna se ha escrito depende, ya de una, ya de muchas hipótesis, á veces entre sí contrarias; hipótesis arbitrarias, insubsistentes y probabilísimamente falsas. ¿Y es posible, señores ecléticos, es posible que unos hombres como ustedes, los sabios sin preocupación, los mercurios de la filosofía, los filósofos libres, los que abominan someterse á la autoridad y ponen tantas censuras contra los que la toman en boca, edifiquen sobre tan falsos cimientos? ¿Ustedes que no quieren conceder á un escolástico que crea haber dicho bien Aristóteles, porque no hay cosa que demuestre lo contrario y porque muchos siglos han estado en la misma creencia; ustedes mismos son tan benignos con los filósofos hipotéticos, que no hallan dificultad en convenir en una parte, con Descartes, que es imposible que haya vacío, y en otra, con Gasendo, que sin él es imposible el movimiento? Así saldrá el eclecticismo.

Mas dejando esto para otra ocasión, me acerco más al intento y les pregunto á ustedes: ¿Qué cosa es mejor, depender de la autoridad en uno ú otro punto ó de las hipótesis en todos? Cuando la autoridad se falsifique no hay otra cosa perdida que aquella proposición que se sostenía sobre ella. Pero si una hipótesis sale falsa, allá van

con mil demonios alcuza, candil y sastre. En acabándose los *torbellinos* no queda el pobre de Cartesio para tacos. Quitado el *vacío*, es menester que los *átomos* se vengan al otro mundo. Falsificada la *armonía prestabilita*, no tendrán otro uso las obras de Leibnitz que el que hagan de ella los que venden manteca; y saliendo á ser mentira las *atracciones*, será preciso que Newton se aplique para pasar la vida á hacer telescopios. Ustedes sin remedio han de convenir en que las citadas hipótesis no están probadas, no tienen apoyo en la razón y tal vez saldrán falsas. Con que es menester que también convengan en que toda su física está colgada del aire y en mayor peligro de convertirse en zanahorias que el sistema de los escolásticos. Y si miran la cosa sin pasión, convendrán también en que con todo eso de admitir los escolásticos la autoridad, van más cerca de la razón que ustedes; pues los principios capitales de su filosofía se sostienen mal ó bien (que otra vez lo disputaremos) sobre la razón, y no entienden de hipótesis sino en muy raro caso.

Pero, díganos usted, señor Aristóteles, ¿no explicamos nosotros con nuestras hipótesis partículas, movimientos, etc., todos los efectos de la naturaleza, sin recurrir, como ustedes y los suyos, á la gran majadería de las cualidades ocultas? Pues ¿qué argumento más auténtico de la verdad de las hipótesis? Si ellas no fueran ciertas, ¿cómo habrían de cuadrar con ellas los efectos naturales? No hay uno que no podamos explicar siguiéndolas; luego aunque *à priori*, como dicen los incultí-

simos escolásticos, no están afianzadas en la demostración, lo están *à posteriori*. Señores filósofos, por Dios que no me lleguen ustedes á las cualidades ocultas, porque es llegarme á las niñas de los ojos. En llegando su tiempo, yo andaré con ellas con el tiento que pide su delicadeza; con que dejémoslas, no sea que se me malogren, y respondamos á lo otro.

Ya ustedes saben que las hipótesis de los varios filósofos que siguen son, no solamente varias, sino también encontradas; saben también que todos ellos se lisonjean de explicar, cada uno en su sistema, todos los efectos naturales. No se les oculta que de principios contrarios sacan consecuencias contrarias. Pues ven ustedes aquí lo que yo no puedo entender al cabo de mis años de metafísica: que explicando uno, v. gr., que el fuego quema, por constar de corpúsculos tan duros que ni con un calabozo se pueden partir; y otro porque está compuesto de partículas tan blandas que se pueden comer con cuchara, ambas expliquen bien; y porque explican bien, ambas explicaciones deben servir de prueba á dos proposiciones contrarias. Amiguitos míos, yo como estoy hecho á las antiguallas de mi filosofía, no entiendo ni una jota de esta lógica. Lo que yo diría en semejante caso es que ninguna de las dos hipótesis quedaba probada; y sin tener por qué arrepentirme después, diría que ambas podían ser falsas, aun cuando alguna de las explicaciones (suponiendo que ambas es imposible) fuese verdadera. Para esto citaría aquello de *ex falso aliquid quando sequitur*

id, quod aliunde verum est. Y ex impossibili sequitur quodlibet. Ustedes quizá no entenderán esto, aunque ello está claro, por haberse acostumbrado á filosofar con los ojos. Por lo que para probar que poniendo yo una hipótesis á mi gusto, puedo sacar de ella las consecuencias que se me antojen; y al revés, inventando la que me parezca reducir á ella, y con ella explicar las cosas inexplicables, pondré un par de ejemplitos que hagan palpable la cosa.

Supongamos que en Constantinopla hubiese una academia donde todo fuese venal. Cuidado, que esto es suponer, que no por eso pienso que la hay, y para evitar toda sospecha la coloco en la corte del Turco. Pues dada esta hipótesis argumentaría yo: Porque todo es venal son venales los exámenes; y así este joven, que no ha sabido de gramática más que, cuando pasaba por la puerta de la clase, allí se daban azotes, está aprobado en el arábigo para entrar á filosofía. Es venal la matrícula; y así el otro gabacho, que todo el año anduvo arreando un camello camino de la Meca, cupo en la matrícula al fin del estudio porque pagó muy bien un corral que había en ella de arrendamiento. Es venal la certificación; y así aquel escolarón, cuyo perpetuo ejercicio ha sido el truco, la compró á costa de tantos zequies que soltó. Es venal el grado; y así estotro alcornoque, que sabe tanta filosofía como un grajo, compró la lección á un santón (estos son los frailes de por allá) y alquiló de los argumentantes las respuestas. Y de esto y como esto me atrevo á estar sa-

cando consecuencias de una suposición tan absurda como la referida. Del mismo modo tomo yo por principio otra hipótesis igualmente falsa, verbi gracia, que en aquella ciudad hay una ciudadela tan íntimamente unida con la academia que nada hace ésta que la otra no mande. ¿Quieren ustedes ver cómo yo reduzco á esta opinión cuanto se me antoje? Pues oíganlo. ¿Por qué en la academia obtiene cátedra un medio cuchara y vive desairado este hombre de mérito notorio? Respondo: Porque éste no entra y el otro no sale de la ciudadela. ¿Por qué éste, cuyos estudios en medicina son tan escasos, sale graduado de doctor, y con facultades para matar más mahometanos que los que mataron los cruzados? Porque así lo dispuso el jefe de la ciudadela. ¿Por qué este grado se ha conferido en día de toros? Porque en la ciudadela se ha tratado así. ¿Por qué aquel musulmán, cuya ignorancia es tan garrafal, ha adquirido en la corte tanta reputación? Porque se la ha dado la ciudadela. ¿Ven ustedes, señores, cómo de unas suposiciones falsísimas se deduce cuanto se quiere, y cómo á ellas se reduce también cuanto se puede imaginar? Ea, pues, vean de consiguiente como, aunque los efectos naturales se acomoden á las hipótesis, no se sigue por ello la verdad de ellas. Con que quedamos en que si mal están los escolásticos, porque algunas veces fundan sobre la autoridad, peor están ustedes, porque siempre fundan sobre las hipótesis.

Me parece, amigo don Manuel, que les oigo repetir su acostumbrada cantinela, de que ellos no

siguen á nadie ni fundan sobre las hipótesis de nadie, y que como verdaderos ecléticos no se atienen más que á la experiencia. Tiempo vendrá en que le sacudamos el polvo al eclecticismo, y entonces se verá que esta es una mentira tamaña como un pavo. Pero demos que sea como sus señorías lo dicen, que no quiero que me tengan por cicatero, y vamos á hacerles otra reconvención: que probablemente les coja de nuevo. Antes supongo que la experiencia es madre de la física, y que ésta sin aquélla es una bagatela consumada, por no decir otra cosa peor. Estemos en esto para que vean los señores que los peripatéticos no desprecian la experiencia, como muchos de ellos suponen, sin conocimiento de causa. Déme usted ahora licencia para que me vuelva á conversar con ellos otro rato.

Con que, señores ecléticos, ustedes siguen en todo y por todo la experiencia, ¿no es verdad? ¿Cómo si es verdad! Ahí está el lector teólogo que en un cuarto de hora es capaz de relatar más experimentos que títulos de romances relata un ciego que los vende. Bien, señores, bien: me alegro mucho. Yo les enviaré á ustedes á Averroes para que le enseñen la oficina donde los entablan y los instrumentos, máquinas y materiales que sirven para ellos. ¿Qué tendrán ustedes de alambiques, de crisoles, calderas, herruchos y cosas! ¿Qué de lancetas, navajas y cuchillos! ¿Qué de telescopios, microscopios y anteojos! ¿Cómo me alegrara ver las máquinas pneumática y eléctrica! ¿Se ríen ustedes? Vamos claros, ¿con que nada.

de esto hay? Pues díganme ustedes, criaturas, ¿tienen ustedes acaso algún diablo que les dé estas noticias ó por dónde diantre saben tantísima experiencia? ¡Ah, señor Aristóteles, y cómo se conoce lo poco que usted sabe de nuestra filosofía! Nosotros, amigo, tenemos quien nos ahorre ese trabajo, aunque tan indispensable para la física. Muchos grandes hombres han instituido los experimentos; en ellos leemos y sobre ellos fundamos. Acabáramos, señores míos, porque yo ya iba á dar comisión á Averroes para que buscara un conjurador, bajo la creencia de que sabían eso por parte del diablo.

Pero me queda aún un escrupulillo. ¿No son ustedes eclécticos? Para servir á usted. Vivan muchos años por su favor, y díganme; y el eclecticismo, ¿no consiste en no admitir si no es aquello que sea más evidente y cierto? ¿Cualquier ecléctico de teta no supone, desde luego, que todos los otros hombres se han podido engañar, y que así no debe admitir sino lo que vean su razón ó sus ojos? Me parece que este es el A B C del eclecticismo. Pues bien: díganme ahora, ¿por dónde saben que esos experimentos sobre que fundan su física son tan ciertos como dicen los autores en donde ustedes los encuentran? De modo, señor Aristóteles, que aunque nosotros no veamos que es como ellos lo dicen nos lo presumimos. Pues qué ¿habían esos hombres de ponerse á engañarnos de letra de molde? ¿Ahora estamos ahí, señores míos? Aun cuando ellos no engañasen á ustedes, la sola suposición, que nunca se les cae

á ustedes de la boca, de que son hombres y pueden engañarse ó engañarnos, había de obligarles á no creerlos. ¿Por qué desprecian ustedes la autoridad? Porque la autoridad no es infalible; porque cualquier hombre puede haber errado ó querer que nosotros erremos. ¿No es sobre este principio sobre el que ustedes aconsejan que se sacuda mi yugo? Pues bien: ¿son quizá infalibles sus experimentadores de ustedes? ¿Están confirmados en verdad para nunca mentir? Si nada de esto hay, han echado ustedes por cierto una gran peonada. El que se traga un dogma confirmado por la autoridad, puede de camino examinarlo, puede dar de él alguna razón; pero, señores míos, en los casos de hecho, cuales son los experimentos, no valen los discursos. Si la cosa es como se refiere ni todas mis metafísicas pueden obscurecerla. Si no es, por especiosa que sea, será una mentira especiosa.

Dicen ustedes que no es de presumir que los hayan querido engañar, y que cuando lo dan á la prensa es regular que ni ellos tampoco se hayan engañado.

En el discurso de mis Cartas espero me ocurran ocasiones en que ponga ejemplos de la mala fe de los experimentadores, los que omito ahora porque hay mucho que decir sobre sus malos ojos. Se han engañado, señores míos, se han engañado tantas veces, que es menester que no tenga cabeza el que sobre su palabra quiera darles crédito. Tengan ustedes un poco de paciencia mientras yo les traigo á la memoria ruidosas observaciones, que

han salido después mentiras ó equivocaciones hechas y derechas. Observó Leuvenck la sangre con un microscopio selectísimo y aseguró que las partes de que se componía eran *globosas*. Adams las miró con otro igualmente selecto, y cátelas que las vió *ramosas*. Milhey, también con su lindo microscopio, las estuvo acechando, y clarito, clarito, las observó *lenticulares*. Vino Hewson con otro anteojo más bueno, y las halló *compresas*. El padre Deturre entró también en curiosidad, y sacó en limpio que eran *annulares*. A ver, señores eclécticos, compongan ustedes esa chapadanza.

Se podrían escribir muchísimos volúmenes si hubieran de referirse las demás observaciones y experimentos ó falsos ó equivocados de los filósofos del día, que se tragan ustedes, señores eclécticos, tan de buena gana. Oigan, pues, para concluir con esto, lo que sobre el punto dice, no un escolástico, sino un ecléctico amantísimo de los experimentos y celeberrimo entre ustedes, á saber: Muschembroek *in Orat. de Methodo instit. experim. Phys. Ejusmodi scientiam (anilibus fabulis, turpibusque commentis refertam) condiderunt, qui sese eclecticis professi sunt, qui colligendis aliorum laboribus occupatissimi, nihil ipsi exploraverunt, sed omnia vera, et falsa inter se imprudenter miscuerunt, atque aliorum auctoritatibus innixi scientiam à veritate, et à vera philosophia alienissimam condiderunt.* ¿No está este un buen sermón de honras del eclecticismo? Pues todavía lo he de predicar yo mejor. Por ahora, señores míos, no quiero más sino que adviertan

ustedes que él está predicado por los ecléticos extranjeros, hombres sin duda de más talento, de más instrucción y observación que ustedes. Mas ustedes, señores ecléticos de Sevilla (que en las cosas primeras están para echar por la otra acera, y en materia de experimentos en su vida las han visto más gordas), ¿regoldar experiencias? ¿Citar observaciones? ¿Pretextar libertad? ¿Ir por las calles y paseos de más concurso cercados de una tropa de escolarones *ejusdem farinae*, arqueando las cejas, meneando las manos, echando á borbollones términos que no entienden, llamando la atención de los ignorantes y excitando la risa de los inteligentes? Ustedes, amigos míos, vivan entendidos, que no merecen ni aun la mitad del elogio de Muschembroek; y que malos, malos, como son los ecléticos, nada tienen ustedes con ellos de común. Por fin: ustedes y ellos tengan siempre presente aquello de *ninguno que bebe vino le diga borracho á otro*. Si los escolásticos pierden la libertad por dar crédito á un raciocinio ajeno, cuya verdad y probabilidad se está viendo venir, ¿qué será de ustedes que creen á puño cerrado experimentos cuya verdad no ven, cuya falsedad es tan común?

Pero al menos, me dirán ustedes, tenemos la gran satisfacción de no andar como los escolásticos, pensando siempre en lo que dijeron otros. ¿Dónde hay mayor mortificación para un hombre de bien que tener que tragarse sus pensamientos sin libertad para sacarlos adonde les dé el aire? ¿Dónde hay trabajo tan penoso como andar

siempre á caza de lo que dijo Aristóteles, Santo Tomás, Escoto, Bacon y otros, para apoyar sus modos de pensar, so pena de que no siendo de este modo no se han de admitir? Bendita sea la libertad que nos ha traído una filosofía donde cada uno dice tuerto ó ciego ó como le place, sin tener que andar tras de lo que dijeron otros. Señores míos, no hay duda en que en esta parte son ustedes felices. Yo les alabo el gusto, y si en mi mano estuviera, al pícaro que tomase en la boca una autoridad, lo había de desterrar á los espacios imaginarios. Es una camorra, ciertamente, siempre que uno ha de ponerse á leer un filósofo encontrarse lo primero con *probatur auctoritate S. Scripturæ, auctoritate S. Augustini, D. Thomæ, Aristotelis, Scoti...* ¡Ah pícaros! *Probatur ratione, ratione, ratione.* ¿Somos aquí algunos Belarminos para usar de la Escritura como si se disputara con los luteranos? Dejemos la Escritura quieta, que esa está hecha para otra cosa. Pues tómate ésa. San Agustín, Santo Tomás, Escoto y la demás gente, ¿qué fueron? Hombres como cualquiera; porque lo otro que tuvieron de ser Santos ó teólogos, *quid ad rem?* Dios les ha premiado lo primero y la Iglesia tendrá cuidado de honrarlos por lo segundo. Si ellos tuvieron derecho para decir acerca de las cosas naturales lo que les pareció, ¿por dónde, cómo ó quién me lo ha quitado á mí? En una palabra: fuera de autoridades. Yo soy ecléctico y tengo de pensar lo que me dé la gana; la autoridad no me ha de servir. ¿Qué es eso, señores? ¿Se ponen ustedes

colorados? Miren que les hablo de veras. Va, apuesto algo á que hay algún contrabandillo. La verdad, ¿se sostienen ustedes quizá en algunos puntos sobre la autoridad? ¿No me responden? Pues á bien que yo tengo aquí (Dios se lo pague á mi amigo don Manuel) los libros ecléticos que me envió. ¡Poder de Dios y lo que traen de letra bastardilla! ¡Qué es esto! Juro por las barbas de mi mujer Pithias, que son ustedes los mayores fulleros que han nacido de madres.

Díganme ustedes, hombres de Dios, ¿con qué conciencia se ponen á burlarse de los escolásticos porque citan la autoridad para comprobar sus proposiciones, si ustedes mismos traen aquí más autoridades que llovidas? Vayan unas pocas: las ideas innatas están probadas con una autoridad de San Agustín; la idea innata de Dios con otra del mismo Santo. Peor que peor. Como si este Santo fuese capaz de apoyar sistemas encontrados, viene el señor Mallebranche citándolo por el entusiasmo de sus ideas. Sobre la simplicidad de éstas cómo ha de explicarse, vuelve á salir el mismo Santo. Allá va Santo Tomás también sobre la causa de la obscuridad y confusión de ideas. ¿Qué les parece á ustedes? Aquí viene un señor Empírico sobre si hay ó no falsedad en los sentidos en orden al entendimiento. Por allí sale Heráclito en el Cratilo de Platón dando su parecer sobre el significado de las voces. Sobre el método escolástico salen de una vez todos los antiguos padres y filósofos. Vuelta con Santo Tomás y con San Alberto el Grande sobre si se

puede ó no hacer oro. Otra vez San Agustín para probar que el cuerpo consiste en solas las dimensiones. Para el *espacio-Dios* vienen Teófilo, Philon, el Damasceno y otros cuantos. No me detengo más.

Pero ¿qué es esto? ¿Son también ustedes es-
criturarios? Eso nos faltaba. Pues ¿no traen
también aquello de *in ipso vivimus, movemur, et
sumus*, para probar unos que Dios es el espacio,
otros que las causas segundas carecen de activi-
dad? Aprieta. Con el Deuteronomio quieren ha-
cernos creer que los animales son máquinas; *è
contra* con el Génesis, que tienen alma espiri-
tual. Mas, por ventura, ¿son la Escritura, los Pa-
dres, los filósofos solos los que vienen á compro-
bar? No, señores, que Lucrecio, el santo padre
del ateísmo, se cita con mucho respeto, entre
otras cosas, para el gran desatino de espacio in-
menso. No, señores, que también salen á cola-
ción y partición los literatos sin pelo, quiero de-
cir, los chinos. Perdonen ustedes, señores, que
no les ponga otros mil ejemplos, que no me he
de estar eternamente sobre esto. En poniendo
uno que valga por todos estamos fuera de difi-
cultad. Vaya el eclecticismo. ¿Sobre qué se sos-
tiene? Sobre aquella autoridad de Clemente Ale-
jandrino que empieza: *Philosophiam dico, non
Stoicam, non Platoniam, etc.* Ahora bien: seño-
res, si yo les dijera á ustedes mil picardías por
esto, ¿á quién se habían de quejar? Nos están
ustedes quemando el alma con daca la servidum-
bre y toma la autoridad, y traen ustedes más au-

toridades que un elenco de ellas, y fundan sobre la autoridad más que pudiera fundar el más aferrado tomista; y todo su sistema descansa sobre ella como sobre su primer principio.

Esto aturde, amigo don Manuel, esto aturde; esto es haberse quitado la mascarilla y salir mintiendo á todo trapo. Pero hay más todavía, que es el malísimo uso que hacen de la autoridad. Los escolásticos al menos cuando citan saben lo que citan, ven los antecedentes y consiguientes, examinan el espíritu del autor y por fin hacen la cosa como que son maestros en ella. Mas estos señores, que en los autores antiguos y padres tienen tanta lección como el Bey de Argel, no saben citarlos más que por el sonsonetillo de las palabras. Verá usted mucho de esto á su debido tiempo. De modo que citan á la manera que traducía aquel escolar de X: *dato* estaba un gato, *femineis monosyllaba* comiéndose una morcilla, *masculus est grex* debajo de un almirez. Y la otra, *conticuere omnes, intenticque ora tenebant*, es un grande desatento quien se duerme en las tinieblas.

Todavía me ha hecho más gracia lo que me ha referido el pimporrero, y ya yo he apuntado á usted en mi carta anterior, á saber: el sumo valor que tiene en esa tierra la autoridad de sus ecléticos. Me ha asegurado, que los muchachos, que tienen la felicísima suerte de ser sus discípulos, llenos (ya se ve) de la satisfacción (ahí es nada) de tener (no se dará semejante fortuna) unos maestros (como quiera es) tan sapientísimos (usted contemple), dicen frecuentemente

estirando las cejas, y poniendo la boca como yo para pronunciar el francés: *mi catedrático lo dice, lo enseña, lo propone*; y quedan tan pagados como si hubiesen traído el testimonio del Preste Juan de las Indias. Me asegura que los señores ecléticos usurpan muy á menudo aquella poderosa y convincentísima sentencia: *basta que yo lo diga*; por más señas que uno de los muchachos respondió: *para que sca al revés*.

¿Quiere usted todavía más? Pues acuérdesse del día de las conclusiones del padre N.: de aquel grande día del eclecticismo; de aquel día, sobre que puede fijar la época de su triunfo y su gloria. Acuérdesse del trastorno en que se puso entonces toda la literatura sevillana: la antigua, hasta entonces floreciente, obscurecida y arrumbada; la moderna, despreciada hasta aquel punto, levantada sobre los cuernos de la luna. Acuérdesse del inmenso concurso de ecléticos, escolásticos y legos que se juntaron en el famoso teatro, donde había de decidirse nada menos que la suerte de la literatura; cuando los profesores ecléticos cerraron sus aulas, y acompañados de sus Guardias de Corps, á saber, sus discípulos favoritos, fueron á tomar asiento en la arena, de donde sabían antes de verlo, que habían de salir coronados; cuando mis pobres escolásticos quisieran no haber nacido; cuando los zapateros y barberos de San Roque y la Calzada soltaron los titeres de sus oficios, y acudieron á ver la contienda, más contentos que si fueran á ver un ahorcado. ¿Se acuerda usted ya por estas señas?

¿Qué sucedió entonces? Oponía su argumento un escolástico; respondió el padre N. Instaba el otro porque le parecía (y quizá sería así) que no se solvía la dificultad. Y entonces el reverendísimo presidente del teatro salía atajándolo, y advirtiéndole que ya estaba respondido. Con la autoridad del padre presidente se daba por contento el defensor; los otros eclécticos agachaban todos juntos la cabeza, se miraban mutuamente en ademán de admirados; los sapientísimos barberos se decían unos á otros: *Vaya, hombre, que no he visto fraile más leído*; y el pobre argumentante como es escolástico, y por razón de tal acostumbrado á someterse á la autoridad, se conformaba con lo que veía atestiguado hasta por los eruditos tirapieses. Usted, amigo don Manuel, es preciso que convenga conmigo en una dificultad, que está saltando de este hecho. ¿No se defendía el eclecticismo? ¿No se sostenía que no era lícito someterse á la autoridad? Ahora bien: pues ¿por qué en el mismo *hinc et nunc* de defenderse, había de valer tanto la autoridad del padre presidente? Demos que este sea un prodigio de literatura; demos que sea otro Aristóteles; y si á usted le parece que esto es mucho dar, rebaje de ahí lo que le parezca. Si estamos en el caso de que no vale la autoridad, ¿por qué este pobre argumentante ha de admitir la del presidente? ¿Por qué ha de ser como sumergido con los aplausos del eclecticismo, que era otro golpe de autoridad? ¿No merece siquiera ser libre, donde todos profesan la libertad? ¿Vino

la redención para los demás, y á él solo le ha de tocar sufrir un yugo, cual no se sufre en las cárceles de su esclavitud?

Un filósofo moderno se volvió loco al fin de sus años (demasiada fortuna fué que no empezase desde el principio). Hecho, pues, ya un cadáver andante, sin pelos, sin dientes, sin espíritus, salía una ú otra vez á pasearse. Se le observó que luego que pasaba por junto á algún charco ú arroyo donde reflejaba su figura, se paraba á mirarla, y en ademán de ironía y compasión exclamaba: *¡Pobre viejo! ¡Pobre viejo!* Adviertan los señores eclécticos que la imagen que ven en la esclavitud de la autoridad no es otra que la suya, y *quien tiene tejado de vidrio no tire piedras al de su vecino*. Bastante he cansado á usted ya; sepa que deseo corresponderle y que quedaba tan suyo como debe

EL ESTAGIRITA.

Fecha en un país donde nunca hay invierno, en el mismo día en que empieza allá.

VII

*Impugnación que de la filosofía aristotélica han
hecho el Genuense, Leibnitz, Vernuy. Gasendo,
Fortunato de Brixia, Heineccio y otros.*

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo y señor mío: Ya usted se acordará que dije que mis ánimos no eran otros que mantenerme sobre la defensiva, sin trascender á más. Estoy tan otro, que si estuviese en mi mano comenzar ahora las cartas, no cometía tan enorme desacierto, y á presencia de todo el mundo protestaría, que era mi ánimo defenderme y ofender; salvar mis dichos y sacar á la luz pública sus disparates, quitarme de encima las pulgas que me tiran y echárselas á ellos en las orejas.

Vamos á ello. Antonio Genuense, aquel famoso ecléctico que no se puede ni debe nombrar entre los filósofos de buen gusto sin quitarse el sombrero y el gorro, quiso dar una prueba auténtica de su vasta erudición, teniendo la bondad de tomar las palabras y definiciones de mi escuela

para impugnarlas. Cosa por cierto nueva y nada usada entre los suyos, que estaban en posesión de impugnarnos con espíritu profético, es decir, suponiendo y no viendo lo que queríamos decir. Tomó, pues, su microscopio (pues aunque la leyenda no se mete en esta menudencia, yo acá contemplo que sería así, porque un moderno sin microscopio es un sastre sin agujas, un zapatero sin alesnas y un cuerpo sin alma), tomó también todos los escolásticos habidos y por haber, pues él lo dice de todos, como se verá después, y puesto que él lo dice es preciso que sea verdad; y buscó en ellos aquello de las ideas impresas y expresas las miró lindamente por arriba y por abajo, y enterado á fondo en lo que ellas eran, salió diciendo (Art. Log. crit. edic. ann. 1755, lib. 2): *Scholastici philosophi ideam materialem vocant impressam speciem, intellectualem vero speciem expressam*. Y luego con aquella majestad y tono decisivo, tan propio de los ecléticos, añade: *utrumque, quod mireris, propriissimè*.

A ver, amigo D. Manuel, ¿qué tal le ha parecido á usted aquel *quod mireris*, que merecía estar con letras de plata? ¿No está la ironía más resalada del mundo aquel *propriissimè*? Pues, amigo mío, los escolásticos (*quod mireris*) ni han dicho ni han soñado decir que la especie *expresa* sea la intelectual y la *impresa* la material. Idea impresa entre todos ellos es (*quod mireris*) *imago rei, qua mens determinatur ad rem illam cognoscendam*, por otro nombre *principium cognitionis*. Idea ó especie expresa est *conceptus rei, quem*

mens format, dum cognoscit objectum; por otro nombre *terminus cognitionis*; por otro nombre *Verbum*. Si usted quiere verlo así busque á cualquiera peripatetiquillo de esos de menos monta, y en cada página se lo encontrará mil veces, y acerca del *proprüissimè* irónico del caballero Genuense, con que se burla de nosotros, dígame á sus amigos que si quieren saber de dónde han tomado los escolásticos estas dos grandes frioleras de especie impresa y expresa, vayan por las obras de San Agustín arriba, y en su exposición sobre el salmo 139 se encontrarán con la imagen impresa en el entendimiento; y en el lib. 9 *De Trinitate*, capítulo 12 con la expresa. Dígaless también que he oído decir que una y otra sirven admirablemente para explicar la generación del Verbo Eterno, que ellos que la echan de teólogos, pueden ver, si es verdad, pero que en cuanto al Genuense, el pobreillo no juntó caudal para más, y como sabía para quien escribía, no fué tan escrupuloso, que hubiese de omitir todas las mentiras que se le vinieron.

Vaya otro ejemplito del mismo Genuense, tomado de su *Metafísica* (part. 1, prop. 95 edit. 1774). Sería una cosa muy larga de referir lo que le dió motivo á decir la preciosidad sobre que voy á hablar, por tanto abreviaré. Para probar él que los universales se hacen por agregación, y no como enseñamos nosotros por abstracción, le pidió prestado á Gasendo uno de sus paralogismos y usando de las facultades que por razón de ecléctico le competen, lo bautizó y le puso el

nombre de *demonstración* en la edición primera de su *Metafísica*. Yo no sé quién fué el que le hizo ciertos reparillos á la demostración citada, no tan de poco momento que dejasen de demostrar ser una abierta contradicción. El Genuese como uno de aquellos filósofos nada preocupados y que en viendo la razón al instante ceden á ella, no tuvo dificultad en... ¿pensaba usted que yo iba á decir retratarse? No, señor mío, que eso sería vergüenza en un ecléctico como él. En echar por la vía de Tarifa y buscar nuevos disparates con que tapar el primero. Entre ellos está uno que es el que nos hace al caso. Se acordó de los posibles de los escolásticos, y pensó que serían buenos para hilas con que curar la herida dada á su *demonstración*, y en un escolio que puso en la edición citada al principio, encajó este parche: *Cum se ac essentiam suam contemplatur Deus, in se, ac natura sua possibilium omnium essentias intelligibiles prócreat*. Ve usted aquí una brillante idea de los posibles. Posibles que se procrean. Y no tenemos que andar con *daca*, si lo que se procrea es aquello á quien se le comunica la existencia *extra Deum*, y *toma*, si los posibles son aquellos á quienes nunca se les ha de comunicar. No andemos con esto, porque ahí está el primor en que sean posibles y se procreen, ó en que se procreen sin dejar de ser posibles, que esto no es otra cosa que la metafísica escolástica, llevada por este famoso ecléctico un poco más arriba del primer principio de contradicción, y no como los pe-

ripatéticos, que al cabo de tantos años siempre se han estado por debajo de él.

No perdamos de vista al mismo Genuense, que es amigo mío, y es menester distinguirlo en cuanto se pueda, pues él entre los ecléticos ocupa un lugar distinguido. Este tal señor definió á la naturaleza como mejor le pareció en su Metafísica (part. 1, cap. 3, § 32). Después de haberlo hecho, confiesa ingenuamente en su Lógica Ital. lib. 1. capítulo últ., que no se puede entender, qué cosa sea la naturaleza; y poco después dice que yo la definí *entelechiam primam*. No nos paremos en el escrupulillo de haber definido la naturaleza, y confesar que ignora lo que es, pues esto no arguye otra cosa sino que definió lo que no entendía y esto es ya tan común, que cualquier eclético lo hace sin calentarse mucho la cabeza; no nos paremos en que juzgue no poderse entender la naturaleza, porque él no la entendió, pues esto está suelto fácilmente con suponer que los ecléticos *eo ipso* que lo son, entienden perfectamente las cosas con privilegio exclusivo de que otros las entiendan. Y si acaso el dicho Genuense fué abogado (de lo que no he tenido noticia, pues de su vida no han llegado á mí más que los milagros) mucho mejor, pues en siéndolo es preciso é indispensable que entiendan de todo. Tampoco nos hemos de parar en la consecuencia que se está saliendo de esta doctrina, á saber: si no se puede entender qué cosa es naturaleza, luego tampoco qué cosas son ó no son naturales, luego no se puede juzgar qué cosas son sobrenaturales. Este escrupulillo es de poco

momento, pues en tal caso lo más que podría suceder sería quitar los milagros, y á consecuencia toda la Religión. En lo que sí me paro es en lo que viene al caso presente, que es la definición que dice que yo he dado á la naturaleza. ¿ Si llevaría el microscopio para leerla? Yo he estado recapacitando, y no me acuerdo de haber dicho tal cosa. Bien tengo presente que la lib. 2 *De Physico auditu* la definí así: *Principium, et causa motus, et quietis ejus, in quo est primò, et per se, et non secundùm accidens*. Con que es muy de temer que el encantador, que transformó á la sin par Dulcinea del Toboso en una grosera labradora, ese mismo le trasformase á nuestro ecléctico la citada definición en *entelechiám primam*.

Todavía quiero vea usted otra gracia de las infinitas que trae el mismo señor. Ha de saber usted que Leibnitz, después de haber andado de Herodes á Pilatos, y apurado con su buen ingenio cuanto los modernos han dicho sobre la *materia*, nos hizo el honor (que no habíamos menester) de decir que no podía menos que convenir con los escolásticos en que la *materia primera* y la *forma substancial* eran unas meras potencias, la primera *pasiva* y la segunda *activa*. Así en el segundo tomo de sus obras part. 1, pág. 214 y 317. No nos paremos en la propiedad con que llama potencia activa á la forma substancial, que esto de usar de nuestras cosas como se debe requiere más instrucción en ellas que la que tuvo Leibnitz. Paremos en el Genuense, que en su Lógica italiana, lib. 5, § 87, trae unas palabritas que yo no entiendo por ser-

me lengua desconocida. Entregué el libro, de donde sacó estas apuntes, al pimporrero, para que buscara quien las tradujese al castellano. Hízolo así, topó por buena dicha á un tiple conocido suyo, y este dijo que querían decir: *En buena física no se ha encontrado un ser meramente pasivo, sería una quimera de ignorantes.* ¡Ah, pobre ignorante Leibnitz!, bien te se emplea para que no te metas en camión de once varas. Vuelve, vuelve á salir con la especie extravagante de la *materia meramente pasiva*, que el Genuense hará que se borren de sus obras los grandes elogios que te ha dado, y te quedarás entonces entre los ignorantes quimeristas.

Dejemos, amigo don Manuel, al Genuense por un rato, que hay otros muchos á quienes contentar, y es menester que usted vea que la profesión del eclecticismo es la más ajustada á razón y la más necesaria al mundo literario. Los caballeros eclécticos, á semejanza de los andantes, no tienen más oficio que deshacer tuertos, vengar injusticias y darle á cada uno lo que es suyo, y que otros por ignorancia ó por malicia le han quitado. ¿Quiere usted ver un hermoso rasgo de esta verdad? Pues salga á plaza el Sr. Verney. Este en su libro 2 *De re Logica* (cap. 3, not. 3) les da una linda zurra á los escolásticos por haberme entendido, no como debían, sino como se les antojó. Pecado sin duda tanto más grave en ellos cuando más se jactan de ser mis fieles intérpretes. Y, á la verdad, si ellos hacen profesión de tales, ¿no es una picardía la más digna de azotes que se pongan á engañar al

público, diciendo las cosas al revés de como yo las dije? Dios se lo pague á Verney, que nació á este mundo para enmendar todas las cosas, y no solamente esta de que trato. Pero el caso es que donde á él le pareció que había encontrado dos encantadores malandrines que llevaban robadas algunas Princesas, no encontró sino con dos monjes Benitos, que tal vez iban de misión. Todo el sermón que predicó dicho señor contra los escolásticos tuvo por tema unas palabritas que él trae en el lugar citado, refiriendo el modo de pensar de los escolásticos. *Alter* (dice) *dicitur intellectus agens, sive cognoscens*. Y, en efecto, si *intellectus agens* entre los escolásticos quiere decir *cognoscens*, ni ellos me entendieron ni dijeron más que un disparate; pero la mala fortuna es que esta interpretación de *cognoscens* la puso el Verney de su caudal, sin que á los escolásticos les costase un maravedí, antes por el contrario están ellos tan lejos de poner el conocimiento en el entendimiento agente, que muy al revés lo admiten y prueban su necesidad, *ut ea, quæ sunt intelligibilia in potentia, faciat intelligibilia in actu*. Dénsele, pues, las gracias á Verney por su buena intención, y dígasele de mi parte, que si como fueron monjes Benitos hubieran sido encantadores, habría hecho, sin duda, un incomparable servicio á mí y á todos los literatos; y que para otra vez se imponga mejor ó busque quien le explique mis algarabías.

Lo que no es razón, ni yo consentiré jamás, es lo que hace el mismo Verney en el lugar citado, y el Genuense en su art. Log. crit. lib. 2,

cap. 1, que es mudar los nombres que yo he puesto á mis herramientas de filosofar. Para esto es menester licencia mía y título despachado en mi secretaría, en cuyos registros no se halla habérseles librado á ninguno de los dos, para que á lo que yo llamo *intellectus possibilis*, le llame el primero *patiens* y el segundo *passivus*. Sepan ambos que han dicho un disparate muy gordo, que no puede pasar en mis Metafísicas; y no les digo el por qué, lo uno porque he hecho propósito de no usar mucho de ellas en mis cartas, y lo otro porque ellos no son capaces de entenderlas. Déjense, pues, de andar con lo que no entienden, y pues yo no me meto con su *natura genitrix, principium Aylarchicon, spiritus plasticus, vires mortuæ, et vivæ, centrifugæ, centripetæ, centrales, insitæ* y demás baratijas de la filosofía de buen gusto, no vengan ellos á enmendarme los nombres de entendimiento agente y posible.

No puedo menos que poner siquiera un ejemplo de la suma inteligencia con que trató mis cosas el invicto y nunca bastantemente alabado impugnador de mi filosofía Pedro Gasendo. En su libro 2 (exerc. 3, adv. Aristoteles, pár. 7) hablando de la opinión, no de todos, sino de algunos escolásticos que niegan pueda Dios ser comprendido en las categorías, desata la represa de su elocuencia admirable y derrama la siguiente avenida de erudición: *Scilicet, tu cathegoriam imaginariis, quasi carcerem, in quem nihil possit ingredi sine jactura libertatis; nonne vides cathego-*

riam nihil esse aliud, quàm negotiationem intellectus nostri ad eandem classem referentis omnia, quæ aliquo eodem conceptu generali apprehenduntur? Annè intellectus propterea injicit quasi compedes infinitæ Dei naturæ, ut in cathégoria quasi reluctantem detineas? Aut putas fortè cathégoriam esse velut classes, quibus mens nostra, ut alter Vulcanus, tantum Martem irretire, ludibrioque dare contendas? ¿Ha oído usted esta monselga, amigo don Manuel? ¿Ha visto usted (para empezar por lo último) la propiedad con que se aplica el caso de la fábula de Vulcano y Marte? Ciertamente no sé yo por dónde este señor canónigo, ó preboste, ó abad, ó lo que quiera que fué, agarró la comparación de Vulcano con nuestro entendimiento. ¿Sería quizá por la pata coja, por la herrería ó por dónde? Pero lo que más me maravilla es que un cristiano y presbítero le aplicase á Dios la personalidad de Marte, aludiendo al caso en que Vulcano lo cogió en un mal latín con Venus, su mujer. Alusión indigna de un Espinosa, cuanto más de un sacerdote cristiano; pero alusión que tiene otros ejemplares en algunos sabios ridículos de ahora que pasan (porque las cosas lo llevan así) por eruditos. Lo que nos hace al caso es que usted note lo bien que entendió Gasendo qué cosa eran categorías y qué cosas eran las que se comprendían bajo de ellas. Es verdad que ellas no son cárceles, y que para colocarse en ellas no es menester que se pierda ó se gane la libertad, pues esto viene tan al caso como una guitarra en un entierro.

Pero díganos ese señor, ¿dónde ha leído que los escolásticos no quieren admitir á Dios en el predicamento por no quitarle la libertad? Ven ellos, y tienen bien visto, que la categoría no es otra cosa que una distribución (ó llamémosla, como él la llama, negociación) del entendimiento; pero una distribución entre cuyas partes hay proporción y orden, una distribución obra del entendimiento arreglada á las ideas que tiene de las cosas. No es ningún montón de cosas rebujadas, sino puestas cada cual en su sitio, para que la última sea antecedente de todas las primeras y la primera consiguiente de todas las últimas. Por lo cual, así como se arguye bien empezando por abajo, *homo, ergo animal: ergo vivens: ergo corporeus: ergo substantia*, así se inferiría mal empezando por arriba, *substantia, ergo corpus, ergo vivens, etc.* Con que cuando el señor Gasendo llama á la categoría *negotiationem intellectus ad eandem classem referentis omnia, quæ aliquo eodem conceptu generali apprehenduntur*, dijo en muchísimas palabras la mitad de la definición, y se dejó la otra mitad en los libros de los aristotélicos que impugnaba. Debió, pues, hacerse cargo del orden, de las reglas y distribución de las categorías. Entonces hubiera sabido que á ellas no se reducen más que aquellas ideas que convienen unívocamente en un concepto común: hubiera sabido que en ellas no admitimos otras ideas sino aquellas que pueden partirse en otras dos, de las cuales una excluye la otra; y viendo entonces que cualquiera de las ideas que se forman del Ser infi-

nito incluye necesariamente todas las otras ideas que debía excluir para entrar en categoría, pues de otra manera no sería idea del Ser infinito, conocería que los escolásticos que niegan que puede Dios ser comprendido en ellas, entienden como deben las categorías; y si hubiese tenido la dignación de leer á los que pretenden colocarlo en ellas, hubiera visto que lo pretenden, no por esos disparates que él ha dicho sin inteligencia, sino por la suposición que hacen de que nuestra corta capacidad, cuando entiende al ente infinito, no lo conoce de este modo, sino al modo de los entes tinitos con género y diferencia; por la suposición que hacen de que la idea de substancia en común es más extensa en nuestro entendimiento que la idea de substancia infinita que concebimos de un modo limitado. Con que quede entendido el monsieur de la comparación de Vulcano y Marte con nuestro entendimiento y con Dios, en que según su costumbre impugnó á los aristotélicos sin saber ni el sujeto ni el predicado de la cuestión ni haber entendido las sentencias contra que escribía.

El reverendísimo Fortunato de Brixia, hombre el más cortesano del mundo (pues siempre que tuvo que nombrar algún moderno le encajó el *Don*, que es moda en el latín, poniéndole antes su *C* grande y su *l* chica para decirles *clarísimos*, y que todo por el contrario con los escolásticos siempre que tomó á alguno entre manos le dijo tantas majaderías como si le hubiera hurtado alguna lata de tabaco); este tal reverendo se puso

á definir la esencia del cuerpo físico, y no quiso convenir (porque no estaba de ese humor) con Descartes, ni con Gasendo, ni con ningún otro; pero el caso era que no le ocurría una cosita bonita sobre el particular que diese golpe. Lo estuvo pensando, y mientras lo pensaba, el enemigo que nunca duerme, le trajo á la memoria que en sus principios había sido escotista. Acudió á la escuela á ver si encontraba alguna idea buena para ello; la descubrió al instante, y cátaelo aquí poniendo la esencia del cuerpo (atiéndame usted, amigo don Manuel) *in naturali exigentia occupandi locum impenetrabiliter* (Phis. gen. dis. 1, sect. 2). Yo no sé qué tal les habrá pegado á los modernos esta *exigencia*; lo que sí sé es que ni yo, ni toda mi escuela, cuya personalidad represento en virtud de poderes legítimos, le perdonamos el agravio de haber ido á meter al pobrecito de *exigentia* nuestro hijo entre tantos escribas y fariseos.

No hay duda en que debo estar agradecido á Leibnitz, por haber sido entre los modernos el de más nombre y el primero que juzgó debía valer mi filosofía, y que ella en modo ninguno era irreconciliable con los nuevos descubrimientos. Sin embargo, él ha hecho más daño que provecho con haberlo dicho, y con el modo con que ha pensado ejecutarlo. Ha mezclado mis dogmas con los suyos, y habiendo sido los suyos tan descabellados han perdido por ello el crédito los míos. Y no sólo esto, sino que queriéndosele parecer muchos eclécticos, ha dado ocasión para

que me equivoquen cuantas ideas puse yo de distinto modo, y él me ha equivocado. Ya usted ha visto cómo él admite mi *materia* y mi *forma*; y verá en el discurso de mis cartas las otras cosas más que admite; pero también vea ahora un ejemplito de cómo me las ha echado á perder. Para explicar el origen de las formas, las supone criadas desde el principio, les muda el nombre llamándolas MONADES (nombre que no me ha parecido muy bonito), las pretende enteramente indivisibles, dice que muchas juntas compondrían extensión, y últimamente con doctrina, que él dice que es, y yo digo que no es, de Santo Tomás, compara las almas de las bestias en lo indivisible con las de los hombres. Esta es una gran picardía, y bien pudiera el citado señor haberse ahorrado de meterse á peripatético, pues nadie lo llamó para ello, ó si se metió, haber explicado las cosas como yo las dije.

Yo me daría por contento, amigo don Manuel, si no me hubiese parecido muy conducente ponerle á usted otro par de ejemplitos que se dejan á los pasados en mantillas. Como príncipe que soy de todos los escolásticos debo tomar á mi cargo la defensa de todas las escuelas, y aunque permita á todos los que honran mi nombre tener allá sus chirrichofas sobre si la *materia* tiene acto entitativo ó no lo tiene, no puedo permitir que ningún picarillo le levante á alguno de mis más acreditados discípulos falsos testimonios. Los señores ecléticos y sus precursores siguiendo (á lo que parece) el dictamen de Wolfio, que enseña

que una ú otra vez se puede mentir, no han hallado dificultad en levantar muchísimos. Irán saliendo á su tiempo unos tras de otros. Por ahora vaya este par de ellos que derriengan la mano.

El señor Heinecio, ese famosísimo filósofo, ese crítico aplaudido, tratando de los filósofos de la Edad Media en sus *Elem. hist. Phil.*, párrafo 100, cuenta entre ellos á los Santos Tomás y Buenaventura, llamados, como él dice, *fastu scholastico* Cherúbico el uno, y Seráfico el otro, y al párrafo siguiente dice: *Et tamen hi Doctores Angelici, Cherubici, seraphici, in philosophiam moralem invexerunt sacerrima ista principia probabilismi, methodi dirigendi intentionem, reservationis mentalis, peccati philosophici*. Para hacer creíble una calumnia tan atroz, ó para decir más bien, para hacerla inaveriguable, cita, no los pasajes de estos Santos, como debiera, sino cinco ó seis obras enteras, á saber: las Cartas Provinciales, las Notas de Nicole, las Denunciaciones de Arnaldo, el Tratado del recto uso de las opiniones probables de Tirso González y la Historia natural de Francisco Buddeo. Este último dice algo, que traído por los cabellos puede servir á Heinecio, porque también *ex illis est*, y por esto cita el lugar donde puede buscarse. Mas en cuanto á los otros, con quienes no lo hizo uno de estos autores que tengo entre manos, tuvo la pachorra de examinarlos de cabo á rabo, y no encontró más sino que todos ellos impugnaban los referidos monstruos de la moral con la doctrina de estos dos Santos Doctores. La erró Hei-

necio, pudiendo haber citado después al Beyerlink, luego los Annales de Baronio, luego los Bollandos, y luego la obra de los Salmanticenses, é imposibilitaba el descubrimiento de la calumnia, pues el que se quisiese meter á examinarlos moriría en medio de la faena.

Coronemos la fiesta con Antonio Genuense. Este en su *Metafísica* (part. 1.^a cap. VII de su última edición) asegura que en la *materia* de los aristotélicos está encerrado el *espinosismo*. Ya se ve, para que esta mentira no tuviese miedo de salir sola, porque era doncellita acabada de fraguar, le puso por compañera otra mentira algo más anciana y mucho más alcahueta. Esta fué, que nuestra *materia* era universal à *parte rei*. (Estoy persuadido á que si el Genuense hubiese leído el *Credo* en los escolásticos había de haber buscado modo de asegurar que ellos enseñan en él el panteísmo.) Y añade luego este literato ilustrado: *Est hæc doctrina valdè hodie periculosa, præsertim si cum quibusdam aliis theorematis adjungatur*. (En efecto, *materia à parte rei*, que es decir existente y al mismo tiempo universal, con pocas más añadiduras, sirve muy bien para el ajo de Espinosa.) Di en cavilar qué otros teoremas serían los que insinuaba este impostor y me acordé de una cita que vi en unos de estos libros de un tal Francisco Buddeo (*Traité de l'Atheism. et de la superst.*, párrafo 20, not. núm. 1), que vuelta en castellano dice: *Esta hipótesi* (habla de la naturaleza universal de Escoto) *digo yo que conduce derechamente al espinosismo*. Y luego

con aquella moderación afectada con que suelen hacer más creíbles sus calumnias prosigue diciendo *que los escotistas en modo ninguno convienen en esta consecuencia, y que si ellos la hubiesen previsto no hubieran aprobado tal doctrina.*

Amigo D. Manuel, el tuerto me ha asegurado que hay en esa ciudad escotistas, hombres perfectamente instruidos y juntamente acreditados. Dígaless usted de mi parte que hagan por abandonar los trabajos en que me han dicho que se ocupan y se empleen, no en manifestar la impostura de estos señores (que ese es poco negocio), sino en demostrar que el Genuense y otros tales como el Genuense son los que ponen el huevo para el espinosismo, y todo género de impiedad; para la anarquía, y todo género de desorden; que los materiales para demostrarlo están tan de sobra, que su misma muchedumbre causa confusión; que yo haré lo que pueda, aunque en las circunstancias en que me hallo puedo poco. Dígaless usted aquello de Virgilio de *sic vos non vobis*; que dejen de trabajar para otros y trabajen para sí; que el que quisiere ser doctor, catedrático ó escritor público que haga las lecciones, saque los argumentos y escriba los papelotes. El que quisiere agarrar una buena pieza de renta á título de predicador, que haga los sermones, ó si no en el Abad La-Tour los tiene hechos, y no será la primera vez que han servido. Pues todo lo demás es criar cuervos que nos saquen los ojos. Diga usted lo mismo á los tomistas que conozca,

mientras yo le digo al Genuense que por todo lo que él quisiere pasarán los escolásticos, por ignorantes, por inciviles, por inútiles y cuanto á él y á los que se le parecen se les antoje, pero esto de malos cristianos ó malos vasallos no es asunto que tengo de sufrir, y cuando fuera menester hacer otro agujero como la sima de Cabra para salir de donde estoy, lo había de hacer nada más que para presentarme delante de él y de los suyos, y decirles que es mentira, y mentira, y mil setecientas veces mentira. Es, pues, mentira lo del Universal à *parte rei*. Lo admitió Platón, y contra él han escrito todos los escolásticos, y Escoto el primero. Es verdad que éste admite *universal ex natura rei*, pero no à *parte rei*, términos que distan tanto el uno del otro como la sombra de la luz, y la verdad de los escritos del Genuense. Véase al citado doctor (*Secund. sent. dist. 3. quæst. 1*) y se hallará que no hay tal cosa, que enseña que toda naturaleza existente es singular, aunque ella en su concepto *objetivo* (mire usted qué bien pega esto con el à *parte rei*) es indiferente para ser ó común ó singular.

Aquí tiene usted, amigo D. Manuel, algunas muestras de la inteligencia con que los modernos ó han usado de mi filosofía ó la han impugnado. Estas, como digo, no son más que unas muestras, pues en el discurso de nuestro comercio epistolar (que á lo que yo entiendo va un poquillo largo) apenas se ofrecerá carta donde no tenga ocasión de ponerles muchos ejemplos. Se aturdirá usted cuando por una parte los vea y considere por

otra la confianza con que unos hombres, que en parte no me vieron siquiera y en parte me vieron con los ojos cerrados, que trastornaron todas las ideas de mi filosofía, y que corrompieron la de los escolásticos, se glorian de haber triunfado de nosotros con tanta seguridad, como pudo Scipion gloriarse de haber asolado á Cartago. Mas, amigo mío, no es nuevo este ejemplar. El famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha se persuadió á que había descabezado al gigante usurpador del reino Micomicón, y bien veía el ventero que á quien había desbarrigado era á uno de sus pellejos de vino.

Tome usted un polvo, amigo don Manuel; descanse un rato, y rehágase de fuerzas, que tenemos que meternos en otro mayor berengenal. Ya usted se habrá hecho cargo de que lo cito para que entremos por las famosas conclusiones de los dos padres reverendísimos y cojamos en ellas no toda la fruta madura, que para eso serían necesarias seis carretas, sino unas pocas de berengenas de las que estén más á mano, dejando para en adelante casi toda la cosecha. Escojamos, pues, algunos ejemplitos que demuestren *ad sensum* que ellos ni se entendieron ni nos entienden, y sirvan de muestra para el buen uso que hacen de la filosofía los escolásticos.

Empieza la vuelta del primer folio con esta proposición: *Perceptio, quæ idea quoque appellatur, duplex est, formalis, et objetiva*. Aquí tenemos de un porrazo un puñado de cosas, y otro de disparates. Para hacerlos ver con toda la cla-

ridad que sufra la materia, juzgo por muy del caso fijar la significación de los cuatro términos que juegan en la proposición citada. El nombre de *percepción* es equívoco, á veces se toma por la acción del entendimiento que percibe, á veces por la misma cosa percibida, ó, para explicarlo de otro modo, por el concepto que resulta en el entendimiento de la acción de percibir. *Idea* entre los lógicos equivale á lo que yo y mi escuela llamamos *término* ó *concepto*, ó especie inteligible, etc. La distinción de *percepción* ó *concepción objetiva y formal* la inventaron los escolásticos para solver el argumento de los nominales, que abusando de los dos sentidos que he dicho tiene la voz *percepción*, querían probar que solas nuestras concepciones, esto es, nuestras acciones de percibir, eran universales. Distinguía, pues, la escuela de este modo: *Conceptio objectiva, hoc est, terminus conceptionis, sive conceptus, est universalis, concedo: conceptio formalis, hoc est, actio qua concipimus, nego*. Resulta, pues, que la voz de *perceptio* puede significar dos cosas; pero si se le pone *objectiva*, sólo puede significar la idea, y si se le pone *formalis*, no puede significar otra cosa que la primera operación del entendimiento. á quien los modernos llaman *percepción* y nosotros *aprehensión*; pero la voz *idea* en toda tierra de lógicos siempre se toma por el término.

Hay disputa sobre si la *percepción* se distingue de la *idea*: llevan la parte negativa Mallebranche y Locke, y la afirmativa casi todos los demás lógicos. Esto supuesto, vamos á nuestro Reverendo.

Como buen eclético compuso su proposición de estas dos sentencias, para que ninguna quedase quejosa. Agarró, por *supuesto*, la sentencia de Mallebranche; tomó por *atributo* la de los otros; trajo de la escuela lo *objetivo* y *formal*, é hizo un lío que ni un escribano cohechado. De este modo no hay distinción entre la percepción y la idea, y son una misma cosa la acción del entendimiento que concibe y la cosa concebida. *Perceptio, quæ idea quoque appellatur*. De este modo la percepción, que ya se ha dicho que es una misma cosa con la idea, es, sin embargo, distinta de ella. porque *est duplex, formalis*; ve usted aquí la percepción: *et objectiva*; ve usted aquí la idea. De manera que es y no es distinta; es y no es de dos modos. De este modo la idea ha de ser y no ser percepción: será percepción porque lo supone, no lo será porque puede ser objetiva, esto es, puede quedarse siendo idea sin meterse en más. De este modo la distinción de *formalis* y *objectiva*, tomada de la escuela y aplicada solamente á la concepción, está extendida á la idea, y así, no sólo habrá ideas objetivas como hasta aquí (siendo casi sinónimas estas palabras), sino también ideas formales que quieran decir la acción de aprehender. *Salve, feliz Eclecticismo, gloria de nuestro siglo, honor de las letras y restauración de ellas*. ¡Quién, si no es tú, ha sabido unir en tan pocas palabras tantas cosas antes incompatibles! ¿Qué no deberemos esperar de principios tan felices, de pasos tan bien dados y de cabos tan bien unidos como son los suyos? ¡Ah! que si Dios le da vida á este

tu invicto corifeo, es muy de esperar que se destierren de Sevilla y del mundo la preocupación y el error. Es muy de esperar que vivan en amistad, moren en una misma estancia y coman en un mismo plato las hasta ahora enemigas contradicciones.

No es menester, amigo don Manuel, que nos cansemos en hojear; le debemos al Padre el favor de habernos puesto los disparates seguiditos unos tras de otros, y no como en el aserto del Padre N., que es menester buscarlos de aquí para allí, como los que buscan conejos. Dice, pues, seguidamente á las palabras citadas: *Idearum divisio in ideam substantiæ, modorum, et relationum adæquata est.* Padre mío, bien pudiera su Reverendísima haberse explicado más claro, pues como confunde arriba la percepción con la idea, y luego la desconfunde, no sabemos en qué sentido habla. Si por idea entiende el acto de percibir, yo no sé que este acto sea substancia, modo ó relación; y aun cuando sea algo, me parece que no lo es todo, y entonces la división no es adecuada. Si por idea entiende solamente la objetiva, ¿cómo hemos de componer aquello de que ésta es lo mismo que la percepción? ¡Valiente atrevimiento, amigo don Manuel, querer yo enmendar la plana al Padre! Sobre que Aristóteles se va tomando más mano de la que le dan. Yo, amigo, me retracto de lo dicho, y digo que pues el Padre ha dicho que esta división es adecuada, adecuada es, y pésele á quien le pesare; adecuada es y bajo de ella están comprendidas las partes todas del todo dividiendo. Sigamos, pues,

con lo que sigue el Padre. *Necessariam judicamus idearum divisionem in sensationem, imaginationem, etc.* ¡Zape! ¿Con que ahora estamos ahí? ¿No acabamos de convenirnos en que aquella división era adecuada? Pues ¿cómo salimos con otra, y no ahí como quiera, sino necesaria? ¿Es posible, padre de mi alma? ¿Si era adecuada aquélla, cómo es necesaria ésta? ¿Y si es necesaria ésta, cómo pudo aquélla ser adecuada? O yo soy un borrico, Padre mío, lo que no quiero creer, ó hay en ese mundo muchas cosas buenas. ¿De qué demonios sirve aquella regla que pone vuestra Reverendísima al folio 2 vuelto: *Divisio adæquet totum divisum, ita ut nec plura, nec pauciora sint in divisione membra, quàm in toto divisio*? Si quedaban y eran necesarios *plura membra*, ¿con qué conciencia dice antes que la división era adecuada? ¿Es subdivisión esta segunda? Ya sabe vuestra Reverendísima que no, pues unas de sus partes cuadran á todos los miembros de la primera y otras á ninguno. ¿A qué nos cansamos? Vuestra Reverendísima tomó lo menos dos autores opuestos. Pues ahí está el primor del eclecticismo: fué copiando de uno que la percepción era lo mismo que la idea, y de otro que no: de este último que la idea, que él entendió según el común uso, se dividía en *substancia, relación y modo*. Puesto esto halló vuestra Reverendísima que el otro traía más miembros á consecuencia de su modo de pensar, y dijo vuestra Reverendísima: “Pues, vaya todo junto, que nada se pierde en eso.” Eso de las contradicciones es una pamplina; lo que importa es

que engorde el papelote, que tiene que ir á Madrid á poder de unos eruditos tan literatos como yo. Cuidado con que esto no es más que presunción mía.

Salte usted, amigo don Manuel, unos pocos de renglones, porque sobre ellos tenemos el padre y yo el pleito en tela de justicia, y esto que estoy haciendo ahora es pura gracia. Busque usted aquello de las categorías de Purchot, que el Padre contrapone á las mías y admite (no sino no!) como febrífugo contra ellas. Las de Purchot son siete, en memoria de los siete días de la semana comprendidas en estos versitos: *Mens, mensura, quies, motus, positura, figura=sunt cum materia cunctarum exordia rerum*. Yo me alegro mucho de que el Padre las haya admitido, pues al menos están puestas en música, y esto huele á matemáticas. Sin embargo, quisiera que me sacase de una duda que con este motivo me ha ocurrido. ¿No son las categorías las diversas clases donde se colocan las diversas especies de ideas? Con que tantas deben ser las clases cuantos los miembros en que se dividen las ideas. Está muy bien, y vuelvo á preguntar al Padre: ¿Cómo se compone para con solas tres especies de ideas, que dividen á la idea en común adecuadamente, llenar siete categorías? Yo no veo más arbitrio que ó pagar de vacío cuatro ó hacer pedazos alguna de las tres.

Bien sé yo que el Padre, cuando después de la citada división adecuada pone la necesaria, aumenta nuevos miembros, á saber: la *sensación*, la *imaginación*, la *intelección* y luego después las

universales, particulares y singulares; pero también veo que las tres primeras no pueden ajustarse ahí como quiera en las siete categorías de Purchot, y aunque *intellectio* pueda entrar de vecina con *mens*, ¿adónde hemos de meter á *imaginatio* y *sensatio*? ¿Con las *medidas*, con las *posturas* ó con quién? Las tres últimas, á saber: *universal*, *particular* y *singular*, caben con todas, como es constante, y yo todo es echar la cuenta y nunca me sale, pues saco ó cinco ó nueve, ó, cuando no, ocho diferencias de ideas y solamente siete categorías. Me dirá el Padre, y con razón: yo no apruebo esas categorías sino en cuanto son contra usted, señor Aristóteles; pues en cuanto á mí estoy tan indiferente sobre el punto que, como usted ve, dos líneas más abajo las reduzco á dos: *nempe substantiam et modum*. Padre mío, ¿sabe usted lo que ha dicho? ¿No son tres las divisiones de ideas, *substancia*, *modo* y *relación*? ¿No es esta división adecuada? Pues, ¿con qué conciencia, poniendo usted una categoría á la *substancia*, otra al *modo*, deja á la pobrecita de *relación* á la inclemencia? Tenga piedad de ella, mire que las noches son muy frías, muy crudos los temporales, muy novicia la estación. En una palabra: si vuestra reverendísima no le da posada en sus dos categorías, se la daré yo en una de mis diez.

¿Qué tal, amigo don Manuel? ¿Ha visto usted en toda su vida hombre que más pelee consigo mismo en solo el espacio de una carilla? Por esta muestra puede usted formar idea de qué tal será lo restante del paño. Sin embargo, el Padre N. es

ecléctico, reconocido por tal por los peritos de Sevilla, que le consultan como á oráculo, lo celebran como único y hacen pasar su fama á las desmemoriadas memorias de unos eruditos bravíos, que todos los meses tienen (á semejanza de las mujeres) su evacuación de literatura. En efecto: no se le puede negar este nombre, pues él lo desempeña altamente, y en sólo los pasajes que llevo citados ha hecho uso de casi todos los sistemas de filosofía, sin excluir el escolástico. No puedo asegurar otro tanto del Padre N. Yo no sé por qué capítulo quiera ser ecléctico, pues ni lo es ni lo puede ser el que se ciñe á solo un autor. Sus conclusiones casi todas están tomadas del Altieri, con que más bien será altierista que eclecticista. Me dirá el padre que Altieri es ecléctico, y así su reverendísima, que lo copia, también lo será. A esto tengo ciertas cosillas que decir en adelante: por ahora diré que lleva razón, pero también le daré las quejas de que del Altieri no sacó aquellas proposiciones en que pudiéramos entretenernos algo; no supo escoger más que las verdades de Pero Grullo, y donde pudiera haber razón de dudar se remitió á la palestra con la nueva invención de *interroganti aperiendas...*

¿Ha visto usted, amigo don Manuel, en estos pocos ejemplitos el buen uso que han hecho los filósofos que he citado, tanto de mi filosofía cuanto de la suya? ¿Ha visto usted cómo siempre me entienden al revés? ¿Ha visto en los dos Padres que el ser *ecléctico* consiste en amontonar proposiciones repugnantes? Sus contradicciones

son tan manifiestas que no dejan razón para dudar. Pues vea usted, de consiguiente, el juicio que debe formarse de estos hombres, todospreciados de eruditos y muy llenos de que hacen uso de todas las filosofías. Hacer un uso como el que usted ha visto, es tan fácil, que en el mundo no hay cosa que más felizmente se haga; y conozco yo muchos locos que pueden echar la pierna á los ecléticos en esto de amontonar disparates. Yo, que tengo la fortuna de no ser ni lo uno ni lo otro, voy á hacérselo á usted sensible en el capítulo que sigue.

Mas antes de empezarlo óigame usted un cuento. Estaba un salvaje sacudiendo lindamente el polvo á su mujer con un garrote, como el que era menester para convencer á algunos: descargaba los más de los golpes hacia la cabeza (tal vez tendría la mujer en ella la enfermedad, porque esto de enfermar de la cabeza se va haciendo moda); la pobre, que sentía en ella mucho más los palitrocazos y advertía el mayor peligro, suplicó al bárbaro (cuidado, que no era escolástico) de su marido mudase de dirección y descargase en otra parte los golpes. “No tengas cuidado —dijo él—, acabemos aquí, que todo se andará.” Todo se andará, amigo don Manuel.

ARISTÓTELES.

Estamos á 19 del mes de los gatos, *commercii nostri anno secundo*.

VIII

*Una retractación.—Ensayo de una filosofía.—
Argumentos del eclecticismo.—Solución.*

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Amigo y señor: El deseo de no faltar á mi palabra de encerrar en una sola Carta los dos capítulos por una parte y la imposibilidad de ejecutarlo así por otra, de tal manera apretaron mi entendimiento y en tal suerte lo exprimieron, que vino á parir últimamente una invención capaz de hacerme famoso en el ilustrado siglo XVIII. Esta fué poner *suplemento* á las Cartas, cosa jamás vista ni oída, al menos que yo sepa, cosa digna de la admiración de las gentes de moda y cosa cual se podría esperar de un entendimiento como el mío. Ahora sí que soy un grande hombre, un filósofo consumado, un varón erudito, un... qué sé yo qué. Ahora sí que podré hombrearme con los famosos inventores que en tan grande número ha producido la Francia, y por buena dicha de ustedes empieza á producir la España. Ahora sí que la invención de suplemento de Cartas, ó de Car-

tas con suplemento, será puesta al lado de la máquina fumigatoria, bragueros de París y otros tales descubrimientos tan útiles como necesarios. Suplico á usted, amigo don Manuel, con la más vehemente ternura, que así que llegue la felice hora que este descubrimiento mío se anuncie en las públicas gacetas, me haga la limosna de enviarme con Averroes la hoja en que venga escrito, y encárguele usted que no me la manche. ¡Qué regocijo tan grande ocupa mi corazón sólo de pensarlo! ¡Qué será ver á Aristóteles metido en docena con tanta gente honrada! ¡Qué será ver algún diario de París que encaje estas ó semejantes palabras! *La republique des lettres a été enrichie ces jours avec decouverte le plus merveilleux, et brillant; Mr. l'Estagirite a inventé finir les lettres missives, sans cependant les finir: c'est par le suplement nommé Epistolaire. Voilà un surprenant recours pour prolonger les lettres jousqu'à toute l'éternité.* Amigo mío, esto será un prodigio, y mientras llega ó no la hora de que lo veamos, dejémoslo; pues si doy en ello, el gusto me ha de volver loco.

Pensaba yo que no podía haber filosofía donde no hubiese principios, y como veía que el eclecticismo ningunos fijaba y todos los admitía, aunque fuesen tan repugnantes entre sí como los círculos y cuadrados; juzgaba, de consiguiente, que el eclecticismo había de ser un montón de opiniones que mutuamente se desbaratasen; pensaba que para ser filósofos eran necesarias las más serias y profundas meditaciones de las cosas humanas y

divinas comprendidas en el vasto dominio de la sabiduría, y como conocía que los libros filosóficos que son de moda no abundan en otra cosa que en especulaciones matemáticas, en relaciones ó falsas ó inverosímiles, en hipótesis temerariamente admitidas y otras cosas á estas semejantes, concluía de aquí y de la facilidad con que veía copiarse unos á otros muchísimos filósofos, que distaban mucho de llegar á serlo. Miraba la *Lógica*, y ésta me representaba mis preceptos ó dislocados ó temidos por inútiles, al paso que en los libros de los filósofos de moda veía crecer á grandes volúmenes las reglas de la crítica, que en toda su extensión son inútiles para muchísimos que nunca han de tener que desenterrar los códigos antiguos, ó superfluos para aquellos que son capaces de hacerlos, y en quienes la misma luz natural y el buen juicio suple sobradamente por las menudencias de las reglas. Veía en ella nuevas y extrañas opiniones que, lejos de enmendar las cuestiones frívolas, hacían crecer su número prodigiosamente.

Miraba la *Física*, ¡y qué caos tan confuso no presentaba ella á mis ojos! Veía reformadas las sepultadas opiniones que los antiguos combatimos, sin que se hubiesen desecho ni aun tomado en boca las poderosas razones con que lo ejecutamos. Veía á las antiguas locuras añadidos nuevos disparates, puestas en desorden las ideas más arregladas y despreciadas las más sencillas y comunes. Volvía los ojos á la naturaleza, y cuando las innumerables observaciones que se dicen hechas en ella empezaban á darme esperanzas de que serían

revelados algunos de sus misterios, me hallé con que se habían obscurecido más. Vi pelear experimento con experimento, observación con observación, libro con libro, autor con autor y mil veces filósofos consigo mismos: de donde infería que para averiguar la verdad en estos casos de hecho, cuales son las observaciones, era necesario más trabajo que para entablar de nuevo las mismas observaciones hechas por tantísimos y referidas, no como se debía, sino como inspiraba ó la ignorancia, ó la mala fe, ó la ligereza, ó la preocupación.

Pues ¿qué diré de la *Metafísica*? ¿Qué de la *Moral*? ¿Ha quedado en ellas cosa con cosa? ¿Ha habido absurdo que no se haya adoptado? Desde Dios abajo ¿ha quedado ente á quien no se le haya fingido un nuevo ser? El derecho natural, el de gentes, las santísimas leyes, todo, todo ¿no ha sufrido un enorme trastorno? Volví yo los ojos á las admirables ideas que tenía de la filosofía, me la representaba como *cultura del ánimo, arte de la vida, medicina de nuestros errores, madre del buen orden, apoyo de la sociedad, maestra de la vida feliz* y otras cosas á este modo. Y cuando combinaba estas ideas con lo que hoy se ve, cuando veía mirarse con indiferencia los errores, dejarse arrancar los más fundados principios, correr las costumbres de malo en peor, aplaudirse libros pestilentes, cuales tal vez no los sufrirá la misma Asia en medio de sus más lascivos días; últimamente, disputársele los más sacrosantos derechos á las Majestades del cielo y de la tierra,

no pude menos que persuadirme á que ni sombra había en el mundo de lo que es verdadera filosofía. Mas después, amigo don Manuel, que sosegó un poco mi imaginación y pude leer con algún espacio estos pocos libros que tengo en mi poder, desengañado de mis primeras ideas juzgué que debía confirmarlas, digo retractarlas, por no ser ellas así como al principio me habían parecido.

LÓGICA

En orden á ella le prevengo á usted tenga presente que el incomparable Gasendo (lib. 2, exerc. 1 *adv. Arist.*) la reputa por inútil. Si usted, pues, quiere seguirlo, se ahorra de entretenerse en muchas frioleras. Pero si no quiere, pídiendo primero la debida licencia á este eruditísimo varón, pase á tratar...

De intellectu percipiente.

Lo primero que usted debe hacer es escoger entre las innumerables sentencias relativas al origen de las ideas la que le parezca mejor ó peor (pues en esto no me ha de ser usted escrupuloso) y sentada la que usted escogiere, debe hacer la prevención que aunque no juzgue que las ideas son modificación de la materia, ó que ésta es capaz de pensar (por no echarse con las cargas como Hobbes, Collins, Coward, Helvecio, Voltaire y otros), sin embargo, conoce que esto no puede demostrarse, y sólo debe creerse porque lo ha revelado Dios. Tiene por apoyo de esta gran

sentencia ni más ni menos que al célebre Juan Locké (lib. 4 de *mente humana*, cap. III, párrafo 6). Si le dijeren á usted que este hombre se contradice, diga que es mentira, y que esto depende de no saberlo entender.

Divida usted después las ideas en sensaciones é intelecciones y diga con el venerable catálogo de muchos modernos, que todas ellas son acciones del mismo entendimiento, que cuando se convierte á las cosas inmateriales entonces percibe, y cuando á las materiales siente. Y si ocurriese algún escrupulillo sobre que los borricos no tienen entendimiento y sienten, no se le dé á usted cuidado, pues ello se reduce ó á darles entendimiento ó á quitarles el alma, y para todo tendremos apoyo en adelante.

Para las ideas compuestas ó (hablando á lo moderno) *asociadas*, tiene usted excelentes materiales en la explicación física de ellas de Hartlei y en la *vi atractiva* de Tourri. Ambos enseñarán á usted que las ideas se asocian por la atracción newtoniana, es decir, que unas se llaman á otras, como los lobos, ahullando; ó más claro, como se buscan y se encuentran los *comerciantes de la enseñanza* unos á otros.

De ideas universales puede usted contentarse con decir lo que el Genuense (*Methaph.*, part. I, cap. II): *Postquam invaluit apud quosdam panteismus, tum tandem cognitum est quanti referret hæc accurate perpendere*. Pero como esto de precaverse del panteísmo y surtirse de principios con que impugnarlo es un asunto inútil y es-

pinoso, continúe usted con él, diciendo: *Nos ne in dumeta hæc ingrediamur, paucis saltem historiam comprehendemus*. Dé usted después la historia de los universales, y refiera en ella cuáles fueron sus padres, en qué lugar nacieron, cómo estudiaron, á qué carrera se aplicaron, qué hazañas hicieron por fin hasta que se ponga el epitafio de su sepultura, que tal vez se encontrará en las meditaciones de Descartes.

Baste con esto de ideas, y vamos á las voces con que las explicamos. Aquí hay no poco que hacer y especies preciosas que tocar, por lo que es necesario que tome usted el negocio desde muy atrás y teja el origen de las voces desde el tiempo de los hombres silvestres. ¿Hombres silvestres? Sí, señor, hombres silvestres, y si no, pregúntesele á Antonio Genuense entre otros, que en su *Lógica ital.* (lib. 1, cap. V, párr. 1) los admite. Y para que usted pueda ilustrar esta doctrina, acuérdesse de la que escribió (lib. 1, cap. VII, número 1) insertó Helvecio en su obra *Del espíritu*, á saber: que los hombres nos distinguimos de las bestias en que nuestras manos terminan en dedos y las de ellas en pezuña, que si no fuera por esto andaríamos nosotros como andan ellas sin casas, sin abrigo, sin ciudades, etc. Es muy de creer, pero ¿qué digo es de creer? M. Rousseau lo enseña *ad pedem litteræ*, como si lo hubiera visto, que allá nuestros mayores no repararon tan áína en que tenían dedos, ni en el uso que podían hacer de ellos para formar una choza donde meterse, por lo que todo este tiempo anduvieron

como los venados en Aranjuez ó como las monas en Sierra Bullones. Ve usted aquí los hombres silvestres, de los cuales me asegura el tuerto que todavía hay reliquias, pues conoció en un lugar á uno á quien llamaban *tio Silvestre*, además que en las fábulas de Orfeo se hace expresa y terminante mención de estos tales hombres.

Pues estos hombres silvestres, como iba diciendo de mi cuento, no sabían hablar; mas al fin de tiempo el aspecto de las cosas de este mundo, que se miran en el cielo y en la tierra conmovió las fibras de los ojos, y de consiguiente el cerebro de estos tales hombres. *L'aspetto delle cose di questo mondo, che veggoni in cielo è in terra commose le fibre degli occhi, è con ciò il cervello de primi uomini Salvatici è stupidi.* Esto está claro con el ejemplo de una escopeta: el dedo tira del gatillo, el gatillo derriba el pedernal, el pedernal da en la lumbré, ambos encienden el cebo, el incendio pasa por el oído á la pólvora que está en el cañón, ésta se inflama y entonces da el traquido. Sin quitarle ni ponerle, ello por ello sucedió en nuestro caso. Pues teniendo en nuestro cerebro su principio (continúa el sapientísimo autor) todos los nervios que mueven los músculos, que ponen en movimiento los miembros de nuestro cuerpo, estos movimientos del cerebro empujaron á los instrumentos de hablar, para que diesen á luz algunos sonidos. Pienso que usted creerá esto que digo, y si no lo creyere lo buscará donde le he citado, pues no quiero copiar más italiano.

Ahora se sigue que haga usted una reflexión admirable que se le escapó al amigo Genuense, bien que él no lo había de decir todo, y algo había de dejar para nosotros. Entre aquellos hombres silvestres es regular que sucediese lo mismo que ahora entre los civiles, á saber, que se diferenciasen en la varia disposición de los órganos que sirven para hablar, y así tuviesen unos la voz gorda, otros flaca, otros amaricada, otros atiplada, otros gangosa, etc. De donde resulta que aquellos primeros sonos informes serían á proporción de esta disposición de órganos. Pues aquí puede usted entrar con un ejemplito admirable. Puede compararlos con una manada de carneros y decir de este modo. ¡Visteis alguna vez una comunidad de arietes vestidos de lana, paciendo el verde prado y alegrando la soledad con sus apacibles ecos? Pues no de otra manera los silvestres hombres, cuando por acaso se juntaban, hacían resonar los suyos. ¿Veis aquel silvestre gordo y rollizo con tanta panza como una tinaja? Pues cuando habla semeja mucho al *manso*, que está allí con dos vigas en la cabeza (pues tales son sus cuernos), con una campana (pues sería abusos llamarla cencerro) al cuello y con una voz que le ha granjeado el honor de contrabajo en su capilla. ¿Veis á ese otro salvaje del cuerpo epiceno, el rostro ambiguo, pocas barbas, la boca sumida y con pliegues en ella? Pues cuando chilla, imita perfectamente á aquel carnero mocho que es el tiple de la manada. ¿Veis á aquel otro hombre con tantos narices como un alambique, y con los

labios que parecen bordes de cazuela? Pues lo mismo parla que aquel semicarnero negro que berrea por tenor. Y de este modo, amigo don Manuel, puede usted ir haciendo una descripción completa de los varios sonidos, ahullidos, maulllos ó rebuznos de los hombres silvestres que cita el Genuense.

Puesta así la historia del origen de las voces pasará á tratar de su uso, y para ello establecerá el error que el Genuense inculca en el lugar citado, á saber: que para aprovechar como se debe en la significación de ellas es necesario transcender hasta estos hombres silvestres que las formaron y averiguar cuál fué su legítimo correspondiente en sus cerebros. No le parezca á usted esto difícil. El Genuense lo practicó con suma felicidad y puso mil ejemplos de ello en la palabra *cornu*, en la *justus* y en otras muchas. Con cuyos principios y con infinitos ejemplos que trae él mismo, y yo no tengo gana de copiar, puede usted formar el designio de un diccionario, donde se contenga el genuíno significado de las voces, según que lo tuvo entre los hombres silvestres, pues con una poca de observación que se tenga con la música de los gallos, ladridos de los perros, relinchos de los caballos y canciones de los borricos, se podrá adjetivar fácilmente cuál es la fuerza de la voz, v. gr., el apellido *Miñau* traerá su origen del dolor de muelas, porque si se atiende al modo de maullar los gatos en este tiempo de invierno en que les duelen, se verá clarito que dicen *miringuñau*, que sería lo mismo

que diría el primer silvestre que se enamoró, y el uso lo habrá sincopado en *miñau*; y así de todo lo demás. Para los géneros también son claras las reglas. Si la palabra se pronuncia con voz gorda, masculino; si por eco, femenino; si por boca de Androgino, común de dos; si por contrabajo, neutro; si por amaricado, ambiguo; si por voz con quiebros, común de tres.

De intellectu ratiocinante.

Todo el batiborrillo de reglas que se dan aquí no tienen otro objeto que la demostración y el silogismo, mas éste y aquélla deben dejarse á las artes populares, según el dictamen de Verulamio (*in distrib. novi organi*, pág. 5); *Quam quamvis relinquamus sillogismo, et hujusmodi demonstrationibus famosis jurisdictionem in artes populares*. Así, pues, hará usted un gran servicio á la república si abre en su casa una academia donde los zapateros, pasteleros y sastres aprendan á silogizar y demostrar; y según el consejo de Verulamio, use de la inducción para toda casta de proposiciones.

Mas como la inducción es tan engorrosa, si se han de enumerar suficientemente los particulares, Newton enseña á usted un modo facilísimo de hacerla en su regla tercera de filosofar. *Qualitates corporum, quæ intendi, et remitti nequeunt, quæque corporibus omnibus competunt, in quibus experimenta instituere licet, pro qualitatibus corporum universorum habendæ sunt*. Con

que en averiguando usted que cinco ó seis borricos que ha visto son mohinos, debe negar á pie juntilla que hay borricos rucios, más que se desespere Sancho Panza.

Sin embargo, por si usted quisiere definir la demostración, tenga presente el canon que inserta Gravesando (*introd. ad philos.*, párr. 666). *Si ubi propositio mihi evidenter demonstrata apparet, argumenta in contrarium, quæ mihi etiam evidentiâ videntur, proponantur, in dubium mihi hærendum erit.* Aquí tiene usted dos evidencias contradictorias.

No quisiera yo tomar en boca los paralogismos y sofismas, porque como le estoy enseñando á ecléctico, en casa del ahorcado nunca es bueno mentar la soga. Por fin, si quisiere valerse de ellos, en cualquier librito de esos los hay á docenas, así como las contradicciones de que no he hablado, porque ya mi anterior apuntó algunas, y las posteriores las ofrecerán á puñados. Sólo quiero que usted sepa que el Genuense, hablando de los silogismos de cuatro patas, que es un género de sofismas poco común, asegura (*Lóg. ital.*, lib. 4, capítulo V, párrafo 6) que es infinito su número en la física y la moral (ya se entiende que de los modernos), y luego añade: “¿Quién había de creer que también los hubiese en la docta y divina obra: *Del espíritu de las leyes*?” Sí, señor; no sólo Sevilla tiene su *divino*: también lo tuvo la Francia en el señor Montesquieu, de cuya divinidad hablaremos en adelante. Vaya, por último,

De methodo.

Había antes del padre N. dos géneros de método de enseñar, el *escolástico* y el *matemático*, ambos con reglas; pero el Padre ha inventado otro sin reglas, que puede llamarse *método de cajón de sastre*. Si usted quiere seguir éste, nos ahorramos de conversación. Ponga las cosas unas patas arriba, y otras patas abajo y líelas bien, y está hecho el negocio. Si esto no le gusta, debo aconsejarle que no escoja el método escolástico, lo uno por mal acreditado entre la gente de buen gusto á la francesa, y lo otro por difícil de ejecutar, que aun por eso le roen los zancajos. Escoja, pues, y créame, el método matemático, que yo aquí en dos patadas le allanaré todas las dificultades que parece tener.

Tome usted un libro donde se pregunte, verbi gracia, cuánto tamaño tienen los habitantes de la luna, y en lugar de decir cuestión ó artículo á la pregunta, dígame *Problema*. Busque después eso que nosotros llamamos mayor del silogismo, y ésta ha de llamarse *Axioma*; la menor, *Lemma*, y la conclusión, *Demostración*. Si usted quiere sacar otra conclusión de ella, llámela *Corolario*; si quiere explicar algunas de las premisas, llámela *Escolio*; si hace alguna suposición, *Postulado*, y así lo demás. Pero si la que sirve de axioma fuere mentira, puede usted probarla así. Remítase á lo que hubiere dicho en la Lógica (si está escribiendo la Metafísica), de la Lógica á la Etica, de ésta á la Lógica, luego otra vez á la Metafísica, *et sic in in-*

finitum; de modo que haga usted como el mulo que anda á la tahona, que todo es dar vueltas alrededor. Baste de lógica y vamos á la

FÍSICA GENERAL

Para introducirse en ella, me ha de establecer usted primero las nociones de la *naturaleza*, *violencia* y *arte*; después me ha de definir el *cuerpo físico*, y últimamente ha de sentar el *método* de proceder.

Acerca de la *naturaleza* quiero que tenga usted presente que sólo este nombre en sentido peripatético es capaz de dar al traste con toda la religión. Así lo dice el sapientísimo Malebranche (en su *Traité de la Natur. et de la Grac.*, Eclair. 1, número 3). Con que lleve usted, amigo don Manuel, entendido que el nombrar la *naturaleza* siquiera es tanta señal de haber renegado de la fe, como lo es entre los moros levantar el dedo. Por eso dice el mismo Malebranche (*De inquis. verit.*, parte 2.^a, cap. III): *Si attentè consideremus ideam, quam habemus de causa, aut de potentia agendi, haud dubiè illa idea nobis repræsentabit aliquid divinum*. Con que siempre esto de poder hacer algo, aunque sea una jaula para un grillo, tiene un sí es no es de divinidad. Oiga usted la razón que tiene un huevo. *Nam idea potentiæ summæ est idea summi numinis, et idea potentiæ inferioris est idea numinis inferioris, sed veritatem numinis, saltem juxta ethnicorum mentem*. Tiene usted aquí *numen inferius vcrum*, que es cuanto

de primoroso se puede imaginar, y tiene aquí *juxta ethnicorum mentem*. Sirva de regla de crítica para lo sucesivo, que cuando los idólatras dijeron un absurdo, debe hacerse aprecio de su autoridad. Concluya usted, últimamente, su disputa con estas memorables palabras del mismo, á saber: "Que cuando los peripatéticos admiten este principio activo, *si cor christianorum sit, forsam meritò dicere possumus mentem esse ethnicam*. Ya veo que es dificultoso de entender cómo pueda ser cristiano el corazón y la mente pagana, mas de esta dificultad sacará á usted Sancho Panza, cuando siendo gobernador mandó que ahorcasen al medio hombre y dejaran pasar por la puente al otro medio.

La *violencia* supone la naturaleza; mas aunque usted niegue esta última, debe tratar de la primera. Y así para dar una idea de qué cosa es movimiento violento, tiene usted al señor Gasendo, que se la da más clarita que la sotana del sacristán de los venerables (*in animadv. de Philos. Epic.*, página 402), y consiste en que todo movimiento que no guarda igualdad es violento. De donde debe usted sacar que todas las cosas que se menean en ese mundo se menean violentamente, pues es constante la desigualdad de sus movimientos. Y para poner un ejemplo de movimientos naturales, diga usted con el mismo: *Motus caelestes ex eo arguuntur esse naturales, quod sint æquabiles, ac proinde perpetui*. En confianza, amigo don Manuel, sepa usted que esta perpetuidad la enseñó Epicuro diciendo que el movimiento del cielo

siempre durará. La fe no entra por esto, pero Gassendo sí, y usted también, con tal que se intitule *Ecléctico*.

Acerca del *Arte* puede decir con infinitos, que en dándoles las cenizas de cualquiera, se atreve por cierta química á volver á formarlo. Esta es la Palingenesia.

En orden á la *definición* del cuerpo, crea usted que hay tantas cosas, que por mi dictamen sería lo mejor que se hiciese idealista y negase á puño cerrado que hay cuerpos, y con eso acabáramos la Física á capazos. Pero no, no; usted me ha de ser ecléctico, y ni ha de admitir los cuerpos tan á tontas y á locas como los escolásticos, ni me los ha de negar tan porfiadamente como los idealistas. Así, pues, dirá usted con Malebranche, con Francisco Lamy y con Miguel Angel Fardella lo que los escépticos decían: *incomprehensibile est, an sit corpus*. No le cito para lo mismo á Pedro Bailo, no porque deje de tener autoridad, sino porque han dado en la majadería de que fué un hombre sin religión, y de éstos, aunque se tome la doctrina, no parece bien todavía citar la autoridad, hasta que acabe de desterrarse la *preocupación*. Con que lo que usted debe decir en tentándose las narices es: *incomprehensibile est, an sint nares*. Y en recibiendo alguna carta misiva: *incomprehensibili est, an sit*, quien las escriba, quien las imprima, etc., etc. No me ponga usted mala cara, que el que quiere ser *Ecléctico* no debe pararse en pelillos. Además de que el Padre Malebranche da una clave maestra

para hacer inexpugnable la aserción. A los argumentos tomados de la experiencia, dice él, debe decirse: que estos cuerpos que vemos y palpamos, puede ser que ni los veamos ni los palpemos á causa de que algún mal genio nos engañe con meras ilusiones, y esta es una cosa que puede confirmarse con mil experimentos. Vaya usted á Castilleja ó á Camas (si es que hay Castilleja ó Camas, porque *hoc incomprehensibile est*), y cualquiera vieja le contará los duendes que ha visto, ya vestidos de frailes, ya de molineros, ya de ermitaños, ya de otras cosas; y con todo eso, real y verdaderamente, lo que ellas han visto no han sido frailes, ni ermitaños, ni molineros. *Yta ita paritèr*, se debe creer que la torre del Oro no es tal cuerpo ni tal zanahoria, sino algún duende que se ha aparecido allí en figura de torre, ó que sin aparecerse nos pone por delante este espectro.

De esta doctrina tan sólida y tan maciza debe sacar usted la consecuencia que saca el mismo Malebranche (part. 2.^a de *Methodo*, cap. VI), á saber: *Omnia argumenta, quæ vulgo afferri solent ad probandam Dei existentiam, et ipsius perfectiones, deprompta ex existentia, et perfectione rerum creatarum, hoc vitio laborare, quod nempe mentem simplici intuitu non convincunt: hæc argumenta quidem sunt ratiocinia, quæ per se convincunt; sed cum sint ratiocinia, non convincunt, supposito malo genio, qui nos fallat.* ¿Qué más quiere usted, si de un porrazo echa por tierra, como viciosos, los argumentos que demuestran la existencia de Dios? Todos ellos *hoc vitio labo-*

rant, que algún mal genio pudo engañarnos. Con que así, procure usted que manden borrar una expresión que he leído yo en Melchor Cano, que la trae en letra bastardilla, y yo no sé de quién es, pero ella dice: *Invisibilia ipsius à creatura mundi per ea, quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur sempiterna quoque virtus ejus, et divinitas*. Aquel *intellecta conspiciuntur* está mal dicho, porque no sabemos si el mal genio de Malebranche se metería por medio para fascinarnos. ¿Está usted impuesto? Por fin, por si los hubiere ó no los hubiere, nada se pierde en definir el cuerpo. Hágalo usted como se le antoje, que definiciones se encontrarán á puñados. Si le gusta tome la de Descartes, coloque su esencia en las tres dimensiones y póngale por añadidura, que todo lo que se puede concebir con dichas dimensiones, y todo lo que se puede imaginar con ellas es verdadero cuerpo y sacará un mundo infinito por esencia, que sea un regalo.

Vengamos á los modernos, que son los que han de darle los principios al ente natural. Si quiere tomarlos de Descartes, empiece protestando que nada ha de admitir como verdadero, *quod non ex communibus notionibus tam evidenter deducatur, ut pro mathematica demonstratione sit habendum* (2.ª part., *Princip.*, párrafo 64). Supuesto esto, encaje usted la materia dividida en partes iguales con dos diferentes movimientos, etc., etc. Y después que esté copiada toda esta tramoya ó antes, ó cuando á usted le pareciere, diga con el mismo (3.ª part., *Princ.*, párrafo 44): *Vc-*

*rumtamen, ne etiam nimis arrogantes esse videamur, si de tantis rebus philosophando genuinam earum veritatem à nobis inventam esse affirmemus, malim hoc in medio relinquere, atque omnia, quæ deinceps sum scripturus, tanquam hypothese-
sim proponere.* Y si alguien le preguntare á usted dónde se ha dejado la prometida evidencia matemática, responda que el *Bú* se la llevó, y saca de este modo un sistema de principios que ni el diablo sea capaz de formarlo más bonito.

Si no gusta de Descartes por lo mucho que ha caído, acomódese usted con Leibnitz y Wolfio, que traen más *mónadas* que puede haber en las costas de Africa. Estas tales *mónadas* han de ser substancias simples sin partes, que no puedan nacer sino por creación, ni perecer sino por aniquilación, ni recibir mutación alguna por causa criada, que ellas tienen ciertas cualidades, y cada una se diferencia de las otras, que cada una se está mudando perpetuamente, y esta mutación nace de un principio interno. Ultimamente, que cada *mónada* tiene, no solamente percepción sino también apetición, y que por este motivo se pueden llamar *almas*. He, ve usted aquí. Muchas *mónadas* juntas hacen un rábano, v. gr., y este tal rábano tiene, no sola un alma (como querían los manicheos, que esta es una cicatería) con su percepción y su apetito, sino tantas almas, tantas percepciones y tantos apetitos cuantas son las infinitas *mónadas* de que se compone, que, es decir, tantas almas como en un purgatorio; tantos pareceres como en un bártulo, y tantos antojos como

en veinte preñadas. No está este sistema muy malote.

Mas si acaso quiere usted el de más moda, tiene ni más ni menos que el del famosísimo Newton en sus *partículas primigenias*. Está todavía por averiguar si ellas son lo que Epicuro llamó átomos ó á lo que Anaxágoras puso el nombre de *Homømeria*. Por cualquiera de los dos caminos va usted lindamente. Lo que sí consta es lo que el citado caballero (lib. III, *Optic.*, cuest. 31) advierte, y es que mientras duren las citadas partículas, *poterunt sanè per omnia sæcula ex iis composita esse corpora ejusdem semper naturæ. et texturæ*. Y poco después añade: *exceptis irregularitatibus quibusdam vix notatu dignis, quæ ex mutuis Cometarum, et Planetarum in se invicem actionibus oriri potuerint, quæque verisimile est fore, ut longinquitate temporis majores usque evadant, donec hæc naturæ compages manum emendatricem tandem sit desideratura*. A saber, como expone Leibnitz: “Este mundo es el reloj de la faldriquera de Dios, compuesto, como de ruedas y resortes, de las partículas de Newton. Y así como todos los relojes de tiempo en tiempo necesitan de que se les dé cuerda, se les eche muelle ó se les limpie, así también llegará tiempo en que este mundo necesite de una composición, cual suele ser la que un relojero da á su obra. Y ve usted aquí, amigo don Manuel, un principio para poder explicar las irregularidades de estaciones, que en ese mundo se experimentan ahora. Algún cometa aguanoso, como el del diluvio, está

agujereado, y Dios todavía no habrá tenido lugar ó voluntad de componerlo, esta será la causa de por qué llueve tanto.

Por último: lo mejor que hay que hacer en esto de principios es no dejar á nadie quejarse. Por tanto, póngalos usted de todo sistema; el mío le dará los nombres de *materia y forma*; Newton, las *partículas*; Gasendo, el *movimiento*; Leibnitz la *formación*, etc., etc.; de manera que saque usted unos principios sin fin, y si pudiere ser, sin principio ni atadero.

Explicados de esta manera los principios del cuerpo, se sigue tratar de sus propiedades. La *extensión* es la primera. Puede usted constituir en ella la esencia del cuerpo, como ya he dicho con Descartes, ó cuando no, no conocer más extensión que la externa, como ha hecho Gasendo; previniendo que estos dos modos de pensar y algunos otros que hay sobre la materia son admirables para hacer imposibles muchas cosas que la teología y la fe admiten como ciertas.

Sobre la *divisibilidad* del cuerpo también hay no poco que decir. Siga usted el dictamen de Wolfio, que enseña que todo cuerpo consta de puntos indivisibles, por nombre átomos de la naturaleza, como él los llama. Y en eso estará la gracia, en que muchos puntos inextensos compongan una extensión, así como muchos ciegos pueden componer uno con vista y muchas bolsas vacías un par de reales. Luego se sigue, que ajuste usted la cuenta de cuántos son los indivisibles de que se compone, v. gr., una avellana. Esto está compues-

to con poner una hilera de treinta ó cuarenta números, que se multipliquen por otros quince ó veinte con quebrados, y sacará usted una cáfila, que el diablo que se la ajuste. Además de que, ¿qué le va ni le viene al diablo en que la cuenta esté bien ajustada?

La *impenetrabilidad* me la ha de poner usted esencial á los cuerpos con Gasendo y con el Padre de Turre, y si con ella no se pudieren componer los milagros, que no se compongan, pues como dice el último (*Phys. gen.*, párrafo 209), las doctrinas de los filósofos nada tienen que ver con los milagros.

Sobre la *inercia* tenga usted presente con Newton (1.^a part., *Princ.*, def. 3) que ella *nomine significantissimo* se llama *vis inertiae*, ó con el padre de Turre (loco citato, párrafo 215) *vis passiva*. No importa que Cicerón (lib. *I de nat. Deor.*) diga que *vis actiosa est*, pues puede usted responder que ya no hay inconveniente en decir tinieblas luminosas, muerte viva, ó como dijo Averroes en su arenga, oculatísimo tuerto.

La *mensurabilidad* y *figurabilidad* de los cuerpos darán á usted mucho pie para echarla de matemático. Sobre ellas hay mucho escrito; tome lo que le parezca de cualquier autor, y pase después á tratar del *espacio*.

Muchísimo hay que decir aquí: dejaré lo más de ello para cuando de intento examine el punto, y sólo apuntaré por ahora lo que pueda servir á usted de gobierno. Si, pues, quiere poner un espacio que sea nada, Gasendo se lo prestará, to-

mado de Epicuro; si lo quiere poner que sea todo, Enrico Moro, Newton, Clark y entre los católicos Juan Bautista Scarebla se lo darán, que sea nada menos que la inmensidad de Dios ó el mismo Dios. Para entender esto más bien, puede leer á Newton, que en su *Optica*, quest. 28, dice de Dios: *Qui in spatio infinito tanquam sensorio suo res ipsas intime cernat*. De modo que Dios es capaz de sensación y necesita del espacio como de sensorio para perfeccionar las operaciones sensitivas. De consiguiente es corpóreo, lo uno porque tiene sensorio, y lo otro porque siendo el espacio donde se reciben los cuerpos, es evidente que debe ser corpóreo.

Todavía puede usted adelantar más con la doctrina de este perspicacísimo y sapientísimo filósofo, á saber: que la *materia* no es otra cosa que una porción de este espacio ó un trozo del mismo Dios. Para esto conviene que usted sepa que Juan Locke (*Essai sur le entend. hum.*, lib. II, capítulo XIII, párrafo 16), respondiendo á algunas dificultades que se le proponían sobre el espacio, dijo en francés lo que yo ahora en castellano. ¿Quién os ha dicho que no hay ó que no puede haber más que seres sólidos, que no pueden pensar y seres pensadores que no son extensos? En el lib. 4, cap. X, párrafo 18, hablando de la materia no se atrevió á dar sobre ella su dictamen, porque (son sus palabras traducidas) “esto me apartaría quizá demasiado de las nociones, sobre las cuales está al presente fundada en el mundo la filosofía”. Se murió Locke con este entripado.

dentro del cuerpo. Mas Pedro Coste, á quien le dió lástima que el referido enigma quedase sepultado, fué á verse con Newton sobre el particular, y éste le dijo que ya había descubierto el modo de explicar la producción de la materia que Locke no quiso declarar. "Se podría —dijo— formar alguna idea de la creación de la materia, suponiendo que Dios con su poder impidió que entrase alguna cosa en cierta porción del espacio puro, que de su naturaleza es penetrable eterno, necesario infinito, pues de este modo esta porción de espacio obtendría la impenetrabilidad, que es una de las cualidades esenciales á la materia." Cosilla de juego es los primores que se pueden sacar de estas pocas palabritas. A saber: que la materia es un pedazo de la inmensidad de Dios, ó que la materia es Dios; ó, si á ustedes más les agrada, que Dios tiene su lindo cacho de materia. Hasta aquí tiene usted no más que el Dios de los Antropomorphitas. Si quiere el de Espinosa, aténgase á que el citado espacio es eterno, necesario é infinito, que junto con lo otro de material y sensorio, y otros infinitos cabos que omito, pongan la cosa á las mil maravillas. ¡ Poder de Dios! ¡ Y qué famoso filósofo ha de salir usted si toma mi consejo! Si no quiere tomarlo no se fatigue. Encontrará espacio que no sea Dios, y sin dejar de ser algo, sea sempiterno; lo encontrará que no sea nada, y sea improductivo, eterno, etc.; lo encontrará hecho substancia criada antes de todas las substancias y sin límite alguno, que se lo dará el Padre Turre; lo encontrará in-

corpóreo en la tienda de Gasendo, y por fin lo encontrará usted de tantas maneras y todas ellas tan preciosas, que tendrá bien que hacer en escoger.

Vamos al *tiempo*, que yo consumo mucho. Antonio Genuense (*Methaph.*, part. 1.^a, cap. XI, prop. 144) le dará á usted una linda idea de la eternidad con su presente, pretérito y futuro, pues en ella admite una sucesión metafísica, que es un regalo. Del tiempo forma Gasendo un bello concepto (*Phys.*, sec. 1.^a, lib. I, cap. VII) que puede usted admitir diciendo que es una quisicosa incorpórea, que corrió antes que hubiese mundo, y que había de correr supuesta su destrucción. San Agustín (lib. XI de *Civitate Dei*, cap. VI) dice todo lo contrario. A esto debe responderse que San Agustín no fué filósofo moderno y Gasendo sí; San Agustín fué africano, y Gasendo francés. A ver; que levanten á usted la solución.

Pasemos á las *fuerzas de los cuerpos*. Me las ha de dividir usted en muertas y vivas, las *muer-tas* me parece á mí que podrá explicarlas bien con el ejemplo de la carabina de Ambrosio, y las *vivas*, con el de las mulas de un coche. Diga usted también con el anotador de la física de Muschembroek (párrafo 174) que de la fuerza muerta proviene en cada momento el incremento de la velocidad ó una velocidad infinitamente pequeña. Pero para que no se admiren de que los muertos, esto es, las fuerzas muertas empujen tanto, puede usted sostener con el mismo que la velocidad que ellas causan se apaga á toda prisa con

la resistencia y dificultad del obstáculo. Dirá después que la fuerza *muerta* consiste en el incremento de la velocidad, y luego que la *viva* en la suma de estos infinitos incrementos. ¿Ha entendido usted? Pues ni yo tampoco. Lo más que saco de aquí es que el incremento de la velocidad es efecto de la fuerza muerta, y también es la misma fuerza muerta, *hoc est*, que ya la causa y el efecto son una misma cosa. Que la velocidad por instantes se apaga, y con todo eso monta una suma infinita. ¿Qué sería si nunca se apagase? Otra cosilla se saca también, y es que la fuerza viva consiste en una suma infinita. Pues ¿cómo se mide y se hace la cuenta de ella? Pero ya veo que son buenos aritméticos y sabrán sumar los infinitos.

Confieso á usted con toda ingenuidad que no dejo de tener mis temores cuando echo mano á impugnar este modo de filosofar que se ha hecho en el día tan común. Ya, pues, sea por la inclinación que tiene la escuela peripatética á respetar lo que ve generalmente aplaudido de los sabios, ya sea por alguna otra causa que ignoro, miro como empeño difícil rebatir lo que aprueban, no solamente la chusma de filósofos minutos, sino también muchos hombres que tienen y merecen el nombre de verdaderos sabios. Por otra parte, si reflexiono las razones que me asisten, me parecen tales, que á su vista se deshace todo el crédito de la filosofía ecléctica y queda ésta reducida á una enorme equivocación ó á una solemne patarata. ¿Qué haré, pues? Confesar ingenuamente que el eclecticismo es la moda del

día y valirme para impugnarlo del mismo arbitrio que se han valido para establecerlo. Este es el instar á que la materia se mire en sí misma, depuesta toda preocupación. Se ha clamado contra la preocupación hasta aquí; se ha dicho de ella que es la que ha perdido las letras; sobre este verdadero ó falso pretexto se ha levantado el vasto edificio de la nueva filosofía; con esta máquina, más que con todas las otras, se ha impugnado á Aristóteles. Oigan, pues, á Aristóteles convencido de que es dañosa la preocupación: oíganlo pedir que **no** se haga caso de ella.

Si hemos de estar á lo que nos dicen los mismos filósofos eclécticos, Renato Descartes debe ser mirado como el primero ó el principal restaurador del eclecticismo. El fué quien, sacudiendo el yugo de toda autoridad humana en las materias filosóficas, abrió el camino para que en ellas se consultase sola la razón; quien, instituyendo una duda universal sobre todo lo que puede caer debajo de nuestro conocimiento, nos enseñó á desprendernos de las preocupaciones y á dar voto sobre cada cosa, no por lo que se había pensado hasta allí, no por el número, peso y autoridad de los que antes habían decidido, sino por lo que nuestras propias luces descubriesen en ella. Ninguna cosa nace desde luego perfecta; por esto, aunque Descartes hizo mucho, dejó mucho que hacer á los que le sucedieron. Cada cual fué añadiendo sus observaciones, sus estudios, sus trabajos á los rudos principios que Descartes puso, hasta que á principios de este siglo (era preciso

que fuese así) tomó la filosofía aquel hermoso aspecto, de que había carecido *tota retro æternitate*, y salió á luz para bien de los hombres el eclecticismo.

Es, pues, el eclecticismo, según Antonio Genuese (*Art. Log.*, lib. 1, cap. VI, párr. 16), aquella filosofía ó modo de filosofar, en el cual buscamos la sabiduría solamente por la razón: *in qua sapientiam ratione tantum quærimus*: aquel modo de filosofar, dice Vernei (*Apparat.*, lib. 2, capítulo VI), en que nada se concede á los nombres ó crédito de los autores, á las opiniones en que suele intervenir la preocupación ó prejuicio; *nihil jam auctorum nominibus, nihil præjudicatis opinionibus tribuitur*: en que se examinan las verdades sin espíritu de partido; *omnia sine partium studio expenduntur*: en que se antepone á todo lo demás lo que tiene conexión con el fin que debe proponerse la ciencia, y se omite lo que carece de ella; *quæ ad finem, quem disciplinæ habent, conducunt, anteponuntur reliquis; cætera præmittuntur*: en que si ocurre alguna cosa cuya decisión no es posible, se deja sin decidir para no engañar á los lectores; *si quæ penitus involuta occurrunt, in medio relinquuntur, ne lectoribus imponamus*. Ultimamente, es aquel modo de filosofar que no adhiere á maestro ni sistema alguno, y para quien no vale tanto la amistad de Platón que haya de anteponerse á la verdad que abraza dondequiera que la encuentre, como dice el Padre Villalpando (tract. Prolog.): *Nulli Magistro, aut doctrinæ systemati adhæret, ne illi est adeo Ami-*

*cus Plato, quin sit magis amica veritas, quam ubi-
cumque invenit, amplectitur.* No se para, pues, la
filosofía ecléctica en sistema alguno, todos los
corre, todos los examina y de todos escoge lo que
es más conforme á la razón y á la verdad. En
una palabra: es ella la quinta esencia de todas
las filosofías, y, como dicen los eclécticos, usur-
pándole á Clemente Alejandrino las palabras, no
es alguna de las sectas, sino lo más escogido de
todas las sectas de filosofías: *Philosophiam dico,
non Stoicam, non Platoniam, et Aristotelicam,
sed quæcumque ab istis sectis rectè dicta sunt...
hoc totum selectum dico Philosophiam.* Por nin-
guno jura un ecléctico, á ninguno tiene ojeriza y,
como dice Altieri, tomándole las palabras á Ho-
racio, epist. 1 :

*Nullius addictus jurare in verba magistri,
Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes.
Nunc agilis fio, et mersor civilibus undis,
Virtutis veræ custos, rigidusque satelles:
Nunc in Aristippi furtim præcepta relábor,
Et mihi res, non me rebus, subjungere conor.*

Este es el carácter del eclecticismo, á esto se
reducen; y aunque haberlo expuesto de este modo
es haberlo probado, sin embargo, me parece oportu-
no añadir las razones con que los eclécticos lo
prueban, y reforzarlas en cuanto me sea posible.

1. En primer lugar, la verdadera filosofía,
como todas las cosas humanas, debe fijarse en
un buen medio: cualquier extremo es vicioso.
Ahora bien, entre los modos de filosofar nin-
guno guarda este medio como el eclecticismo. Hay

ciertos filósofos, ó quieren pasar por tales, que todo lo niegan, que todo lo dudan y que nos quitan la esperanza de saber alguna cosa; tales son los *Pirronianos*. Los hay que todo creen que lo saben y que todo juzgan poder decidirlo por los principios de su secta; estos son los *Dogmáticos* y *Sistemáticos*. A ninguno de estos extremos va el verdadero *Ecléctico*: ni desconfía de encontrar la verdad ni juzga que en alguna secta precisamente ha de encarcelarse: duda templadamente y sólo asiente cuando le convence la razón.

2. Y, en efecto: ¿para qué había Dios de habernos dado esta noble potencia? ¿Para que á manera de bestias nos dejásemos guiar de otros? ¡Ah! Que esto sería ser *servum pecus*, como dice el Genuense; resultaría de aquí verificarse en nosotros lo que mucho tiempo ha notó Horacio y copia el mismo Genuense: *libertate caret, Dominum vehet improbus, atque... serviet æternum ingenio quia nescit uti*. Si, pues, se nos ha dado una potencia libre, usemos libremente de nuestra razón. Lo demás es imponernos un yugo vergonzoso.

3. ¿Qué yugo no se han impuesto los peripatéticos? Enseñados á no saber más que explicar á Aristóteles, han tenido la filosofía por largos años sin dar siquiera un paso en ella. Aquel era reputado por mayor sabio que más trabajaba en las oscuras é inútiles obras de este recóndito filósofo; salir de aquí era un enorme pecado. De modo que no parecía sino que Aristóteles había sido formado de otra masa que los restantes hombres,

y éstos sólo nacidos para admirar á este filósofo, para tributarle supersticiosos cultos y no atreverse á mover los pies ni las manos sin su beneplácito.

4. ¿Puede darse cosa más absurda? Sea Aristóteles sabio, todo cuanto quieran sus discípulos, mas ¿acaso lo ha sabido él todo? Si el mismo Aristóteles hubiese de responder diría que no. ¿Qué locura es, pues, atenerse á él solo? Sean malos todos los otros filósofos, cuanto los peripatéticos quieran ponderar, ¿podrá negarse que tienen mucho bueno? ¿Por qué, pues, no hemos de aprovecharnos de lo tal cual bueno que tengan? Todos fueron hombres, todos tuvieron sus defectos, todos pueden proporcionarnos grandes ventajas. Busquémoslos á todos, examinémoslos con cuidado y hágase de cuanto bueno traigan un cuerpo de filosofía.

5. Es propio de un hombre racional buscar la sabiduría dondequiera que esté. Viajaron para este efecto los antiguos filósofos y no se contentaron con las luces que tenían en su patria mientras pudieron enriquecerse con las que producían las ajenas. Viajemos nosotros también, no ya de provincia en provincia, sino (lo que es menos trabajoso) de autor en autor, de libro en libro. La variedad de doctrina hermoseará nuestra instrucción, y la multitud de modos de explicar las cosas naturales nos facilitará medios para demostrar en todo sistema que es verdadera, sabia é irrepreensible nuestra Religión.

6. Se acabarán de este modo las torpes conse-

cuencias á que nos ha conducido una ciega é ignorante servidumbre; cesará el espíritu de partido que tanto ha dado que hacer á la república y tantos males le ha traído; no se dirán ya aquellas importunas y enfadosas voces de *yo soy Tomista, yo soy Scotista, yo Baconista*, etc. Sola la verdad triunfará: no estarán los hombres de bien obligados á sentir por fuerza contra su propio sentir ni resonarán las aulas con las infinitas cuestiones de solo nombre, que con tan poco fruto se estudian, con tanto escándalo se disputan y que tanto estragan los ingenios.

7. Ultimamente, tiene á su favor la filosofía ecléctica, no sólo la razón, como ya se ha expuesto, sino también la autoridad y el ejemplo de los mayores hombres. Están decididos por ella Potamon y Clemente Alejandrino, todos los filósofos de buen gusto que han nacido desde la reparación de las letras hasta nuestros días y, si se mira bien, todos los Padres de la Iglesia y los más célebres de los filósofos antiguos, que amaron más la verdad, dondequiera que ella se encontrase, que la tenaz adhesión á la secta donde nacieron, y en cuyas doctrinas fueron educados.

Estos son, amigo don Manuel, los argumentos que hacen á favor del eclecticismo, expuestos (como usted puede haber notado) con toda sinceridad y con el nervio que me ha sido posible. No sé si habrá otros. Los eclécticos que he leído no los traen ni á mí me han podido ocurrir. Por tanto, mientras no parezcan más, no tengo que responder á más que éstos. Pero como la res-

puesta á ellos ha de ser la impugnación del eclecticismo, y para esto serán necesarias muchas especies y no pocas cartas, me contentaré en ésta con solverlos al estilo de mi escuela, y trataré después el plan de impugnación con que pienso llenar las otras.

Digo, pues, al primero, que estriba sobre dos falsedades: la primera es que el eclecticismo guarda el medio. Haré ver que declina al pirronismo. La segunda, que los filósofos sistemáticos creen que todo lo saben. Con sólo leer á cualquiera de ellos está convencido lo contrario.

Al segundo respondo: que tan malo es perder la libertad en filosofar como extenderla á más de lo que ella alcanza. Que los eclécticos han ejecutado esto último, lo convenceré; y que no están libres de lo primero ya lo tengo convencido en mi Carta IX (1).

Al tercero he dicho lo bastante en la Carta VIII (2). Expuse en ella los fundamentos que asisten á los peripatéticos para haber de seguirme y el juicio y prudencia con que me siguen.

Al cuarto digo: que no todos deben leerse; que entre los que se leen debe escogerse uno que sirva de maestro; que lo que uno no enseñare se busque en el otro; que en lo que errare se corrija; pero que ni á título de que un autor es bueno ha de seguirse *sine delectu* ni á título de que trae algo malo ha de despreciarse, ni mucho menos

(1) V. de esta colección.

(2) Idem.

porque acierte en algo se ha de querer que se siga en todo. A esto faltan los ecléticos. Su aversión á mí es una prueba la más decisiva; su propensión á los novadores es otra no menos convincente.

Respondo al quinto: que la verdad no es más que una. De las explicaciones varias que se dan á la naturaleza no puede cuadrarle más que una, las demás necesariamente han de ser falsas, y las falsedades ni hermocean al hombre ni mucho menos defienden la Religión.

Digo al sexto: que todas las que se apuntan como consecuencias de la filosofía sistemática no son vicios de ella, sino de sus profesores. Al contrario, el eclecticismo por sí produce el espíritu de partido y es susceptible, como los sistemas de todos los otros defectos.

Al último respondo: que si los señores ecléticos se convienen en que terminemos nuestras diferencias á pluralidad de testigos, no tendré embarazo y contaré desde hoy por mía la victoria. Digo también que Potamon, Clemente y los otros PP. y FF. fueron libres en filosofar; pero no pensaron en ser ecléticos, como lo entienden los que los citan.

Tengo apuntadas ya las soluciones que pienso dar á los argumentos. Ellas envuelven muchos puntos que he de controvertir; puntos muchas veces disputados y otras tantas decididos. ¿Quién había de creerlo? Cuando yo pensaba que tendría mucho que trabajar en la averiguación de unas materias que se dicen nuevas, me he hallado que

son más viejas que la sarna y con que las han controvertido y apurado muchos escolásticos ranciosos. Me hallo el trabajo casi hecho y el eclecticismo impugnado á poca costa.

Preste usted, pues, paciencia; prepárese para una gran runflada de cartas y no deje de avisarme si acaso sabe que los ecléticos tienen á su favor algún argumento que yo no me haya objetado. Esto es lo que tengo que decir por ahora, pues aunque quisiera emprender la impugnación desde esta Carta, el Tuerto me tiene conminado sobre que no ha de escribir en viendo que soy tan largo como en las últimas. *Fac ut valeas.*

ARISTÓTELES.

Fecha aquí mismo, en un día que trae el Almanaque.

IX

La filosofía ecléctica no está en los filósofos eclécticos.—Juicios sobre algunos de ellos.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Mi amigo y señor: Llegó por fin el tiempo en que, dejándonos de escaramuzas, nos demos los señores eclécticos y yo la batalla campal y veamos al fin por quién queda el campo de victoria. Las revoluciones que ha habido en la filosofía desde el siglo xv hasta el nuestro han traído á la república de las letras en una perpetua agitación y en una peligrosa alternativa. No se ha podido fijar pie en parte alguna; cualquier partido que se haya querido tomar ha estado lleno de inconvenientes y peligros, y si malo ha sido ser peripatéticos, no ha sido bueno tampoco alistarse bajo las banderas de Cartesio, Gasendo y otros tales. Se ha llamado este tiempo el de *la ilustración, la edad de oro*; pero ha sido para las letras una edad de oro tan mala, como lo fué la de Roma para su república. Ya Sila se apodera de Roma para llenarla de estragos; ya Pompeyo es mirado como

su esperanza al principio y luego su ruina; ya Catilina trata de destruirla; ya César la oprime; ya disputan entre sí sobre sojuzgarla Augusto, Lépido y Antonio. Todos se precian de no pretender otra cosa que la tranquilidad y bien común; así lo dicen: todos van á hacer servir la causa pública á sus particulares intereses; así lo hacen. ¿Y en qué viene á parar esto? En que el miserable ciudadano, ni por bueno ni por malo, esté seguro. Vence uno y proscribe á unos pocos; vence otro y proscribe á los que quedan, encontrándose apenas un Atico que sepa precaverse del peligro.

¿Qué tal le parece á usted este cachito de sermón? Digo, si lo pillara el amigo de los *periodos de golpeo é ingenios cortadores*, ¿no tenía de qué hacer maravillas? Mas dejémonos de digresiones y vamos á nuestro caso. La suerte de la filosofía es muy semejante á la que tuvo Roma en la situación en que la he retratado. Era ella antes de Descartes una república sobria, moderada, racional y gloriosa; se obtenía en ella una bien regulada libertad; había sus Padres conscriptos, había su plebe sostenida de sus tribunos, y ni la potestad tribunicia sofocaba la autoridad del Senado ni ésta podía con facilidad oprimir al pueblo; nada de lujo, nada de follaje; solía ir á sacar de entre los arados á sus dictadores, pero á éstos no les estorbaba lo grosero de su ocupación y modo de vivir para triunfar de sus enemigos. Algunas veces se encendía la discordia civil, pero nunca de modo que se arruinasen los principios de la reli-

gión y legislación, que eran los dos apoyos de la república. Eran hombres los ciudadanos, y muchas veces disputaban sobre cosas de nada con demasiado calor, v. gr.: sobre si las matronas deberían usar de la seda y oro en sus adornos; sobre si los cuarteles de invierno se habían de poner fuera de la ciudad, etc. Pero tampoco se les puede negar que las más de sus asambleas tenían por objeto cosas de suma importancia y que sabían llevar á debido efecto las resoluciones que tomaban en la curia. Decía: *Deleatur Carthago*, y Cartago, que quiso que no, fué *deleta*. No sé si por su fortuna se apoderó de la Asia, lo que sí sé es que desde aquel punto puede contarse el principio de su ruina. Las delicias de aquella hermosa provincia que trajo á su ciudad fueron el nuevo caballo, de cuyo vientre salieron los que habían de incendiar á esta Troya. Constantinopla tomada por el turco nos surtió, esa es la verdad, de muchos sabios; mas desde su venida al Occidente, *insuevit exercitus populi romani amare, potare, signa, tabulas pictas, vasa cœlata, mirari, ea privatim, ac publicè rapere, delubra Deorum spoliare, sacra profanaque omnia polluere* (Salust. *de bel. Catil.*)

Con el lujo literario vino la ambición; con la ambición, las guerras; con las guerras, el más horroroso catástrofe. Como los poetas en Roma, así tomaron á su cargo los gramáticos alemanes echar por tierra la religión, y como los del orden senatorio la república, intentaron los filósofos franceses trastornar toda la filosofía. Los estragos

que ocasionaron aquéllos fueron bien deplorables; las novedades que intentaron éstos cuando no hayan tenido otro efecto de más consideración, no se puede negar que han puesto en movimiento á toda la república. Como Sila contra Mario, peleó Gasendo contra Descartes; pero éste al fin *rerum potitus est*. Contra él se han suscitado varias conjuraciones que, aunque al principio no le destronaron, le fueron preparando la caída. Nació en Inglaterra el César Newton, nació en los Cantones Suizos el Pompeyo Leibnitz; hubo su *prælium pharsalicum*, mas todavía no se ha sabido quién llevó la peor parte del combate. Murió Leibnitz á manos, no del Rey de Egipto, como Pompeyo, sino de Locke, Clark, Keill y otros del partido de César. Pero para éste no faltaron tampoco Brutos y Casios. Wolfio, Tomasio y sus colegas lo cosieron á puñaladas. Parecía ya tiempo de que la república respirase, pero no, señores, que todavía nos queda que luchar con la pata de gallo del triunvirato, y tiene que alegar sus derechos el eclecticismo. Con que no hay más remedio que tomar las armas y averiguar quién es quien nos gobierna. Vamos á verlo, aunque deben estar entendidos los ecléticos en que no lucha por ahora con ellos más que la tropa ligera del peripato.

La primera plaza que les intentó tomar es el nombre de que se valen. Se llaman *Ecléticos*, dicen que profesan una filosofía eclética y que esta es la que debe seguirse por todos. Señores míos, ¿que tengan ustedes conciencia para men-

tir así á presencia de todo el orbe literario? ¿Dónde está esa filosofía ecléctica, ese duende, ese cuco que tanto ruido nos da? Yo hallo en ustedes admirables definiciones de ella, leo magníficas alabanzas, oigo incomparables frutos. Movido de sus voces voy á buscar la cosa definida, el héroe alabado, el árbol prodigioso, y maldita sea mi calva si lo encuentro. ¿Dónde está? ¿Dónde lo han puesto ustedes? ¿Es quizá alguna de las ideas de Platón que se ande por esos cielos? ¿Habita acaso en su república, que me dicen estar un poco más allá de los espacios imaginarios? ¿Dónde está? pregunto de nuevo. Si la nueva filosofía no nos hubiera enseñado que no hay *accidentes absolutos*, me inclinaría yo á creer que era algún accidente *sine subjecto*, avecindado en las abstracciones del entendimiento agente. Pero si esto no puede ser, ¿dónde está? Si yo pregunto por las matemáticas reducidas á una perfección justa, luego, luego se me señalan muchos, así modernos como antiguos, que me dan razón de ellas; si por la jurisprudencia, me sucede lo mismo; lo mismo en la historia; lo mismo en la medicina y teología; pero cuando yo vaya á buscar al eclecticismo, ¿me quieren ustedes decir á quién he de preguntar por él? Sé que para hallar una buena teología no tengo que hacer más que buscar á un Bosuet, á un Lambertini, á un Natal y á otros muchos; pero para encontrar con una filosofía ecléctica, todo se me va en preguntar á muchos y no encontrar uno solo. Cada cual me da buena razón de ella, me la describe como un don de los dio-

ses, como una Pandora. Se irrita mi deseo, doblo mis diligencias, multiplico mis cuidados, siempre voy cerca de ella y por fin y postre *fugientem persequor umbram*.

Vamos claros, señores ecléticos; no es razón que los hombres de bien nos andemos engañando; acabemos de convenirnos en qué quiere decir *eclecticismo*, no sea que este nombre diga una cosa y yo ande en busca de otra. ¿Quiere decir acaso no ser *Aristotélico*? ¿Impugnar á Aristóteles (ó darlo por impugnado, que para ustedes todo esto es sinónimo)? ¿Decir mucho contra él sin haberlo visto? ¿Tirarle á los escolásticos y ponerlos de bárbaros para abajo de cuanto se quiere? ¿Quiere decir esto? Si lo dice ya entiendo yo muy bien dónde está el eclecticismo, ya conozco sus héroes, ya estoy impuesto en toda la dificultad. Dicen ustedes que no. Sea enhorabuena, aunque me quedan de botones adentro ciertos escrúpulos que me obligan casi á no creerlos. Entro, pues, por ello, aunque me den burro, y pregunto otra vez: ¿consiste el eclecticismo en tomar cinco ó cuatro autores, ó los que se pudiere, y sacar de uno una cosita, de otro otra más que no ate, de otro otra más que contradiga y así formar una filosofía remendada? Respóndanme ustedes; nadie nos oye, yo guardaré el secreto y no saldrá de mi boca para alma de este mundo. Si consiste en esto me retracto, aunque no tengo cara para ello, de lo dicho. Pero en primer lugar, señores míos, ¿cómo tienen ustedes alma ni conciencia para abrogarse un título que es común á tantos hom-

bres de bien? Desde que hay literatos ha habido remendones de literatura, así como desde que hay zapatos ha habido zapateros remendones. Entre los escolásticos se encuentran muchos de estos eclécticos cuyas obras no son más que un parche de aquí, otro de allí, otro de allá, otro de acullá. Estos cajones de sastres han sido tan antiguos como la misma sastrería; bien lo saben ustedes, y si no lo saben, váyanse á oír sermones y encontrarán á puñados oradores eclécticos, esto es, oradores cuyo sermón es un centón de centones. Por lo cual soy de parecer que no deben ustedes en conciencia tenerse por inventores del eclecticismo, pues el eclecticismo en este sentido es tan transcendental como lo ha sido siempre la vanidad de no ser y querer pasar por literatos.

En segundo lugar, señores míos, esto de hacer un centón sin atadero, ¿les parece á ustedes que es tan digno de alabanza? Si mi abuela viviese ahora la había yo de pedir que lo hiciese también, para que ustedes se desengañasen de que este es un negocio que pueden hacer hasta las viejas. ¡Por cierto grande cosa! Cosa que no requiere ni más estudio ni más instrucción que saber leer y escribir y tener dineros para imprimir lo que ya muchas veces se ha impreso. ¡Grande cosa! Sacar á presencia del mundo una producción que el mundo no pueda entender ni los que la escriben tampoco; que se esté mutuamente destruyendo; que lo que afirma aquí lo niega acullá; que ni tenga orden ni principios y que sea hija de siete leches. ¿Es esta la grande cosa que tan altamente

se nos predica? Si no es ella díganme ustedes dónde está esta filosofía ecléctica, porque yo, ciertamente, no la encuentro.

Si ustedes, señores míos, estuviesen de buena fe, no nos quedaría que hacer otra cosa. Confesarían los que son autores que para escribir su filosofía ecléctica ni hicieron más estudio ni se tomaron más trabajo que copiar unas veces *de verbo ad verbum*, otras en cuanto al sentido, á cuatro ó seis filósofos modernos; que sin más averiguación ni más examen transcribieron á sus cartapacios lo que hallaron en los de los otros; tomaron contra la escuela lo que vieron escrito, y en los demás puntos escogieron de muchos lo que les pareció, sin meterse en averiguar, ó averiguando superficialmente, si era falso ó cierto, fundado ó infundado lo que tomaban. Confesarían los que no son escritores, que se llaman eclécticos porque es moda llamarse así y por nada más. Y en semejante caso estaba todo fácilmente remediado. En los escritores se reformarían las pomposas definiciones que traen de la filosofía ecléctica, y en lugar de este epígrafe se pondrían centones de varios filósofos; y en los que no han escrito no habría más que hacer que mudar el nombre de eclécticos en el de cualquiera cosa que no oliese á filosofía. Ustedes no están de humor de hacer una confesión tan honorífica á la verdad, ni yo tampoco lo estoy de dejar de porrearlos, preguntándoles setenta veces. Si la filosofía ecléctica no es nada de lo que yo he dicho, si ella es aquel *divinum inventum* que tan altamente

ustedes pintan y yo describí en mi carta anterior tomándoles las palabras, acaben, por Dios, de enseñármela: ¿dónde está?

Ya me hago cargo que me dirán ustedes que en los eclécticos, y á la verdad, si en alguna parte hubiese de estar, á ellos les tocaba tenerla. Pero, señores míos, ¿no ven ustedes que eso es mentira y que ellos no la tienen? O si no, díganme: ¿unos hombres que á cada paso se están contradiciendo á sí mismos se ha de creer que tienen, no digo yo la ecléctica, que es el *non plus ultra*, sino una regular filosofía? Saben ustedes que no. Pues sepan también que Stanley, hombre que se precia de ecléctico, que magnifica largamente al eclecticismo y hace cuanto puede para promoverlo, confiesa, sin embargo (*de Phil. eclec.*, cap. VI), que los eclécticos á cada instante se están contradiciendo á sí mismos: *unde passim sibi ipsis eclecticis homines hosce contradicentes videns*. Pregunto más: una filosofía que no sea más que cuentos de viejas y ridículos fingimientos, ¿puede alabarse como digna de aprecio? Pues Muschembroek, de quien ustedes no tienen por qué sospechar, dice que los que se llaman eclécticos no han hecho otra cosa. Vean ustedes en mi carta IX sus palabras todas y oigan ahora las que hacen al caso: *Scientiam anilibus fabulis, turpibusque commentis refertam condiderunt, qui sese eclecticis professi sunt*. Señores míos, dos testigos son estos que he citado que no hay por donde desecharlos y que es menester una probanza de infinitos documentos para rebatirlos. Saben ustedes

bien que confesión de parte, relevación de prueba y que si no miran como parte á los dos que he citado se llevó Barrabás al eclecticismo. Ahora bien: el eclecticismo es la filosofía que está en los ecléticos; en los ecléticos no hay más que contradicciones, cuentos de viejas y mentiras, como aseguran los ecléticos de mayor excepción: *Ergo* (ó *igitur*, que por eso no hemos de reñir) el eclecticismo no es más que contradicciones, cuentos de viejas y mentiras. Levántenle ustedes el hopo al silogismillo.

Esto es puntualmente, amigo don Manuel, lo que yo siempre he pensado del eclecticismo. Ha sido él una invención para disparar cada uno como se le antoje y sorprender, sin embargo, la buena fe de todo el que no se acerque á examinar á los que disparan. Como ni la filosofía escolástica está libre de sus defectos ni las sectas nacidas en los últimos siglos son conciliables con la religión y la verdad, no es difícil persuadir á cualquiera que ninguna debe seguirse como ésta y que es otro el camino que debe tomarse. Entran aquí los ecléticos y prometen cosas admirables, examinándolo todo, escoger lo mejor, llevar siempre á la razón por guía, abandonar las preocupaciones y otras infinitas cosas. Promesas ciertamente especiosas, pero promesas que en manera ninguna se han cumplido y en las que no hay de bueno más que las palabras, cuando, por el contrario, no necesitamos de palabras, sino de obras. De aquí es el crédito del eclecticismo, de aquí la hinchazón de los ecléticos; crédito é hinchazón que se

desvanecen con solo la pregunta que he hecho y vuelvo de nuevo á producir: esta decantada filosofía ¿dónde está? ¿Quiénes son los modelos de ella? Los que se glorían de tenerla ¿la tienen en efecto? ¿O son unos embusteros de primera clase?

Respondan los hechos; en ninguna parte son menos del caso las descripciones metafísicas. Dígame usted, amigo don Manuel, ¿quiénes son los eclécticos de ese mundo? ¿Qué han adelantado? ¿Qué han hecho que sea digno del nombre que se toman? ¿Los han llenado como corresponde los autores de los dos asertos que estoy impugnando? Vea usted mi Carta X (1), donde examino nada más que una plana ó un folio de cada papel, ¿se puede dar cosa más desbaratada? ¿Merece aquello pasar por filosofía? Pues, sin embargo, lo que allí noté no es más que una muestra, para que se viese la calidad del paño. No me paré más que en las enormes contradicciones en que se implican, sin hacer caso de los desatinos que enseñan. Parte de ellos saldrá en adelante, porque todos es imposible. Sin embargo (debo confesarlo), los dos autores son los príncipes del eclecticismo entre los eclécticos que usted conoce; estos lo confiesan así, y aunque no lo confesaran, bien constantes son á todos las miserias, trabajos y fatigas en que los pobrecitos se hallan; bien se sabe hasta dónde llega su adelantamiento, su instrucción, su estudio, su talento. Estos son los reformadores

(1) V. de esta colección.

(*si superis placet*) de la filosofía entre ustedes, hombres que tienen el título de valde y que son filósofos y eclécticos, como yo turco y zapatero.

Eche usted mano á los libros, tome uno por uno los eclécticos y dígame si encuentra en ellos esta decantada filosofía. ¿Qué es lo que pone á la vista ese ecléctico nacional que tanto ruido ha querido meter? Ya entenderá usted que hablo del P. Fr. Francisco Villalpando. ¿No hubiera sido mejor que ese religiosito hubiera tratado de encomendarse á Dios, sin meterse en escribir una obra que sea la mogiganga de la filosofía y de la nación? ¿Quién lo indujo á que saliese con ese centón tan malísimamente forjado, si ni aun habilidad tuvo para echar de ver los yerros de imprenta de los autores que copiaba? Parece increíble, amigo mío, y es cosa averiguada. Lea usted la censura que sobre su curso dió la universidad de Salamanca, y no podrá menos que ponerse las manos sobre la cabeza. Y esto es que aquel sabio cuerpo no dijo ni la décima parte de lo que pudo decir, y omitió porque era sobrado lo que dijo para el punto sobre que se consultaba.

Uno de los favoritos en el día es Altieri. ¿Y acaso es ecléctico? Sí, señor; como por ecléctico se entienda un miserable pedante que ni entiende lo que dice ni lo que lee, como á primera vista echará de ver cualquiera que lo examine. Cuando se ofrezca disputar con el padre N., que ha copiado sus asertos de él, haré palpable esta verdad. Otros tales son, sobre chispa más ó menos, el Brixia, el Verney, La-Tourri, Corsini y otros,

de quienes no hago caso porque casi no sirven y porque á primera vista dan bien á entender que no son ellos los que han nacido para reparar la filosofía. Dejémoslos, pues, si es que pueden estar más dejados, y pongamos la mira en el más célebre y más seguido de todos el famoso Antonio Genovesi. Si en éste, que es el más acreditado y como el oráculo de la filosofía ecléctica, hago yo ver que no hay tal cosa, creo que habré probado mi proposición de que no hay eclecticismo.

Para ejecutarlo sería menester desnudar á este filósofo de todo el follaje con que ha vestido sus escritos, exponer sinceramente y sin adornos sus doctrinas, cotejarlas entre sí, señalar las fuentes de donde se tomaron, fondear sus razones, oponer las contrarias y llamar por jueces para la decisión á los que saben dar su valor á cada cosa. Este era mi primer pensamiento. Se acordará usted que así lo he prometido en mis cartas anteriores, cuando le ofrecí en ellas examinar un par de eclécticos. Mas ahora me ha sido preciso variar de dictamen á causa de que este trabajo abultaría muchísimo, siendo necesario para formar la censura del solo Genuense escribir tres tantos más de lo que él escribió, y también porque me ha parecido que para demostrar lo poco que este ecléctico vale, tendré sobrado con algunos argumentos indirectos, sin emprender una impugnación formal de sus doctrinas.

Esto supuesto, daré á usted mi dictamen sobre el mérito de este acreditado filósofo. Su estilo es.

elegante, pero las más veces afectado; su erudición parece mucha, pero no es tanta como aparece, y á primera vista se le nota que por encajar un versillo que sabe de memoria ó que ha encontrado en los libros que tiene entre las manos, da cuatro ó cinco rodeos, guardando el consejo que á Miguel de Cervantes le dió aquel su amigo, de quien hace mención en su discreto prólogo á la historia de D. Quijote. Afecta también mucha inteligencia en las lenguas orientales; parece que en esta parte es más el ruido que las nueces; está cogido en muchas equivocaciones, y no veo yo cómo asegurando á cada paso que escribe para los principiantes, se le deba disimular el frecuente uso de palabras griegas que no traduce, y que aquéllos no están en estado de traducir por sí mismos. Esto es por parte de los accidentes de su doctrina. Por parte de ésta estamos muchísimo peor. De todo lo que sobre ella hay que decir, escogeré por ahora cuatro capítulos que sean bastantes á echar por tierra su crédito, reservando para después algunos más graves y omitiendo otros por no ser infinito en este punto. Digo, pues, que Antonio Genovesi escribió con *preocupación*, sin crítica, sin buena fe y sin consecuencia.

Con *preocupación*. En el prólogo que puso al quinto tomo de su *Metafisica* confiesa á los lectores un desengaño en que se halla. Les dice que en su primera edad había estado persuadido á que los hombres eran llevados por sola la razón á la sabiduría y honestidad, y que una vez descubierta la razón, nada había que le pudiese ser

contrario, antes bien, arrastraba ella á los hombres contra su misma voluntad. *Nunc* —añade— *aliter ingravescens ætas sentire me cogit: nam ratione quidem gloriamur omnes: nemo unus ei mánicipatus perstat, illiusvè jus tuetur usque. Non judicio decernimus, sed affectu, omnibusque animi perturbationibus. Neque ego sciverim, quo sublimine sisti præceps cursus possit: adeo tota hominum moles proclinata illuc est.* Apenas se encuentra en este hombre expresión que no tenga pecado. Para el Genuense ninguno hay que permanezca sujeto á la razón, aunque todos se glorien de tenerla.

Pues dígame usted, señor eclético, ¿y esa larga serie de varones gloriosos, Padres de la Iglesia, defensores de la verdad y enemigos capitales del error? Aquellas almas inocentes tan incapaces de dolo, tan sinceras en sus deseos, tan mortificadas en sus inclinaciones y tan amantes de la justicia que han agonizado por ella, ¿no merecen siquiera exceptuarse? No le traigo á usted á la memoria aquellos sabios del paganismo, que por amor á la verdad tuvieron tanto que sufrir y que son reputados entre los hombres por unos gloriosos esclavos de la razón; un Sócrates, un Platón, un Livio, un Tácito, otros muchos que si erraron fué porque no alcanzaron más y no porque se dejaron poseer de los afectos. No le llamo la atención más que á aquellos en quienes resplandeció tan altamente la gracia de Jesucristo; un Atanasio, un Ambrosio, un Agustín, un Cirilo, un Basilio, tres ó más Gregorios, otros sin número en cuyas ac-

ciones y dictámenes ni la carne ni la sangre han tenido parte. ¿Un cristiano no sabe *quo sub limine sisti praeceptus cursus possit*? Si usted, señor mío, como gastó el tiempo en leer á Hobbes, Helvecio, Bayle y otros de este jaez, lo hubiese consumido en leer lo que debía, hubiera encontrado á cada paso que había quien rogase al Padre para que diese á sus discípulos un Paracleto, espíritu de verdad. Hubiera sabido que por más que el estímulo de la carne y ángel de Satanás insten, *sufficit tibi, Paule, gratia mea*. Hubiera entendido que el modo de no ser arrastrado de los afectos y perturbaciones del ánimo y obtener un juicio á quien nada corrompa, es la humildad, que merece se le conceda el conocimiento de las cosas que no se revelaron á los sabios y prudentes del mundo; *abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis*; el deseo de obtener la verdad, á que se sigue el sentimiento de ella; *optavi, et datus est mihi sensus*; y la oración, que hace bajar del cielo al Espíritu de la sabiduría; *et invocavi, et venit in me Spiritus sapientiæ*.

Adquirida por este modo la sabiduría, ni los imperios, ni el poder, ni las riquezas, ni la salud, ni la hermosura, ni ninguna de esas cosas que perturbaban el ánimo se aprecian en su comparación, y como no se aprecian, no hay perturbación que corrompa el juicio. Con ella vienen todos los bienes, y quien la posee asegura de sí: *latatus sum in omnibus, quoniam antecedeabat me ista sapientia*; de modo que ella siempre va por delante, dirige sus pasos, ilumina sus caminos y lo

aparta del precipicio y del error; conoce entonces la ignorancia en que hasta allí había vivido, de que ella era madre fecunda de tan admirables bienes: *et ignorabam quoniam horum omnium mater est*. Se aprende sin ficción, es decir, sin preocupación, sin soberbia, sin engaño, sin miras torcidas; *sine fictione didici*; se enseña sin reserva, sin rodeos, sin aquella estudiada astucia con que la ha enseñado usted: *sine invidia communico*. Ultimamente, señor don Antonio, si yo le hubiese de apuntar ahora todas las soluciones de esta su duda, no podría pensar en otra cosa. Ni fué mi ánimo distraerme con ella, pero como usted por todas partes nos va llamando la atención, no será mucho que algunas veces nos aparte del camino para ir á buscarle.

Ahora bien, señores ecléticos, aquí tienen ustedes la realidad del eclecticismo. Píntese él como una cosa muy linda, no me opongo por ahora, como no tratemos de pintarlo. Búsquese él *in rerum natura* y se encontrará la cosa más mala. Creo que lo he probado así, en cuanto la materia lo sufre. Para que fuese demostración, sé muy bien que era necesaria una inducción sacada de todos los ecléticos existentes hasta hoy. Hacerlo así, ustedes mismos están viendo que es la mayor majadería. Con que válgame por ahora la tercera regla de filosofar de Newton: *Proprietates corporum, in quibus experimenta instituere licet, habendæ sunt proprietates universorum corporum*. Que puesta en castellano ó aplicada á mi asunto dice así: “Lo que sea propiedad de todos los ecléc-

ticos que lleguen á nuestras manos, se puede tener por propiedad de todos los ecléticos, los que han llegado á nuestras manos son unos miserables pedantes, luego todos los ecléticos son unos pedantes." *Confirmatur. Ex ungue leonem*; los de Sevilla, sin faltar uno siquiera, sin rebajarles un pelo, son pedantes, *et plusquam pedantes; ergo*, déjense de cacarear.

Por si ustedes no quisieren pasar por la regla de Newton y me culparen de que infiero mal, cuando de tres ó cuatro ecléticos que he visto infiero que todos son tales como los de Tebas y Hardales, quiero que no se les olvide que yo he hablado de aquellos ecléticos más famosos entre ustedes, cuyos libros no sueltan de las manos, y cuya filosofía recomiendan como parto legítimo del eclecticismo, y como prueba de su importancia. No he hablado de otros, porque ustedes no hacen caso de ellos, y solamente se embelesan con éstos. Con que mi argumento viene á ser como una coplilla que canta el Pimporrero, y dice:

*El mejor de los Morillas
Era mi hijo Tomás,
Si éste renegó de Cristo,
¿Qué será de los demás?*

Yo he llegado á su tienda de ustedes preguntando si tienen buenos melones ecléticos. Responden ustedes que siendo ecléticos, no pueden ser malos. Para prueba me han sacado los mejores, según ustedes dicen. Les he metido la navaja, y uno sale pepino y otro calabaza. Con que

no me falta razón cuando digo que lo mejor que ustedes tienen es calabaza y más calabaza. Si no fuere así, les estimaré mucho que por un papel público ó secreto, ó como ustedes quisieren se me diga: Fulano de tal es un autor de filosofía ecléctica, donde se hallan realizadas las ideas admirables que damos del eclecticismo. Mientras esto no parezca, tengan ustedes paciencia conmigo, porque yo no he de salir de esta cantilena. No hay eclecticismo, y si lo hay, ¿dónde está?

Concluyamos, amigo don Manuel. ¿Quiere usted saber á quién se parece el eclecticismo? A la sin par doña Dulcinea del Toboso. La su fermosura, su valor, su belleza, su riqueza, su discreción y todos los *sues* imaginables, eran la cosa más prodigiosa en la caliente fantasía de su enamorado caballero. En la realidad, ó no era *in rerum natura* la tal fermosura, ó era la grandísima gabacha de Lorenza Aldonso, aldeana, vasta, prieta, chata y hecha toda de ajos y cebollas. *Idem per idem*. No hay cosita más bonita que el eclecticismo, mientras éste está en la fantasía de los eclécticos: en buscándolo fuera de ahí, ó no hay tales carneros ó son carneros roñosos.

Pues señor, me dirá usted, de ahí no se infiere que el eclecticismo deba abandonarse; lo que se deduce es que todavía no se ha puesto en práctica como se debe. Las cosas no se han de hacer del primer porrazo. Con el tiempo se hará una filosofía ecléctica que merezca este título. Puntualmente es esto, amigo don Manuel, lo que me propuse tratar en la carta que se sigue: en

ella responderé á esta réplica y en ella (así como en ésta ha visto usted que no hay eclecticismo) verá que tampoco puede haberlo. Mientras infinitos estorbos me dejan lugar para ejecutarlo, piense usted si tiene alguna cosa en que le sirva su amigo

EL ESTAGIRITA.

Somos, 31 de Agosto de 1787.

X

Censura irónica de una carta fechada en los Campos Elisios.—Concepto de la Filosofía y sus condiciones.—El eclecticismo no es una filosofía porque no la tiene.

SR. D. MANUEL CUSTODIO.

Mi señor y amigo: Nunca creí yo que fuese usted tan mal contentadizo. ¿Es posible que de una carta, como es la de los Campos Elisios, haya formado tan ruin concepto? Verdaderamente que no sé como persuadírmelo. Depongamos, amigo, las preocupaciones; juzgue la razón y no nos arrastre la pasión. No porque la carta referida diga de mí cuanto es decible, no porque ella ponga de ropa de pascua á usted y á cuantos leen mis cartas, nos hemos de echar sobre ella y decir como usted me dice, que es perdido el tiempo que se gaste en leerse. Todo lo contrario me ha parecido á mí. O si no, dígame: ¿qué tiene esta carta de malo? No he preguntado bien; ¿qué tiene esta carta que no sea bueno, raro, exquisito, singular? Si atendemos á su invención, ¿se podrá encontrar más peregrina? Ni el incomparable Cervantes hubiera dado en la idea de forjarse en

los Campos Elisios y llenarla de tantas chispas, que no parece sino que está fraguada acá en el infierno con mucha más propiedad que las mías.

Su gramática es nueva, nuevas muchas voces, nueva la aplicación de otras, nueva la colocación, nueva, en una palabra, toda la lengua. ¡Ah, calumniadores extranjeros! ¿Tendréis desvergüenza para decir que los españoles son unos topos, que no han sabido hallar cosa de provecho? ¿Preguntaréis en tono de desprecio, *qué se le debe á España?* ¿Qué se le debe? Cuando ella no haya producido más que al escritor elisio, se le debe una gramática de nueva invención. Gramática castellana, que no es capaz de entender la misma Castilla. Pues, ¿y la elocuencia? Ahí es nada. Vaya, apuesto aunque sea una oreja, á que ni usted ni todos esos que me dice han despreciado la epístola del escritor de corona, son capaces de formar un discurso tan elocuente como el suyo. ¿Quién sino él puede haber en el mundo que tenga la rarísima habilidad de juntar, amontonar, aglomerar, recoger, unir, engastar tanta infinidad de sinónomos que no parece sino que sabe de memoria por la parte que menos el *Gradus ad Parnasum*?

La lógica también es extremada. Si viviese hoy Polidoro Virgilio, ya tenía que añadir á su libro *De inventoribus rerum* este ó semejante capítulo. Un escritor elisio, que, aunque no se conoce, se sabe quién es, halló una lógica la más expedita para impugnar lo que se entienda y no se entienda. Inventó silogismos de cuatro patas;

puso otros con dos, enmendando de este modo el error de los antiguos que juzgaban debían constar de tres, é imitando con esto más bien que ellos á la naturaleza, en la cual todo bicho que anda tiene patas pares y no impares, porque ó son cuatro como en los borricos, ó son dos como en los papagayos, ó son más como en los ciento pies, pero siempre pares. Aumentó también los modos y figuras y trasladó varias argumentaciones desde el elenco, en donde siempre habían vivido, á la demostración de donde injustamente estaban desterradas. Pues y en la teología ¿es rana? Ojee usted, ojee los ocho folios de su carta y verá tanta abundancia de ella, cuanta es difícil que se halle en todas las aulas de calle Lineros.

No me meto ahora con la erudición, sobre que podía hacer á usted que notase maravillas. Aquel conocimiento tan extenso en la historia, que podemos decir sin escrúpulo que sabe tanto de lo pasado como de lo que queda por suceder; aquella crítica consumada que es capaz de distinguir un toro entre millares de cigarras; aquel juicio tan profundo que no habrá quien llegue á sondearlo; aquella instrucción en todas materias tan igual en unas como en otras; aquella vasta lección de la historia de literatura, que parece que es lo único que ha visto; aquella majestad de la expresión; aquella dignidad y hermosura del estilo; aquella oportunidad de digresiones; ¿á qué me canso?, aquella carta de los Campos Elisios que puede serlo de la vega de Carmona; aquel orador de planas que más parece escritor de hazas; aquella pluma,

que á semejanza del bastón de Cincinnato, se cambia y se confunde con la arada: todas estas *aquellas*, con el otro *aquel*, sin muchas cosas que no cuento, convencen de tal modo el mérito de la carta y de su autor, que no puedo llevar en paciencia que usted, amigo mío, lo desprecie. Este es mi modo de pensar, el que quisiera que adoptase usted; el que me ofrezco á hacerle manifiesto por cada uno de los expresados capítulos, si persiste en su pertinacia. Así que, señor don Manuel, diga usted conmigo en elogio del incomparable autor: bendita sea tal carta; bendita tal calavera; bendito tal escritor; benditos tales Campos, donde nacen tan hermosos hongos; bendita tal habilidad; bendita tal mano y tan bonita pluma, y bendita, en fin, desde la punta del cabello (si no es calvo) hasta la uña de los pies la persona *elisia* que nos ha dado tan buen rato.

El desco de que los repita, como ofrece para nuestra instrucción y provecho, es el que me obliga á continuar escribiendo. De otra manera la fuerza y verdad de sus argumentos han podido tanto conmigo, que casi casi me han dejado caer la pluma de la mano. Pero como dejarme yo de escribir sería quitarle la ocasión de que lo haga, quiero más bien exponerme á todo el rigor de sus reconvenciones, que privar al público de la utilidad de sus escritos. Salgan ellos, sea como fuese, y sean mis cartas los podencos que levanten tan apreciable caza.

Supuesto esto, para descargo de mi conciencia, me vuelvo á mis trece, y empiezo á tratar el se-

gundo punto que ofrecí sobre el eclecticismo en mi plan de observaciones. Era este, si mal no me acuerdo, que no podía darse filosofía ecléctica. Varias veces he ofrecido probarlo en mis cartas anteriores. Llegó ya la hora de cumplir mi promesa. Allá va la prueba, y muérase la muerte.

Primera proposición. La filosofía y cualquiera de sus partes es una ciencia, quiero decir, un conocimiento de la verdad, adquirido por el discurso, ó con otro nombre por el raciocinio. Esta proposición es tan cierta como lo es que hay grullas. Ni tiene otra prueba que una sencilla explicación de sus términos. Ya sea la lógica, ya la física, ya la moral ó metafísica, deben encaminarse á la verdad, y se encaminan, en efecto. El error no puede ser objeto de otra cosa más que de la sofistería, y la sofistería ni es, ni ha sido, ni será filosofía. Con que, ó hemos de dar de hocicos en el pirronismo, que nos niega poder conocerse la verdad, ó hemos de convenir en que la filosofía va en busca de ella, y aunque no sea más que alguna vez la ha de encontrar.

Es, pues, la filosofía el conocimiento de la verdad. Añado después que este conocimiento es adquirido por el discurso. En efecto: el conocimiento en que consiste la filosofía no se limita á las verdades de Pero Grullo, que suelen llamarse verdades *per se notas*, proposiciones evidentes *ex terminis* y primeros principios. Así no es filósofo el que sabe que un muerto no está vivo; que el que piensa no está muerto; que el que tiene defecto lo tiene porque le falta algo; que la cosa es

ó no es, ú otras semejantes verdades que no tienen más prueba que la de *fustibus est arguendum*. Si en ellas solas consistiese la filosofía, todos serían filósofos, sin escaparse los montañeses de la punta del Diamante, que entienden estas proposiciones como el más pintado.

Tampoco consiste la filosofía en solo el conocimiento experimental. Ciertamente no será filósofo el que sepa que en saliendo al raso se ha de mojar, como esté lloviendo; que las piedras caen hacia abajo; que las liebres menean las patas para correr, y que los rábanos no se parecen á las acelgas. Esta filosofía la saben también los borricos, y aunque yo no ignoro que muchos borricos quieren pasar por filósofos, sé, sin embargo, que nadie tiene por filósofos á los borricos. No son, pues, los principios ni los experimentos toda la filosofía, son (esa es la verdad) su raíz, su semilla, su causa, ó como usted quisiere llamarle; pero mientras á ellos no se junte el raciocinio, no tenemos aquel conocimiento que, no contento con la corteza de las cosas, va á buscar sus razones y causas, y mientras no haya tal conocimiento, no hay ciencia ni filosofía. Creo que si los señores ecléticos me entienden, convendrán conmigo; si no me entienden, quéjense á Dios, que ó me negó á mí la felicidad de explicarme, ó no les quiso dar á ellos una mollera capaz de entenderme.

No hay ciencia donde no hay principios, segunda proposición. Su prueba es terminante, porque la ciencia se adquiere por discurso, como he dicho ya, y el discurso procede de algún deter-

minado juicio. Expliquemos esto, que por sí está claro. Por principios entiendo, no los de generación y composición, sino los de conocimiento, como dicen los metafísicos; entiendo á las proposiciones evidentes, de que ya he hablado, que suelen también llamarse *per se notas*, *notas ex terminis*, etc.; por otro nombre entiendo las proposiciones mayores de todo silogismo demostrativo, y para hablar al estilo del peripato, *veritates illas, quarum est intellectus*. Como nosotros no tenemos la felicidad de entenderlo todo, ni aun en las cosas que entendemos podemos comprender todos los atributos á la primera mirada, de aquí es que nos valemos para conocer las causas de las cosas, de aquellas verdades sencillas y comunes, á cuya evidencia no está en nuestra mano resistir. ¿Cómo se hace esto? Combinando una ó muchas proposiciones evidentes con otra que no lo es, para por medio de esta combinación venir á parar en la verdad, v. gr.: Es para mí evidente que lo que entiende no puede ser materia, infiero de aquí que no tiene tampoco las propiedades de la materia, ya resulta esta segunda proposición también evidente, de donde infiero otra: luego tampoco es susceptible de (perdonen los señores ecléticos) *cualidades* sensibles contrarias; esta también se me hace evidente, porque sé que las cualidades sensibles contrarias son propias de sola la materia; infiero después: luego no es susceptible de corrupción, porque me consta, *aliundè*, que la corrupción proviene de la pugna de estas cualidades, y últimamente infiero: luego lo que

entiende no es corruptible, no es mortal, luego aquello que yo tengo, que me hace entender, es inmortal. Esto es lo que se llama *discurso*, porque el entendimiento tomando el arranque de una de estas proposiciones de Pero Grullo, que le son evidentes, discurre, esto es, anda de aquí para allí hasta que á muchos ó pocos pasos da con la verdad que antes ignoraba.

Esta proposición, de donde se toma el arranque, se llama *principio*; si ella falta no puede el entendimiento dar un paso; es peor que un hombre sin pies; peor que un ciego sin bordón ó lazarillo; peor que un chiquillo de dos meses, que no puede tenerse en pie. Por esto ni hay ni puede haber ciencia sin principios, y cada una los tiene asegurados en la evidencia, v. gr.: Las matemáticas proceden de éstos: *dos veces dos son cuatro, etc.: cualquiera todo es mayor que sus partes; si de pares se quitan pares, quedan pares; si nones, quedan nones, etc., etc., etc.*, y lo mismo en todas las otras ciencias naturales, pues detenerme en la inducción sería tanta majadería como podría serlo el que se pusiese en duda esta verdad. Convengámonos, pues, en ella, señores ecléticos, si no quieren ustedes que andemos á dimes y diretes, y vamos á establecer otra proposición igualmente constante. Esta es: que entre los principios de cada ciencia hay cierta concatenación, que últimamente los reduce á pocos, y estos pocos vienen á parar en uno. Tengo en esta aserción á favor mío ni más ni menos que al incomparable Descartes, que fundó toda la máquina de su filosofía

sobre este solo fundamento: *Ego cogito: ergo sum*. Aunque su señoría no se hubiese metido en ello, es mi proposición tan verdadera, que sólo podrá dudarla el que ó no haya saludado las ciencias ó si las ha saludado no ha merecido el que ellas le hayan correspondido. Se prueba por una exacta inducción de todas ellas, y yo me contentaré con hacerlo evidente en sola la lógica. Sirven en ésta de principios las siguientes reglas: *Medius terminus distribuendus est in præmissis. Nullus terminus in conclusione distribui potest, quin distributus fuerit in præmissis. Ex solis particularibus nihil sequitur: nihil item ex solis negativis*; y otras que se deducen y se reducen á éstas, especialmente en materia de silogismos. Todas estas reglas dependen de otra, que es el primer principio en la lógica, á saber: *quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se*; y este, que es en la lógica primer principio, se reduce, como todos los principios de las restantes facultades, á uno, que es el principio de todos los principios y llaman los metafísicos *el primer principio de contradicción*.

Pongamos un ejemplito á mi modo pastrano, que nos dé idea de toda la cosa. Del grano de semilla brota el tallo, creciendo éste se forma en caña, se explica en hojas, produce flores y madura frutos, y todo procede, como es evidente, de solo el granito que se sembró. De la misma manera, de uno ó pocos más principios empieza la ciencia, se va explicando en consecuencias deducidas de estos principios, que también son prin-

cipios para sacar otras, y así enrama en la multitud de conocimientos, de que es susceptible la materia. Si quita usted el grano de semilla se acabó, no tiene que esperar ni caña, ni hojas, ni fruto; si lo corta por la media caña bien podrá buscar la raíz y el tronco, pero nada más. Del mismo modo, si me quita usted el primer principio, se llevó pateta á la ciencia; si dejándolo quieto, corta por más abajo, todo lo que corte como separado de aquella raíz se ha de marchitar sin remedio. Las consecuencias intermedias son las venas y fibras por donde pasa el jugo y el vigor á las últimas; separadas éstas de aquéllas es evidente que quedan sin jugo y sin vigor. ¿Me entienden ustedes, señores ecléticos? Yo, ciertamente, me quedo con algunos temores de que no, pero no me atrevo á explicarme más por el miedo de que se piquen al verme que les hablo con tanta materialidad como pudiera hablar á un aprendiz. Con que quedemos, señores míos, en que los principios de las ciencias deben guardar conexión, y no se hable sobre esto más palabra.

Vamos á otra proposición. Cualquiera, aun la más leve variación de principios, induce diversidad y oposición universal de doctrinas. *Aquí fíca ó punto*, y aquí quiero yo la atención toda de los señores ecléticos. Esta proposición es de tanta importancia como certeza. Con observar un poquito se comprende esta verdad. Supongo, pues, que si los principios son contrarios, es imposible de toda imposibilidad que jamás puedan conformarse las doctrinas, así como es imposible que

dos líneas rectas tiradas desde un centro, una, v. gr., hacia el Septentrión y otra hacia el Mediodía, lleguen á encontrarse jamás. (Qué tal le parece á usted, amigo, ¿no soy un famoso matemático?) Y así es imposible, para poner un par de ejemplos, que jamás puedan conciliarse la moral de Epicuro y la divina filosofía del Evangelio, porque éste señala por bienaventuranza la mortificación y el otro perro canalla la coloca en el placer. Es imposible que jamás se convengan los que señalan como canon de la crítica, que nunca se debe estar á lo que representan los sentidos, con los que enseñan que se debe estar, ó á sólo el testimonio de ellos, como dice otra perra canalla, ó al testimonio de ellos regulado y enmendado por la razón. De principios tan opuestos nacen después ilaciones tan monstruosamente opuestas. Pero no es esto sólo lo que yo digo, digo algo más, y es: que cualquiera variación, por mínima que sea en los principios, causa una notable oposición en todo el discurso de la ciencia. Oigan ustedes, señores ecléticos, la causa, y después se lo haré palpable con dos ó tres ejemplos.

Han de saber ustedes que cualquiera principio es una proposición. La proposición ha nacido para decir la verdad ó la mentira; por eso la definí yo: *Oratio significans verum, vel falsum*. Supongamos, pues, que Gasendo y Descartes admiten alguna proposición fundamental, pero que el último la varía en algo de como la admite el primero. Esta variación puede alterar ó no alterar el sentido. Si no lo altera es una misma pro-

posición la de ambos, pues la diferencia que tiene consiste en las palabras que en este caso pertenecen solamente á la inspección del gramático. Si la altera el sentido ya no es la misma proposición. Como la verdad es una é indivisible, nace de esta alteración que, ó no siendo verdadera la proposición anterior, queda verdadera con la añadidura, ó siéndolo antes, la añadidura le hace degenerar en falsedad. Lo mismo sucede con la diminución. Esto supuesto, resulta que la proposición, antes de alterarse y después de alterada, no puede decir una misma cosa; luego ó antes ó después ha de tener falsedad. La falsedad se opone diametralmente á la verdad, como es constante; de donde resulta que dichas proposiciones, aunque no lo parezcan, son en cierto modo contrarias, y la contrariedad que ellas ocultan y al principio casi no se conoce, se hace luego sensible en las innumerables consecuencias que nacen de ellas como de principios. ¿Qué gringuería es esta, señor Aristóteles? Señores míos, esto es metafísica y metafísica cierta. ¿Puedo yo remediar que sea preciso usarla? ¿Tengo yo la culpa de que ustedes no la sepan?

Pero vamos, probemos la proposición con algunos ejemplos tomados de las sectas y filósofos. Ya saben ustedes la grande sarracina que hay entre tomistas y escotistas; no parece sino que nacieron para no convenirse jamás. Con todo eso ambos partidos son Aristotélicos; ambos, para singular gloria mía, mis discípulos, y ambos convienen en los principios fundamentales de mi sec-

ta. Admiten ellos la *potencia* y *acto* que es el to-
mate con que sazono todos mis guisos; admiten
todas mis doctrinas, todos mis libros, todas mis
decisiones. Pues señor, ¿de dónde proviene tanta
diferencia como entre ellos hay? ¿De dónde? De
sola la variación de dos principios, á quienes los
escotistas añaden y los tomistas no quieren que se
llegue. Dicen los escotistas que, además de la dis-
tinción *real* y *virtual*, se ha de admitir la formal
ex natura rei; la niegan los tomistas. Con esto
sólo hay bastante para que las lógicas y metafísi-
cas de la una y otra parte parezcan de diversísi-
mas sectas. Quieren los tomistas que la materia
prima sea *potencia pura*, donde no haya forma
ni acto ni cosa que se le parezca; la dan los esco-
tistas una *forma de corporeidad* congénita con
ella que jamás la desampara. Esto es lo suficiente
para que en la física cada escuela se vaya por
distinto camino. Si se conviniesen sobre los dos
puntos expresados, serían conformes sus doctri-
nas. No se convienen y son enteramente difor-
mes. ¿Y por qué? Porque se separan muy desde
arriba; esto es, porque la variación está muy cer-
ca de los principios.

Mas dejemos la escuela, que estoy hablando
con eclécticos, y en casa del ahorcado es impru-
dencia tomar la sogá en la boca. Tomemos algún
otro ejemplo de los que han ocurrido en todos los
sistemas nacidos desde la decantada restauración
de la filosofía. El judío Espinosa pensó echar por
tierra la Religión y la filosofía, y en efecto, si
sus abominables escritos se consideran, no pue-

de darse idea más diabólica para poner en ejecución el pensamiento. Con la invención de demostrar, según él dice, por el método de Euclides, sus absurdos, hizo un cuerpo de doctrina tan opuesto á la religión y á la razón, cuanto se oponen la luz y las tinieblas. ¿Y de qué medios se valió él? De dos proposiciones las más comunes en todas las sectas y filósofos, las más ciertas y las que en toda las filosofías se reconocen como principios. Estas son: *Substantia est ens per se subsistens*, y *ens est unum*. Ya ve usted que la primera es la definición de la substancia, y la segunda es una proposición en que se le atribuye al ente su más íntima propiedad, es decir, las expresadas proposiciones son dos de los primeros principios de toda metafísica. Pues, señor, ¿cómo de ellos sacó el panteísmo? ¿Cómo? Variándoles el sentido á ambas proposiciones. Cuando dijo de la substancia que era *ens per se subsistens*, entendió por la partícula *per se* la total independencía de causas, de modo que dijese la definición que la substancia era un ente que no debe su ser á nadie. Cuando dice *ens est unum*, no entiende, como habían entendido todos, que la unidad se sigue al ente, y que dondequiera que haya ente ha de haber unidad, sino que no hay más que un ente, como si dijésemos *ens est unicum*. Puesto así el huevo, no era difícil sacar el pollo del panteísmo, porque si no hay más que un ente, éste deberá ser substancia, y si la substancia á nadie debe su ser, sale de por fuerza una quisicosa que sea Dios, mundo y todo lo que éste tiene. Los escolásticos, con la

grande friolera de las *perseidades* y reglas de la apelación están tan lejos de incurrir en las consecuencias de Espinosa, que, por el contrario, deshacen su sistema en polvo con un par de distinciones bárbaras, con que descubren la malignidad de que se valió aquel Patriarca de los impíos de este tiempo, *ut fucum imperitis faceret*. Tenemos, pues, señores ecléticos, otro ejemplo que manifiesta de cuánta importancia es para la oposición de doctrinas la variación sola de una expresión de los principios.

Quiero que ustedes adviertan de camino una cosa que les puede ser muy útil, si es que quieren filosofar alguna vez de buena fe, y es que toda la máquina de la nueva filosofía suele flaquear por el mismo modo que el absurdo sistema de Espinosa, á saber: por la variación de las definiciones, que son unos de los primeros principios de las ciencias. Párense ustedes, por Dios, en ellas, y miren que la filosofía no tiene cosa más sagrada. Definir debe ser empleo de los mayores hombres, y aun todavía sus definiciones no deben subsistir hasta que un larguísimo examen hecho por los que le sucedan declare la rectitud de sus definiciones. En metiéndose todos á definidores es imposible que jamás nos entendamos, y ha de nacer en la república literaria el mismo desorden que se vería en la civil, si todo aquel á quien le diese gana se metiese á definidor de litigios. Señores míos, esta es obra de los magistrados. La definitiva de un pleito trae consigo el bien ó el mal de muchas familias, y así requiere la ciencia,

la prudencia, la autoridad que no tienen sino lo que la misma república ha señalado. Todos los filósofos modernos tienen á menos valer acomodarse con la definición de otro. Cada uno define en derecho de sus narices, y de aquí resulta una barahunda de doctrinas y opiniones tan monstruosas, como las que se ven. Si yo defino al hombre *animal bipes, et implume*, no me costará mucho trabajo persuadir al que se trague mi definición, que debe tener cresta y pico y pescuezo muy largo, y todos los otros adherentes del gallo. Si le aplico la definición del burro, son consiguiéntes las orejas largas, los cascos, la cola y el rebuzno. Dime, filósofo de moda, ¿por qué alteras esa definición que han recibido todos tus mayores? Señor, porque está en términos bárbaros. ¿Y cuánto más vale decir una verdad en términos bárbaros que un desatino, ó millares de ellos en términos latinos? Fuera de que los términos de que usas no alteran sólo el latín, sino también el sentido; tú no lo conoces ahora, lo conocerás cuando te veas en la precisión de tragarte las más absurdas consecuencias; lo conocerán otros que abusarán de tu definición *latini culta*; lo conocerán los que impugnan tu disparate. Si la definición te parece mala, estás en la precisión de demostrarlo antes de usar de ella; de no, serás un novador perjudicial.

Mas dejemos esto para su debido tiempo, señores eclécticos; baste este aviso, que como ustedes hagan buen uso de él, podrán siquiera desenredarse de infinitas algarabías en que se

han de liar. Con él sólo está echado por tierra cuanto ha innovado el Genuense, que para no entenderse, ni que lo entendiésemos, dió en la gracia de innovar las nociones de las más de las cosas. Sea ejemplo la definición del lujo, sobre la cual el sabio autor del bachiller Regañadientes ha hecho reconvenciones admirables á las bachillerías é ignorancia del Censor, y sobre que nada me queda que añadir. Tocamos en el Genuense, á quien no quiero perder de vista, á ver si puedo conseguir que algunos lo pierdan; y pues hemos tocado en él, no será fuera de propósito hacer ver á qué absurdas consecuencias se abandonó y á cuánta distancia se puso de la doctrina cristiana por una de sus muchas alteraciones de algún principio.

Es doctrina de todos los cristianos, ó por decir más bien, dogma en que están convenidos, que hay dos felicidades, una perfecta en la vida futura, otra imperfecta en la presente. No hay más diferencia entre ellos sobre este punto, que la que han inventado los pseudo-maestros de la reciente moral, á saber: que en hablando como filósofos deben desentenderse de la revelación y atender solamente á lo que diga la naturaleza. Siguió el Genuense en esta parte como en otras muchas á los alemanes é ingleses y estableció unos principios de moral opuestos, si no me engaño á la doctrina católica: vamos á verlo. En su libro I de *Jure et officiis*, párrafos 4 y 5, deja á los teólogos que disputen sobre la bienaventuranza futura y ofrece explicar en qué consiste la presente, oyendo sola-

mente la voz de la naturaleza. *Ecquid —dice— natura nostra poscit? Nempe non dolere corpore; non aegrescere animo, idque persentiscere vividè, constanterque. Igitur conscientia vacuitatis, doloris, et ægritudinis magnum est illud bonum, et summum, quod in hac vita homines appetunt, et sequuntur.* En la carta nuncupatoria á Nicolás Viviano, con que empieza el cuarto tomo de su *Metafísica*, vierte las mismas doctrinas envueltas en tales rodeos de frases y palabras, que es difícil comprender lo que quiere decir, recurso ordinario de que se vale para innovar.

Tenemos, pues, en estas palabras los principios de su moral, á saber: que la bienaventuranza, que es el objeto de ella, consiste en que uno esté entendido en que ni le duele el cuerpo ni padece en el ánimo, esto es, que ni en el cuerpo ni en el ánimo experimenta la más leve mortificación. Así no tendrá la bienaventuranza presente el que sufra tormentos, el que traiga un cilicio, el que esté en un lecho consumido de dolores. No tendrá tampoco esta bienaventuranza el que tenga su alma llena de amarguras, al traer á la memoria los excesos de sus pasados años, el que esté atribulado, el que lllore, el que experimente en su corazón la lucha terrible de la pasión con la ley. Falta la quietud entonces, no es oída la naturaleza, son sofocadas sus propensiones, luego aquel en quien esto pase no es bienaventurado. Tal es la doctrina de Antonio Genuense.

Vamos á ver la cristiana, sin hacer caso de otra filosofía y de otros más sanos sentimientos de

nuestra naturaleza, que los que escucha el citado filósofo y dan en tierra con toda su absurda balarhunda. Dice la Doctrina cristiana: Aquella debe tenerse en el mundo por felicidad imperfecta, que más cerca esté de llegar á la perfecta (proposición evidente); la perfecta consiste en aquellos bienes que ni vió el ojo, ni escuchó el oído y tiene Dios preparados para los que le aman; luego la imperfecta será aquella disposición que más acerque al hombre á tan indecibles bienes. Estos no pueden ni conocerse ni obtenerse sin Dios; luego sólo Dios puede darnos la idea y el camino que nos ponga en la última disposición para ellos. La voz de Dios en el Evangelio es que el reino inmortal padece fuerza, y que esta fuerza nos la debemos hacer á nosotros mismos; que el camino es la cruz, la pobreza, las aflicciones, por las cuales nos hacemos conformes con Jesucristo, nuestro hermano y nuestra cabeza, cuyos coherederos somos, y de quien, así como seamos compañeros en la pasión, así lo seremos en la consumación. Luego será bienaventurado en este mundo, no el que esté alegre, como quiere el Genuense, sino los que lloren, porque ellos han de ser consolados; no el que obtenga en su cuerpo una disposición que lo deje libre de dolores y enfermedades, sino el que perdiere la vida por Jesucristo, ó se la sacrificare, pues en recompensa ha de encontrar otra mejor. Dirá el discípulo de Antonio Genuense: "Soy feliz, porque nada me duele." Dirá el discípulo de Jesucristo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus*

Christi. Repetirá aquél: "Nada tengo que desear, no padezco hambre, sed, enfermedad, tormentos ni angustias." Responderá éste: *Sicut abundant passiones Christi in nobis; ita et per Christum abundat consolatio nostra*. Ultimamente (por no detenerme más en esto, que da de sí bastante margen para hablar mucho) sacará el discípulo de Annio Genuense una suma de moral, cual se contiene en el capítulo II del libro de la Sabiduría desde el versículo 6 en adelante, aunque después á su debido tiempo tenga que sacar las consecuencias que se contienen en el capítulo 5. *Lassati sumus in via iniquitatis, ambulavimus vias difficiles, ergo erravimus à via veritatis*; mientras el discípulo de Jesucristo no olvida aquello de: *Induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam nec feceritis in desideriis. Y Reliquum est, ut... qui gaudent, tanquam non gaudentes... et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur, præterit enim figura hujus mundi*, y otras infinitas máximas de la divina moral.

Aquí tienen ustedes, señores eclécticos, aquí tienen un ejemplarito de lo que es el error en el principio, por mínimo que parezca. Si Antonio Genuense no se hubiesepreciado tanto de filósofo de moda, hubiera entrado por donde todos los católicos, hubiera visto que el hombre no puede ser feliz ni en la vida mortal ni en la eterna, sin el auxilio de la revelación; hubiera entonces podido hacer una moral verdadera, y aun cuando hubiera querido entretenerse solamente con lo que es propio de la inspección de un filósofo, hubiera en-

contrado con una filosofía tan cierta y tan exacta, como es la que enseña en muchas partes de sus obras el mayor filósofo de España y uno de los mayores de la Iglesia, el venerable P. Fr. Luis de Granada. Filósofo á la moda, así salió ello. Con que convengámonos en que la más leve alteración en los principios induce necesariamente enorme oposición en las consecuencias.

Sea la quinta proposición una que se deduce de ésta, á saber: que las consecuencias deducidas de principios, ya sean opuestos, ya diferentes, no pueden jamás unirse por un exacto raciocinio. Se prueba de lo dicho. Son ramas de diferentes árboles, arroyos de opuestísimas fuentes. En tanto se deducen ellas, en cuanto procediendo por el método sintético se pone el principio, y de allí se infiere. En tanto se reducen en cuanto por la análisis se va á buscar el principio de donde proceden. Si son, pues, contrarios, ó en algún modo opuestos los principios, ó no están ellas bien deducidas, y así será defectuoso el raciocinio, ó si lo están jamás llegará el caso de que puedan formar una misma doctrina. Creo que esto es palpable. Vamos á otra proposición de Pero Grullo.

Las sectas filosóficas son diferentes entre sí, porque cada una admite y establece diferentes principios. Vean ustedes una por una todas las sectas, y si encontraren algo en contra avisenme. Me parece que por poco que sepan, han de convenir en esta verdad, y así no quiero detenerme en ella, sino entrar con cierta preguntilla que tengo que hacerles.

Pues, señores, ¿qué cosa es el eclecticismo? Aquí les toca á ustedes responder. El P. Villalpando lo hace en pocas palabras (tract. Proleg.). El que *nullo magistro, aut doctrinæ systemati adhæret, nec illi est adeo amicus Plato, quin it magis amica veritas, quam ubicumque invenit amplectitur*. Que quiere decir en buen romance: es un modo de filosofar que no adhiere á sistema alguno, que no es sistema, y de consiguiente no establece principios ni sigue los que otros han establecido; que se anda de secta en secta, que aquí recoge una proposición, allí se paga de otra, que entresaca lo que le parece y deja lo que se le antoja. Pues ven ustedes aquí puntualmente por lo que yo digo que no puede haber eclecticismo, esto es, que el eclecticismo nunca puede llegar á ser verdadera filosofía. Esta, según he manifestado, debe ser ciencia; de consiguiente, ha de consistir en el raciocinio; luego también ha de tener principios, estos principios deben ser conexos, entre ellos y las consecuencias más remotas debe haber una íntima unión, cual es la que hay entre la causa y el efecto que depende de ella. Con que tan imposible es que haya eclecticismo que sea verdadera filosofía, como es imposible que de una mata de olivo, una flor de granado, una hoja de rábano, una rama de naranjo y un capullo de rosa se pueda hacer una col.

¿Qué conexión, señores eclécticos, qué conexión pueden jamás tener esas proposiciones que toman ustedes, ya de esta secta, ya de aquélla, sectas opuestas entre sí, sectas para quienes es so-

brado mérito para repugnar una cosa, el que otra cualquiera la haya admitido? ¿Por dónde han empezado todas las sectas nacidas hasta aquí desde que hay mundo? Por la suposición que han hecho todos sus autores de que cuanto hasta allí se ha dicho, va distante de la verdad; de que es necesario para llegar á ella buscar otro camino, establecer otro método, inventar otros principios. Pues, señores, yo estoy en medio de Sevilla sin saber por dónde se va á Castilleja. Pregunto á uno, y me responde que por la Cruz del Campo; otro llega y me dice que por San Lázaro; viene otro, y me encamina á la Torre de la Pólvara; llega otro y me aconseja que vaya por Capuchinos. Soy un hombre que supongo, como ustedes, que ellos pueden decirme la verdad y la mentira, que ni tengo motivos para fiarme de ellos, ni tampoco para desconfiar. ¿Qué recurso? ¿Andar un poquito hacia la Cruz del Campo; volverme desde allí á San Lázaro; luego dar unos pasos hacia la Torre de la Pólvara? ¿No les parece á ustedes que este era un excelente modo para no llegar en toda la eternidad á Castilleja? Pues este es, *ad pedem litteræ*, el modo de filosofar de los eclécticos. Cada secta lleva opuestísimo camino. Lo tengo suficientemente probado. Para la verdad no hay más que uno, y en este se marcha montado (como dijo un cierto *quidam*) sobre el raciocinio. ¿Y quieren ustedes que llegue á encontrar la verdad un hombre siguiendo infinitas sendas, y que va montado á un tiempo (aquí está el mayor disparate) sobre diferentes burros?

No quiero ser más pesado por ahora, señores ecléticos, vamos á recoger en cuatro palabras lo que se ha dicho, y santas pascuas, hasta que podamos continuar nuestra conversación. No hay filosofía, donde no hay conocimiento cierto de la verdad; no hay éste donde falta el raciocinio justo, faltará éste si no hay determinados principios; principios determinados no puede haber si falta la conexión de ellos entre sí, ó de las consecuencias con ellos; entre las sectas todo esto falta; luego el eclecticismo, que se anda de secta en secta, no puede llegar á ser verdadera filosofía, luego no puede haber eclecticismo. Inferí mal: luego sí puede haber eclecticismo con tal que no sea filosofía, sino un fárrago de cosas mal admitidas y peor probadas. Examinen ustedes este Sorites, busquen en él la proposición que sea falsa, y avisenme, por Dios, que yo haré lo que pueda por demostrársela.

Bastaba lo dicho, amigo don Manuel, para que yo diese por concluído el segundo punto que me propuse probar contra el eclecticismo, y ciertamente no eran mis ánimos detenerme más en él. Pero después he reflexionado conmigo mismo, que todo esto que llevo dicho es tan difícil de entender para los señores ecléticos como si se les hablase en lengua china. ¿Qué entienden ellos de raciocinio justo, principios, ilaciones, oposición de proposiciones y demás barahundas que les he dicho, si se ríen de todo esto, porque *quæcumque ignorant blasphemant*? Si yo escribiese sólo para usted ó para muchos de sus amigos que se criaron en el tiempo de entonces, cuando no habien-

do aún amanecido la *ilustración* se gastaba el tiempo en el *Isagoge* de Porfirio, *Prior*es y *Posterior*es de Aristóteles, no tendría el más leve escrúpulo, me daría por satisfecho y supondría que hablaba con gente capaz de entenderme. Pero la mala fortuna es que estoy disputando principalmente con gente que filosofa con los ojos, y me veo en la precisión de ponerla de bulto y con colores, lo que solamente pertenece al entendimiento.

Soy de usted como siempre,

ARISTÓTELES.

Fecha muy lejos de los Campos Elisios en 13 de Octubre de 1787.

FIN DE LAS CARTAS ARISTOTÉLICAS

XI

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Cienfuegos (1).

Muy señor mío de todo mi respeto: Recibí la de V. E. con fecha de ayer, y después de darle gracias, tanto por los días de mi santo Patriarca con que me felicita, cuanto por el buen pero excesivo concepto con que me honra en punto de instrucción, aspiro á hacerle ver la justicia que me hace en los deseos que me supone, tanto de servir á la causa pública cuanto de complacer á V. E. en todo lo que me es posible. A pesar de que el temperamento de este pueblo es poco análogo á mi salud, ya estaría en poder de V. E. el primer encargo á no haber sido por la demora de algunos libros que ha sido necesario buscar fuera de aquí. No habiendo necesidad de ellos para el segundo, me apresuro á evacuarlo, como lo estaba haciendo cuando cayeron sobre Sevilla los franceses, que se habrán encontrado sobre mi bufete parte de mis observaciones en materia de estudio, comenzadas á trabajar por orden de V. E. Ni en aquéllas ni

(1) Aunque estas dos cartas no pertenecen al grupo de las *Aristotélicas* ni al de las *Críticas*, son, sin embargo, de tanto interés, que nos hemos visto en la precisión de reproducirlas aquí como el lugar más á propósito, dado que son de fecha anterior á las *Críticas*.

en las que voy á hacer encontrará V. E. cosa que no haya ocurrido á casi todos los que piensan bien y, particularmente, á V. E. Mas yo lo repito: debo aprovechar esta ocasión de mostrar que soy español y cristiano y de que me es muy lisonjero el concepto de tal en que me tiene V. E. Comienzo, pues, desde hoy, resuelto á ir enviando mi trabajo á retazos para que V. E. tenga lugar de reflexionarlo y corregirlo, y si encuentra algo de provecho, hacerlo estampar de un modo más inteligible que lo que permiten mi letra, peor pulso y pésimos avíos.

Entrando, pues, en materia, he creído deber comenzar por el dictamen de mucha gente juiciosa de que en las presentes Cortes de nada debe tratarse, al menos en sus primeras sesiones, y hasta tanto que se haya atendido dignamente á este principalísimo objeto, sino de la guerra con la Francia.

Vi en Sevilla, con sumo desagrado, los innumerables papeles que salieron con motivo de las Cortes; las regeneraciones que en ellos indicaban, en más número acaso que las que intenta hacer Napoleón, y las disputas y opiniones que con este motivo se suscitaron; y mientras veía todo esto no me pude olvidar de la fábula de Iriarte en que, mientras dos conejos disputaban si era galgo ó podenco quien los perseguía, dieron tiempo á que el perro llegase. Primero es saber si nos libraremos del usurpador y podremos repeler sus fuerzas que mezclarnos en cosas que deben ser muy después y que será inútil calentarnos con

ellas la cabeza si el enemigo prevalece. La resistencia á éste debe ser el primero y quizás el único objeto de las presentes Cortes, así como es el único deseo sobre que no hay opiniones en la parte sana de la nación.

Supuesto este principio, ya se descubre un modo de que estas Cortes sean pacíficas, acertadas y útiles, porque, cuando todos desean una sola cosa y convienen en su importancia, es muy fácil que se convenga en los medios y los hagan poner en uso.

Pues ahora nada hay más obvio que los medios de resistir á Napoleón. El nos hace la guerra oprimiéndonos y valiéndose de nuestra corrupción. Es, pues, evidente que nuestra resistencia debe consistir en oponer nuestras bayonetas á las francesas y la restitución de nuestras antiguas costumbres á la corrupción en que la Francia nos indujo y él continúa á inducirnos.

No es de mis conocimientos el empleo que debe hacerse de las armas. Gracias á Dios nos sobra quien lo entienda y, lo que es más del caso, quien quiera obrar según lo que conoce. Sin embargo, no se extrañará en un fraile que desee en la tropa lo siguiente:

En primer lugar, que no sea empleado en la guerra ningún jefe que se haya dado á conocer por su libertinaje. Siendo como es, guerra de religión, convendría mucho que los que la dirigen fuesen hombres religiosos y santos. Mas, no siendo esto posible, debemos aspirar siquiera á que sea gente que crea firmemente en Dios, y que si

tiene algunas flaquezas trate, al menos, de cubrir las con la capa de la vergüenza. Encuentre el Dios de las batallas siquiera esta diferencia entre las tropas francesas y españolas para poderse determinar por nosotros. De otra manera, continuará la providencia que hasta aquí, de que los franceses mismos, cuyas costumbres perversas y falta de religión imitamos, sean los instrumentos de nuestro castigo y vengamos á parar en el mayor de todos, que es el que sufren ellos, á saber: en la irreligión y corrupción total de costumbres.

Quisiera yo, en segundo lugar, que tanto como nos distinguimos en los pensamientos y deseos de nuestros enemigos, otro tanto nos distinguiésemos en nuestro exterior. En primer lugar, por la exacta observancia de cuanto las Ordenanzas de la tropa previenen relativo á la misa, al rosario y cristiana disciplina del soldado; y, en segundo, por un particular cuidado que se pusiera en que ni en los uniformes, ni en las músicas, ni en los morriones ni en cosa ninguna, imitásemos al enemigo, muy al revés de como se ha hecho hasta aquí, en que hemos sido las monas de los franceses hasta en aquellas modas que ellos han inventado para gloriarse de lo mismo que nosotros abominamos: tales como aquellos garrotes que simbolizaban estar quebrado el cetro de sus Reyes, los pañuelos de guillotina, una media floja y otra tirante, que era la señal de los jacobinos, etc., etc. No es menester más que el sentido común para echar de ver el poco uso que se ha hecho de él en tales imitaciones.

En tercer lugar, desearía yo, como desean muchos, que en la elección de capellanes para los regimientos no se diese todo al favor y al acaso. Por lo común, los que se destinan á este interesante empleo no suelen ser los más aptos, y tanto más convendría que lo fuesen cuanto más difícil es contener en la reflexión y la obligación á una muchedumbre de jóvenes en el ardor de su disparate. Convendría infinito que los jefes, algo más celosos de la gloria de Dios que de la suya propia, no permitiesen al capellán ciertas humillaciones para con ellos, que degradan mucho el carácter del sacerdocio; impidiesen ciertos desacatos de los subalternos y soldadesca que el capellán tiene á veces que sufrir, y velase sobre la conducta de éste para noticiar á quien debiese remediarlo cualquiera defecto por donde escandalizase á la tropa ó se envileciese á sus ojos.

Juzgo superfluo añadir en cuarto lugar alguna cosa sobre la buena asistencia de la tropa, sobre la exclusión de las mujercillas del Ejército y sobre el furor del juego, que tantos inconvenientes trae. No es menester ser cristiano para echar de ver que todo esto pide remedio. Napoleón mismo cuida de ponerlo sobre el primer artículo, y si no lo hace sobre los otros dos no es porque deje de haber conocido su importancia en las historias de griegos, romanos, bárbaros, etc., sino porque su particular vocación es á corromper y no puede mantener ni conservar sus satélites sino con el cebo de la corrupción.

Síguese tratar de ésta que ha sido el instru-

mento principal de su guerra, y lo que entre nosotros le ha procurado amigos, y le ha dejado abiertos los pasos por no decir que se los ha allanado. Un siglo entero llevamos de esta guerra, y ojalá que haya bastante con dos para reparar sus estragos. Sin embargo, estamos en la necesidad de echar mano á esta obra, y ya que no nos sea por ahora posible reparar el edificio, al menos dedicarnos á apuntalarlo antes que acabe de venirse al suelo.

La Francia nos ha corrompido en el espíritu por sus erores y en el corazón por sus vicios. Remediar lo primero pertenece á la Iglesia; ocurrir á lo segundo, á ambas autoridades.

Es, pues, necesario á la Iglesia de España un Concilio nacional que trate de arrancar las semillas del ateísmo y libertinaje que la Francia ha esparcido entre nosotros. No siendo posible en el día la congregación de este Concilio, no debe omitirse la de los provinciales donde se pueda y la de los diocesanos donde aquélla no tenga lugar. El objeto de estas santas asambleas será, principalmente, confirmar á los fieles en la fe, señalarles las falsas doctrinas de que deben huir, enmendar los desórdenes en que hemos imitado á la Francia é ilustrar al pueblo en lo que debe á la Religión, á la Patria y al Gobierno en las actuales circunstancias. Evocando este principal objeto, no deben perderse de vista los demás.

Dios guarde la vida de V. E. los muchos años que desea su afectísimo

FR. FRANCISCO ALVARADO.

XII

Sr. D. Francisco Javier Cienfuegos.

Excelentísimo señor: aprovecho las treguas que hoy me dan mis males en comenzar mis observaciones sobre las contribuciones de que me propuse hablar en último lugar. La materia es inmensa y, para agotarla, serían necesarios más conocimientos específicos que los que yo tengo de los varios ramos que componen las rentas y de las relaciones que en todos ellos hay ó deja de haber con respecto á la pública felicidad. Esto no obstante, diré yo lo que alcanzo en los pocos puntos á que mi conocimiento se extiende, y que acaso podrán servir de principios para determinar los restantes. Comenzando, pues:

No podemos dudar de la necesidad de las contribuciones que exige la razón, y la Religión autoriza; mas tampoco cabe la menor duda en que ellas son una carga, y una carga muy expuesta á hacerse intolerable y odiosa. Necesitan, pues, de

mucha circunspección si han de quedar en unos términos razonables. Pues ahora yo, para dar las reglas de esta circunspección, no hallo dificultad en abatirme hasta el ejemplo de cualquier trajinante que vive de traficar con su bestia. En primer lugar, él no emplea en todo; hay cosas de que, aunque sean lucrosas, se desdeña, v. gr., de cargar de carbón, por no tiznarse; hay otras que, aunque no tiznan, no le acomodan porque no son lucrosas. En segundo lugar, tiene en consideración los riesgos y ganancias, y, contrapesándolos, ve lo que en las circunstancias le conviene. Una carga de tabaco deja más que una de azúcar, y, sin embargo, suele preferir la seguridad del empleo del azúcar al riesgo de encontrarse con una ronda de tabaco. En tercer lugar, mide las fuerzas de la bestia que va á cargar, no sea que en vez de cargarla la oprima. Ultimamente: hecho cargo de lo que su bestia puede llevar, aplica su atención á acomodarle la carga de manera que no la lastime ni quebrante. Esto hace un pobre arriero por el instinto de su interés privado. Algo que se parezca á esto debe hacer un Gobierno que trate de combinar los intereses, de sostener el bien público sin arruinar este mismo bien oprimiendo al vasallo, prostituyéndose á lo que no debe y, tal vez, exponiéndose á funestas resultas. Sobre estos principios comencemos á reflexionar.

Todo buen Gobierno ha huído y huye de imponer sus contribuciones sobre los artículos de primera necesidad. Así yo no me acuerdo de haber leído, ni aun en los más tiránicos, que hayan gra-

bado el pan y el agua. Entre nosotros, aún no lo están. La naturaleza lo resiste, porque gravarlos sería exponer á muchos á que pereciesen. Pregunto, pues ahora: y la sal, ¿no es artículo de primera necesidad? ¿La necesidad de la sal no es anterior á la del pan, que no puede hacerse sin ella? Ha habido ejemplo, y todavía existe uno en la Cartuja de Sevilla, de persona que ha vivido sin comer pan. ¿Lo hay, ni puede haberlo, de alguna que en faltándole la sal no se pudra?

Dios, para castigar nuestro pecado, nos sentenció á comer el pan en el sudor de nuestro rostro; mas no quiso que esta sentencia se extendiese ni al agua, de que en todas partes nos provee, ni á la sal, que casi sin trabajo nuestro encontramos. ¿Cómo, pues, los hombres han tenido valor para imponernos este nuevo castigo? La madre naturaleza ha provisto á la España de pozos, de lagunas, de minerales y de playas capaces de surtir de sal á toda Europa. El Gobierno español se entretiene en castigar esta fecundidad de la naturaleza, en corromper los mineros que ella gratuitamente nos dió, en defender que vayamos á disfrutar este beneficio y en castigar á quien se atreve á disfrutarlo, enviándolo á los trabajos públicos destinados para los homicidas y ladrones.

Llevo siete meses de estar en Portugal. Somos siete personas sin los frecuentes huéspedes; hemos gastado cuanta sal se ha necesitado y tenemos todavía acopio para tres ó cuatro meses. Hemos gastado en esta provisión tres veintenes, que son doce cuartos de nuestra moneda. Vea V. E. si

con doce cuartos hubiéramos podido en Ayamonte proveernos para una semana siquiera, y juzgue, á consecuencia, de la exorbitancia de una contribución impuesta sobre un artículo que Dios y la naturaleza nos han dejado libre y de que, á manos llenas, nos proveen.

No soy yo el primero que hase escandalizado con esta renta. He oído decir que cuando se impuso representó fuertemente contra ella el Obispo de Málaga, que entonces era, ó Fr. Alonso, ó Fr. Manuel de Santo Tomás, ambos hijos bastardos de Felipe IV, ambos frailes dominicos, ambos Obispos de aquella Iglesia y ambos dignos de serlo por su sabiduría y piedad. El resultado de la representación fué mandar al autor que callase. Convendría mucho buscarla, si acaso existe alguna copia. Dejemos ya la sal y vamos á otra cosa.

Non in solo pane vivit homo: las carnes, el pescado, el vino, el aceite, las frutas y verduras, si no son de primera necesidad, están muy cerca de serlo. El vestido absolutamente lo es. Esto no obstante, sobre estos artículos cae la gran masa de las contribuciones, que grava su consumo, en mi concepto, del modo más irregular, por no llamarle inicuo. El hacendado que lo trae de su propia cosecha para su gasto, ó no paga ó paga menos, pues no sé lo que hay en esto á punto fijo. El que compra por junto para su surtido no paga tanto como el que compra para vender. A este último es á quien se le carga mayor contribución, y como quiera que él ha de venderlo por menor

para ganar algo, resulta que todo el peso de la contribución y todo el lucro de las ventas y reventas viene á caer sobre el que consume por menor. ¿Y quién es éste? El pobre labrador y artesano que diariamente tiene que surtirse, porque su caudal no alcanza á más; es decir, la mayor y más útil parte de todo el reino, y los que, por razón del trabajo á que diariamente están esclavizados, deben consumir y romper en mucha más cantidad que los que guardan una vida sedentaria y ociosa. Resulta de aquí que en un país pródigamente favorecido por la naturaleza, cual es nuestra España, no es fácil á la mayor y más útil porción de la sociedad disfrutar el beneficio que sus iguales disfrutaban en país harto inferior al nuestro, que sea muy raro el pobre que en la semana puede comer un puchero y que no tenga que apelar á sólo el pan, ó tal vez á alimentos nocivos, y que, ó no tenga vestido que competentemente lo defienda de la intemperie, ó lo tenga solamente á fuerza de andrajos y remiendos.

Sea porque no podemos ó porque no nos damos traza (pues no me atrevo á adivinar en esto), lo cierto es que, en punto de vestido, nos faltan muchas cosas que debemos comprar del extranjero. Trae éste, por ejemplo, los lienzos de que tanto necesitamos; paga en la Aduana los derechos señalados, que yo no sé si son malos ó buenos, pero pagados estos derechos una vez, ni yo comprendo ni es fácil comprender de dónde venga este nuevo derecho que se llama de *internación*. ¿Qué pecado es el del español que nació en Córdoba

para que, además del gasto indispensable que tiene que hacer en conducir á su casa, la crea desde Málaga ó Sevilla, tenga que pagar al Rey un nuevo impuesto de que está libre el malagueño ó sevillano? ¿Se trata acaso de que todos se vengán á las costas de mar y dejen vacío lo interior del reino?

Está bien que sobre la industria se impongan contribuciones, mas no sobre el trabajo personal. Sea enhorabuena que el que tiene frutos sobrantes contribuya, mas no el infeliz que vive puramente de recoger los desperdicios que otros absolutamente desprecian. Tales son los pobres que, por no poder ó no saber otra cosa, se emplean en coger espárragos, tagarninas, alcachofas, aulagas, madroños y otras cosas semejantes á éstas. Y con todo, vemos llegar á muchos infelices tiznados, enlodados y hechos una miseria, cuya principal obligación es ir á presentar en el cajón de rentas el haz de aulagas que los trae despedazados, el manojo de espárragos ó de tagarninas, el canasto de madroños y otras tales cosas en cuyo acopio han gastado el día, y de cuya venta no pueden sacar ni aun lo necesario para el pan de sus hijos. ¿Qué diré del cisquero, que de dos ó tres leguas viene cargado y causando más horror que si viniera de las fraguas de Vulcano? ¿Qué del pobre viejo que no pudiendo ya arar ni cavar se entretiene en hacer escobas ó espuelas? ¿Qué de la pobre lugareña que de dos ó tres leguas viene con un canasto de huevos? ¿Podrá la corona salir de algún ahogo con los derechos que pagan

estos infelices? ¿Y qué falta no hacen á estos infelices los dos ó tres cuartos que pagan de derechos? Omito aquí reflexionar sobre las vejaciones que además de estos derechos se añaden en Sevilla bajo el nombre de arbitrios. ¿Quién no se horrorizará al oír decir que el que compra una libra de carne tiene que dar, además del precio que lleva el vendedor, otros ocho cuartos para socaliñas?

Los buenos gobiernos cargan el peso de las contribuciones sobre los artículos de lujo. El nuestro, queriendo imitarlos, impuso años pasados contribución sobre los criados. Pero ¿quién lo creyera? En el nombre de criados fueron comprendidos los mandaderos y sacristanes de las monjas, y creo que los sirvientes de los hospitales.

Ningún buen gobierno debe permitir juegos en que la sola suerte decida de las fortunas de los súbditos, y en que á un temerario le sea impune exponer su subsistencia y la de sus hijos. Nuestras leyes prohíben tales juegos, y con todo eso nuestro Gobierno juega á la lotería. Vemos en las casas donde esta mala renta se administra una porción de ociosos que de día y de noche están tratando sobre los números. Vemos á los administradores presentándoles cábalas impresas y llenando las paredes de no sé qué jeroglíficos, que cuando no pertenezcan á las vanas observancias que condena la religión, pertenecen al menos á la charlatanería de los truhanes y titereros que abusan del ocio y credulidad de los otros. Vemos no

muy pocos que exponen y pierden todos sus haberes en este juego, y, lo que es peor que todo, vemos á innumerables que á fuerza de cavilar en los números se vuelven locos y quedan incapaces de cumplir con sus obligaciones. ¿Con qué conciencia, pues, pone en ocasión de todos estos males á sus vasallos un gobierno cuya primera y más esencial obligación es impedirlos? Yo creo que más importa que un inocente conserve la razón por donde es hombre, que la vida por donde es viviente. Causa horror que el Gobierno exponga á un inocente á perder la vida y se mira con indiferencia que lo exponga á perder la cabeza.

Nuestros mayores miraron con tanto desdén la negociación, que la abandonaron á los judíos y moriscos. Yo repruebo este extremo de delicadeza, pero no puedo menos que aprobar las razones de donde procedía. La negociación tiene mucho de servil; testigos todos los que tienen tiendas, que son esclavos de ellas y de los compradores, y no tienen hora libre ni pueden usar más que del agrado, de la condescendencia y la paciencia. La negociación también tiene mucho de mezquina: hay en ella que regatear, trazas de comprar ó vender, hay que medir y pesar, y aunque no haya ni necesidad ni licencia, hay, sin embargo, práctica general de mentir, alabando los géneros, ponderando lo que costaron, suponiendo el favor que no se hace, etc., etc., por no mencionar las usuras que tan frecuentemente se le mezclan. La negociación, además de esto iguala, como todo riguroso contrato, á los dos estipu-

lantes, les da derecho para que mutuamente contesten, disputen y se convengan, y convenidos que son, pueda el uno reconvenir al otro como reo de lo estipulado. La negociación, en fin, se traga á todo el hombre que una vez dedicado á ella no puede pensar en otra cosa de importancia. Por eso los cánones la miran como incompatible con el estado clerical, que militando para Dios *non implicat se negotiis sæcularibus, ut ei placeat cui se probavit*, y por eso las leyes humanas, si mal no me acuerdo, se la prohíben al soldado, que todo debe dedicarse á la defensa de la patria. Nuestros mayores, pues, no querían prestarse á la negociación, porque la miraban como incompatible con el honor que era su idolillo, porque juzgaban que los degradaba y porque, entregados á la guerra y á la agricultura, juzgaban que no les restaba tiempo ni atención para ella. Repito que este modo de pensar era extremo con respecto á ellos. Pero ¿quién se atreverá á llamarlo tal con respecto al rey, cuya soberanía pugna tanto con todo lo que huele á servidumbre, de cuya grandeza desdice tanto todo lo que incluye mezquindad, cuya autoridad jamás debe comprometerse y allanarse y cuyas augustas obligaciones necesitan más de un ángel incansable que de un hombre limitado y mortal?

Sin embargo, el rey en el día es el príncipe de los negociantes. Vende sal, tabaco, barajas, nitro, polvos de salvadera, pólvora y qué sé yo qué más. Se me dirá á esto que el rey negocia por medio de sus subalternos y así no tiene ni que prostituir

su dignidad ni que distraer su atención. Yo respondo que tanto peor para nosotros. Si tuviéramos que entendernos con el rey ó nos entenderíamos con un hombre de buena crianza ó si la tenía mala nos conformaríamos con que quien nos vejaba era el soberano. Mas nos entendemos con sus empleados, que por lo común reúnen todas las mezquindades y raterías de un regatón con toda la soberanía de un monarca ó, por decir más bien, con todo el despotismo de un tirano.

Ultimamente, el monopolio, aunque indiferente en sí mismo, está tan expuesto á iniquidades que las buenas leyes rara vez lo consienten, y donde lo consienten tienen continuamente que estar atajando estas iniquidades. El rey, sin embargo, todo lo que vende lo estanca, y estancándolo, funda un seminario de vejaciones y de iniquidades para que padezcan sus vasallos.

No se me oculta la razón con que se trata de cohonestar todo esto, á saber: que el rey puede imponer tributos y que para no gravar á los vasallos imponiéndoles tributo sobre tributo se vale de la lotería y de la negociación en que nadie se obliga y á que todo el que concurre concurre voluntario. Si como la razón es especiosa fuese sólida, podría pasar. Mas el caso es que por huir de un escollo se va á dar en doscientos, como mostraré después. No digo por ahora más sino que todas ó casi todas las rentas de que he hablado son de moderna institución; que anteriormente el pueblo sufragaba á todos los gastos de la corona sin ninguna de estas socaliñas y bajo

el solo nombre propio y legítimo de *servicio*; que con este nombre, ó, por mejor decir, bajo el plan que él importa, podemos y debemos seguir contribuyendo, y que cuanto la moderna política ha tratado de refinar en este punto ha venido á parar en que el rey oprima al pobre que no puede y se prostituya á medios indecorosos á su soberanía, como ya he notado, ó dé margen á las vejaciones é inmoralidad de sus vasallos y á gravísimos defraudes de sus propios intereses, como voy á demostrar.

Y comenzando por las vejaciones, ¿qué de ellas no se siguen al sistema adoptado de imponer las contribuciones sobre los artículos de consumo? ¿Qué le importa á nadie que yo coja poco ó mucho vino ó aceite? Pues porque las rentas están sobre el consumo, ya le importa á un sin fin de satélites que me han de ir á aforar las tinajas cada y cuando les parezca, que me han de tener cuenta con los días que anda mi molino, y que, aunque esté dos ó tres leguas del pueblo, me han de obligar á presentar el libro en la escribanía el día en que el molino esté parado, so pena de cargarme en la cuenta el aceite que no he cogido. Lo que digo en este ramo debe entenderse de los otros.

Si quiero consumir los frutos de que Dios y la naturaleza me han provisto y á que nadie puede disputarme el derecho, tengo que ir primero á pagar lo que está tasado por la gallina ó por la arroba de vino que he de consumir; si se me han de dispensar ó disminuir los derechos, tengo en

primer lugar que dar una *certificación jurada* de que aquellos frutos son míos y vienen para mi consumo; tengo que gastar una mañana entera en andar de mesa en mesa de la casa de administración recogiendo firmas; tengo que entrar en contestaciones con el administrador sobre si consumo mucho ó poco, y si algún respeto me pone en la necesidad de hacer un regalo de aceite, por ejemplo, á alguna persona, tengo que ir á pagar lo mismo que si lo comprara. Cuánto menos gravoso sería para mí que se me dijese: Usted tiene cien aranzadas de olivar ó mil cabezas de ganado, pague por cada una cuatro ó cuarenta reales, use libremente de los frutos que coja y quítese de andar bregando con gente sin vergüenza. En muchos pueblos se guarda este sistema, pero no se guarda, lo que era muy fácil, en la debida proporción, y todo depende de que el gravamen afecta al fruto y no á la propiedad. Se juntan los alcaldes para coleccionar la cantidad en que se han concertado con el rey; hacen su repartimiento llamando para él á otro par de magnates; gradúan á cada vecino el consumo que les parece; cargan lindamente la mano al hacendado forastero y al pobre vecino que más dista y menos entiende del cabildo, y el resultado es que quien debe pagar no paga, y que al pobre que paga se le saca mucho más de lo que debe. De aquí es que muchos pueblos han preferido la esclavitud de la administración á la injusticia del repartimiento. Si éste se hiciese sobre las fincas que producen

los frutos, por un canon fijo y notorio á todos, se podrían evitar estos inconvenientes.

Ni paran aquí, antes bien comienzan las mayores vejaciones. La propia casa es un sagrado que ninguna legislación consiente profanar sin gravísimas causas. Con motivo de las rentas nada hay más común que por la sospecha de tabaco, de carne sin derechos ó de cualquiera otro artículo de los afectados á rentas, entrarse en la casa de cualquier ciudadano y revolvérsela toda.

La persona del hombre sobre todo es inviolable. Mientras sus desórdenes no lo degraden de su dignidad y lo constituyan en la clase de reo, no hay potestad sobre la tierra que esté autorizada para llegarle al pelo de la ropa. Y con todo eso el maldito sistema de rentas nos pone en estado de que nos registren hasta el cuero y hasta sin respetar el pudor del sexo femenino por sola la sospecha ó la posibilidad de que traigamos una onza de tabaco, una botija de aguardiente ó media docena de huevos.

Se nos ofrece transportar de una parte á otra alguna de las muchas cosas que están sujetas á despacho. Vamos á buscar al señor administrador que nos lo dé. Está S. S. durmiendo ó ha ido á misa, si la oye, ó ya no es hora de despacho, y por estas tan poderosas razones perdemos un día de jornada y tenemos que hacer el enorme costo de un día de posada. Otro tanto nos sucede si hay que comprar algo de lo que ha estancado el rey.

Vamos á uno de estos estancos, y por solo te-

ner que ir ya perdemos la libertad en que Dios y la naturaleza nos pusieron de comprar donde y á quien mejor nos acomode. Pedimos lo que necesitamos, v. gr., una libra de tabaco por nuestro dinero con la misma sumisión que á Dios por su bondad el perdón de nuestros pecados. Dios no defraudará nuestra petición, pero el administrador ó estancero nos defraudará si quisiere (y es el caso que suelen querer muy á menudo) en la calidad y peso ó medida.

Cuando cualquiera otro vendedor me defrauda, puedo reconvenirlo ó acusarlo. O no puedo ó es inútil cuando las he con estos señores que tienen á todo el rey en el cuerpo. ¿De cuántas vejaciones, pues, nos libraré el Gobierno, si contento con sacar de los géneros estancados el provecho que saca la corona los gravase con el tanto por ciento y quitase hasta la memoria de las administraciones y estancos?

Dejemos ya las vejaciones que sin necesidad nos ocasionan las rentas, por decir algo de la inmoralidad á que nos traen. En primer lugar ellas son un fomento de mala educación. Si los padres supiesen que sus hijos habían de perecer si no los destinaban á un honesto trabajo tendrían cuidado de aplicarlos á los ejercicios en que la sociedad interesa. Mas saben que hay ochenta mil empleados, según dicen, en rentas; que para los principales de estos empleos basta saber contar, y que para otros no es necesario ni aun leer. No se afanan, pues, porque sus hijos se incomoden ejercitándose en algo de provecho. En contando con

favor competente para conseguir un empleo ya tienen cumplido con todo lo que la piedad les manda en este punto.

El Gobierno, por su parte, en vez de reprimir, fomenta esta indolencia de los padres. El servicio de rentas que nuestros mayores abandonan á los judíos y moriscos; esta carrera que en el pueblo antiguo de Dios se miraba como una misma cosa con el pecado, *quare cum publicanis et peccatoribus*, sin que el Hijo de Dios contradijese esta persuasión del pueblo, antes bien la supusiese y confirmase; esta carrera, en fin, la más odiosa que puede emprender un hombre, es la carrera de los grandes sueldos y de las cruces de San Carlos. Yo no lo entiendo. Yo veo que en todas partes es abominado el verdugo, inspirándolo así la naturaleza, porque azota á los malhechores, y yo á consecuencia no entiendo por qué no han de ser abominados y, lo que es peor, por qué han de ser tan opulentamente pagados y condecorados aquellos cuyo oficio es azotarnos á todos, justos y pecadores.

Suelen decir á esto que los honores y los grandes sueldos se les dan á estas gentes para que, teniendo medios de una decente subsistencia, celen mejor las rentas y no las defrauden ni dejen defraudar. Mas la experiencia muestra que este fin no se consigue y que los grandes defraudes no se hacen sino por los grandes empleados. Pero, en fin, si hubiere de ser que haya estos honores y estos sueldos, ¿por qué siquiera no se destinan para ellos los que en la guerra están hartos de

llevar balazos por nosotros y sólo sirven para premiar á los que mejor traza se han dado á despedazarnos á balazos, quiero decir, á los que han aumentado las rentas en que anteriormente han servido exprimiendo la sangre de los pueblos?

Bajemos de los empleados á los guardas y cambiemos el raciocinio. Sea un San Francisco de Asís por su desinterés aquel á quien la necesidad ó la desgracia condujo hasta este empleo. ¿Cuál es el sueldo que se le señala? El que no basta para su preciso sustento, y mucho menos para el de su mujer y sus hijos. De aquí es que dentro de muy pocos días tendrá que perder ó la conciencia ó la vergüenza ó ambas cosas juntas. Digo que tendrá que perderlas en suposición de que las tenga; mas esta suposición, como ya he notado, pocas veces tiene lugar, pues por lo común se destinan para guardas hombres mal criados, ociosos y viciosos. Y esto me da un nuevo motivo para reclamar la justicia del pobre soldado que ha expuesto su vida por la patria. Si al miserable sueldo del retiro se le juntase el de guarda, podría pasarlo con menos miseria; acostumbrado á respetar las leyes cumpliría mejor con la nueva obligación, y en caso de que se portase como guarda, quiero decir sin pudor y sin probidad, nos consolaríamos con los trabajos que anteriormente había sufrido por nosotros el que en la actualidad nos vejaba.

Otro desorden muy considerable veo yo en la práctica tantas veces adoptada de transformar en guardas á los contrabandistas. Si el contra-

bando es un delito, ¿cómo puede ser motivo para un premio? Y si es un camino para lograr el premio, ¿cómo se quiere extinguir el contrabando? Un contrabandista transformado en guarda ó ha de ser infiel al rey, y ya de un pecado civil pasa á otro moral, ó ha de ser traidor á sus compañeros y amigos, y ya tenemos aquí un hombre abominable y generalmente abominado.

Hagamos ahora tránsito de los dependientes á los contribuyentes. Ni frailes descalzos, como dice Cervantes, podrán meter al pueblo en la cabeza que las contribuciones que se le exigen y el modo de exigir las van conformes con las reglas de la justicia. De aquí es que como pueda no pierde ocasión de defraudar, pierde poco á poco el respeto á las otras leyes del príncipe y verifica con toda propiedad aquello de *qui delinquit in uno factus est omnium reus*. El absoluto abandono en que están todas las leyes civiles es una demostración de esta verdad.

Ultimamente, las leyes del contrabando son una continua ocasión de desórdenes en la moral. He conocido á muchos contrabandistas y en la mayor parte de ellos he notado grandes disposiciones para lo bueno, talento, educación, ánimo, generosidad, etc. Con motivo del riesgo á que se exponen, se juntan en cuadrillas para resistir, y con uno ó muchos malos que se agreguen á la cuadrilla, ya hay bastante para que los demás se corrompan. Por otra parte, si sufren un descamino y pierden su poquilla de hacienda, ya verifican lo que comúnmente se dice y lo que to-

dos los días acredita la experiencia, á saber: que el contrabando es el noviciado de los ladrones. Estoy persuadido á que si no hubiese habido contrabandos y persecución de contrabandistas viéramos en el día de hoy convertidos en héroes como Francisquete, á muchos que fenecieron estos años pasados en el afrentoso suplicio de la horca. Sin tanto, no hay cosa más común que el que el contrabandista sea cogido y pase muchos años en la cárcel y en los presidios. Entre tanto su mujer vive sin marido, y sus hijos sin padre, y una familia que pudiera ser honrada pierde la educación y el pudor.

Y después de todo, ¿qué es lo que el rey adelanta con el sistema de rentas adoptado? Arruinar sus más preciosos intereses. Vamos á la inducción.

Es interés del rey serlo de un pueblo numeroso y rico. No lo es la España, y á esto contribuye el sistema de rentas. Gravadas las subsistencias, son muchos los que por no encontrar modo de vivir emigran á la América, donde suelen consumirlos la fiebre amarilla; muchos los que temen casarse por faltarles arbitrios para mantener sus familias, y lo peor es que de esta clase de célibes, los más perjudiciales á la sociedad, es ya demasiada la abundancia; muchos que se casan y para acudir á sus obligaciones se dan una vida tan dura que acaban muy en breve con la salud y la existencia, de que pudiera citar muchos ejemplos, y alguno de ellos en mi propia casa. Si un pobre enfermo no tiene para llamar

al médico, suele llamarlo cuando ya es inútil. Hasta el recurso de los hospitales se nos ha acabado en nuestros días con la enajenación de sus fincas.

Por otra parte, las leyes del contrabando mantienen en el reino una guerra civil, que sordamente lo consume. Sea guarda, sea soldado, sea contrabandista el que muere, siempre muere un vasallo. La horca, los presidios, las cárceles consumen por esta causa muchos hombres, y á cada hombre que consumen se sigue la ruina de una familia. Yo mismo vi y yo representé en el año de 1791 sobre la sevicia con que se perseguía á estos miserables. Al que huía se le tiraba. Al que no podía ser habido se le saqueaba la casa.

Muchos países del reino no pueden subsistir con lo que su suelo produce. La industria debe suplir por lo que falta. Las rentas suelen extinguir la industria. El trajinante no suele encontrar de qué cargar por el exceso de los derechos. Mal modo de acrecentar la población.

El sistema de rentas también contribuye á empobrecerla. Todo el peso de las contribuciones recae sobre el consumidor pobre, porque el rico sabe excusarlas. De aquí es que, según he oído, en ninguna parte hay tanta pobreza como en España, sin embargo de que élla es la fuente del dinero. Si éste no circula, más sirve de daño que de provecho; no de otra suerte que la sangre cuando se agolpa toda á una parte del cuerpo y deja de circular por las otras.

Es interés del rey, y el primero de sus intere-

ses, que su pueblo lo ame. Y, ciertamente, si fuera verdad que comer en un mismo plato causa amor, nadie había de ser tan amado como el rey de España, que, como oí reflexionar á uno, mete siete veces la mano en un plato de ensalada que comamos. Los sucesos del día están mostrando cuánto había perdido la España de su antiguo amor á los reyes, y para mí es indubitable que si las esperanzas que el pueblo concibió de las virtudes de nuestro Fernando, su innata aversión á los franceses y la guerra que éstos hacen á la Religión, no hubiesen animado sus esfuerzos, se hubiera repetido entre nosotros, como se ha repetido en las otras potencias de Europa, lo del asno de la fábula, á quien su dueño apresuraba para que huyese, y que nunca quiso huir porque aun cuando lo cogiese el enemigo no había de ponerle dos albardas.

Es interés del rey ser obedecido, pero para esto debe ser prudencia suya meditar lo que manda. Ningunas leyes necesitan de más meditación que las que tocan en los intereses del vasallo. Ningunas se meditan menos, y de aquí es que se pretende de ellos una obediencia que nunca se obtendrá. Sabido es el horror que la misma naturaleza inspira hacia el hurto, lo mucho que lo reclama la conciencia, lo muchísimo que lo resiste el temor de la infamia y lo no poco que lo enfrenan las leyes y castigos, y con todo eso no hay reino ni nación que estén enteramente libres de ladrones, porque la codicia puede más que todos los frenos. ¿Cómo, pues, se lisonjea nuestro Gobierno

de que la podrá enfrenar, cuando ni el pudor, ni la conciencia, ni la infamia le ayudan y sólo cuenta con unas leyes que el pueblo estima (y con razón) gravosas? Mayores dificultades y peligros le ha opuesto la naturaleza escondiendo el oro y la plata debajo de los montes é interponiendo mares entre nosotros y los objetos de nuestra codicia, y con todo eso todos estos estorbos y peligros los vence cada día el hombre *per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes*. Creo que es un axioma que para evitar fraudes y contrabandos no queda más remedio que poner la cosa en unos términos que ni el uno ni la otra interesen.

Ultimamente, las leyes de las contribuciones estorban aun para lo mismo que mandan y procuran, que es el aumento de la real hacienda. He oído decir á muchos que deben entenderlo que si se variara el sistema que tenemos de ellas sería el rey mucho más poderoso aun cuando redujese á una tercera parte las contribuciones. Hacen la cuenta con ese enjambre de empleados que pudiera evitarse, cargado de sueldos y sobresueldos que agotan el erario. Luego con los muchos é importantísimos defraudes que éstos permiten, señaladamente en las aduanas y en los estancos. Yo he hablado con contrabandista que por mucho tiempo estuvo trayendo tabaco de contrabando á la fábrica de Sevilla por cuenta de sus dependientes. Luego con los regalos que los contrabandistas y defraudadores hacen á los empleados y guardas que les permiten los defraudes, y con lo mucho que los poderosos retienen de lo que de-

bían pagar. Sólo el pobre es el que paga sin remisión, y las más veces mucho más de lo que debe. Yo no entiendo de esta materia. Pero me parece que si las aduanas á la entrada del reino se pudiesen en gente de bien; si las contribuciones se fijasen, como ya he dicho, sobre los haberes por canon cierto y manifiesto, y si para recaudarlas se hiciese un equivalente á lo que en los nuevos descubrimientos de América, donde el cura lo recibe y entrega todo, el rey sería más rico y más feliz el reino.

He concluído, señor excelentísimo, mis observaciones, que nunca serán las suficientes porque me faltan el talento, los conocimientos y experiencias que la materia exige. Sin embargo, he acudido al gazofilacio con mis dos maravedises, pesaroso de no tener muchos denarios para emplearlos en el beneficio público por que anhelo. Creo, sin embargo, que con sola una buena voluntad puede remediarse lo mucho que tiene que remediar el reino, restituyéndonos al sistema en que vivieron nuestros bisabuelos, á excepción de los pocos defectos que ellos mismos notaron y reclamaron, y volviéndole al pueblo español la dignidad y libertad que tuvo en sus principios, que nunca ha dejado de merecer y de que en nuestros días ha adquirido el más glorioso y costoso mérito. Haga Dios porque su espíritu anime nuestras Cortes y derrame en ellas el desinterés y el acierto.

Apenas me vino el primer encargado de vuestra excelencia cuando eché mano á buscar libros. No habiéndolos encontrado los encargué, sin que

hasta esta hora hayan parecido más que buenas razones. Sin embargo, tomé la pluma y antes de ocho días ya tenía concluido en dos pliegos un diálogo en que vacié cuanto me ocurrió. Sobrevino la nueva comisión que la salud apenas me ha dejado concluir. Mas ya concluída me he propuesto poner en limpio mi diálogo con libros ó sin ellos. No me lisonjeo de que podrá llenar el deseo de V. E., mas estoy seguro de que podrá servirle de prueba del mucho que tengo de complacerle. Renuevo á V. E. el sumo respeto con que soy su servidor y capellán, q. b. s. m.,

FR. FRANCISCO ALVARADO.

ANECDOTAS CURIOSAS

1. El "Rancio" dando un pésame.

¡Oh siglo de luces! ¡Bien hayan las madres que se han quedado sin parir hasta que tú has venido! Hasta esta feliz época todas ó casi todas las mujeres parían á obscuras; ahora para el parto les alumbraba el candil, ó tal vez paren candiles hechos y derechos. ¡Noramala para aquellos tiempos en que los muchachos hacían coro aparte de los hombres, como me predicaba á mí el padre que Dios me dió! ¡Preocupaciones afuera! La filosofía liberal mete en su capilla toda clase de músicos y enseña á los muchachos á cantar con los hombres y á los hombres hacerles el contrabajo á los muchachos.

No extrañe usted, amigo, esta mi exclamación. Ella ha sido efecto de un cierto bochorno en que sobre este punto me vi cuando joven, que todavía tengo clavado en mi vergüenza, y que, á pesar de ella, le voy á referir. Mientras me crié, mi padre me iba diciendo, me repetía, á veces de palabra y á veces de obra: *Los niños no se meten en las conversaciones y cosas de los hombres*; y jamás me permitió que acabase de decir algunas que se me venían á las mientes, y á mí me parecían entonces sentencias y ahora me parecen tonterías. A los quince años y pocos meses quiso Dios, ó quise yo ó quisimos ambos, que me entrase fraile, y entonces se duplicaron mis

trabajos. Porque si en mi casa no me permitían que hablase entre los hombres, me dejaban siquiera que charlase con los muchachos; pero metido fraile ni con muchachos ni con hombres ni con nadie más que con el breviario, con los libros de coro, con el Goudín y algunos otros que llevaban muchos años de muertos. Siete poco menos me llevé callando, á excepción de media horilla que un día con otro se nos concedía de parlatorio, y que en vez de sosegar no servía más que de irritar mi apetito de hablar, y algunos otros ratillos que á deshora y de contrabando nos tomábamos algunos compañeros á nuestra cuenta y riesgo, y que más de una vez me costaron muy caros, pues, además de la pena tasada contra los infractores del silencio, se seguían quince, veinte, treinta ó más días de absoluta privación de parlatorio. Llegó por fin el tiempo en que quedándome la misma obligación de callar, empecé á estar fuera de la disciplina del celador para que callase; se dejó á mi discreción la observancia de este deber, y aparecí por la primera vez haciendo papel entre los hombres. Mi edad era algo más adelantada que la del joven mencionado arriba, y el primer lance que me ocurrió fué la asistencia á un entierro, con perdón del señor Gallado. Enterado, pues, en que había de entrar á dar el pésame á presencia de muchos hombres, me creí en el mismo conflicto que cuando tenía que predicar algún sermón en refectorio ó defender públicamente conclusiones. Pregunté una y muchas veces qué era lo que se hacía; tomé de memoria lo que debía decirse; me puse mi hábito limpio; me peiné el cerquillo contra *consuetudinem*; vertí aguas dos veces antes de salir de casa; volví á lo mismo antes de entrar en la mortuoria, y previas estas diligencias, me creí ya capaz de dar un pésame al

mismo lucero del alba. Pero he aquí que entro en la sala donde estaban los dolientes, y, apenas veo en ella más de una docena de hombres, me corto, me enajeno, se me va el santo al cielo, la lección que llevo estudiada se me olvida y en vez de ella dirijo entre dientes á los que hacían cabeza del duelo la siguiente arenga: *Me alegraré que no sea cosa de cuidado*; y hecho este cumplimiento en que no recapecité sino hora y media después, salgo de la sala hecho un pato con el sudor que me había ocasionado la fatiga. *En esto para*, dije entonces á un fraile viejo que me acompañaba, *tanto callar y más callar, como desde niños nos enseñan. ¿Hubiera yo cortádome de esta manera si me hubieran enseñado desde chiquito á meter mi cucharada entre los hombres? Usted vió á aquel mozuelo sin pelo de barba, que se ha entrado y salido en la sala del duelo como por su casa, haciendo más arrastres de pies que si estuviese matando chinches, dándole á la cabeza y cintura más meneos que si tuviera el cuerpo desgonzado, echando una arenga tamaño como las de Tito Livio y presentando una sonrisa, que si como es bonita viniera al caso, no teníamos más que pedir.* Oyóme con mucha paz el viejo que me acompañaba, y luego que cesé en mi retahila me respondió con estas ó semejantes palabras: “Tenía Isócrates abierta escuela de elocuencia: llegó á él un joven solicitando ser su discípulo y pidiéndole señalase el estipendio que debía darle por su trabajo; el orador se lo pidió doble del que llevaba á los demás jóvenes. *Pues ¿cómo,* replicó el pretendiente, *no siendo yo más que uno quiere usted que le pague como dos?* —*Es el caso,* respondió Isócrates, *que uno como eres tengo que hacer contigo algo más que con dos. A los otros discípulos no les enseño más que á hablar, pero á ti an-*

tes de esto tengo que enseñarte á callar. Hablar bien no es cosa tan difícil que últimamente no pueda lograrse, pero que calle un hablador acostumbrado á serlo, aquí sí que está la verdadera dificultad. Conténtate, pues—me añadió mi fraile—, con no tener que aprender de estas dos cosas más que la primera; pues nos veríamos en la necesidad de andar recurriendo á milagros de aquellos que pocas veces suceden, si necesitases de la segunda.” ¿Qué tal, amigo mío? ¿Tengo yo razón para bendecir este siglo de luces en que está enmendada, no solamente aquella antigualla que corría cuando me criaron, más también la pesadez de la naturaleza que dió ocasión á ella? ¡Oh siglo xix! Antes que tú vinieras no podía filosofar ninguno que no contase con muchos años de barbas. Viniste tú, y ya cualquier rapaz (como los portugueses los llaman) echa á borbotones la filosofía por la boca, como por las narices los mocos.

2. Un embustero.

...¿Cómo, pues, volví á preguntar, resuelto ya por el soberano Congreso que debe haber frailes, todavía se insiste en que no y en que no, ó al menos se procede como si previos unos formales autos, hubiésemos aparecido indignos del beneficio de la ley?

“*Ahí verá usted* —dijo entonces uno de los cuatro amigos que discutíamos el punto, y había estado hasta aquella hora callado—. *Ahí verá usted*. Y para que todos —añadió— comprendan la fuerza de esta mi respuesta, voy á contarles el origen de donde lo traigo.” Púsose á referir las grandezas de su casamiento uno de los muchísimos embusteros que andan por ese mundo. Dijo que la función se había cele-

brado en una sala que tendría doce varas de largo y ocho de ancho, en la cual se había puesto una mesa de treinta varas de largo. Interrumpióle uno de los que oían preguntándole, ¿cómo era posible que en una sala de doce varas cupiese una mesa de treinta? *Ahí verá usted*, respondió el de la historia, y siguió: "Se pusieron cuarenta cubiertos, y nos sentamos más de ochenta personas." Volvieron á replicarle con la dificultad de que siendo ochenta las personas no les bastaba los cuarenta cubiertos. *Ahí verá usted*, respondió nuevamente. Y sin tomar resuello continuó refiriendo que en un plato se sacó una ternera asada en cazuela. Nueva dificultad para el auditorio; que una ternera cupiese en una cazuela y en un plato. Nueva respuesta de nuestro embustero con su *Ahí verá usted*, que continuó siendo la solución de cuantos argumentos le pusieron. "Por el mismo orden —añadió el amigo— nuestras cosas. El pueblo español nada tiene contra los frailes, ó si tiene algo nada es de lo que los señores liberales pretenden, pero *ahí verá usted*. El Congreso, quiero decir, su más numerosa y sana parte jamás ha intentado abolirlos, como están pronosticando desde su instalación *El Conciso, El Concisión, La Carta y La Peluca al Conciso*, con no sé qué otros papelitos liberales, como novísimamente da por hecho el bibliotecario de Cortes colgando el milagro de habernos despojado hasta *de las esperanzas* las razones de los de la cofradía, y como esperaba firmemente nuestro buen cura el de las *preocupaciones*, que para sacarnos reos de sedición, porque reasumimos los hábitos, á falta de leyes existentes recurrió á leyes posibles; pero *ahí verá usted*. Las leyes natural y civil y los repetidos decretos del Congreso nos restitúan á la posesión de lo nuestro (quiero decir, de

Dios, su culto y sus ministros) por el mismo orden que á todo español que no constase culpado, comenzando por el primero de los grandes y acabando por el último de los regatones, y sin haber hecho ni existir motivo para que hiciese alguna excepción contra los frailes; pero *ahí verá usted*. Se comenzaron las vejaciones contra los cuerpos religiosos, se entablaron recursos al Congreso; de la proposición sencilla de si debía ó no entregárenos lo que era nuestro, se pasó á la de si debíamos subsistir y todo lo demás; pero *ahí verá usted*. De manera que por lo que pertenece al derecho, existimos, debemos comer y beber, podemos y aun estamos obligados á usar nuestros uniformes de *máscara*, somos dueños metafísicos de todo lo que fué nuestro y no nos queda cosa que desear; pero en la parte que corresponde al hecho, todos son trabajos. Si vamos al convento... téngase usted allá. Si traemos el hábito... sediciosos. Si no lo traemos, aunque sea porque no hay con qué comprarlo... tunantes, estaban rablando por soltar las opalandas. Si queremos que se nos dé lo nuestro... no ha lugar; acudan ustedes al Gobierno. Si pedimos limosna ó la tomamos... ladrones públicos, y qué sé yo qué más, según nos dice el cura bendito. ¿Cómo componer cosas con cosas?

3. Un Virrey de Méjico.

Véngome á mi rincón; empiezo á registrar los papeles... ¡bien lo decía yo! El trueno más gordo se guarda para lo último del castillo. Cuando el camastrón que me los entregó me encargó el cuidado al leerlos, sabía él muy bien lo que entregaba y encargaba.

Me vinieron, pues, ganas de leer una cosa tan *excelente*, y cuando creía que todo había de quedárseme en puras ganas, me encontré con un pedazo de ella, en que se contiene todo el fruto que su excelencia el señor ministro intenta sacar de su trabajo; quiero decir, las diez y nueve reglas, en fuerza de las cuales que deberán verificarse previamente, se nos deberán restituir nuestros conventos y parte de nuestros bienes, á más tardar para fines del siglo xxx, y (llevando la cosa con un poquito de ardor) para antes que se acabe el xxix. Me acuerdo haber leído en una de las Florestas españolas que un virrey de Méjico había sentenciado á destierro á un no sé quién por qué sé yo qué causa. Cargaron sobre el virrey empeños y recomendaciones para que levantase al reo el destierro; mas él, no queriendo revocar la providencia que una vez había dado, halló modo de complacer á los empeños y componerlo todo, dando ochenta años de término al reo para que dispusiese sus cosas. Así nuestros insígenes bienhechores. Congreso y nación están decididos por los frailes, sin que haya bastado arbitrio para desquiciarlos de esta predilección que de nuestros padres heredamos y á que han renunciado solamente nuestros liberales en fuerza de su inmensa sabiduría. Pues bien, dijeron éstos, ya que no se pudo impedir el decreto, impídase su ejecución poniendo para ella tantas diligencias previas que cuando llegue á verificarse ya los huesos de los frailes estén sirviendo de abono convertidos en tierra en los jardines.

4. Un Capitán general.

...Viniendo al proyecto y sus artículos, aquél exige una visita y éstos comienzan por esta que es la pri-

mera regla: "Que mientras se realiza este plan (el de la visita) continúen los intendentes ejerciendo las facultades que se les concedieron por el soberano decreto de 17 de Junio é instrucción de 21 de Agosto por lo respectivo á los bienes que tenían en país libre."

Entró un capitán general en una plaza de armas sin que ésta le hiciese salva: llamó al gobernador para reconvénirle sobre la falta. "¿Por qué no ha mandado usted que se me haga la salva de estilo?" "Señor, por treinta motivos. El primero, porque no hay pólvora; el segundo..." "Basta, basta —dijo el general—, por ese primer motivo dispenso los otros veintinueve." He traído esta anécdota para significar que ha sido una lástima que el señor Cano Manuel se calentase la cabeza en discurrir las otras diez y ocho reglas. Con esta primera hay más que sobrado para que nuestra restitución dure tanto como la vida perdurable. Detallemos.

Mientras se realiza la visita seguirán los intendentes ejerciendo las facultades que luego se citan. ¿Y cuáles son estas facultades? La primera asegurar los conventos. Pues ya no es menester más. Si por *visita* hemos de entender lo que significa esta palabra, que es que el *visitador* vaya á la casa del *visitando*; en dejando al *visitando* sin casa, durará eternamente la *visita*. Debiendo, pues, los intendentes asegurar y ocupar las casas de los *visitandos* ínterin no se realice la *visita*, está ya visto que los frailes tendrán que esperar su restitución hasta el día de la resurrección de la carne.

Ello es que el señor Ministro de Gracia y Justicia, perfeccionando el plan del señor Villanueva, ha presentado uno de donde no podemos escapar, como el Congreso apruebe un solo artículo, porque

todos los artículos están puestos con tal industria, que si escapamos de unos, tendremos que venir á fenecer en otros. ¿Y esto para qué? Para mirar por el bien de la nación: *para asegurar* (son palabras del señor Ministro) *la existencia de unas asociaciones que tanto lustre han dado á la Iglesia*: para cumplir la soberana voluntad y decisión del Congreso, y para otras mil cosas que me fastidio de repetir. Señores liberales, *menos borlas y más limosnas*. Los frailes nos contentamos *con que se nos deje recuperar lo nuestro*, como se ha dejado á los Marqueses y á los verdugos, á los Grandes y á los gitanos. Todo lo demás lo perdonamos de todo corazón.

5. Un ladrón famoso.

Cayó en la cárcel de corte de Granada un ladrón, maestro de aquellos que roban sin título. Su derecho á la horca era tan evidente como grande su deseo de evitarla. Para conseguir esto último pensó este señor maestro de robar que sería medio muy oportuno multiplicar citas sobre citas que eternizasen, si pudiese ser, los autos. Los jueces le entendieron la mala, y luego que resultaron probados un par de milagros pusieron la sentencia mandándole ahorcar por estos dos delitos que constaban, y perdonándole todos los demás que resultasen. Haga Dios que en el Congreso aparezcan unos jueces como éstos. Que debemos volver á lo nuestro, es cosa en que todos convienen. Hágase, pues, así, y perdónese ó déjese para cuando se quiera la *excelente Exposición* del señor Ministro.

6. El Rancio y un oficial.

Vaya una anécdota que no es muy importuna, y que acaba de sucederme. Iba yo una de estas mañanas á decir misa, mirando con cuidado dónde ponía los pies para que un resbalón no diese conmigo en el lodo. Me encuentro con dos oficiales de no sé qué cuerpo, y encarándose uno de ellos con mis hábitos, dijo con toda la indignación de que es capaz un oficialito de esta laya: *¿Todavía anda por aquí esto?* Yo callé mi pico y seguí, pero refunfuñando entre mí dije: *Muchos franceses matarás tú, los mismos que todos los demás que se hacen guapos con los clérigos y los frailes. ¡Que como diste conmigo no hubieras dado con el fraile que á otro tan guapo y militar como tú le hizo administrar dos lavativas en la casa que sabemos los sevillanos!...* Perdónenme los buenos oficiales, si me acaloro con estos mindoños, afrenta de su digna profesión. Mi calor procede de verlos romper la buena armonía que siempre ha reinado entre la profesión militar y la nuestra. La semejanza que entre las dos se versa, ha hecho que unos con otros hayamos comido siempre buenas migas. Todos vivimos en comunidad; todos militamos, cada cual para su cosa; todos estamos sujetos á ordenanza; todos en la necesidad de depender de un superior, como Dios ó la suerte lo diere. Hasta convenimos en esto de tener unos mismos enemigos.

7. Consejos á un Prior.

Había en mi convento un fraile viejo de aquellos de zapato ramplón. Se ofrecía que á cualquiera de los otros frailes lo eligiesen Prelado; luego que nues-

tro viejo lo sabía, iba á darle el parabién con estas formales palabras: *Sea enhorabuena, padre Prior; no le hago á vuestra paternidad más encargo sino que la tinaja que encontrare boca abajo, no se empeñe en ponerla boca arriba.* ¿Querrá vuestra excelencia creer, señor Ministro, que viendo el diluvio de novedades que nos inunda apenas se me pasa día en que no me acuerde de la sentencia de este viejo?

8. El lobo y el cordero.

...Júnteme usted á esto las buenas especies que por todas partes derraman los *propagandistas*. Si el fraile trae hábito, no es más, dicen, que por volver al descanso de su convento. Si no lo trae, como sucede á innumerables que no tienen con qué comprarlo, es porque se halla bien con la tuna. Si piden su convento... enemigos de la patria y egoístas que no se acuerdan del pobre soldado. Si no lo piden..., ¿no lo decíamos? estaban rabiando porque la frailería se acabase. Si se lo dan... ya quieren que en aquella misma hora vuelva el orden de cosas que ni en seis meses puede volver á su antiguo estado. Si el pueblo los favorece... *Ut quid perditio hæc?* ¿No valía más gastarlo en los soldados? Si piden..., zánganos, usurpadores, ladrones, como hubo de decir el señor Cura de las *Preocupaciones religiosas*. ¿Qué más diré? Llegó á beber un lobo al arroyo, y en la misma hora llegó también por su desgracia un cordero. “¡Ah, pícaro!—dijo aquél á éste—, ¿cómo tienes atrevimiento de enturbiarme el agua que bebo?” “No puede ser, señor mío —respondió el borrego—, porque ella corre de usted á mí, y no de mí hacia usted.” “Ya te conozco —replicó el lobo—, tú fuiste el que me insultaste

el año pasado en este mismo sitio." "No puede ser—contestó el cordero—, porque yo no nací sino este año". "Pues sería tu padre —dijo el lobo"; y sin más traslado á la parte dió con él en sus garras y dientes. Aplique usted la fábula como le parezca, mientras le refiero lo que en una de estas tardes observé en la Cartuja.

De aquellos respetables solitarios, casi todos los que se hallaban con fuerzas salieron huyendo al tiempo de la invasión. El digno Prelado de la Iglesia del Algarbe los acogió en su seminario, donde continuaron reunidos y viviendo según su instituto hasta el tiempo de la reconquista. Verificada ésta, ignorantes de lo que pasaba, dispusieron su vuelta. Hallándose sin monasterio, se acogieron en esta ciudad á la casa de ejercicios, cuya estrechez fué poco sana para unos hombres que ni aun donde revolverse tenían.

A esta situación está reducida una comunidad que poco tiempo ha repartió en pan para los pobres en solo un año diez mil fanegas de trigo, que entonces valía á ciento y cincuenta reales; por la que han subsistido Triana, Camas, la Rinconada, la Algaba, la Puebla y toda clase de pobres de todas partes en las arriadas y calamidades, y con la que Sevilla ha contado en todos sus apuros. De este modo viven los que sólo vivían para que ningún pobre se muriese de hambre y para ser el recurso de todo enfermo, de todo vergonzante, en fin, de todo aquel que acudía á ellos afligido. Pero aún hay más. Con la noticia que les llegó de que se daban las pensiones, acudieron á suplicar por ellas. La respuesta fué que *no las había para los que estaban reunidos!!!*

9. Un cojo sevillano.

Han de saber ustedes, señores liberales, que un vecino de Sevilla en tiempos antiguos pensó edificar una casa magnífica. La edificó, en efecto, y muy á su gusto, y en una buena portada de piedra que le puso, hizo gravar las siguientes palabras: *Nihil difficile est*, que quieren decir en castellano, que nada hay difícil para el hombre. Era el tal caballero un poquito ó un muchito cojo, y apenas apareció sobre la puerta el expresado epigrafe, cuando á la mañana siguiente se vió á su lado la siguiente cuarteta:

*“Si nihil difficile est,
según tu lengua relata,
enderézate esa pata,
que la tienes al revés.*

Señores liberales, si ustedes saben tanto, si lo pueden todo y nada les es difícil, *enderézense esa pata*. Miren, por Dios y por todos sus Santos, que *la tienen tan del revés* que no puede darse cosa más tuerta. El sevillano de quien he referido la anécdota fué dócil, conoció su yerro y lo enmendó, anteponiendo á las palabras citadas las de *Deo favente*, que quiere decir *con el favor de Dios*. Vamos á buscar el favor y el auxilio de Dios, porque El es el principio, El es el fin, El el autor y El el consumidor de todo, especialmente de los hombres; y todo lo que no sea esto, es, no solamente perdernos con relación á la vida futura, mas también reducirnos al estado de no poder gozar con paz de la presente.

10. El sermón de la misericordia.

...Animo, pues, españoles. Buen provecho (que nunca será bueno) les hagan á los pícaros sus picardías,

su política peculiar, su economía y todas sus demás gracias. Allá se las entiendan con ellas, pues todo ha de salir á la colada. Había predicado admirablemente sobre la misericordia de Dios un sabio religioso. Llevaba consigo de predicador de escalerilla á un lego timorato, que mientras el sermón estuvo observando que el auditorio recobraba más ánimo del que convenía. Apenas, pues, salió su compañero del púlpito, cuando, metiéndose él y llamando la atención de los oyentes, les hizo la siguiente arenga: *Señores, todo cuanto el padre ha dicho es la pura verdad, pero no debemos olvidarnos de que nadie se la ha hecho á Dios que no se la haya pagado.* Lo mismo os digo yo, compatriotas míos. El que se la haga á Dios, tiene que pagársela. Ya se la pagaron muchos de los franceses. Se la pagarán también indefectiblemente los que faltan, y no se la quedarán á deber ni Quintana, ni Gallardo, ni D. J. C. A., ni los *Concisos*, ni los *Redactores*, ni las *Abejas*, ó más bien el *Abejarrón*, ni ese tribuno más sedicioso que los Gracos, ni otros que yo me sé de botones adentro, y que no pueden ignorarse á sí mismos.

11. Anécdota de un fraile moribundo.

...Yo, pues, que por la misericordia de Dios soy siervo suyo, reputo por una obligación recibir como de Dios todo lo que con respecto al cuerpo y sus cosas me venga del Gobierno, sea este legítimo ó sea legitimado. ¿Me manda cosa que me acomoda? ¡Bueno! Aténgome á lo que dijo ó dicen haber dicho Santa Teresa: *Obediencia y torrezno de muy buena voluntad.* ¿Me da de palos? Sea por Dios. Entonces recurro á la chistosa respuesta que un

fraile de mi religión dió á su prelado, que después de administrarle el Viático y el santo Oleo le había preguntado: "*Padre fray Juan, ¿está usted contento con las disposiciones de Dios?*" "*Padre Prior, respondió el enfermo, contento no, harto hago con estar conforme.*" Yo no sé si me habrán entendido los señores liberales que tanto nos han dicho sobre el despotismo y tantas otras cosas de nuestros anteriores gobiernos y sobre las medicinas que nos venden para esta enfermedad. Haga Dios que la tal medicina no sea como aquella otra que se suele dar contra las pulgas, cuando se dice que el mejor remedio es quemarlas el pasto. Yo al menos más quiero pulgas, en caso de no poderse buenamente otra cosa, que poner en uso este remedio, y me parece á mí que cualquiera deberá querer mejor un gobierno, aunque sea malo, que el que salgamos á rompernos mutuamente las cabezas.

12. Respuesta de un muchacho.

Nos estamos cansando sobre un falso supuesto. Preguntaron á un muchacho *si está Dios en todas partes* y habiendo respondido que sí, le añadieron: *Luego estará en la caballeriza de tu casa.* Respondió el chiquillo que no estaba. Repuso el maestro: *Ergo pillete, porque Dios está en todas partes.* Replicó el muchacho: *Ergo pillete yo á ti, porque en mi casa no hay caballeriza.* Vamos claros. ¿No parece una cosa de entremés este *inventario* que manda hacer el señor ministerio en los conventos y en fuerza del cual se trata de justificar la providencia por donde han sido excluidos de ellos los frailes? Si como se dispuso *inventario* se hubiese dispuesto un *apeo*, ¿anda con

tu madre de Dios! Hubieran podido los intendentes medir los conventos, contar sus piezas, señalar sus linderos y demás, como se hace en una casa vacía; pero ¿inventario en una casa vacía? ¿Inventario en los conventos de donde los frailes se llevaron lo que pudicron, los vecinos agarraron lo que á los frailes fué imposible llevar, y luego los franceses y afrancesados arrastraron de malilla?

13. El criado de un clérigo.

Necesitaba cierto clérigo de un criado. No encontrándolo por el lugar como lo quería, escribió á otro clérigo amigo suyo de un pueblo inmediato para que se lo buscase, exponiéndole las circunstancias que debía tener el escogido. Entre éstas era una que no se llamase Pedro, *porque todos los Pedros, decía él, son unos grandes majaderos, y yo no los puedo aguantar.* Quiso la fortuna que tuviese este nombre el único que era de satisfacción del encargado, y creyendo éste que el nombre importaba poco, siendo como era al propósito la persona, hizo elección de él, y lo recomendó á su amigo encargándole entre tanto al criado que se mudase el nombre, haciéndose llamar por el segundo de los que le impusieron en el bautismo. Hizolo así el nuevo sirviente, y pasados algunos días sin que se diera por entendido el amo, quiso su amigo saber cómo le iba con el mozo, y envió á preguntársele. La respuesta fué satisfactoria, pues aseguraba que era hombre de bien, etc., etc., *pero, añadía, una falta tiene, ó una sobra, y consiste en que bien puede ser que no se llame Pedro, pero sus propiedades son de Pedro y muy Pedro.* Apliquemos esta respuesta á nuestro caso. Bien puede ser que el autor de la Exposición del

señor Ministro no sea ni Ireneo Nistactes, ni el Obispo de las Fuentes angélicas, ni don Lorenzo Astengo, ni don Joaquín de Villanueva, pero las propiedades son, y muy son de alguno de los de esta cuaterna. Aquella lógica que de cualquier principio saca cualquiera consecuencia y que de un antecedente particular deduce sesenta universales; aquel tino para convertir en vituperio lo que cuatro renglones antes había comenzado por elogio; aquella dulzura para herir, semejante á la que anuncian los sacamuclas que dicen extraerlas *sin dolor* (se supone suyo y del gatillo); aquella destreza en valerse de los Cánones para lo que los Cánones no quieren, para encontrar leyes que digan lo que los legisladores no dijeron y para hacer otras miles maravillas, y, sobre todo, aquel singularísimo talento para sacar de Quesnel, de Nicole, de Arnauld, de Tamburini una iglesita que se deje atrás á la de Utrech y de Pistoya..., créame usted, bien puede ser que el autor de la Exposición no se llame Pedro, pero las propiedades son de Pedro y muy Pedro.

14. En un interrogatorio.

...Entremos ahora con los demás requisitos. *Se deberán presentar ante el jefe político ó el alcalde constitucional los frailes pretendientes.* ¡Anda con Dios! Otro día el jefe ó el alcalde tendrán que ir á presentarse en calidad de penitentes delante del fraile, y se irá lo uno por lo otro. “Vamos, padre mío—dice el examinador—, ¿dónde ha estado usted?” “Señor, yo en Portugal por la misericordia de Dios.” “¿Y usted?” —pregunta á otro—. “Yo en media España, porque como esto de la comida andaba malo, tan apriisa iba á un lugar como á otro; examinaré la concien-

cia, y podré darle á vuestra señoría una lista de pueblos tamaña como un diccionario geográfico.” “Y usted el otro, ¿qué vida ha traído?” “Yo, señor, ninguna, porque lo que he traído no ha sido vida. De día ensotado en una casa de donde no salía sino para decir ú oír misa agachapado; de noche encerrado, porque no supiesen de mí los franceses, y de noche y de día con una carga más que regular de miedo.” “Está bien. Pues para usted, el de Portugal, de despachará requisitoria al *señor juiz de fora* ó desembargador, para que nos informe de su vida y milagros; para usted el que ha circulado, una circular que ande por todo lo que usted anduvo, y por lo que pertenece á usted el *ensotado* y *encerrado*, pasaré un oficio al excelentísimo Ayuntamiento que sabrá de usted con la misma individualidad que el Emperador de la China.” “Estamos convenidos, señor Alcalde. Pero ¿quién paga todas esas diligencias, los derechos de vuestra señoría, los del escribano ó escribanos, los del papel sellado, los del correo, los de los propios, los de todo el ingeniosísimo arancel? Díganos vuestra señoría si se nos ha de despachar por pobres, y las diligencias han de ser de oficio, para descuidar hasta aquel día en que *liber scriptus proferetur, in quo totum continetur...*” ¿Me pone vuestra señoría dificultades? ¿Con que según eso yo soy el que he de pagar todas esas gurruminas? ¿Y á cuánto ascenderán las costas?... Oígame vuestra señoría este cuentecillo y perdone. Preguntaba un gitano á su Cura cuánto había de llevarle por el entierro de su padre. El cura le respondió que *cuatro ducados*, pues ese era el entierro de más cortos derechos. ¿*Cuatro ducados, padre Cura de mi alma? Pues si mi padre no los valía cuando vivo, ¿cómo quiere que los valga ahora cuando muerto?* Créame vuestra señoría, señor jefe político.

Todas las conveniencias de un fraile *cuando vivas* no importaban cuatro ducados, ¿cómo quiere vuestra señoría que los valgan ahora que se han convertido en miserias? Fuera de que, señor, ¿quién ha visto pagar la prisión y carcelaje para entrar en la cárcel?

15. Un chasco de un lego.

Entraron en Sevilla los franceses, y como era de esperar, pusieron á los frailes en la acostumbrada tutoría, *asegurando, inventariando, tomando razón*, en fin, haciendo la cosa como pudieran, si se hubiesen asesorado con nuestro Ministerio de Hacienda. Pero, eso sí, á renglón seguido se señaló para cada uno de los nuevos pupilos la pensión de seis reales diarios, publicándolo por edictos, y no sé si por pregones, y para la cual se prepararon las correspondientes boletas de algún más lujo que las que aquí llamamos ahora *credenciales*, porque en eso de términos somos magníficos hasta lo sumo; mas de las francesas á las nuestras hubo la diferencia de que en éstas á ninguno se excluye, y de aquéllas eran excluidos los legos. Sucedió, pues, que uno de los nuestros, anciano, hombre de respeto, bastantemente conocido, y con cuantos requisitos pudieran desearse, creyó podía conseguir entrar en la participación de este indulto. Puso pues un memorial como sabía ponerlo, patético, nervioso, bien hablado y mejor escrito, y fuese con él á presentarlo al filósofo Aranza. Recibióle este con todas las señales de aprecio; lo tuvo gran rato en conversación; se enteró después muy despacio en su solitud; la graduó de justísima; tomó el memorial, lo decretó, y se lo devolvió enviándolo á cierta oficina para que lo despachasen. No se durmió nuestro lego,

y sin detenerse á sacar los anteojos para leer el decreto, partió con él como una exhalación hacia la oficina designada. Llega, el jefe de la oficina es uno de sus amigos, y le da lugar con anticipación á otros que esperaban; toma el decreto, y después de pasado por la vista, alarga la mano á uno de los papeles impresos que tenía sobre el bufete, empieza á llenar los vacíos de él, y llegando á determinado lugar, le pregunta á mi pretendiente: "*¿Para dónde lo quiere usted?*" "*¿Y qué es eso que he de querer yo?*", le respondió el buen lego. "*¿Qué ha de ser?*", dijo el otro, *el pasaporte.*" "*¿El pasaporte? A ver, deme usted acá ese decreto*", añadió sacando de camino los anteojos. Tomándolo vió que decía: *Désele al exponente un pasaporte para donde gustare. Aranza.* Esto le sucedió á aquel pobre lego; y á otro tanto estamos expuestos todos los hombres pobres y ricos, mientras vivimos en este mundo miserable. Sirva de aviso á todo fraile, para que si le sucede que al ir á cobrar su pensión le preguntaren *¿para dónde lo quiere usted?* Sepa responder al instante: *Para la provincia tarraconense.*

16. Unos exorcismos.

...Yo, por sí ó por no, había de exorcizarlo con la estola del cura de Begíjar. Le contaré á usted el hecho por si usted no lo sabe. Dieron en endiablarse las mozuelas de este lugarillo. El cura, á los principios, comenzó á exorcizarlas de buena fe. Mas notando después que las endiabladas se multiplicaban al paso que los exorcismos, dió en el ingenioso arbitrio de descoser la estola y meterle en los entreferrros una costura de bota bien curtida. Preparada la

estola de esta manera, volvió á su piadosa operación con el ritual en la mano izquierda y en la derecha con lo que colgaba por aquella parte de la estola, que era puntualmente donde iba entretejida la nueva reliquia. ¡*Mirabile visu!* Ninguna endiablada se expuso de allí en adelante á un segundo exorcismo, y á las cuatro ó cinco que hubo conjurado, no quedó en el lugar ni aun memoria de endiabladas ni de diablos. ¡Oh cura de Begíjar! ¿Dónde estás? ¡Oh santa estola! ¡Quién pudiera ponerte en las manos de nuestros exorcistas!

17. Un fraile y un calesero.

...Y vosotros, ciudadanos legos ó de prima tonsura, soberanos de escalera abajo y legisladores de galería arriba, opinión pública ambulante y voluntad general verdadera ó supuesta, que sobre semejantes textos echáis vuestro tremendo fallo, ¿queréis escuchar el consejo de un fraile que no quisiera que os erraseis de medio á medio? Pues oid el siguiente ejemplo, que también es de fraile: Uno de ellos (la religión no importa) vivía retirado en su celda, ajeno de gobierno y resuelto á no danzar en los capitulos. Sucedió, pues, que á otros de su misma Orden que parecían tener y no tenían los mismos sentimientos que él, se les ofreció valerse de su recomendación para lograr ciertas mirillas ambiciosas de que los pobres se hallaban tentados. Van, pues, á mi solitario "Esto está perdido si los que amamos el bien no hacemos un esfuerzo. Ya usted ve cómo anda la cosa. ¡Qué de desórdenes! ¡Qué de males! ¡Qué de picardías! ¿Y piensa usted que Dios no ha de tomarle cuenta por la indiferencia con que los mira?

¿Y cree que cumple con estarse metido en su rincón?...” Tanto le dijeron (ahí es nada si sabrían decirselo) por este orden, que el pobre fraile creyó que yendo á capítulo iba á enderezar este mundo y el otro. Fué, con efecto: se celebró el capítulo; éste salió como casi todas las cosas á que concurren muchos, en que los concurrentes son hombres y á quienes el Espíritu Santo no tiene escriturada su asistencia. Los supuestos celadores del bien consiguieron lo que pretendían, y nuestro buen fraile se encontró con que sin querer había contribuído á las no santas miras de ellos. Aceleró, pues, en vista de esto el regreso á su celda, buscando una calesilla en que volver al convento de su destino. Emprendido el viaje, venida y pasada la hora de la comida y el sesteo, al enganchar en la calesa las mulas, se le antojó á una de ellas salir de bureo, repartiendo coces y respingos y negándose á las llamadas, halagos y amenazas del calesero. No era este de los más pachorrudos y sufridos, pues apenas la mula le había dado dos ó tres carreras, cuando desató su poderosa boca, y empezando por Dios y acabando por la última de las ánimas benditas, nada dejó ni en el cielo ni en el purgatorio á quien no retase y blasfemase, viéndolo, oyéndolo y callando como si fuese de mampostería mi fraile caminante. Por fin plugo á la mula, después de varios torneos, dejarse coger y conducir á la calesa, con lo cual á su amo se le fué sentando lentamente la cólera, pero no tanto que dejase todavía de decirle algunos denuestos y encajarle algunas aspiraciones. Entre estas una fué la siguiente, de resultas de no sé qué ademán que ella hizo: *Só mula. ¡Por vida de los santos que no son de Dios!* Apenas oyó esto nuestro buen fraile, cuando, inflamándose en el semblante y ardiéndole de cólera los ojos, abrió

su boca y de pícaro, sacrílego y blasfemo para arriba me puso al caletero más bajo que arrancado, y le impuso en términos, que no se atrevió á replicarle. Pero luego que lo notó algún poco más sosegado, no pudo menos que decirle: "Padre, yo estoy espantado con usted. Me estuvo oyendo en medio de mi sofocación blasfemar de Dios, de su Madre y de sus Santos y no me dijo una palabra, y luego me ha echado una furiosa tempestad cuando lo que dije á nadie ofendía, pues mi *por vida* fué contra los *santos que no son de Dios*." "¿Y te parece á ti —respondió el Padre— que esa fué poca injuria contra mí? Pues no sabes que esos *santos* que dijiste son los *santos de mi religión*."

Hermanos carísimos, cuidado con los *santos de mi religión*, que seguramente y sin temeridad *son los santos que no son de Dios*. Oigo á muchos citar por razón potísima de sus presentes opiniones á tal ó tal persona *ejemplar*, de *notoria probidad*, de *conducta irreprehensible*, etc., etc. Vámonos con tiento; no sea que estos *santos* pertenezcan á aquellos que *no son de Dios*. Para consumir tres cuartos de hora en la misa, y mayormente si otro costea la cera; para estar toda una mañana clavado de rodillas en ademán de estatua; para salir por las calles, la cabeza caída, mesurado el semblante, modestos los ojos y concertado el paso; para hacer á las hijas de Adán en público los desaires y ascos que luego pueden recompensarse abundantemente con agrados y palabras melosas en secreto; para predicar mucho á los otros, sin meterse en enmendarse á sí mismo; para poner al prójimo lo angosto del embudo y aplicar hacia sí lo más ancho; en fin, para huir durante el día de los mosquitos y luego ir de noche á coger los toros á cuerno, como dicen que hacía el santero de Chiscales, no es.

menester ser santo de Dios, basta con serlo del diablo, ó como dijo el fraile, *santo de mi religión*. ¿No habéis leído, hermanos carísimos, el capítulo 23 de San Mateo? Pues allí os encontraréis tantísimos santos de este pelo que luego se llevó el demonio, que no podréis menos que admiraros. Santo que con este pretexto y con el otro se aparta de la regla de la fe; santo que resiste á la autoridad que Jesucristo comunicó á San Pedro; santo que trata con vilipendio y altanería á los Obispos; santo que del Evangelio hace paraguas que tan aprisa sirven para el sol como para la lluvia; santo que lee á los Santos, no para decir lo que ellos dicen, sino para hacerles que digan lo que él quiere; santo que se precia de concienzudo entonces mismo que está destruyendo todo lo que es conciencia; santo altanero, orgulloso, sabio á sus propios ojos, prudente á sola su presencia y que *nisi quod ipse facit, nihil rectum putat*... afuera con él, que no es santo de Dios; es santo de aquellos *de mi religión*, que dijo el fraile; es un remedo de muchos santurrones que hoy maldice la Iglesia, y tienen un muy distinguido lugar en los infiernos; de un Waldo, de un Wiclef, de un Hus, de un Molinos y de otro millón de ellos que en sus tiempos también pasaron por *ejemplares y de notoria probidad*.

18. En una barbería.

Salía uno dé afeitarse: había sido el barbero viejo, la navaja mala, la barba recia, el tiempo corto, el estipendio cuatro cuartos..., me parece que por estas señas se habrá usted figurado en el tal afeitado un medio San Bartolomé. Cuantos conocidos encontraba después, otros tantos tenían que hacer con su afeitijo.

Hombre, ¿quién diablos ha afeitado á usted? Otro: ¡Que tuviese usted paciencia para aguantar á ese aserrador! Otro: ¿Por qué no le tiró usted la bacía á la cabeza? Otro, otro y otro, cada cual su cosa. Mas él á todas ellas respondía: Es verdad que me ha desollado aquel majadero; pero ¿qué tiene?, mientras me desollaba me estaba yo vengando de él en chuparme aquella lechecilla que me había puesto alrededor del hocico.

Figúrese usted, amigo mío, que la *tutoría* es el barbero; la *Exposición* y dictamen, la navaja; los afeitados ó más bien los *rapados*, los frailes, y el de la *lechecilla*, yo. No bastó á mi desgracia ponerme á sufrir el rapamiento, en que mal de muchos pudiera ser consuelo mío, sino que también no sé qué estrella me ha conducido á chuparme la *lechecilla* de esta enjabonadura que la señora *tutoría*, nuestro común barbero, ha tenido la bondad de ponernos; pues á los otros rapados les ha sido lícito distraerse, y aun olvidarse de que los raparon y los rapan; pero yo, desdichado, ¿cómo he de poder distraerme, sumergido en las espumas de la *Exposición*, *Dictamen* y demás documentos que obran en el expediente de nuestra rapadura?

Al fin, si mientras nos afeitan y enjabonan nos fuese siquiera permitido clamar: *Señores: ¡que nos desuellan vuestras señorías!, ¡que en vez de hacernos la barba, nos degüellan! ¡que el jabón todo está compuesto de cal viva! ¡que su espuma, aunque parezca lechecilla, es un cáustico! ¡que las ampollas que forma, no incluyen más que viento! ¡que... eche usted de estas cosas por arrobos: siquiera tuviéramos el consuelo que á ningún desdichado se niega de quejarse cuando le duele, y de gritar á costa de sus propios pulmones. Pero no señor. A nosotros se nos afeita, y se nos afeita como de limosna, y, sin em-*

bargo, debemos estar agradecidos á la limosna que se nos hace en raparnos la subsistencia y la reputación. A nosotros se nos desuella vivos, y, sin embargo, se nos exige la confesión de que aquello es para ponernos mejores mozos. A nosotros se nos enjabona con cal viva, y, sin embargo, se quiere que á la cal viva llamemos leche, y de almendras. En nuestro enjabonamiento se levantan muchas pompitas semejantes á las que forman los muchachos con un canuto del agua del jabón, y, sin embargo, se pretende que estas pompitas, que desaparecen en el aire, sean á nuestros ojos pomitos de cristal de roca, ó perlas tamañas como manzanas.

19. Los ciegos de Madrid.

Tenían ó tienen los ciegos de Madrid su Hermandad, ó lo que es lo mismo, Cofradía, y celebraban una fiesta de Iglesia en no sé qué día, ni á qué Santo, pero siempre con su sermón. Sucedió que en éste, uno de los predicadores versado en la lección del Alápide lo citó varias veces: *como dice Cornelio, según la interpretación de Cornelio, como observa Cornelio*; y por este orden les echó *Cornelios* á carretadas. No faltó en el auditorio algún ocioso, de los muchos que siempre están de sobra, que quiso divertirse á costa de los ciegos. Acercándose, pues, á algunos de ellos, comenzó á ponerles mal corazón con tanto *Cornelio* como había citado el predicador. Llamóles la atención á que aquella era pulla contra ellos, supuesto que no tenían vista para observar los pasos de sus mujeres; que estaban por el tanto en mayor riesgo que otros á lo que éstas quisiesen hacer; y de esto y como esto les metió tanta bara-

hunda de cosas, que los pobres ciegos se picaron é hicieron un acuerdo para que de allí en adelante, cuando se encomendara el sermón, fuese con la condición indispensable de que el predicador por ningún motivo había de citar ni nombrar á *Cornelio*. Llegó el siguiente año: estuvo el predicador á su palabra; pero creyó que, sin faltar á ella, podía hacer una cita demasiado común en aquel tiempo, diciendo: *como enseña una docta pluma*. Mas apenas uno de los ciegos que estaban en la mesa escuchó estas palabras, volviéndose al más próximo de sus compañeros, le dijo: *Compadre, que me emplumen á mí si esta docta pluma no es la linda alhaja de Cornelio*.

Otro tanto, continué, le digo yo á usted, amigo mío, *que me emplumen á mí*, ó lo que es peor, que me tengan por toda mi vida en poder de *tutores*, si *esta docta pluma*, quiero decir, este nuevo favor que leemos, no es alguna de las muchas gracias que acostumbra nuestra *tutoría*. O si no, observe usted. ¿Quién presentó las proposiciones? Las tres Comisiones unidas, las autoras del gran código que va á dejarnos por estas cruces de Dios, las reformadoras á lo *tarraconense*, las... vea usted lo que he dicho, y espérese á lo que me queda por decir, y *que me emplumen*, si de estas señoras Comisiones mis señoras juzga que pueda salir algo que no sea purísima y acendrada *tutoría*. Pues, dé usted luego otro pasito. ¿Quién es el que sostiene la proposición y nuestra causa? El señor Mejía. ¿Me oye usted? El señor don José Mejía. *¿Está usted en que le dije mi alma?* ¡Ya se ve! El celo por nuestro bien y felicidad que lo devora le ha obligado á darnos esta poquita miel.

20. El sastre teólogo.

En Dublin, capital de Irlanda, se le puso á un sastre en la cabeza meterse á dogmatizador. Todo le venía á pedir de boca al nuevo evangelista. Las leyes del país consienten que cada uno se forje su religión á su modo, como pretende que suceda entre nosotros mi subtutor el caballero Flórez Estrada. Por otra parte, nuestro sastre tenía una memoria feliz, era amantísimo de leer, y aunque en punto de entendimiento no lo poseía muy largo, suplía esta falta la volubilidad de su lengua, que en soltándose hablaba más que... por poco lo digo, y no permita Dios que sea yo el nuevo Paris que adjudique el premio de más hablador á determinada persona en perjuicio de los derechos que á él tienen tantos otros de nuestros presentes y pretéritos regeneradores. Ello es que el tal sastre hablaba muchísimo y siempre le quedaba que hablar, y que él solo podía surtir de palabrerías á todo el gremio de los sastres. Pues como iba diciendo, se metió á *dogmatizar*, y, abusando de la sagrada Biblia que sabía casi de memoria, dijo disparates sinnúmero y juntó una incalculable multitud de secuaces de sus desatinos. La cosa se hizo tan expectable, que ya creyó el Obispo anglicano necesaria su intervención de autoridad. Buscó, pues, á mi sastre, trató de reconvenirlo, se empeñó en convencerlo, nada omitió á fin de atajarlo. Pero con buen sujeto se las había: con un liberal y sastre por añadidura. A cada reconvencción soltaba una carretada de disparates y después de ésta otras diez, y luego otras ciento *usque in infinitum*. ¿Piensa usted que se fijaba en una cuestión? Cuando menos, menos disputaba nuestro sastre sobre trece ó catorce á un mismo tiempo. Un dato fijo, un principio en que

todos conviniesen, un supuesto ó axioma, como le llaman los matemáticos, no había que pedirselo; porque en su lengua los axiomas, proposiciones y consecuencias cambiaban de color con la misma facilidad que en los escritos del célebre exdiputado (gracias á Dios por este *ex*) don Joaquín Lorenzo Villanueva y Astengo. Lo que ahora un minuto era verdad, ya por encantamiento se había transformado en mentira; lo que antes no podía ni aun dudarse, ya era un disparate conocido; tan á prisa se le daba á una cosa el nombre de error, palabra vacía de sentido y origen de todos los males, como de dogma, verdad inconcusa y principio de la felicidad verdadera. Todo lo que se quiera, menos hacerse cargo ó escuchar. Una vez prendido el fuego al castillo de este cohetero no había que esperar que dejase de sacudir fogonazos y traquidos mientras la mina le durase, y la mina era durable por los siglos de los siglos. ¡Qué sé yo! ¿Ni quién es capaz de pintar con todos sus perfiles á un charlatán de éstos metido en discusión? Si alguno quisiere ver este fenómeno lléguese y mueva disputa á cualquiera de ellos, pues yo le aseguro que no le ha de dar gana de volver á la prueba. Con efecto: el pobre Obispo salió cansado, sofocado y aburrido de la que tuvo con el sastre y resuelto á dejarlo dogmatizar hasta que se le secase la lengua. Conservaba, á pesar de la diferencia en religión, mucha armonía y amistad con el Obispo católico, ó sea Vicario apostólico de la misma ciudad. Se encontró con él poco después de la disputa y durante todavía la sofocación que había sacado de ella, y le refirió por puntos y comas la aventura que acababa de pasarle. Era el católico un fraile cachazudo, que después de haber reído grandemente el lance y provocado también la risa del

anglicano, le dijo que se sosegase y perdiese cuidado, pues desde aquella hora tomaba al suyo conjurar la tormenta de truenos, relámpagos y granizo que disparaba el sastre, y con esto se separaron.

No quiso el Obispo perder tiempo; se informó del paraje donde el sastre tenía su tienda; aguardó á que se juntasen en ella todos los oficiales y aprendices, y, juntos que estuvieron, llegó.

—¿Me darán ustedes noticia de dónde vive por aquí un caballero perfectamente instruido en materias de religión?

—Aquí está un servidor de usted—respondió el sastre, dejando la costura, quitándose el dedal, repanchigándose en la silla y pavoneándose lo mejor que supo.

—Mucho me alegro—dijo el Obispo—, porque ha días que traigo una grave dificultad sobre la Escritura sin tener quien me la desate.

—Pues, señor mío, ya llegó la hora; pregunte usted lo que quisiere, porque puedo darle razón de todo lo que contiene la Biblia, desde el libro del Génesis hasta el de las Revelaciones *inclusivè*.

—¡Grandemente! Con que, según eso, se acordará usted de un ángel que se dice tener el un pie en el cielo y el otro en la extremidad del mar.

—Y ¿cómo si me acuerdo? En el capítulo tantos del *Apocalipsis* es donde San Juan nos presenta ese ángel.

—Muy bien; pues ahora entra mi dificultad. Dígame usted, señor maestro, ¿cuántas varas de paño de siete cuartas se necesitarán para hacer unos calzones á ese pobre ángel?

El sastre, que nada esperaba menos que esta pregunta, se quedó con ella suspenso, y al cabo de algún tiempo respondió en guisa de enfadado:

—¡Qué diablos sé yo!

Entonces el Obispo:

—Pues venga acá el tonto mentecato. ¿Quién le ha metido á teólogo ni doctor de la ley, si ni aun sabe dar razón de lo que pertenece á su oficio? Aprenda á sastre el muy burro, y déjese de escriturario—y dicho esto, se marchó.

Soltaron el trapo á reir los oficiales y aprendices; divulgaron después el cuento por toda la ciudad, y desde entonces apenas el sastre salía á la calle, cuando ya se veía rodeado de muchachos que le preguntaban si había ya tomado la medida de los calzones del ángel. Tanto cargaron sobre él, que lo aburrieron; se dejó de dogmatizar y tuvo la precisión de mudar de domicilio, para no tener que escuchar más preguntas sobre los calzones.

21. La confianza de los liberales con los frailes.

Vaya de camino un cuento que no sé si será cuento de camino. Encontró uno á otro amigo suyo y le rogó quisiese acompañarlo á comer. Excusándose el convidado, le dijo que no quería exponerlo á los gastos que por lo común ocasionan semejantes convites. “No, señor—respondió el convidante—, porque yo he de tratar á usted con toda amistad y confianza.” En esta atención y bajo esta protesta aceptó el otro. Se sirvió, pues, la mesa con tanta economía, que el convidado, en vez de satisfacer, no consiguió otra cosa que irritar más la hambre; y en fuerza de esta experiencia no pudo menos que, al despedirse, apretar la mano á su convidador, diciéndole: “Amigo mío siempre creí que usted lo era, y que yo podía

tener confianza en usted; pero hasta hoy no me he enterado en la muchísima amistad y confianza que me tiene." No tanto amor, por Dios, señores liberales, que hayan ustedes de convidarnos; no tanta amistad que nos obliguen á ayunar de por fuerza, ó nos dejen á media miel. Mejor será que cada uno se coma lo que es suyo ó se lo eche al gato, ó haga lo que más bueno le parezca; y que el que fuere aficionado á economías filosóficas las vaya á poner en su casa, y se deje de perturbar las ajenas.

ÍNDICE

PÁGS.

CARTAS ARISTOTÉLICAS

EL FILÓSOFO RANCIO: <i>Su significación en la Ciencia Española</i>	v
<i>Prólogo del Rancio</i>	I
I.—En el infierno.—Viaje de Averroes á Sevilla.—Entierro de Aristóteles.....	5
II.—Dos conclusiones.—Estilo de Aristóteles.—Marco Tulio Juez de la Discusión.—Estilo de los escolásticos.....	17
III.—Aristóteles confiesa sus defectos.—Averroes defiende á los filósofos arábigo-aristotélicos y explica por qué los escolásticos no se dieron de lleno á la Física.....	37
IV.—Aristóteles rechaza el calificativo de “nugas” dado á su filosofía.—Alega su crédito filosófico en todos los tiempos y en todas las escuelas.....	52
V.—El criterio de autoridad en Filosofía.—Su aplicación á Aristóteles por los escolásticos.—Los escolásticos y los filósofos modernos.....	68
VI.—Valor filosófico de la hipótesis compa-	

rada con la autoridad.—Los filósofos modernos, contradiciéndose, han abusado de la una y de la otra.....	87
VII.—Impugnación que de la filosofía aristotélica han hecho el Genuense, Leibnitz, Vernuy, Gasendo, Fortunato de Brixia, Heinecio y otros.....	108
VIII.—Una retractación.—Ensayo de una filosofía.—Argumentos del eclecticismo.—Solución.....	135
IX.—La filosofía ecléctica no está en los filósofos eclécticos.—Juicios sobre algunos de ellos.....	170
X.—Censura irónica de una carta fechada en los Campos Elíseos.—Concepto de la Filosofía y sus condiciones.—El eclecticismo no es una filosofía porque no la tiene.....	190
XI.—Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Cienfuegos.....	215
XII.—Idem ídem.....	221

ANÉCDOTAS CURIOSAS

1. El <i>Rancio</i> dando un pésame.....	247
2. Un embustero.....	250
3. Un Virrey de Méjico.....	252
4. Un Capitán General.....	253
5. Un ladrón famoso.....	255
6. El <i>Rancio</i> y un oficial.....	256
7. Consejos á un Prior.....	256
8. El lobo y el cordero.....	257
9. Un cojo sevillano.....	259

	<u>PÁGS.</u>
10. El sermón de la misericordia.....	259
11. Anécdota de un fraile moribundo.....	260
12. Respuesta de un muchacho.....	261
13. El criado de un clérigo.....	262
14. En un interrogatorio.....	263
15. Un chasco de un lego.....	265
16. Unos exorcismos.....	266
17. Un fraile y un calesero.....	267
18. En una barbería.....	270
19. Los ciegos de Madrid.....	272
20. El sastre teólogo.....	274
21. La confianza de los liberales con los frailes.	277